

# VLADIMIR NABOKOV

## Barra siniestra

**BEND SINISTER**

Traducción de

**J. FERRER ALEU**

**Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de**

***BEND SINISTER***

### INTRODUCCIÓN

*Barra siniestra* fue la primera novela que escribí en América, y esto ocurrió media docena de años después de que ella y yo nos adoptásemos mutuamente. La mayor parte del libro se compuso durante el invierno y la primavera de 1945-1946, en un período de mi vida particularmente despejado y vigoroso. Mi salud era excelente. Mi consumo diario de cigarrillos había alcanzado la marca de cuatro cajetillas. Dormía al menos cuatro o cinco horas, y me pasaba el resto de la noche paseando, lápiz en mano, por el deslucido pisito de Craigie Circle, Cambridge, Massachusetts, donde me alojaba, entre una anciana de pies petrificados y una joven de oído hipersensible. Todos los días, incluidos los domingos, me pasaba diez horas estudiando la estructura de ciertas mariposas en el paraíso-laboratorio del Museo de Zoología Comparada de Harvard; pero, tres veces más por semana, sólo permanecía allí hasta el

mediodía, hora en que me apartaba a viva fuerza del microscopio y de la cámara lúcida para trasladarme a Wellesley (en tranvía y autobús, o en Metro y ferrocarril), donde enseñaba gramática y literatura rusa a unas chicas del Instituto.

El libro quedó terminado una cálida noche de lluvia, más o menos como la que describió al final del capítulo XVIII. Un amable amigo, Edmund Wilson, leyó la copia mecanografiada y recomendó el libro a Alien Tate, el cual lo hizo publicar por Holt en 1947. Yo estaba profundamente sumido en otros trabajos, pero no dejé de advertir el poco ruido que armó. Que recuerde, sólo dos semanarios, *Time* y *The New Yorker*, según creo, lo alabaron.

El término «barra siniestra» significa una faja o tira heráldica que parte del ángulo siniestro (y que, común pero incorrectamente, se considera signo de bastardía). Su elección como título fue un intento de sugerir un perfil quebrado por refracción, una distorsión en el espejo del ser, un mal giro dado por la vida, un mundo siniestro, en ambos sentidos de la palabra. El inconveniente del título está en que el lector solemne, que busca en una novela «ideas generales» o «interés humano» (que es casi lo mismo), se sienta inducido a buscarlos en ésta.

Existen pocas cosas más aburridas que una discusión de ideas generales, impuesta por el autor o el lector, sobre una obra de ficción. El objeto de este prólogo no es mostrar que *Barra siniestra* pertenece o deja de pertenecer a la «literatura seria» (que es un eufemismo de la profundidad superficial y de la siempre bien recibida vulgaridad). Nunca me ha interesado la llamada literatura de comentario social (en la jerga periodística y comercial: «grandes libros»). No soy «sincero». No soy «provocador». No soy «satírico». No soy didáctico ni suelo alegorizar. La política y la economía, las bombas atómicas, las formas de arte primitivas o abstractas, todo el Oriente, los síntomas de «deshielo» en la Rusia soviética, el Futuro de la Humanidad, etc., me dejan absolutamente indiferente. Como en el caso de mi *Invitation to a Beheading* —con el cual tiene este libro visibles afinidades—, una comparación automática de *Barra siniestra* con las creaciones de Kafka o los tópicos de Orwell sólo serviría para demostrar que el autómatas no ha leído al gran escritor germano ni al mediocre escritor inglés.

De manera parecida, la influencia de mi época en el presente libro es tan insignificante como la influencia de mis libros, o al menos de éste, en mi época.

Desde luego, pueden percibirse ciertos reflejos en el cristal, causados directamente por los idiotas y despreciables regímenes que todos conocemos y que me rozaron en el curso de mi vida: mundos de tiranía y de tortura, de fascistas y bolcheviques, de pensadores filisteos y de mandriles de botas altas. También es indudable que, sin estos infames modelos ante mí, no habría podido mechar esta fantasía con fragmentos de discursos de Lenin, un trozo de la Constitución soviética y pedazos de pseudoeficiencia nazi.

Aunque el sistema de retener personas como rehenes es tan viejo como la más antigua guerra, se introduce un matiz más nuevo cuando un Estado tiránico está en guerra con sus propios subditos y puede tomar a cualquier ciudadano como rehén, sin ninguna ley que lo restrinja. E incluso hubo un perfeccionamiento más reciente, consistente en el uso sutil de lo que llamaré «la palanca del amor» —diabólico método (aplicado con gran éxito por los soviéticos) de atar a un rebelde a su desdichado país con las retorcidas cuerdas de su propio corazón. Sin embargo, es de observar que, en *Barra siniestra*, el todavía joven Estado policíaco de Paduk —donde cierto embotamiento del ingenio es un rasgo nacional del pueblo (aumentando con ello las posibilidades de confusiones y chapucerías, tan típicas, a Dios gracias, de todas las tiranías)— va retrasado, en relación con los regímenes actuales, en el empleo afortunado de esta palanca del amor, el cual busca al principio bastante a tientas, perdiendo tiempo en la inútil persecución de los amigos de Krug, y sólo advirtiendo por casualidad (en el capítulo XV) que, apoderándose de su hijo pequeño, se le puede obligar a hacer lo que se quiera.

El argumento de *Barra siniestra* no gira realmente alrededor de la vida y la muerte en un grotesco Estado policíaco. Mis personajes no son «tipos» ni portadores de tal o cual «idea». Paduk, el abyecto dictador y ex discípulo de Krug (indefectiblemente atormentado por los chicos, indefectiblemente mimados por el celador del colegio); el doctor Alexander, agente del Gobierno; el inefable Hustav; el frío Crystalsen y el desventurado Kolokololiteishchikov; las tres hermanas Bachofen; el chusco policía Mac; los brutales e imbéciles soldados: todos ellos son sólo absurdos espejismos, ilusiones opresivas para Krug, durante su breve lapso de existencia, pero que se desvanecen, inofensivos, cuando yo despido a los actores.

El tema principal de *Barra siniestra* lo constituyen, pues, los latidos del amante corazón de Krug, la tortura y la intensa ternura a que se ve sometido..., y, si se escribió este libro y creo que debe ser leído, es por mor de las páginas

referentes a David y su padre. Otros dos temas acompañan al principal: el tema de la estúpida brutalidad que frustra su propio objetivo al destruir al niño verdadero y conservar el equivocado; y el tema de la bendita locura de Krug, cuando percibe súbitamente la simple realidad de las cosas y sabe, aunque no puede expresarlo en palabras de su mundo, que él y su hijo y su esposa y todos los demás son meramente antojos y jaquecas míos.

¿Formulo por mi parte algún juicio, pronuncio alguna sentencia, doy alguna satisfacción al sentido moral? Si unos imbéciles y unos brutos pueden castigar a otros brutos e imbéciles, y si el crimen conserva aún un significado objetivo en el mundo insensato de Paduk (todo lo cual es muy dudoso), podemos afirmar que el crimen es castigado al final del libro, cuando los uniformados muñecos de cera padecen de verdad, y los testafierros sufren por fin un terrible dolor, y la linda Mariette sangra lentamente, pinchada y desgarrada por la lujuria de cuarenta soldados.

La trama empieza a fraguarse en el caldo brillante de un charco de lluvia. Krug observa el charco desde una ventana del hospital donde se está muriendo su esposa. El charco oblongo, con la forma de una célula a punto de escindir, reaparece como una música temática a lo largo de toda la novela, como un borrón de tinta en el capítulo IV; como una mancha de tinta en el capítulo V; como leche derramada en el XI; como un pensamiento ciliado, parecido a un infusorio, en el XII; como la huella fosforescente de un pie de un isleño en el capítulo XVIII, y como la marca que deja un alma en la textura íntima del espacio, en el párrafo final. El charco, avivado y reavivado de esta suerte en la mente de Krug, permanece ligado a la imagen de su esposa, no sólo porque él ha contemplado el inserto ocaso desde el lecho de muerte de ella, sino también porque este charquito le hace evocar vagamente el eslabón que nos une: un desgarrón en este mundo, que conduce a otro mundo de ternura, de brillantez y de belleza.

Una imagen contigua, que habla aún más elocuentemente de Olga, es la visión de ésta despojándose de sí misma, de sus joyas, del collar y la tiara de la vida terrena, delante de un resplandeciente espejo. Este cuadro aparece seis veces en el curso de un sueño, entre el líquido, recuerdos refractados por el sueño, de la muchachez de Krug (capítulo V).

La paranomasia es una especie de epidemia verbal, una enfermedad contagiosa en el mundo de las palabras; no es de extrañar que éstas aparezcan

monstruosa y torpemente retorcidas en Padukgrado, donde cada cual es simplemente un anagrama de todos los demás. El libro abunda en distorsiones estilísticas, como retruécanos cruzados con anagramas (en el capítulo II, la circunferencia rusa, *krug*, se convierte en un pepino teutónico, *gurk*, con una alusión adicional a Krug invirtiendo su trayecto sobre el puente); sugestivos neologismos (la *amorandola* —una guitarra local); parodias de tópicos narrativos («que había oído las últimas palabras» y «que parecía ser el jefe del grupo», capítulo II); transposiciones («silencio» y «ciencia», saltando a la una la mula en el capítulo XVII, y, desde luego, hibridación de lenguas.

El idioma del país, tal como se habla en Padukgrado y en Omigod, y también en el valle del Kur, en los montes Sakra y en la región del Lago Malheur, es una mezcla híbrida de eslavo y germánico, con un fuerte acento kuraniano en todo él (especialmente acusado en las eyaculaciones de dolor); pero el ruso y el alemán familiares son también empleados por representantes de todos los grupos, desde el vulgar soldado *elkwilista* hasta el intelectual discriminador. Por ejemplo, Ember, en el capítulo VII, da a su amigo una muestra de los tres primeros versos del soliloquio de *Hamlet* (Acto III, Escena I) traducidos a la lengua vernácula (con una seudoerudita interpretación del primer verso, tomado para referirse a la proyectada muerte de Claudius, a saber, «¿tiene que ser o no ser el asesinato?»). Lo cual continúa con una versión rusa de parte del parlamento de la Reina en el Acto IV, Escena VII (también con la introducción de un escolio) y una espléndida traducción al ruso del pasaje en prosa del Acto III, Escena II, que empieza «*Would not this, Sir, and a forest of feathers...*». Los problemas de traducción, las fluidas transiciones de una lengua a otra, las semánticas transparencias que tienden capas de un sentido que se encoge o se dilata, son tan características de Sinisterbad como lo son los problemas monetarios de tiranías más conocidas.

Es este espejo deformante de terror y de arte, una seudocita tomada de oscuros shakespearinismos (capítulo III) produce de algún modo, a pesar de su falta de significación literal, la confusa imagen diminutiva de la acrobática hazaña que, tan espléndidamente, nos da un brillante final con vistas al capítulo siguiente. Una selección casual de incidentes yámbicos entresacados de la prosa de Moby Dick aparece disfrazada de «un famoso poema americano» (capítulo II). Si el «almirante» y su «flota», en un manido discurso oficial (capítulo IV), son mal interpretados por el viudo, que oye «animal» y sus «pies», esto se debe a que la casual referencia que acaba de hacerse a un hombre que pierde a su esposa, oscurece y deforma la frase siguiente. Cuando Ember

recuerda, en el capítulo III, cuatro novelas de gran éxito, el alerta viajero no puede dejar de advertir que los títulos de tres de ellas forman, aproximadamente, la orden fijada en los lavabos de No Tirar de la Cadena cuando el Tren pasa por Ciudades y Pueblos, mientras que el cuarto alude a la vana Canción de Bernadette, de Werfel, medio santita y medio bombón. De manera parecida, al principio del capítulo VI, donde se mencionan otras novelas populares del día, una ligera desviación en el espectro del significado sustituye el título Lo que el viento se llevó (sisada de Cynara, de Dowson) por el de Rosas lanzadas (sisada del mismo poema), y una fusión de dos novelas baratas (de Remarque y Solojov) produce la límpida *Sin novedad en el Don*.

Stephan Mallarmé dejó tres o cuatro bagatelas inmortales, entre las que se cuenta *L'Après-Midi d'un Faune* (La siesta de un fauno) (redactada por primera vez en 1865). Krug está obsesionado por un pasaje de esta voluptuosa égloga, donde el fauno acusa a la ninfa de desprenderse de su abrazo «*sans pitié du sanglot dont j'étais encore ivre*» («sin apiadarse del sollozo que aún me emborrachaba»). Fragmentos de este verso resuenan en todo el libro, brotando, por ejemplo, en el *malarma ne don je* del lamento del doctor Azureus (capítulo IV) y en el *donje te zankoriv* de Krug, cuando, con aire de disculpa, interrumpe el beso del estudiante y su pequeña Carmen (prefiguración de Mariette), en el mismo capítulo. También la muerte es una despiadada interrupción; la fuerte sensualidad del viudo busca una patética salida en Mariette, pero, cuando ase ávidamente las caderas de la improvisada ninfa a la que está a punto de gozar, el ensordecedor ruido en la puerta rompe para siempre el palpitante ritmo.

Tal vez me preguntaréis si vale la pena que un autor cree y distribuya estas delicadas marcas, cuya naturaleza exige que no sean demasiado visibles. ¿Quién se molestará en advertir que Pankrat Tzikutin, el andrajoso y viejo pogromista (capítulo XIII), es Sócrates Hemlocker; que «el niño es atrevido», en la alusión a la inmigración (capítulo XVIII), es una frase hecha que se emplea para probar la habilidad en la lectura de un presunto ciudadano americano; que Linda no hurtó a fin de cuentas el pequeño buho de porcelana (principio del capítulo X); que los pihuelos del patio (capítulo VII) han sido dibujados por Saul Steinberg; que el «padre de otra doncella del río» (capítulo VII) es James Joyce, que escribió *El lago Winnipeg (ibid.)*, y que la última palabra del libro no es un error de imprenta (como supuso, en el pasado, al menos un corrector de pruebas)? A la mayoría, ni siquiera les importará haber pasado todo esto por alto; los hombres de buena voluntad traerán sus propios símbolos y móviles, y radios portátiles, a mi pequeña fiesta; los irónicos señalarán la fatuidad fatal

de mis explicaciones en este prólogo y me aconsejarán que ponga notas la próxima vez (las notas siempre parecen cómicas a ciertas mentalidades). Sin embargo, a la larga, lo único que cuenta es la satisfacción privada del autor. Raras veces releo mis libros, y, cuando lo hago, es con el fin utilitario de revisar una traducción o de comprobar una nueva edición; pero, cuando los repaso, lo que más me gusta es el murmullo, en la orilla, de este o aquel tema escondido.

Así, en el segundo párrafo del capítulo V, aparece la primera insinuación de que hay «alguien que sabe» —un misterioso intruso que aprovecha el sueño de Krug para transmitir su propio y peculiar mensaje cifrado. El intruso no es el Charlatán Vienes (todos mis libros deberían ser titulados de Freudianos, Prohibido el Paso), sino una deidad antropomorfa encarnada por mí. En el último capítulo del libro, esta deidad siente una punzada de piedad por sus criaturas y se apresura a actuar. Krug, en un súbito estallido de locura, comprende que está en buenas manos: nada importa realmente en el mundo, no hay nada que temer, y la muerte sólo es una cuestión de estilo, un simple recurso literario, una resolución musical. Y mientras la rosada alma de Olga, simbolizada ya en un capítulo anterior (IX), zumba en la húmeda oscuridad de la ventana iluminada de mi habitación, Krug regresa tranquilamente al seno de su Hacedor.

9 de setiembre de 1963

VLADIMIR NABOKOV

Montreux

## **CAPÍTULO PRIMERO**

Un charco oblongo engastado en el tosco asfalto; como la caprichosa huella de un pie llena hasta el borde de azogue; como un agujero espatulado a través del cual puede verse el cielo inferior. Rodeado, según advierto, por una difusa y negra humedad tentacular, en los lugares donde se habían pegado algunas pardas y opacas hojas muertas. Ahogadas, diría yo, antes de que el charco se redujese a su tamaño actual.

Yace en la sombra, pero contiene una muestra del brillo más alejado, de un sitio donde hay árboles y dos casas. Mirad desde más cerca. Sí, refleja un fragmento de pálido cielo azul —un tono suave e infantil de azul— que pone un regusto de leche en mi boca, porque, hace treinta y cinco años, tenía yo una taza de este color. También refleja una breve maraña de ramitas desnudas y la parda cavidad de una rama más gruesa cortada por su borde, y una barra transversal de brillante color crema. Se te ha caído algo, esto es tuyo, casa cremosa bajo el sol en la lejanía.

Cuando el viento de noviembre tiene uno de sus recurrentes estremecimientos helados, un rudimentario torbellino de ondas diminutas arruga la brillante superficie del charco. Dos hojas, trilobuladas, que parecen dos bañistas temblorosos que llegan corriendo para nadar, son arrastrados por su ímpetu hasta el centro, donde amaran de súbito y flotan completamente planas. Las cuatro y veinte minutos. Vista desde una ventana de hospital.

Árboles de noviembre, álamos, según creo, dos de los cuales brotan directamente del asfalto: todos ellos bajo el frío y brillante sol, con sus cortezas relucientes y llenas de estrías, y una intrincada red de innumerables ramitas pulidas y desnudas —oro viejo—, pues ellas son las que reciben mayor cantidad del falsamente suave sol de allá en lo alto. Su inmovilidad contrasta con el espasmódico temblor del reflejo en el charco —pues la emoción visible de un árbol es la masa de sus hojas, y apenas si quedan más de treinta y siete o cosa así, aquí y allá, en uno de los lados del árbol. Sólo llamean un poco; su matiz es neutro, pero bruñido por el sol hasta darle el mismo, color de icono de los enredados trillones de ramitas. Desmayado azul del cielo cruzado por pálidos e inmóviles mechones de nubes superpuestas.

La operación no ha tenido éxito y mi esposa va a morir.

Más allá de una valla baja, al sol, en la brillante desolación, la fachada de una casa pizarreña tiene como marco dos pilastras laterales de color crema y una ancha, vacía y descuidada cornisa: la capa de azúcar de un pastel que ha envejecido en la tienda. De día, las ventanas parecen negras. Son en número de trece; celosía blanca, postigos verdes. Todo muy claro, pero el día ya no durará. Algo se ha movido en la negrura de una ventana: un ama de casa sin edad abre —abe, solía decir mi dentista, un tal doctor Wollison, cuando yo tenía aún los dientes de leche— la ventana, sacude algo, y ya puede cerrar.

La otra casa (a la derecha, más allá de un garaje que sobresale) es ahora completamente dorada. Los álamos de mil ramas proyectan sus ascendentes tiras de sombra de alambique sobre ella, entre sus propios miembros extendidos y curvados, pulidos y sombreados de negro. Pero todo se desvanece, se desvanece; ella solía sentarse en el campo, a pintar una puesta de sol que nunca permanecía, y un rapazuelo campesino, muy pequeño y callado y vergonzoso a pesar de su persistencia de ratón, se quedaba plantado junto a su codo, y miraba el caballete, los colores y el húmedo pincel de acuarela, erguido como la lengua de una serpiente —pero el ocaso se iba, dejando sólo una barahúnda de purpúreos restos del día, amontonados de cualquier manera — ruinas, chatarra.

La moteada fachada de aquella otra casa está cruzada por una escalera exterior, y la buharda a la que conduce aparece ahora tan brillante como lo estaba el charco —pues éste ha cambiado ahora a un blanco líquido y opaco, de modo que parece una copia acromática de la pintura que antes hemos visto.

Probablemente, nunca olvidaré el verde mate del estrecho prado de delante de la primera casa (la moteada se levanta a uno de sus lados, oblicuamente). Un prado desgredado y ralo, con una raya de asfalto en medio, y todo incrustado de pálidas hojas pardas. Los colores se van. Hay un último destello en la ventana a la que todavía conducen los peldaños del día. Pero todo ha acabado y si encendiesen las luces en el interior, éstas matarían lo que queda del día exterior. Los jirones de nubes se tiñen con rubor de carne, y los trillones de ramitas se están volviendo sumamente distintas: y ahora ya no hay color aquí abajo: las casas, el prado, la valla, las vistas intermedias, todo ha sido atenuado hasta un gris castaño rojizo. ¡Oh!, el cristal del charco es de un malva brillante.

Han encendido las luces en la casa en que estoy, y se ha extinguido la vista de la ventana. Todo tiene una negrura de tinta, bajo un cielo de tinta azul pálida —«sale azul, escribe negro», como se decía en un frasco de tinta; pero no lo hacía, como no lo hace el cielo, y sí los árboles con sus trillones de ramitas.

## **CAPITULO II**

Krug se detuvo en el portal y contempló la cara de ella, vuelta hacia arriba. El movimiento (pulsación, radiación) de sus facciones (diminutas ondas arrugadas) se debía a que estaba hablando, y él se dio cuenta de que este movimiento duraba ya desde hacía un rato. Posiblemente, desde que estaban bajando las escaleras del hospital. Con sus marchitos ojos azules y su largo y arrugado labio superior, la mujer se parecía a alguien que él conocía desde hacía años pero a quien no podía recordar —curioso. Una vía lateral de indiferente conciencia le permitió reconocerla como la enfermera jefe. La continuación de su voz se hizo real, como si una aguja hubiese encontrado el surco. Su surco en el disco de la mente de él. De su mente que había empezado a girar al detenerse él en el portal y mirar hacia abajo, a la cara levantada de ella. El movimiento de sus facciones era ahora audible.

Pronunció la palabra que significaba «luchando» con acento noroccidental: *fakhtung* en vez de *fahtung*. La persona (¿varón?) a quien se parecía se asomó entre la niebla y desapareció antes de que él pudiese identificarla o identificarle.

—Todavía están luchando —dijo—...oscura y peligrosa.

La ciudad está a oscuras, las calles son peligrosas. En realidad, debería pasar aquí la noche... En una cama del hospital (*gospitalisha kruvka*) —de nuevo aquel acento de las tierras pantanosas, y él se sintió como un pesado cuervo (*kruv*) volando contra el ocaso—. Por favor. O al menos podría esperar al doctor Krug, que tiene coche.

—No es pariente mío —dijo él—. Pura coincidencia.

—Lo sé —dijo ella—, pero, en todo caso, usted no debería no debería no debería —(la palabra siguió rodando, como si hubiese gastado su sentido).

—Tengo un salvoconducto. —dijo él.

Y, abriendo su cartera, consiguió desplegar el papel en cuestión con dedos temblorosos. Tenía unos dedos gruesos y (veamos) chapuceros (esto es) que siempre temblaban ligeramente. Chupaba metódicamente el interior de sus mejillas, y éstas chascaban también ligeramente, cuando desplegaba algo. Krug —pues éste era el hombre— mostró a la mujer el borroso papel. Era un hombrón cansado, que andaba algo encorvado.

—Esto no le servirá de nada —gimió ella—. Una bala perdida puede alcanzarle.

(Como puede verse, la buena mujer pensaba que las balas estaban todavía flukhtung en la noche, como restos meteóricos del tiroteo terminado hacía tiempo.)

—No me interesa la política —dijo él—. Y sólo tengo que cruzar el río. Un amigo mío vendrá a arreglar las cosas mañana por la mañana.

Dio una palmada en el codo de la mujer y siguió su camino.

Cedió, con todo el placer que podía haber en el acto, a la suave y cálida presión de las lágrimas. Pero la sensación de alivio duró poco, pues, en cuanto las dejó fluir, se volvieron atrocamente cálidas y abundantes, hasta el punto de cortarles la visión y la respiración. Caminó a través de una niebla espasmódica por la empedrada calle de Omigod, en dirección al malecón. Trató de aclararse la garganta, pero esto sólo provocó otro sollozo entrecortado. Ahora lamentaba haber cedido a aquella tentación, pues ya no podía dejar de ceder y el hombre palpitante que llevaba dentro estaba empapado. Como de costumbre, distinguió entre el hombre tembloroso y el que miraba hacia delante: miraba hacia delante con interés, con simpatía, con un suspiro o con blanda sorpresa. Ésta era la última fortaleza de un dualismo que aborrecía. La raíz cuadrada de uno es uno. Notas marginales, recordatorios. El desconocido observando en silencio los torrentes de dolor local desde una orilla abstracta. Una figura familiar, aunque anónima y solitaria. Me vio llorar cuando yo tenía diez años y me condujo a un espejo, en una habitación no utilizada (con una jaula de loro vacía en el rincón), de modo que pudiese estudiar mi cara deshecha. Me había escuchado, arqueando las cejas, cuando yo decía cosas que no hubiese debido decir. En todas las máscaras que yo probaba, había rendijas para sus ojos. Incluso en todos los momentos en que me mecía la convulsión más apreciada por los hombres. Mi salvador. Mi testigo. Y ahora buscó Klug el pañuelo, que era una confusa burbuja blanca en las profundidades de su noche particular. Habiéndolo sacado al fin de un laberinto de bolsillos, restregó y enjugó el oscuro cielo y las casas amorfas; y entonces vio que se acercaba al puente.

Otras noches, solía haber una hilera de luces ligeramente cantarinas, una incandescencia métrica que cada paso escandía y prolongaba con reflejos sobre el agua negra y serpenteante. Esta noche sólo había un resplandor difuso en el punto en que un Neptuno de granito se erguía sobre su cuadrada

roca, la cual continuaba como parapeto, el cual se perdía entre la niebla. Al acercarse Krug, arrastrando regularmente los pies, dos soldados *ekwilistas* le cerraron el paso. Otros acechaban en los alrededores, y, cuando una linterna se movió, con arrogancia, para escrutarle, Krug descubrió a un hombrecillo vestido de *meshchaniner* (pequeño burgués) que, cruzado de brazos, esbozaba una sonrisa enfermiza. Los soldados (curiosamente, ambos tenían la cara picada de viruela) pedían, según comprendió Krug, su documentación (la de Krug). Mientras buscaba desmañadamente el salvoconducto, le dijeron que se diese prisa y mencionaron una breve aventura amorosa que habían tenido, o que tendrían, o que le invitaban a tener con su madre.

—Dudo —dijo Krug, mientras seguía hurgando en sus bolsillos— de que estas fantasías que surgieron como gorgojos de antiguos tabües pudiesen transformarse realmente en actos, y esto por varias razones. Aquí está (casi se me cayó cuando hablaba con la huérfana..., quiero decir, la enfermera).

Lo agarraron como si hubiese sido un billete de cien coronas. Mientras sometían el salvoconducto a una minuciosa inspección, él se sonó la nariz y empezó a meter despacio el pañuelo en el bolsillo izquierdo de su abrigo, pero lo pensó mejor y lo pasó al bolsillo derecho del pantalón.

—¿Qué es esto? —preguntó el más gordo de los dos, señalando una palabra con la uña del pulgar aplicado sobre el papel.

Krug, calándose las gafas para leer, miró por encima de la cabeza del hombre.

—Universidad —contestó—. Un lugar donde enseñan cosas. Nada importante.

—No; esto —dijo el soldado.

—¡Oh! «Filosofía». Usted ya sabe. Cuando trata de imaginar un mirok (pequeña patata rosada) sin la menor referencia a cualquiera de lo que ha comido o comerá.

Hizo un vago ademán con las gafas y las deslizó en su rincón de lectura (bolsillo de la chaqueta).

—¿Adónde va? ¿Por qué está haraganeando cerca del puente? — preguntó el soldado gordo, mientras su compañero trataba a su vez de descifrar el salvoconducto.

—Todo tiene explicación —respondió Krug—. Desde hace unos diez días, he ido todas las mañanas al «Hospital Prinzin». Asunto particular. Ayer, mis amigos me dieron este documento, porque pensaron que el puente estaría vigilado después de anochecer. Mi casa está en el lado sur. Hoy regreso a ella más tarde que de costumbre.

—¿Paciente o doctor? —preguntó el soldado más flaco.

—Permitan que les lea lo que dice este papel —replicó Krug, alargando una mano solícita.

—Léalo y yo lo sostendré —dijo el flaco, sosteniendo el papel cabeza abajo.

—La inversión —dijo Krug— no me preocupa, pero necesito mis gafas.

Y volvió a la acostumbrada pesadilla del abrigo, la chaqueta, los bolsillos del pantalón, y encontró un estuche de gafas vacío. Se dispuso a continuar la búsqueda.

—¡Manos arriba! —gritó el soldado gordo, con histérica brusquedad.

Krug obedeció, sosteniendo el estuche en alto.

La parte izquierda de la luna estaba tan sombreada que resultaba casi invisible en la charca de claro pero oscuro éter a través de la cual parecía navegar rápidamente, ilusión debida al movimiento en dirección a la luna de unas nubéculas de chinchilla; en cambio, la parte derecha, un lado o mejilla algo porosa pero bien empolvada con talco, permanecía vivamente iluminada por el resplandor, aparentemente artificial, de un sol invisible. Un efecto de conjunto muy notable.

Los soldados le cachearon. Encontraron un frasco vacío que, muy recientemente, había contenido un cuartillo de coñac. Aunque era un hombre corpulento, Krug tenía cosquillas, y se revolvió un poco al hurgarle ellos rudamente en las costillas. Algo saltó y cayó al suelo con el ruido de un saltamontes. Habían localizado las gafas.

—Está bien —dijo el soldado gordo—. Recógelas, viejo imbécil.

Krug se agachó, buscó a tientas, dio un paso a un lado... y sonó un horrible chasquido bajo el tacón de su pesado zapato.

—Vaya, vaya; he aquí una curiosa posición —dijo—. En este momento, es difícil elegir entre mi analfabetismo físico y el suyo mental.

—Vamos a detenerle —dijo el soldado gordo—. Así acabaremos con sus payasadas, viejo borracho. Y cuando nos hartemos de tenerle vigilado, lo echaremos al agua y le mandaremos unas balas mientras se ahoga.

Otro soldado se acercó perezosamente, jugando con una linterna, y de nuevo tuvo Krug la visión fugaz de un pálido hombrecillo que se mantenía apartado y sonreía.

—Yo también quiero divertirme un poco —dijo el tercer soldado.

—Bien, bien —dijo Krug—. No esperaba verle aquí. ¿Cómo está su primo, el jardinero?

El recién llegado, un joven campesino, feo y de mejillas coloradas, miró inexpresivamente a Krug y señaló al soldado gordo.

—Es primo de él, no mío. —Sí, claro —exclamó Krug, rápidamente—. Es exactamente lo que quise decir. ¿Cómo está el amable jardinero? ¿Ha recobrado el uso de su pierna izquierda?

—No nos hemos visto desde hace tiempo —respondió, pensativamente, el soldado gordo—. Vive en Bervok.

—Un buen muchacho —dijo Krug—. Cuando se cayó en aquel hoyo de grava todos lo sentimos mucho. Dígame, ya que está vivo, que el profesor Krug recuerda a menudo las charlas que sostuvimos delante de un vaso de sidra. Cualquiera puede crear el futuro, pero sólo los sabios pueden crear el pasado. Magníficas manzanas las de Bervok.

—Éste es su salvoconducto —dijo el soldado gordo y reflexivo al rústico y colorado, el cual tomó cuidadosamente el documento y se lo devolvió al punto.

—Será mejor que llames a ese *ved' min syn* (hijo de perra) —dijo.

Entonces hicieron avanzar al hombrecillo. Éste parecía estar de parto, bajo la impresión de que Krug era alguien superior en relación con los soldados, pues empezó a lamentarse con una vocecita casi femenina, diciendo que él y su hermano tenían una abacería al otro lado del río y que ambos veneraban al Jefe desde el bendito día diecisiete de aquel mes. Los rebeldes habían sido aplastados, a Dios gracias, y su único deseo era reunirse con su hermano, a fin de que el Pueblo Victorioso pudiese gozar de los delicados comestibles que él y su hermano sordo vendían.

—Calla la boca —dijo el soldado gordo— y lee esto.

El pálido abacero obedeció. El profesor Krug estaba plenamente autorizado por el Comité de Salud Pública para cuidar después de anochecido. Para pasar de la ciudad sur a la ciudad norte. Y viceversa. El lector deseaba saber si podía acompañar al profesor hasta el otro lado del puente. Vivamente y a patadas, volvieron a sumirle en la oscuridad. Krug inició el cruce del negro río.

Este interludio había desviado el torrente: ahora discurría invisible detrás de un muro de sombra. Recordó a otros imbéciles que él y ella habían estudiado, un estudio realizado con una especie de deleitosa y entusiasta repugnancia. Hombres que se emborrachaban de cerveza en cenagosos bares, sustituido satisfactoriamente el proceso de las ideas por una música de radio de tonos porcinos. Asesinos. El respeto que suscita un magnate de los negocios en su pueblo natal. Críticos literarios encomiando los libros de sus amigos o partidarios. *Farceurs* flaubertianos. Hermandades, órdenes místicas. Gente a la que divierten los animales amaestrados. Miembros de clubs de lectores. Todos los que existen porque no piensan, refutando así el cartesianismo. El próspero campesino. El político floreciente. Los parientes de ella —su horrible familia carente de humor. De pronto, con la intensidad de una de esas visiones que preceden al sueño o de la imagen de una dama vestida de blanco sobre un cristal opaco, ella cruzó por su retina, en silueta, llevando algo —un libro, un bebé, o simplemente dejando secar la pintura cereza de sus uñas—, y el muro se disolvió, y volvió a fluir el torrente. Krug se detuvo, tratando de dominarse, con la palma de su mano desnuda apoyada en el parapeto, como antaño solían hacerse retratar los hombres de levita distinguidos, imitando los retratos de los viejos maestros —con un libro en la mano, o con ésta apoyada en el respaldo de una silla o en una esfera—; pero, en cuanto sonó el chasquido de la cámara, todo empezó a moverse de nuevo, a bullir, y él siguió andando, a sacudidas,

porque los sollozos agitaban su alma desnuda. Las luces del otro lado se iban acercando en un estremecimiento de círculos concéntricos, iridiscentes y punzantes, encogiéndose de nuevo en un borroso resplandor cuando uno pestañeaba y dilatándose de un modo extraño inmediatamente después. Él era un hombre alto y pesado. Sentía una íntima conexión con la negra agua de laca, que subía y bajaba y lamía los arcos de piedra del puente.

Ahora, se detuvo de nuevo. Toquemos esto y miremos aquello. A la pálida luz (¿de la luna?, ¿de sus lágrimas?, ¿de los pocos faroles que los padres de la ciudad habían encendido por un mecánico sentimiento del deber?), su mano encontró cierto dibujo tosco: un surco en la piedra del parapeto y un nudo y un agujero con alguna humedad en su interior —todo ello enormemente ampliado, como lo están los 30.000 pozos de la corteza de la plástica luna en las grandes y brillantes fotos que el orgulloso selenó-grafo muestra a su joven esposa. En esta noche particular, precisamente después de que hubiesen intentado entregarme el bolso de ella, su peine, su boquilla, encontraba yo y tocaba esto —una combinación selecta, detalles del bajorrelieve. Nunca había tocado este nudo particular antes de ahora, y nunca volvería a encontrarlo. Este momento de contacto consciente contiene una gota de consuelo. El freno de emergencia del tiempo. Sea cual fuere el momento presente, yo lo he detenido. Demasiado tarde. En el curso de nuestros, veamos, doce años y tres meses de vida en común, habría tenido que inmovilizar, por este sencillo método, millones de momentos, pagando quizá terribles multas, pero deteniendo el tren. Bueno, ¿por qué lo hiciste?, podría haber preguntado el boquiabierto maquinista. Porque me gustaba el panorama. Porque quería esos veloces árboles y el camino que serpentea entre ellos. Pisándole su cola fugaz. Lo que le había ocurrido a ella tal vez no habría pasado, si yo hubiese estado acostumbrado a parar este o aquel trozo de nuestra vida común, profilácticamente, proféticamente, dejando que este o aquel momento descansasen y respirasen en paz. Domeñando el tiempo. Dando una tregua a su pulso. Bombeando vida, vida —nuestro paciente.

Krug —pues todavía era él— siguió caminando, con la impresión del tosco dibujo hormigueando aún y pegándose al pulpejo de su dedo pulgar. Este extremo del puente estaba más iluminado. Los soldados que le dieron el alto parecían más animados, mejor afeitados, y llevaban uniformes más limpios. También estaban allí en mayor número, y habían dado el alto a más transeúntes nocturnos: dos viejos con sus bicicletas y uno al que habría podido

llamarse un caballero (levantado el cuello de terciopelo del gabán y metidas las manos en los bolsillos) con su chica, una desaliñada ave del paraíso.

—Pietro —o al menos el soldado se parecía a Pietro, jefe de camareros del Club Universitario—, Pietro, el soldado, examinó el salvoconducto de Krug y dijo, con cultivado acento:

—No comprendo, profesor, cómo pudo cruzar el puente. En todo caso, no podía usted hacerlo, ya que el salvoconducto no ha sido firmado por mis colegas de la guardia del lado norte. Temo que tendrá usted que volver atrás y hacer que se lo firmen, de acuerdo con las normas de emergencia. Si no lo hace, no podré dejarle entrar en el sector sur de la ciudad. *Je regrette*, pero la ley es la ley. —Es cierto —dijo Krug—. Desgraciadamente, ellos no saben leer y, mucho menos, escribir.

—Esto no es de nuestra incumbencia —respondió, con fría gravedad, el apuesto Pietro, y sus compañeros movieron gravemente la cabeza en señal de asentimiento—. No; no puedo dejarle pasar, a menos que, repito, su identidad y su inocencia estén garantizados por la firma de la guardia del otro extremo.

—Pero, ¿no podríamos darle la vuelta al puente, si puedo expresarme así? —dijo Krug, pacientemente—. Quiero decir, darle una vuelta completa. Usted firma los salvoconductos de los que cruzan desde el sector sur al sector norte, ¿no es cierto? Pues bien, invirtamos la posición. Firme este valioso documento y permita que me vaya a dormir en la calle de Peregolm.

Pietro meneó la cabeza.

—No le comprendo, profesor. Hemos exterminado al enemigo; sí, lo hemos aplastado con nuestras botas. Pero una o dos cabezas de hidra viven todavía, y no podemos correr riesgos. Puedo asegurarle, profesor, que dentro de una semana la ciudad recobrará sus condiciones normales. ¿No es así, muchachos? —añadió Pietro, volviéndose a los otros soldados, los cuales asintieron vivamente, iluminadas sus caras honradas e inteligentes por ese ardor cívico que transfigura incluso al hombre más vulgar.

—Apelo a su imaginación —dijo Krug—. Imagínese que yo fuese en la otra dirección. En realidad tomé la otra dirección esta mañana, cuando el puente no estaba vigilado. Poner centinelas sólo cuando cierra la noche es un procedimiento muy convencional..., pero, dejémoslo pasar.

Y déjeme pasar a mí.

—No, a menos que traiga firmado este papel —dijo Pietro, dando media vuelta y alejándose.

—¿No está usted rebajando mucho el patrón por el que debe juzgarse, si es que existe, el cerebro humano?

—farfulló Krug.

—Silencio, silencio —dijo otro soldado, llevándose un dedo a los apretados labios y señalando después, rápidamente, la ancha espalda de Pietro—. Silencio. Pietro tiene toda la razón. Andando.

—Sí, andando —dijo Pietro, que había oído las últimas palabras—. Y, cuando vuelva con su salvoconducto firmado y todo en orden, piense en la satisfacción interior que sentirá cuando nosotros lo firmemos también. Para nosotros, será también un placer. La noche es todavía joven, y, de todos modos, no debemos rehusar un poco de ejercicio físico, si queremos ser dignos de nuestro Jefe. Andando, profesor.

Pietro miró a los dos viejos barbudos, pacientemente agarrados a los manillares de sus bicicletas, blancos los nudillos a la luz del farol, mirándole fijamente con sus perdidos ojos perrunos.

—También ustedes pueden ir —dijo el generoso camarada.

Con una presteza que contrastaba extrañamente con su avanzada edad y sus entecas piernas, los barbudos saltaron sobre sus monturas y se alejaron pedaleando, oscilando en su prisa por largarse de allí y cambiando rápidas observaciones guturales. ¿Qué estarían discutiendo? ¿El pedigree de sus bicicletas? ¿El precio de algún producto especial? ¿El estado de la calzada? ¿Eran sus gritos exclamaciones de ánimo? ¿Bromas amistosas? ¿Se echaban la pelota de un chiste leído años atrás en Simplizissimus o en Strekoza? Uno siempre desea averiguar lo que dicen las personas que pasan por su lado.

Krug caminaba lo más de prisa que podía. Las nubes habían cubierto nuestro silíceo satélite. Cerca de la mitad del puente, alcanzó a aquellos ciclistas que parecían osos pardos. Ambos estaban inspeccionando el rubí trasero de una de las bicicletas. La otra yacía de costado, como un caballo caído, levantada a medias la triste cabeza. Krug siguió andando de prisa,

apretando el salvoconducto en la mano. ¿Qué pasaría si lo arrojase al Kur? Me vería condenado a andar arriba y abajo por un puente que ha dejado de ser tal, puesto que ambas orillas son inalcanzables. No es un puente, sino un reloj de arena que alguien vuelve una y otra vez, conmigo en su interior a modo de fina arena. O una brizna de hierba por la que sube una hormiga y que uno pone boca abajo cuando la hormiga llega a la punta, que entonces se convierte en el fondo, obligando a la pobrecilla a repetir su operación. Los viejos le alcanzaron a su vez, repicando a gran velocidad entre la niebla, galopando con gallardía, aguijoneando a sus viejos y negros caballos con espuelas de un rojo de sangre.

—Aquí estoy otra vez —dijo Krug, mientras sus desaliñados amigos se agrupaban a su alrededor—. Se olvidaron de firmar mi salvoconducto. Aquí lo tienen. Y dense prisa. Pinten una cruz, o un cordón enroscado de teléfono, o un garabato, cualquier cosa. No me atrevo a esperar que tengan uno de esos trastos de sellar a mano.

Mientras estaba aún hablando, se dio cuenta de que no le reconocían en absoluto. Miraron el salvoconducto. Se encogieron de hombros, como para sacudirse la carga del conocimiento. Incluso se rascaron la cabeza, curioso método empleado en aquel país con el presunto propósito de aumentar el riego sanguíneo de las células del pensamiento.

—¿Vive usted en el puente? —preguntó el soldado gordo.

—No —dijo Krug—. Traten de comprender. *C'est simple comme bonjour*, como diría Pietro. Me han hecho volver aquí porque no tenían pruebas de que ustedes me habían dejado pasar. Desde un punto de vista formal, no estoy siquiera en el puente.

—Puede haberse encaramado desde una barcaza —dijo una voz recelosa.

—No, no —contestó Krug—. No soy ningún barquero. Veo que no me comprenden. Se lo expondré de la manera más sencilla posible. Los del lado solar vieron heliocéntricamente lo que ustedes, telúricos, vieron geocéntricamente, y, a menos de que puedan combinarse de algún modo estos dos aspectos, yo, que soy el objeto observado, seguiré haciendo la lanzadera de la noche universal.

—Es el hombre que conoce al primo de Gurk —gritó uno de los soldados, en un súbito chispazo de reconocimiento.

—Oh, magnífico —dijo Krug, muy aliviado—. Me había olvidado del amable jardinero. Un punto ha quedado establecido. Ahora, por favor, hagan algo.

El pálido abacero dio un paso al frente y dijo:

—Voy a hacerles una sugerencia. Yo firmo su salvoconducto, él firma el mío, y ambos cruzamos el puente.

Alguien se disponía a darle un revés, cuando el soldado gordo, que parecía ser él jefe del grupo, intervino y declaró que era una idea sensata.

—Présteme su espalda —dijo el abacero a Krug, y, desenroscando apresuradamente su estilográfica, apoyó el papel sobre el omóplato izquierdo de Krug—. ¿Qué nombre he de poner, hermanos? —preguntó a los soldados.

Éstos rebulleron y empezaron a pincharse con el codo, pues ninguno de ellos quería revelar su preciosa incógnita.

—Ponga Gurk —dijo al fin el más valiente, señalando al soldado gordo.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó el abacero, volviéndose prontamente a Gurk.

Obtuvieron su consentimiento, después de rogarle un poco. Despachado el salvoconducto de Krug, el abacero se colocó ahora delante de aquél. El juego de la una la mula, o el almirante de sombrero encandilado apoyando el telescopio sobre el hombro del joven marinero (el horizonte gris subiendo y bajando, una gaviota blanca cambiando de rumbo, pero sin tierra a la vista).

—Confío —dijo Krug— en que podré hacerlo tan bien como si tuviera mis gafas.

No será en la línea de puntos. Tu pluma es dura. Tu espalda es blanda. Pepino. Sécala con un hierro de marcar.

Ambos documentos pasaron de mano en mano y fueron vergonzosamente aprobados.

Krug y el abacero echaron a andar por el puente; al menos, Krug andaba: su pequeño compañero expresaba su desbordante alegría corriendo en círculos alrededor de Krug; corría en círculos cada vez más anchos, imitando una locomotora: tacata, tacata, apretados los codos a las costillas, sus pies moviéndose casi a la vez, dando pasitos a sacudidas, dobladas ligeramente las rodillas. La parodia de un niño, de mi niño.

—*Stoy, chort* (párate, maldito seas) —gritó Krug, empleando por primera vez aquella noche su verdadera voz. El abacero puso fin a sus evoluciones con una espiral que lo devolvió a la órbita de Krug, donde siguió el paso de éste, caminando a su lado y charlando alegremente.

—Debo disculparme —dijo— por mi comportamiento. Pero estoy seguro de que siente usted lo mismo que yo. Ha sido una verdadera ordalía. Pensaba que nunca me soltarían, y esas alusiones al estrangulamiento y al ahogamiento fueron un poco inoportunas. Buenos chicos, lo confieso, corazones de oro, pero sin civilizar..., en realidad, su único defecto. Por lo demás, convengo con usted en que son estupendos. Mientras estaba allí...

Éste es el cuarto farol, y una décima parte del puente. Pocos de ellos están encendidos.

—...Mi hermano, que está prácticamente sordo como una tapia, tiene una tienda en Teod..., perdón, en la Avenida Emerald. En realidad, somos socios, pero yo tengo un pequeño negocio propio que me tiene apartado la mayor parte del tiempo. En vista de los acontecimientos actuales, él necesita mi ayuda, como nos ocurre a todos. Tal vez pensará usted...

Farol número diez.

—...pero yo lo veo de esta manera. Desde luego, nuestro Jefe es un gran hombre, un genio, el hombre del siglo. La clase de jefe que la gente como usted y como yo habíamos deseado siempre. Pero está amargado. Está amargado, porque durante los diez últimos años, nuestro llamado Gobierno liberal no dejó de perseguirle, de torturarlo, de meterle en la cárcel en cuanto decía una palabra. Siempre recordaré, y así lo contaré a mis nietos, lo que dijo aquella vez que lo detuvieron en el gran mitin del Godeón: «Yo —dijo— nací para mandar, con la misma naturalidad con que vuelan los pájaros.» Creo que es la idea más grande que jamás se expresó en lenguaje humano, y también la

más poética. Nómbrame un escritor que dijese algo parecido. Pero iré más lejos y diré...

Éste es el que hace quince. ¿O dieciséis?—...si lo miramos desde otro ángulo. Nosotros somos gente pacífica, queremos una vida tranquila, queremos que nuestros negocios marchen sobre ruedas. Queremos los placeres tranquilos de la vida. Por ejemplo, todo el mundo sabe que el mejor momento del día es cuando uno vuelve del trabajo, se desabrocha el chaleco, pone una música alegre y se sienta en su butaca predilecta, disfrutando con los chistes del periódico de la tarde o criticando a los vecinos con su mujercita. Esto es lo que entendemos por verdadera cultura, por verdadera civilización humana; cosas por las que se vertió tanta sangre y tanta tinta en la Roma antigua o en Egipto. Pero, en la actualidad, se oye decir continuamente a los tontos que, para los que son como usted o como yo, esta clase de vida ha desaparecido. No lo crea, pues no es así. Y no sólo no ha desaparecido... ¿Serán más de cuarenta? Debemos estar, como mínimo, en la mitad del puente.

—...hace falta que le diga lo que ha pasado realmente en todos estos años? Bueno, en primer lugar, nos hicieron pagar unos impuestos imposibles; en segundo lugar, todos aquellos miembros del Parlamento, a los que jamás vimos ni oímos, continuaban bebiendo cada día más champaña y acostándose con rameras cada vez más gordas. ¡Y a esto llamaban libertad! ¿Qué ocurría mientras tanto? En algún lugar del corazón de los bosques, en una cabaña de troncos, el Jefe escribía sus manifiestos, como una bestia acosada. ¡Lo que les hicieron a sus seguidores! ¡Jesús! Mi cuñado, que ha sido miembro del partido desde su juventud, me ha contado cosas horribles. Desde luego, es el hombre más inteligente que he visto en mi vida. Ya ve usted que... No; menos de la mitad.

—...usted es profesor, según tengo entendido. Bueno, profesor, desde ahora, se extiende ante usted un gran futuro. Tenemos que educar a los ignorantes, a los caprichosos, a los malos..., pero educarlos de una manera nueva. Piense en todas las monsergas que solían enseñarnos...

Piense en los millones de libros inútiles acumulados en las bibliotecas. ¡Hay que ver los libros que se imprimen! Mire, quizá no me creerá, pero una persona de confianza me dijo que, en una librería, hay un libro de al menos cien páginas enteramente dedicado a la anatomía de las chinches. O cosas en idiomas extranjeros que nadie puede leer. Y todo el dinero que se ha gastado en

tonterías. Todos esos enormes museos..., una tremenda paparrucha. Hacen que uno se quede boquiabierto ante una piedra que alguien recogió en el patio de su casa. Menos libros y más sentido común: éste es mi lema. Los hombres fueron creados para vivir juntos, para hacer negocios los unos con los otros, para hablar, para cantar canciones en común, para reunirse en los clubs y en los almacenes... y en las iglesias y en los estadios los domingos... y no para estar sentados a solas, rumiando ideas peligrosas. Mi mujer tema un huésped...

El hombre del cuello de terciopelo y su chica pasaron rápidamente, con un tictac de pisadas fugitivas, sin mirar atrás.

—...cambiarlo todo. Usted enseñará a los jóvenes a contar, a pronunciar, a atar un paquete, a ser pulcros y amables, a bañarse todos los sábados, a hablar de los posibles compradores..., ¡oh!, mil cosas necesarias, todas las cosas que tienen sentido para todos. Ojalá fuese yo también maestro. Pues sostengo que todos los hombres, por humildes que sean, hasta el último pordiosero, hasta el último...

Si todos hubiesen estado encendidos, no estaría ahora tan confuso.

—...tuve que pagar una ridícula multa. ¿Y ahora? Ahora será el Estado quien me ayudará en mis negocios. Allí estará para controlar mis ganancias... ¿y qué quiere decir esto? Quiere decir que mi cuñado, que pertenece al partido y se sienta ahora en un enorme despacho, permítame decirlo, frente a una mesa grande y cubierta con un cristal, me ayudará en todo lo posible para que mis cuentas estén en regla. Ganaré más que nunca porque desde ahora, todos pertenecemos a una comunidad feliz. Todo está en familia..., una gran familia donde todos estamos ligados, bien dispuestos, y no se hacen preguntas. Porque todo el mundo tiene algún pariente en el partido. Mi hermana dice que siente muchísimo que nuestro viejo padre dejase de existir, él, que tanto temía el derramamiento de sangre. Una exageración. Yo digo que cuanto antes fusilemos a esos tipos listos que arman la de mil diablos porque unos cuantos anti-*ekwilistas* recibieron su merecido...

Aquí termina el puente. Y, bueno..., no hay nadie para recibirnos.

Krug tenía toda la razón. Los guardias del lado sur habían abandonado su puesto, y sólo la sombra del hermano gemelo de Neptuno, una sombra compacta que parecía un centinela, pero no lo era, permanecía allí como

recuerdo de los que se habían marchado. Ciertamente que, unos pasos más allá, en el malecón, tres o cuatro hombres, posiblemente uniformados, fumando dos o tres cigarrillos encendidos, descansaban en un banco, mientras alguien tañía discretamente, románticamente, una amorandola de siete cuerdas en la oscuridad; pero nadie increpó a Krug ni a su delicioso compañero, ni les prestó atención al pasar.

### **CAPITULO III**

Entró en el ascensor, que le saludó con el conocido ruidito, medio chasquido, medio temblor, mientras se iluminaba su semblante. Pulsó el tercer botón. El pequeño gabinete frágil, de delgadas paredes, anticuado, pestañeó pero no se movió. Volvió a tocar el botón. De nuevo el pestañeo, la intranquila quietud, la mirada inescrutable de una cosa que no funciona y que sabe que no funcionará. Salió. Y al momento, con un chasquido óptico, el ascensor cerró sus brillantes ojos castaños. El hombre subió la descuidada pero digna escalera.

Krug, jorobado en esta ocasión, insertó la llave en la cerradura y, recobrando lentamente su estatura normal, penetró en el cavernoso, susurrante, rumoroso, retumbante y rugiente silencio de su piso. Sola, una media tinta del milagro de Da Vinci —trece personas en una mesa tan estrecha (con cacharros prestados por los monjes dominicos)— manteníase apartada. El relámpago encendió el paraguas de ella, de corto puño de concha, al alejarse de su propia y grande sombrilla, que dejó indemne. El hombre se quitó el único guante que llevaba, se despojó del gabán y colgó su negro sombrero de fieltro y de ala ancha.

El sombrero negro y de ala ancha sintiéndose incómodo, se cayó de la percha y quedó abandonado en el suelo.

Krug recorrió el largo pasillo, en cuyas paredes unas negras pinturas al óleo, sobrante de su estudio, sólo mostraban resquebrajaduras al cegador reflejo de la luz. Una pelota de goma, del tamaño de una naranja grande, dormía en el suelo.

Entró en el comedor. Una fuente de lengua fría, adornada con rodajas de pepino, y la pintada mejilla de un queso, le estaban esperando en silencio.

La mujer tenía un oído excelente. Salió de su habitación, contigua al cuarto del niño, y se reunió con Krug. Se llamaba Claudina y, desde hacía más o menos una semana, era la única servidora en el hogar de Krug: el cocinero se había marchado, censurando lo que calificó claramente de «ambiente subversivo».

—Gracias a Dios —dijo ella— que ha vuelto sano y salvo a casa. ¿Quiere un poco de té caliente?

Él sacudió la cabeza, volviéndole la espalda y tanteando en las cercanías del aparador, como si buscara algo.

—¿Cómo está esta noche la señora? —preguntó ella.

Sin responder, y con los mismos lentos y torpes movimientos, pasó él al saloncito turco que nadie utilizaba, lo cruzó y llegó a otro recodo del pasillo. Allí abrió un armario, levantó la tapa de un baúl vacío, miró en su interior y, después, deshizo su camino.

Claudina permanecía absolutamente inmóvil en mitad del comedor, donde la había dejado. Estaba con la familia desde hacía varios años, y como es de rigor en tales casos, era agradablemente rolliza, de mediana edad y muy sensible. Se le quedó mirando, con ojos negros y líquidos, entreabierta la boca, que mostraba un diente con funda de oro, mirándole también con sus aretes de coral, y apoyada una mano sobre el amorfo pecho gris.

—Quiero que me haga un favor —dijo Krug—. Mañana voy a llevarme el niño al campo por unos días; durante mi ausencia, tenga la bondad de recoger toda la ropa de ella y ponerla en el baúl negro vacío. También sus efectos personales, el paraguas y demás. Póngalo todo en el armario, por favor, y ciérrelo. Cualquier cosa que encuentre.

El baúl será tal vez demasiado pequeño...

Salió de la estancia sin mirar a la mujer; se disponía a inspeccionar otro armario, pero, pensándolo mejor, giró sobre sus talones y empezó a andar automáticamente de puntillas al acercarse al cuarto del niño. Se detuvo ante la puerta blanca, y las palpitations de su corazón se vieron súbitamente

interrumpidas por la voz especial, de dormitorio, de su hijo, una voz clara y cortés que empleaba David, con graciosa precisión, para notificar a sus padres (cuando éstos volvían, por ejemplo, de una cena en la ciudad) que todavía estaba despierto y dispuesto a recibir unas segundas buenas noches de cualquiera que quisiera deseárselas.

No podía dejar de ocurrir. No son más que las diez y cuarto. Y yo pensaba que la noche estaba a punto de terminar. Krug cerró los ojos un momento y entró en la habitación.

Distinguió un rápido, vago y tumultuoso movimiento de ropas de cama; el interruptor de la lámpara de la mesita de noche dio un chasquido, y el chico se sentó, tapándose los ojos. A esta edad (ocho años) no puede decirse que los niños sonrían de un modo definido. La sonrisa no está localizada; se difunde en toda la estructura... si el niño se siente feliz, naturalmente. Este niño era todavía feliz. Krug dijo las frases convencionales sobre la hora y el sueño. Pero, apenas hubo acabado de decirlas, cuando un fuerte caudal de amargas lágrimas brotó del fondo de su pecho, subió hacia la garganta, fue detenido por fuerzas interiores, y permaneció a la espera, maniobrando en las negras profundidades, preparándose para otro asalto. Pourvu qu'il ne pose pas la question atroce. Te lo ruego, divinidad local.

—¿Te han disparado? —preguntó David.

—¡Qué tontería! —contestó él—. Nadie dispara por la noche.

—Pues lo han hecho. Oí las detonaciones. Mira, una nueva manera de llevar el pijama.

Se levantó ágilmente, extendiendo los brazos, balanceándose sobre los piececitos de un blanco polvoriento, surcados de venas azules, y que parecían agarrarse a la manera de los monos a la revuelta sábana, sobre el hundido y crujiente colchón. Pantalones azules, chaqueta de un verde pálido (la mujer debía ser ciega para los colores).

—Dejé caer el bueno en el baño —explicó, alegremente.

Las posibilidades de levitación ejercieron en él una atracción súbita, y, con la colaboración de secos sonidos, saltó, una, dos, tres veces, más alto, más alto, y, después de una vertiginosa suspensión, cayó de rodillas, dio una

voltereta y se levantó de nuevo sobre la revuelta cama, oscilando, tambaleándose.

—Acuéstate, acuéstate —dijo Krug—. Se está haciendo muy tarde. Tengo que marcharme. Vamos, acuéstate. De prisa.

(Tal vez no lo preguntaría.)

Esta vez cayó sobre el trasero y, hurgando con los doblados dedos de los pies, metió éstos debajo de la manta, entre la manta y la sábana, se echó a reír, acertó la segunda vez, y Krug lo arropó rápidamente.

—Esta noche no me has contado ningún cuento —dijo David, yaciendo absolutamente plano, volviendo hacia arriba las largas pestañas superiores, echados atrás los codos, apoyados como alas sobre el almohadón, a ambos lados de la cabeza.

—Mañana te contaré dos.

Al inclinarse sobre el niño, Krug se detuvo un momento, mientras ambos se miraban a la cara: el niño, esforzándose apresuradamente en pensar alguna pregunta para ganar tiempo; el padre, orando frenéticamente para que no fuese una pregunta en particular. Qué suave parecía la piel en el esplendor de la hora del descanso, con un matiz violeta palidísimo sobre los ojos y el brillo dorado de la frente, bajo la tupida y enmarañada franja de cabellos castaños con reflejos de oro. La perfección de las criaturas no humanas — pájaros, perritos, potros, mariposas dormidas— y de estos pequeños mamíferos. Una combinación de tres manchas diminutas y pardas, marcas de nacimiento, sobre la mejilla débilmente colorada, cerca de la nariz, le recordó algo que había visto, tocado, captado hacía poco tiempo..., pero, ¿qué? El parapeto del puente.

Las besó rápidamente, apagó la luz y salió. Gracias a Dios, no se lo había preguntado, pensó al cerrar la puerta. Pero, cuando estaba moviendo sin ruido el tirador, la pregunta llegó, aguda, vivamente recordada.

—Pronto —respondió él—. En cuanto diga el doctor que puede hacerlo. Y ahora, duerme, por favor.

Por fin, una piadosa puerta se interpuso entre los dos.

En el comedor, Claudina, sentada en una silla junto al aparador, lloraba copiosamente y se enjugaba las lágrimas con una servilleta de papel. Krug se sentó a la mesa y despachó rápidamente la comida, manejando vivamente los innecesarios salero y pimentero, carraspeando, moviendo platos, dejando caer el tenedor y cogiéndolo sobre el empuñadura del pie, mientras ella sollozaba intermitentemente.

—Por favor, vaya a su habitación —dijo él al fin—. El niño todavía está despierto. Llámeme a las siete. Probablemente, el señor Ember cuidará mañana de arreglarlo todo. Yo me marcharé con el niño lo antes posible.

—Pero ha sido tan rápido —gimió la mujer—. Usted decía ayer... ¡Oh! ¡No tenía que ocurrir de esta manera!

—Y yo le retorceré el pescuezo —añadió Krug—, si le dice una sola palabra al niño.

Apartó el plato, se dirigió a su estudio y cerró la puerta con llave.

Ember podía haber salido. El teléfono podía no funcionar. Pero, con sólo tocar el aparato al levantarlo, supo que el fiel instrumento estaba vivo. Nunca podía recordar el número de Ember. Aquí está el lomo del libro de teléfonos donde solíamos ambos anotar nombres y cifras, unidas nuestras manos, trazando palos y curvas en opuestas direcciones. Su concavidad adaptada exactamente a mi convexidad. Extraordinario... Soy capaz de distinguir la sombra de las pestañas en la mejilla del niño, pero no puedo descifrar mi propia escritura. Encontró sus gafas de repuesto y, después, el número familiar, con un seis en medio que recordaba la nariz persa de Ember, y Ember dejó su pluma, apartó la larga boquilla de ámbar de sus fruncidos labios, y escuchó.

«Estaba en la mitad de esta carta cuando llamó Krug y me dio una terrible noticia. La pobre Olga ha dejado de existir. Murió hoy, después de una operación de riñón. Yo había ido a verla al hospital, el martes pasado, y estaba tan amable como siempre y admiró mucho las realmente adorables orquídeas que yo le había llevado; no parecía haber ningún peligro..., o, si lo había, los médicos no se lo dijeron a él. He registrado el choque, pero todavía no puedo analizar el impacto de la noticia. Probablemente no podré dormir en varias noches. Mis propias tribulaciones, todas las pequeñas intrigas teatrales que

acabo de describir, temo que le parecerán tan triviales como ahora me lo parecen a mí.

»De momento, se me ocurrió la imperdonable idea de que se trataba de una broma monstruosa por su parte, como aquella vez que leyó al revés, desde el final hasta el principio, su conferencia sobre el espacio, para ver si sus estudiantes reaccionarían de alguna manera. No lo hicieron, como tampoco lo hago yo por el momento. Probablemente le verá usted antes de recibir esta confusa epístola; él sale mañana para los Lagos con su pobre muchachito. Una decisión acertada. El futuro no está tan claro, pero supongo que la Universidad reanudará sus actividades dentro de poco, aunque, desde luego, nadie sabe los súbitos cambios que pueden producirse. Últimamente, han circulado por aquí rumores espantosos; el único periódico que yo leía, hace al menos una semana que no sale. Él me ha pedido que me encargue yo mañana de la cremación, y me ha preguntado lo que pensará la gente cuando él no comparezca; pero, desde luego, su actitud ante la muerte impide que asista a la ceremonia, aunque ésta será tan breve y formal como yo pueda hacerla..., a menos que se entremeta la familia de Olga. Pobre muchacho..., ella fue para él una brillante ayuda en su brillante carrera. En tiempos normales, creo que yo habría enviado su retrato a los periodistas americanos.»

Ember dejó de nuevo la pluma y se sumió en sus pensamientos. También él había participado en aquella brillante carrera. Oscuro erudito, traductor de Shakespeare, en cuyo verde y húmedo país había pasado su estudiosa juventud..., pasó inocentemente a primer plano cuando un editor le pidió que aplicase el proceso de inversión a la *Komparatiwn Stuhdar* en *Sophistat tuen Pekrekh*, o, según rezaba el más rotundo título de la edición americana. La filosofía del pecado (prohibida en cuatro Estados, y *best-seller* en todos los demás). ¡Qué extraña jugada de la suerte...! Esta obra maestra del pensamiento esotérico prendió inmediatamente en el lector de clase media y disputó los primeros honores, durante una temporada, a la vigorosa sátira *Straight Flus*, y, el año siguiente, a la novela de *Dixieland*, de Elisabeth Ducharme, Cuando pasa el tren, y, durante veintinueve días (año bisiesto), a la selección del club del libro, *A través de pueblos y ciudades*, y, durante dos años consecutivos, a la notable mezcla de oblea y arropo que es la *Anunciata* de Louis Sontag, que empezó tan bien en las Cuevas de St. Barthelemy y terminó en la sección de historietas del periódico.

Al principio, Krug, aun declarando que lo encontraba divertido, se sintió muy irritado por todo el asunto, mientras Ember se sentía avergonzado y trataba de disculparse, preguntándose en secreto si su marca particular de rico inglés sintético no habría contenido algún ingrediente exótico, alguna horrible especia adicional capaz de explicar aquella inesperada situación; pero, con mayor perspicacia que la que mostraban los dos aturrullados eruditos, Olga se dispuso a disfrutar plenamente, en años venideros, el éxito de un trabajo cuyos puntos especialísimos conocía ella mejor de lo que podían conocerlos sus efímeros comentaristas. Ella hizo que el espantado Ember persuadiese a Krug de hacer aquella gira de conferencias por América, como si previese que sus fuertes ecos le ganarían en casa la estima que jamás le había valido su trabajo, en la jerga natal, de la estolidez académica, ni de la masa comatosa de lectores amorfos. Y no es que el propio viaje resultase desagradable. Nada de eso. Aunque Krug, reacio como siempre a derrochar en fútiles conversaciones experiencias capaces de sufrir, más adelante, imprevisibles metamorfosis (si se dejaban germinar tranquilamente en el aluvión de la mente), había nablado poco de su gira. Olga había conseguido reconstruirla enteramente y referirla con entusiasmo a Ember, que esperaba vagamente un chorro de sarcástico disgusto. «¿Disgusto? —había exclamado Olga—. ¡Cómo! Él ya ha tenido bastantes disgustos aquí. Júbilo, entusiasmo, una aceleración de la imaginación, una desinfección de la mente, ¡togliwn ochnat divodiv (la sorpresa diaria de despertar)!»

«Paisajes todavía no contaminados por la poesía convencional, y darle una palmada en la espalda a la vida, esa concienzuda desconocida, y decirle que descanse.» Él había escrito esto al regresar, y Olga, con maliciosa satisfacción, había pegado en un álbum de tafilete las alusiones indígenas al pensador más original de nuestros tiempos. Ember evocó su amplio ser (de Olga), sus treinta y siete espléndidos años, los brillantes cabellos, los gordezuelos labios, el firme mentón que tan bien se avenía con los tonos bajos y airulladores de su voz —tenía ella algo de ventrílocuo, un continuo soliloquio que seguía, bajo una sombra de saucedal, los meandros de su verdadero discurso. Veía a Krug, el grave y casposo maestro, sentado allí, con una sonrisa satisfecha y taimada en su rostro grande y moreno (que recordaba el de Beethoven en la correlación general de sus ásperas facciones) —sí, recostado en el viejo sillón de color de rosa, mientras Olga hacía alegremente el gasto de la conversación—, y con qué viveza recordaba la manera que tenía ella de hacer que la frase saltase u ondulase entre los tres rápidos bocados propinados al pastel de pasas que tenía en la mano, y la viva y triple pasada de su mano

gordezuela sobre la de pronto estirada falda, para sacudir las migas, mientras continuaba su relato. Casi extravagantemente sana, una verdadera radabarbara (guapa moza): los ojos grandes y radiantes, la encendida mejilla, sobre la que apoyaba el fresco dorso de su mano, la frente blanca y brillante, con una blanca cicatriz —consecuencia de un accidente de automóvil en las sombrías montañas de Lagodan, de legendaria memoria. Ember no veía cómo podría uno librarse del recuerdo de aquella vida, de la insurrección de una viudez semejante. Con sus pies menudos y sus amplias caderas, con su habla infantil y su pecho de matrona, con su brillante ingenio y los torrentes de lágrimas que vertió aquella noche por la destrozada y gimiente cierva que se arrojó contra los cegadores faros del coche, mientras ella sangraba también; con todas estas y otras muchas cosas que Ember sabía que no podía saber, yacería ahora —un puñado de polvo azul— en su frío columbario.

Había sentido por ella un enorme cariño, y quería a Krug con la misma pasión que siente el grande, zalamero y boquihendido sabueso por el cazador de botas altas que ahuma la marisma mientras él se inclina sobre la roja fogata. Krug sabía apuntar a la bandada de los más populares y sublimes pensamientos humanos y derribar cada vez un pato salvaje. Pero no podía matar a la muerte.

Ember vaciló; después, marcó rápidamente el número. La línea estaba ocupada. Aquella serie de pequeños zumbidos en forma de palo parecía la larga hilera de superpuestas en un índice de las primeras líneas de una antología de versos. Yo soy un lago. Yo soy una lengua. Yo soy un espíritu. Yo tengo fiebre. Yo no soy codicioso. Yo soy el Caballero Negro. Yo soy la antorcha. Yo me levanto. Yo pregunto. Yo subo a la colina. Yo vengo. Yo sueño. Yo envidio. Yo encuentro. Yo oigo. Yo quise escribir una oda. Yo sé. Yo amo. Yo no debo afligirme, mi amor. Yo nunca. Yo jadeo. Yo recuerdo. Yo te vi una vez. Yo viajé. Yo rondé. Yo quiero. Yo quiero. Yo quiero. Yo quiero.

Pensó en salir a echar su carta al correo, cosa que no debe hacer un solterón a las once de la noche. Confió en haber tomado la tableta de aspirina a tiempo de cortar de raíz su resfriado. La inacabada traducción de sus versos predilectos en la obra más importante de Shakespeare:

*follow the perttaunt jauncing 'neath the rock with her pale skeins-mate*

acudió tentadora a su mente; pero las sílabas no podían cuadrar, porque, en su lengua natal, la palabra «rack» era anapéstica. Como hacer pasar un piano grande por una puerta. Había que desmontarla. O doblar la esquina del verso siguiente. Pero la litera estaba tomada, la mesa estaba reservada, la línea estaba ocupada.

Ahora ya no lo estaba.

—Pensé que tal vez te gustaría que fuese a tu casa. Podríamos jugar al ajedrez o algo por el estilo. Bueno, dime francamente si...

—Me gustaría —dijo Krug—. Pero he recibido una llamada inesperada de... bueno, una llamada inesperada. Quieren que vaya inmediatamente. Dicen que es una sesión urgente..., yo no sé..., importante, dicen. Una lata, desde luego; pero, como no puedo trabajar ni dormir, pensé que podría ir.

—¿Tuviste alguna dificultad para llegar a casa esta noche?

—Temo que estaba borracho. Rompí mis gafas. Van a mandar...

—¿Se trata de aquello a que aludiste el otro día?

—No. Sí. No... No me acuerdo. *Ce sont mes collegues et le vieux et tout le trimbala*. Van a mandar un coche a buscarme dentro de unos minutos.

—Comprendo. ¿Crees que...?

—Irás al hospital lo más pronto posible, ¿verdad? A las nueve, a las ocho, incluso antes...

—Sí, desde luego.

—Le he dicho a la doncella..., tal vez tú podrías cuidar del asunto..., le he dicho que...

Krug jadeaba terriblemente, no pudo terminar, colgó de golpe el receptor. Reinaba en su estudio un frío desacostumbrado. Todos tan ciegos y llenos de polvo, y colgados tan altos sobre las estanterías, que apenas si podía distinguir la agrietada tez de una cara vuelta hacia arriba bajo un halo rudimentario o los dientes de sierra de una túnica de mártir que parecía de

pergamino y se disolvía en una triste negrura. Sobre una mesa de juego de un rincón, había montones de volúmenes sin encuadernar de la *Revue de Psychologie*, comprados de segunda mano, pasando del avinagrado 1879 al rollizo 1880, con sus cubiertas como hojas muertas, gastadas o arrugadas en los bordes y casi cortadas por el cruzado cordel que, abriéndose camino, roía el cuerpo polvoriento. Resultados del pacto de no sacudir jamás el polvo, de no deshacer la estancia. Una cómoda y horrenda lámpara de pie, de bronce, con una pantalla de grueso cristal de un granate granujiento, con porciones de amatista espaciadas asimétricamente entre venas de bronce, había crecido hasta gran altura, como un enorme hierbajo, surgiendo de la vieja alfombra azul, junto al sofá rayado donde dormiría Krug esta noche. Una generación espontánea de cartas sin contestar, de reimpresiones, de boletines universitarios, de sobres destripados, de recortes de papel, de lápices en diversos grados de desarrollo, llenaba la mesa escritorio. Gregoire, un enorme ciervo volante de hierro forjado que había empleado su padre para quitarse, tirando del tacón (apresado ávidamente por las bruñidas mandíbulas), primero una de sus botas de montar, y después la otra, atisbaba, aborrecido, desde debajo del fleco de cuero de un sillón de cuero. La única cosa pura de la habitación era una copia de la *Casa de Naipes*, de Chardin, que ella había colocado un día sobre la repisa de la chimenea (para ozonizar tu horrible cubil, había dicho ella) —las conspicuas cartas, las caras coloradas, el adorable fondo castaño.

Recorrió el pasillo en sentido contrario, escuchó el rítmico silencio del cuarto del niño... Y Claudina salió una vez más de la habitación contigua. Él le dijo que iba a salir y le pidió que le hiciese la cama en el diván del estudio. Después, recogió el sombrero del suelo y bajó la escalera, para esperar el coche.

Hacía frío en la calle, y Krug lamentó no haber rellenado su frasco de aquel coñac que le había ayudado a vivir aquel día. También estaba muy silenciosa, más silenciosa que de costumbre. En las anticuadas y airosas fachadas del otro lado de la empedrada calle se habían apagado la mayor parte de las luces. Un hombre al que conocía, ex miembro del Parlamento, un poco latoso, que solía sacar a sus dos educados y abrigados perros de largo cuerpo y patas cortas, al anochecer, había sido trasladado dos días atrás del número cincuenta, en un camión atestado ya de otros prisioneros. Por lo visto, el Sapo había decidido hacer su revolución lo más convencional posible. El coche se retrasaba.

Azureus, rector de la Universidad, le había dicho que un tal doctor Alexander, profesor ayudante de Biodinámica, a quien Krug no conocía, iría a buscarle. El tal Alexander había estado recogiendo gente toda la tarde, y el rector había tratado de ponerse al habla con Krug desde después del mediodía. El doctor Alexander era un caballero enérgico, dinámico, eficiente, una de esas personas que, en tiempos calamitosos, salen de la mate oscuridad para florecer súbitamente con salvoconductos, pases, cupones, coches, contactos y listas de direcciones. Los personajes de la Universidad se habían derrumbado inevitablemente, y, desde luego, la reunión no habría sido posible si no hubiese surgido un perfecto organizador en la periferia de su clase, gracias a una afortunada mutación que casi sugería la discreta intervención de una fuerza trascendental. Cuando el coche oficial autorizado, sacado por el mago en medio de nosotros, se detuvo junto al bordillo, rozándolo adrede con un neumático, se podía distinguir, a la vacilante luz de la calle, el emblema (curiosamente parecido a una araña aplastada y dislocada, pero que aún se estremecía) del nuevo Gobierno, sobre una banderita roja fijada en el capó.

Krug se sentó al lado del conductor, que no era más que el propio doctor Alexander, un hombre de cara sonrosada, muy rubio y muy atildado, de treinta y pico de años, con una pluma de faisán en su elegante sombrero verde y una pesada sortija con un ópalo en el cuarto dedo de la mano. Tenía las manos muy blancas y finas, y las apoyaba ligeramente sobre el volante. De las dos (?) personas que viajaban en el asiento de atrás, Krug reconoció a Edmond Beuret, el profesor de Literatura Francesa.

—*Bonsoir, cher collègue* —dijo Beuret—. *On m'a tiré du lit au grand désespoir de ma femme. Comment va la vôtre?*

—Hace unos días —dijo Krug— tuve el placer de leer su artículo sobre... —(no podía recordar el nombre de aquel general francés, una honrada aunque algo limitada figura histórica que había sido llevada al suicidio por unos políticos calumniadores).

—Sí —dijo Beuret—, me gustó escribirlo. *Les morts, les pauvres morts ont de grandes douleurs. Et quand Octobre souffle...*

El doctor Alexander hizo girar el volante con mucha suavidad y habló sin mirar a Krug; después, le echó una rápida mirada, y volvió a mirar seguidamente al frente.

—Tengo entendido, profesor, que esta noche será usted nuestro salvador. La suerte de nuestra Alma Mater está en buenas manos.

Krug gruñó, sin comprometerse. No tenía la menor idea... —¿o era una velada alusión al hecho de que el Jefe, conocido vulgarmente por el Sapo, había sido condiscípulo suyo?—. Pero esto habría sido una tontería.

El coche fue detenido en medio de la plaza de Skotoma (ex Libertad, ex Imperial) por tres soldados, dos policías y la mano levantada del pobre Teodoro Tercero, que siempre quería que le llevaran o ir a una plaza más pequeña; pero el doctor Alexander les señaló la banderita roja y negra, y ellos saludaron y se retiraron a la oscuridad.

Las calles estaban desiertas, como suele ocurrir en las lagunas de la Historia, en los terrains vagues del tiempo. En total, la única criatura viviente que encontraron fue un joven que volvía a casa de un intempestivo y, por lo visto, truncado baile de disfraces: iba vestido de *mujik* ruso —camisa bordada, que flotaba libremente sobre un cinturón adornado con borlas; culotte bouffante; botas carmesí y reloj de pulsera.

—*On va lui torcher le derrière, à ce gaillard-là* —observó tristemente el profesor Beuret.

La otra persona —anónima— del asiento de atrás murmuró algo inaudible y se respondió a sí mismo de un modo afirmativo, pero también inarticulado.

—No puedo correr mucho más —dijo el doctor Alexander, mirando fijamente al frente— porque los neumáticos están gastados. Si quiere usted meter la mano en mi bolsillo de la derecha, profesor, encontrará unos cigarrillos.

—No fumo —dijo Krug—. Y, de todos modos, no creo que haya ninguno.

Siguieron rodando un rato en silencio.

—¿Por qué? —preguntó el doctor Alexander, pisando y soltando suavemente el acelerador.

—Una idea que pasó por mi cabeza —dijo Krug.

El simpático conductor apartó discretamente una mano del volante y palpó su bolsillo; después, hizo lo mismo con la otra. Al cabo de un momento, repitió la operación con la derecha.

—Los habré perdido —dijo, después de otro minuto de silencio—. Y usted, profesor, no sólo no fuma, y es un hombre genial, como todo el mundo sabe, sino que es también —con una rápida mirada— un jugador extraordinariamente afortunado.

—Esto es verad —dijo Beuret, pasando súbitamente al inglés, que sabía que Krug conocía, y hablándolo como un inglés que lee un libro francés—, esto es verdad, y sé por fuentes bien informadas que el depuesto chef del Estado ha sido capturado junto con otros dos tipos (aquí el autor empieza a aburrirse... o se olvida) en algún lugar de la montaña... ¿y fusilados? Pero no; esto no puedo creerlo..., es demasiado horrible (aquí el autor vuelve a recordar).

—Probablemente un poco exagerado —observó el doctor Alexander en su lengua vernácula—. En la actualidad pueden circular toda clase de feos rumores, y, aunque *domusta barbarn kapusta* (las esposas más feas son las más fieles), yo no lo creo en este caso particular —terminó, con una alegre carcajada, y se hizo otro silencio.

¡Oh, mi extraña ciudad natal! Tus estrechas callejuelas, por donde pasaron antaño los romanos, sueñan de noche en cosas diferentes de las que sueñan las fugaces criaturas que pisan tus piedras. ¡Oh, extraña ciudad! Cada una de tus piedras guarda tantos viejos recuerdos como motas de polvo hay en ellas. Cada una de tus piedras grises y calladas ha visto arder un largo cabello de bruja, atrepellar a un pálido astrónomo, patear un pordiosero a otro pordiosero en la ingle... y los cabellos del Rey arrancando chispas de tu suelo, y los lechuguinos de traje castaño y los poetas vestidos de negro entrando en los cafés, mientras tú rezumabas agua sucia a los divertidos ecos de ¡agua va! Ciudad de sueños, sueño cambiante, oh tú, piedra inconstante. Las pequeñas tiendas, cerradas todas en la limpia noche, los desvaídos muros, la hornacina compartida por la paloma sin hogar y el clérigo esculpido, el rosetón, la sudorosa gárgola, el sayón que abofeteó a Cristo: esculturas sin vida mezclando sus plumas con las de una vida oscura... Tus angostas y rudas calles no fueron hechas para las ruedas de unos ingenios borrachos de gasolina... Y al detenerse al fin el automóvil y apearse trabajosamente de él el corpulento Beuret, siguiendo la estela de su barba, el hombre anónimo y

susurrante que había estado sentado a su lado, se partió en dos y produjo, por súbita germinación, a Gleeman, el enclenque profesor de Poesía Medieval, y al igualmente diminuto Yanovsky, que enseñaba escansión eslava: dos homúnculos recién nacidos, puestos ahora a secar sobre el paleolítico pavimento.

—Voy a encerrar el coche y en seguida estoy con ustedes —dijo el doctor Alexander, con una tosecilla.

Un mendigo con pinta de italiano, vestido de harapos pintorescos, que había exagerado la nota gracias a un agujero particularmente dramático en un sitio donde normalmente no hubiese debido haber ninguno —el fondo de su expectante sombrero—, estaba plantado allí, temblando de fiebre, como era debido, a la luz del farol de la puerta de entrada. Cayeron tres monedas de cobre consecutivas... y todavía deben estar cayendo. Cuatro silenciosos profesores subieron juntos la escalera rococó.

Pero no tuvieron necesidad de tocar el timbre, ni el picaporte, ni nada, pues la puerta del rellano más alto fue abierta de par en par, para recibirles, por el prodigioso doctor Alexander, que ya estaba allí, quizá por haber subido disparado por alguna escalera posterior especial, o por medio de una de aquellas cosas imparables que yo solía emplear para elevarme desde la torcida noche del Keeweenawatin y los horrores de la Revolución Laurentiana, a través de la Provincia de Perm, llena de vampiros, a través de Primitivo Reciente, Ligeramente Reciente, No Tan Reciente, Completamente Reciente, Más Reciente. Aún... ¡caliente, caliente...! hasta mi número de habitación en mi piso de hotel en un remoto país, arriba, arriba, en uno de aquellos ascensores express gobernados por las delicadas manos —las mías, en foto negativa— de unos hombres de piel oscura, estómago hundido y corazón ascendente, que nunca llegaban al Paraíso, porque el paraíso no es un ático; y, surgiendo de las profundidades del bifurcado pasillo, llegó a paso vivo el rector Azureus, con los brazos abiertos, anticipando una reverencia con sus marchitos ojos azules, temblando el arrugado labio superior...

«Sí, claro..., qué estúpido soy», pensó Krug, el círculo dentro de Krug, un Krug dentro de otro.

#### **CAPITULO IV**

La manera que tenía el viejo Azureus de recibir a la gente era una rapsodia silenciosa. Inclinandose extáticamente, lentamente, tiernamente, tomaba la mano de uno entre sus suaves palmas, y la conservaba así, como si fuese un tesoro largo tiempo buscado, o un gorrión todo pelusa y corazón, en un húmedo silencio, mirándolo entretanto a uno con sus reverentes arrugas más que con sus ojos, y entonces, muy despacio, la sonrisa de plata empezaba a disolverse, las tiernas y viejas manos aflojaban gradualmente su apretón, una expresión vacía sustituía a la ferviente luz de su pálido y frágil semblante, y se apartaba de uno como si se hubiese equivocado, como si, n fin de cuentas, no fuese uno la persona amada..., la persona amada a la cual descubriría un momento después en otro rincón, y volvería a resplandecer la sonrisa, y sus manos envolverían de nuevo al gorrión, y de nuevo se desvanecería todo.

Una veintena de eminentes representantes de la Universidad, algunos de ellos recientes pasajeros del doctor Alexander, estaban de pie o sentados en el espacioso y más o menos brillante salón (no todas las lámparas estaban encendidas bajo los verdes cúmulos y los querubines del techo), y tal vez media docena más coexistían en el contiguo *mussikisha* (salón de música), pues el viejo caballero era un mediano arpista á ses heures y le gustaba formar tríos, con él como hipotenusa, o invitar a algún músico realmente grande para que hiciese cosas en el piano, después de lo cual, dos doncellas y su hija soltera, que olía vagamente a agua de Colonia y claramente a sudor, repartían unos bocadillos pequeñísimos y no sobreabundantes, y algunos bouchées triangulares que, según creía ardientemente, tenían un propio encanto especial, debido a su forma. Esta noche, en vez de estas golosinas, había té y bizcochos duros; y un gato de color de concha de tortuga (acariciado alternativamente por el profesor de Química y por Hedron, el Matemático) yacía sobre el negro y brillante «Bechstein». Al contacto de hoja seca de la mano eléctrica de Gleeman, el gato se hinchó como leche al hervir e inició un fuerte ronroneo; pero el pequeño medievalista estaba distraído y se alejó. Economía, Teología e Historia Moderna estaban, de pie, charlando, cerca de una de las ventanas cubiertas con pesadas cortinas.

Una corriente fina, pero virulenta, se percibía a pesar del cortinaje. El doctor Alexander se había sentado a una mesita, había trasladado cuidadosamente a su esquina noroccidental los objetos que había encima de ella (un cenicero de cristal, un burrito de porcelana con cestas para las cerillas,

una cajita que imitaba un libro) y estaba repasando una lista de nombres, tachando algunos de ellos con un lápiz de punta increíblemente afilada. El rector estaba inclinado encima de él, con una mezcla de curiosidad y preocupación. De vez en cuando, el doctor Alexander interrumpía su examen, y su mano desocupada acariciaba cuidadosamente los lisos y rubios cabellos de su nuca.

—¿Qué hay de Rufel? (Ciencias Políticas) —preguntó el rector—. ¿No pudo usted encontrarle?

—No estaba disponible —respondió el doctor Alexander—. Por lo visto, lo detuvieron. Por su propia seguridad, me han dicho.

—Esperemos que sea así —dijo el viejo Azureus, pensativamente—. Bueno, qué se le va a hacer. Supongo que podemos empezar.

Edmond Beuret, poniendo en blanco sus grandes ojos castaños, estaba contando a un hombre gordo y flemático (Dramática) el chocante espectáculo que había presenciado.

—Oh, sí —dijo Dramática—. Los estudiantes de Arte. Estoy enterado de todo esto.

—*Ils ont du toupet pourtant* —dijo Beuret.

—O simple terquedad. Cuando los jóvenes se agarran a la tradición, lo hacen con el mismo ardor que muestran los hombres más maduros en demolerla. Irrumpieron en el Klumba («Palomar» un famoso teatro), ya que todos los salones de baile estaban cerrados. Perseverancia.

—¿Dicen que el *Parlamint* y el *Zud* (Palacio de Justicia) están todavía ardiendo? —dijo otro profesor.

—Ha oído usted mal —contestó Dramática—, porque no estamos hablando de esto, sino del triste caso de la Historia impidiendo un baile anual. Los chicos encontraron un depósito de velas y bailaron en el escenario —siguió diciendo, volviéndose de nuevo a Beuret, el cual permanecía en pie, sacando la barriga y con ambas manos hundidas en los bolsillos del pantalón—. Ante una casa vacía. Una escena que tiene algunos lindos matices.

—Creo que podemos empezar —dijo el rector, acercándose a ellos y pasando a través de Beuret como un rayo de luna, para ir a avisar a otro grupo.

—Entonces, es admirable —dijo Beuret, viendo de pronto la cosa bajo una luz distinta—. Espero que los *pauvres gosses* se divirtiesen.

—La Policía los dispersó hace cosa de una hora —contestó Dramática—. Pero supongo que fue divertido mientras duró.

—Creo que podremos empezar dentro de un momento —dijo el rector, en tono confiado, pasando de nuevo junto a ellos.

Desaparecida su sonrisa hacía rato, crujiendo débilmente sus zapatos, se deslizó entre Yanovsky y el Latinista, y dijo que sí con la cabeza a su hija, la cual le mostraba disimuladamente un cuenco de manzanas desde la puerta.

—Lo sé por dos fuentes de información (una era Beuret, y la otra el presunto informador de Beuret) —dijo Yanovsky, y bajó tanto la voz que el Latinista tuvo que agacharse y acercar su oreja cubierta de una blanca pelusilla.

—Yo oí otra versión —dijo el Latinista, irguiéndose despacio—. Les cogieron cuando intentaban cruzar la frontera. Uno de los ministros, cuya identidad se desconoce, fue ejecutado en el acto; pero a... —y bajó la voz al nombrar al ex presidente del Estado— se lo llevaron y lo metieron en la cárcel.

—No, no —dijo Yanovsky—. Nada de ministros. Sólo él. Como el Rey Lear.

—Sí; así estará bien —dijo el doctor Azureus, con sincera satisfacción, al doctor Alexander, que había corrido algunas de las sillas y traído unas cuantas más, de modo que, como por arte de magia, la estancia había adquirido el equilibrio necesario.

El gato saltó del piano y salió pausadamente, rozando de pasada, en un momento de locura, la pernera del pantalón a rayas de Gleeman, que estaba ocupado en mondar una manzana «Bervok» de color rojo oscuro.

Orlik, el Zoólogo, estaba de espaldas a los reunidos, examinando atentamente, a varios niveles y desde diversos ángulos, el lomo de los libros

colocados en los estantes de detrás del piano, sacando de vez en cuando alguno que no tenía título visible, y devolviéndolo apresuradamente a su sitio: todos eran unos tostones, escritos en alemán: poesía alemana. Estaba fastidiado, y tenía una numerosa y ruidosa familia en casa.

—En esto, discrepo de ambos —decía el profesor de Historia Moderna—. Mi cliente nunca se repite. Al menos cuando mi gente espera ansiosamente que se produzca la repetición. En realidad, Clío sólo puede repetirse inconscientemente. Porque tiene muy mala memoria. Como ocurre con tantos fenómenos de tiempo, las combinaciones recurrentes sólo son perceptibles como tales cuando ya no pueden afectarnos, cuando están aprisionadas, por decirlo así, en el pasado, que es el pasado precisamente porque está desinfectado. Tratar de plasmar nuestro mañana con ayuda de los datos suministrados por nuestro ayer, significa ignorar el elemento básico del futuro, que es su total inexistencia. Confundimos la vertiginosa carrera del presente hacia este vacío con un movimiento racional.

—Puro krugismo —murmuró el profesor de Economía.

—Permítanme un ejemplo —prosiguió el Historiador, sin advertir la observación—: sin duda podemos descubrir, en el pasado, ocasiones que tienen cierto paralelismo con nuestro propio período, ocasiones en que la bola de nieve de una idea fue empujada y empujada por las manos enrojecidas de unos colegiales, y se hizo más y más grande, hasta convertirse en un hombre de nieve con un sombrero ladeado y una escoba colocada de cualquier manera debajo del sobaco..., y entonces, de pronto, pestañearon los ojos perplejos, la nieve se convirtió en carne, la escoba se transforma en un arma, y un tirano de cuerpo entero decapitó a los muchachos. Oh, sí, otros parlamentos o senados fueron derribados antes de ahora, y no es ésta la primera vez que un hombre oscuro y desagradable, pero maravillosamente obstinado, se ha abierto camino hasta las entrañas de un país. Pero, a los ojos de los que observan estos acontecimientos y quisieran preservarlos, el pasado no brinda ninguna clave, ningún *modus vivendi*, y ello por la sencilla razón de que él mismo no lo tenía cuando saltó el borde del presente y cayó en el vacío que, en definitiva, tenía que llenar.

—Si fuese así —dijo el profesor de Teología—, volveríamos al fatalismo de las naciones inferiores y desconoceríamos los miles de pasadas ocasiones en que la capacidad de razonar, y de actuar en consecuencia, demostró ser más

beneficiosa de lo que habrían sido el escepticismo y la sumisión. Su académico desprecio por la Historia aplicada sugiere, más bien, su vulgar utilidad, amigo mío.

—Oh, yo no hablaba de sumisión ni de nada por el estilo. Esto es una cuestión ética que cada cual debe resolver según su propia conciencia. Me limitaba a refutar su afirmación de que la Historia podría predecir lo que Paduk dirá o hará mañana. No puede haber sumisión, porque el mero hecho de que nosotros discutamos estos asuntos implica curiosidad, y la curiosidad es, a su vez, insubordinación en su forma más pura. Y hablando de curiosidad, ¿pueden ustedes explicarme el extraño cariño de nuestro rector por ese sonrosado caballero de allá abajo..., el amable caballero que nos ha traído aquí? ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—Uno de los ayudantes de Maler, según creo; un trabajador de laboratorio o algo parecido —dijo Economía.

—Y el curso pasado —dijo el Historiador— vimos a un balbuciente imbécil elevado misteriosamente a la cátedra de Paidología, porque daba la casualidad de que tocaba el indispensable contrabajo. En todo caso, ese hombre debe ser el mismísimo diablo en cuanto a persuasión, ya que ha conseguido hacer venir a Krug.

—¿No emplearía —preguntó el profesor de Teología, con ligerísima expresión taimada—, no emplearía, de algún modo, la sonrisa de la bola de nieve y la escoba del hombre de nieve?

—¿Quién? —preguntó el Historiador—. ¿Quién la empleó? ¿Aquel hombre?

—No —dijo el profesor de Teología—. El otro. Aquel que era tan difícil de pillar. Es curioso que, con las ideas que expresó hace diez años...

Fueron interrumpidos por el rector, que se había plantado en medio de la estancia, reclamando atención y dando unas ligeras palmadas.

La persona cuyo nombre acababa de mencionarse, el profesor Adam Krug, el filósofo, estaba sentado un poco apartado de los demás, arrellanado en un sillón tapizado de cretona, con las velludas manos sobre los brazos de éste. Era un hombre alto y corpulento, de poco más de cuarenta años, de

desaliñados, polvorientos —o ligeramente grises— cabellos, y con unas facciones toscamente talladas, propias de un rudo maestro de ajedrez o de un malhumorado compositor, pero más inteligentes. La firme, compacta y nublada frente tenía ese aspecto hermético particular (¿caja fuerte de Banco?, ¿muro de cárcel?) que presenta el rostro de los pensadores. El cerebro estaba compuesto de agua, varios compuestos químicos y un grupo de grasas sumamente especializadas. Los pálidos ojos acerados estaban medio cerrados en sus órbitas de cuadrada apariencia, bajo las hirsutas cejas que los habían protegido antaño de los venenosos excrementos de pájaros extintos —hipótesis de Schneider. Las orejas eran de buen tamaño, con pelos en su interior. Dos profundos pliegues de carne divergían desde la nariz a lo largo de las grandes mejillas. Llevaba un arrugadísimo traje oscuro y una corbata de lazo, siempre la misma, de color violeta de hisopo, con (puro blanco en la muestra, aquí Isabella) topos interneurales y una tullida ala posterior izquierda. El cuello, menos reciente, era de la variedad baja y abierta, a saber, dejando un cómodo espacio triangular para la nuez de su propio nombre. Unos zapatos de suela gruesa y unos botines negros y anticuados eran las características distintivas de sus pies. ¿Qué más? ¡Ah, sí...! El distraído repiqueteo de su dedo índice sobre el brazo del sillón.

Debajo de esta superficie visible, una camisa de seda envolvía su robusto torso y sus cansadas caderas. La camisa estaba profundamente embutida en los calzoncillos largos, introducidos a su vez en los calcetines; sabía que se rumoreaba que no llevaba estos últimos (de aquí los botines), pero no era verdad; en realidad, eran unos calcetines de seda color de espliego, bastante caros.

Debajo de esto estaba la cálida y blanca piel. Saliendo de la oscuridad, un rastro de hormiga, una estrecha caravana capilar, subía por la mitad del abdomen para terminar en el borde del ombligo; y una espesura más negra y más tupida se extendía como las alas de un águila sobre su pecho.

Debajo de esto estaban una esposa muerta y un hijo dormido.

El rector inclinó la cabeza sobre una mesa de palisandro colocada por sus ayudantes en una posición conspicua. Se caló las gafas empleando una sola mano, sacudió la plateada cabeza para que cesaran las cortesías y procedió a recoger e igualar, con unos golpecitos, los papeles que había estado contando. El doctor Alexander se dirigió de puntillas a un rincón y se sentó en

una silla que acababan de traer. El rector depositó sobre la mesa el grueso e igualado fajo de hojas escritas a máquina, se quitó las gafas y, manteniendo éstas apartadas de su oreja derecha, inició su discurso preliminar. Pronto advirtió Krug que, él mismo, se había convertido en una especie de foco de atracción de aquella estancia de ojos de Argos. Sabía que, a excepción de dos de los reunidos, Hedron y, tal vez, Orlik, nadie le tenía verdadera simpatía. A todos —o sobre todos— sus colegas había dicho alguna vez algo... algo imposible de recordar con detalle y difícil de definir en términos generales, alguna descuidada, aguda y dura nimiedad que había rozado un sector en carne viva. Sin que nadie le buscara ni llamara, un rollizo, pálido y granujiento adolescente entró en un aula oscura y miró a Adam, el cual desvió la mirada.

—Les he convocado, caballeros, para informarles de ciertas gravísimas circunstancias, circunstancias que sería estúpido ignorar. Como saben ustedes, nuestra Universidad ha estado virtualmente cerrada desde el último día del mes pasado. Ahora me han dado a entender que, a menos que declaremos claramente al Jefe cuáles van a ser nuestro programa, nuestras intenciones y nuestra conducta, este organismo, este viejo y querido organismo, dejará de funcionar definitivamente y será sustituido por otra institución, con otro personal. Dicho en otras palabras, el glorioso edificio construido piedra a piedra por estos dos albañiles, Ciencia y Administración, durante siglos, se derrumbará... Se derrumbará por nuestra falta de iniciativa y de tacto. En la hora undécima, se ha planeado una línea de conducta que, así lo espero, puede evitar el desastre. Mañana podría ser demasiado tarde.

»Todos ustedes saben lo mucho que me disgusta el espíritu de compromiso. ¡Pero no creo que al animoso esfuerzo que realizaremos juntos se le pueda aplicar aquel término ofensivo! ¡Caballeros! Cuando un hombre ha perdido a su amada esposa, cuando un animal ha perdido sus *pies* en el proceloso océano, cuando un gran ejecutivo ve destrozado el trabajo de toda una vida..., lo lamenta. Lo lamenta demasiado tarde. Así, coloquémonos, por nuestra propia culpa, en el lugar del desolado esposo, del almirante cuya flota se ha hundido en las furiosas olas, del administrador en bancarrota: tomemos nuestro sino en nuestras manos, como una antorcha llameante.

»Ante todo, voy a leerles un breve memorándum, una especie de manifiesto si lo prefieren, que hay que someter al Gobierno y publicar debidamente..., y aquí viene el segundo punto que deseo plantear, un punto que alguno de ustedes habrá ya adivinado. Entre nosotros, hay un hombre... un gran hombre, me permito añadir, que, por singular coincidencia, resulta

haber sido, en lejanos tiempos, compañero de escuela de otro gran hombre, el que rige nuestro Estado. Sean cuales fueren nuestras opiniones políticas, y durante mi larga vida yo he compartido la mayoría de ellas, no puede negarse que un Gobierno es un Gobierno y que, como tal, no puede esperarse que tolere una imprudente manifestación de disensión o de indiferencia no provocadas. Lo que nos parecía una bagatela, la simple bola de nieve de un credo político transitorio y sin consistencia, ha adquirido enormes proporciones, se ha convertido en flamígera bandera, mientras nosotros dormitábamos como unos benditos en la seguridad de nuestras grandes bibliotecas y caros laboratorios. Ahora hemos despertado. El despertar ha sido rudo, lo confieso, pero quizá no ha sido sólo culpa del centinela. Confío en que la delicada tarea de redactar este... esto que hemos preparado... este histórico documento que todos estaremos prestos a firmar, ha sido realizado con un profundo sentimiento de su enorme importancia. Confío también en que Adam Krug recordará sus felices días de colegial y llevará personalmente este documento al Jefe, el cual tengo la seguridad de que apreciará mucho la visita de un querido y mundialmente famoso ex discípulo, y así prestará un oído más benévolo a nuestro compromiso y a nuestras buenas resoluciones, que el que les habría prestado de no haberse dado esta milagrosa coincidencia. Adam Krug, ¿quiere usted salvarnos?

Las lágrimas habían acudido a los ojos del viejo y su voz había temblado al formular el dramático llamamiento. Una cuartilla resbaló de la mesa y fue a posarse suavemente sobre las rosas verdes de la alfombra. El doctor Alexander se acercó a ella sin ruido y volvió a colocarla sobre la mesa. Orlik, el viejo Zoólogo, abrió un librito que había cerca de él y descubrió que era una cajita vacía con un solo caramelo de menta en el fondo.

—Es usted víctima de una ilusión sentimental, mi querido Azureus — dijo Krug—. Lo que yo y el Sapo conservamos *en fait de souvenirs d'enfance* es la costumbre que yo tenía de sentarme sobre su cara.

Se oyó un súbito golpe de madera contra madera. El Zoólogo había mirado hacia arriba y, al mismo tiempo, dejado el *Buxum biblioformis* con demasiada fuerza. Siguió un silencio. El doctor Azureus se sentó despacio y dijo, en otro tono de voz:

—No acabo de entenderle, profesor. No sé... a quién se refiere la palabra o el nombre que acaba de emplear, ni lo que quiere decir al recordar aquel

extraño juego..., probablemente un juego de chiquillos... tenis o algo por el estilo.

—El Sapo era su apodo —dijo Krug—. Y no creo que usted pueda llamar a aquello tenis... ni a la una la mula, pongo por caso. Él no lo llamaba así. Yo era un poco bruto, siento decirlo, y solía echarle la zancadilla y sentarme sobre su cara... Una especie de cura de reposo.

—Por favor, mi querido Krug, por favor —dijo el rector, dando un respingo—. Esto es de dudoso gusto. En el colegio eran ustedes muchachos, y los muchachos siempre serán muchachos, y estoy seguro de que tendrán muchos buenos recuerdos en común, como discutir lecciones o hablar de grandes planes para el futuro; lo que hacen los chicos...

—Yo me senté sobre su cara —dijo Krug, imperturbable— todos los benditos días durante unos cinco años escolares; lo cual representa, si no me equivoco, unas mil sentadas.

Algunos se miraron los pies; otros, la manos; otros encendieron cigarrillos. El Zoólogo, después de mostrar un momentáneo interés por la sesión, se volvió a un estante recién descubierto. El doctor Alexander eludió negligentemente la desviada mirada del viejo Azureus, que sin duda buscaba ayuda en aquel sector inesperado.

—Los detalles del ritual... —prosiguió Krug, pero fue interrumpido por el retintín de una pequeña esquila, una chuchería suiza que la desesperada mano del viejo había encontrado sobre el escritorio.

—Todo esto está completamente fuera de lugar —gritó el rector—. No tengo más remedio que llamarle al orden, mi querido colega. Nos hemos desviado de lo principal...

—Escuche —dijo Krug—. En realidad, no he dicho nada espantoso, ¿verdad? No he sugerido, por ejemplo, que la cara actual de el Sapo conserve, después de vinticinco años, la huella inmortal de mi peso. En aquellos tiempos, aunque más delgado que ahora...

El rector se había deslizado de su silla y corrió literalmente en dirección a Krug.

—Acabo de recordar —dijo, hablando con cierta dificultad— algo que quería decirle... muy importante... *sub rosa*... ¿Tiene la bondad de acompañarme a la habitación contigua?

—Muy bien —dijo Krug, levantándose del sillón.

La habitación contigua era el estudio del rector. Su alto reloj se había parado a las seis y cuarto. Krug calculó rápidamente, y la negrura que había en su interior hizo presa en su corazón. ¿Por qué estoy aquí? ¿Me marcharé a casa? ¿Me quedaré?

—...Mi querido amigo, sabe usted muy bien cuánto le aprecio. Pero usted es un soñador, un pensador. No advierte las circunstancias. Dice cosas imposibles, cosas que deben callarse. Pensemos lo que pensemos de... esa persona, debemos guardarlo para nosotros. Corremos un peligro mortal. Está usted poniendo en peligro la... todo...

El doctor Alexander, cuya cortesía, solicitud y *savoir faire* eran realmente extraordinarios, se deslizó en la estancia trayendo un cenicero, que colocó junto al codo de Krug.

—En este caso —dijo Krug, sin fijarse en el superfluo objeto—, debo observar, lamentándolo, que el tacto a que se refirió usted no era más que su vana sombra, es decir, una ocurrencia tardía. Debería haberme advertido que, por razones que todavía no consigo imaginar, pensaba pedirme que visitase al...

—Sí, que visitase al Jefe —le interrumpió Azureus, precipitadamente—. Estoy seguro de que, cuando conozca el manifiesto, cuya lectura ha sido tan inesperadamente demorada...

El reloj empezó a sonar. Pues el doctor Alexander, experto en estas cuestiones y hombre metódico, no había sido capaz de dominar su instinto de remendón y estaba ahora subido a una silla, manoseando las saetas y la desnuda esfera. Su oreja y su dinámico perfil se reflejaban, en tono rosa pastel, sobre la abierta puerta de cristal del reloj.

—Prefiero marcharme a casa —dijo Krug.

—Quédese, se lo ruego. Vamos a leer rápidamente y a firmar el histórico documento. Y debe usted acceder, debe ser el mensajero, debe ser la paloma...

—¡Al diablo ese reloj! —dijo Krug—. ¿No puede hacer que pare de tocar, hombre? Parece usted confundir el ramo de olivo con la hoja de higuera —siguió diciendo, volviéndose al rector—. Pero lo mismo da, pues por mi vida que...

—Sólo le pido que lo piense, que no tome una decisión precipitada. Estos recuerdos escolares son deliciosos per se..., pequeñas disputas... un apodo inofensivo..., pero ahora debemos obrar con seriedad. Bueno, volvamos con nuestros colegas y a nuestro deber.

El doctor Azureus, cuya retórica complacencia parecía haberse desvanecido, informó brevemente a sus oyentes de que la declaración que todos tenían que leer y firmar había sido mecanografiada en un número de copias igual al de firmantes. Le habían dado a entender, dijo, que esto daría un sello de individualidad a cada ejemplar. No explicó el verdadero objeto de esta disposición, y hay que esperar que no la supiese, pero Krug creyó reconocer, en la aparente imbecilidad del procedimiento, los misteriosos caminos de el Sapo. Los buenos doctores Azureus y Alexander repartieron las hojas con la celeridad del prestidigitador y su ayudante cuando muestran, para ser inspeccionados, los objetos que no deben examinarse con demasiada atención.

—Tome usted también una —dijo el doctor más viejo al más joven.

—De ninguna manera —exclamó el doctor Alexander, y todos pudieron ver la sonrojada confusión que se pintaba en su semblante—. Claro que no. No me atrevería. Mi humilde firma no puede figurar entre las de tan augusta asamblea. Yo no soy nadie.

—Tome, aquí está la suya —dijo el doctor Azureus, en un raro estallido de impaciencia.

El Zoólogo no se molestó en leer su ejemplar; lo firmó con una pluma prestada, devolvió ésta por encima del hombro y se sumió de nuevo en el único libraco digno de inspección que había encontrado hasta entonces: un antiguo Baedeker con vistas de Egipto y barcos del desierto en silueta. Un pobre campo de recolección en su conjunto..., salvo, quizá, para los ortopteristas.

El doctor Alexander se sentó detrás de la mesa de palisandro, se desabrochó la chaqueta, se estiró los puños, acercó la silla y comprobó su posición a la manera de un pianista; después, sacó del bolsillo del chaleco un

hermoso y brillante instrumento hecho de cristal y oro; miró su punta, la probó sobre un pedazo de papel y, conteniendo el aliento, desplegó lentamente las enroscaduras de su nombre. Terminada la ornamentación de la complicada rúbrica, levantó la pluma y contempló su magnífica obra. Desgraciadamente, en este preciso instante, su varita mágica de oro (tal vez resentida de las concusiones que los diversos ejercicios de su dueño le habían transmitido durante toda la noche) derramó una enorme lágrima negra sobre el valioso escrito.

Ruborizándose de veras esta vez, hinchada la vena en V de su frente, el doctor Alexander aplicó el secante. Cuando el ángulo del papel secante hubo embebido el caudal sin tocar el fondo, el infortunado doctor enjugó cuidadosamente el resto. Adam Krug, desde su ventajosa y próxima posición, vio este pálido residuo azul: una pisada caprichosa o el espatulado perfil de un charco.

Gleeman releyó dos veces el documento, frunció dos veces el ceño, recordó la subvención y el frontispicio de la ventana de vidrios de colores y el tipo especial que había elegido, y la nota al pie de la página 306, que destruiría una teoría rival sobre la edad exacta de una muralla en ruinas, y estampó su elegante pero extrañamente ilegible firma.

Beuret, que había sido arrancado bruscamente de una agradable siesta en un sillón disimulado, leyó, se sonó, maldijo el día en que había cambiado de nacionalidad y, después, se dijo que, a fin de cuentas, la lucha contra políticas exóticas no era de su incumbencia, dobló su pañuelo y, viendo que otros firmaban, firmó también.

Economía e Historia celebraron una breve consulta, durante la cual se pintó en la cara del último una escéptica pero ligeramente tirante sonrisa. Después, estamparon sus firmas al unísono y advirtieron, consternados, que habían cambiado sus copias mientras discutían, pues cada ejemplar llevaba escrito, en el ángulo superior izquierdo, el nombre y la dirección del presunto firmante.

Los demás suspiraron y firmaron, o no suspiraron y firmaron, o firmaron... y suspiraron después, o no hicieron nada de esto, pero lo pensaron mejor y acabaron firmando. Y también, también, también Adam Krug sacó la enmohecida y bamboleante estilográfica. Sonó el teléfono en el estudio contiguo.

El doctor Azureus había entregado personalmente el documento a Krug y había remoloneado cerca de él, mientras éste se calaba pausadamente las gafas y empezaba a leer, echando la cabeza atrás para apoyarla en el respaldo y sosteniendo las hojas a bastante altura con sus gruesos y ligeramente temblorosos dedos. Éstos temblaban más que de costumbre, porque era más de medianoche y estaba terriblemente cansado. El doctor Azureus dejó de revolotear y sintió que su viejo corazón tropezaba al subir las escaleras (metafóricamente) con su goteante vela, cuando Krug, que estaba llegando al final del manifiesto (tres páginas y media, cosidas), sacó la pluma del bolsillo del pecho. Una suave brisa de intenso alivio inclinó hacia atrás la llama de la vela, cuando el viejo Azureus vio que Krug extendía la última página sobre el plano brazo de madera de su sillón forrado de cretona y desenroscaba la parte superior de su pluma, convirtiéndola en casquete.

Con un rápido, casi restallante, delicado y preciso plumazo, completamente en desacuerdo con su corpulenta complexión, Krug insertó una coma en la cuarta línea. Después (chmok) volvió a tapar la pluma, se la metió en el bolsillo (chmok) y devolvió el documento al aturrullado Rector.

—Fírmelo —dijo el rector, con voz curiosamente automática.

—Dejando aparte los documentos legales —respondió Krug—, y aun no todos, dicho sea de paso, nunca he firmado ni firmaré nada que no haya escrito yo mismo.

El doctor Azureus miró a su alrededor y alzó lentamente los brazos. Por alguna circunstancia, nadie miraba en su dirección, salvo Hedron, el matemático, un hombre macilento, con un bigote llamado «inglés» y una pipa en la mano. El gato estaba durmiendo en la mal ventilada habitación de la hija del rector, la cual estaba soñando que no podía encontrar cierto bote de jalea de manzana que ella sabía que era un barco que había visto una vez en Bervok, y un marinero estaba apoyado allí y escupía por la borda y miraba cómo su salivazo caía, caía, caía en la jalea de manzana de un mar que partía el corazón, pues su sueño estaba teñido de un amarillo de oro, debido a que no había apagado la lámpara, deseosa de mantenerse despierta hasta que se hubiesen marchado los invitados de su anciano padre.

—Además —dijo Krug—, las metáforas son puras paparruchas, mientras que la frase que dice que estamos dispuestos a añadir al programa las asignaturas que se consideren necesarias para fomentar la comprensión

política y a hacer cuanto podamos, es un lenguaje tan mezquino que ni siquiera mi coma puede salvarlo. Y ahora, quiero irme a casa.

—*Prakhtata meta!* —gritó el pobre doctor Azureus a la calladísima asamblea—. *Prakhta tuen vadust, mohen kern! Profsar Krug malarma ne donje... Prakhtata!*

El doctor Alexander, ligeramente parecido al fugaz marinero, reapareció e hizo una seña; después, llamó al rector, el cual, sin soltar el papel no firmado, se acercó, rápidamente y gimiendo, a su fiel ayudante.

—Vamos, muchacho, no sea estúpido. Firme ese maldito papel —dijo Hedron, inclinándose sobre Krug y apoyando en el hombro de éste el puño con que sostenía la pipa—. ¿Qué diablos importa esto? Estampe su comercialmente valioso garabato. ¡Vamos! Nadie puede tocar nuestros círculos..., pero debemos tener algún sitio donde trazarlos.

—No en el barro, señor, no en el barro —dijo Krug, con su primera sonrisa de la noche.

—Oh, no se las dé de orgulloso pedante —dijo Hedron—. ¿Por qué quiere hacer que me sienta tan incómodo? Yo lo firmé... y mis dioses no se movieron.

Krug, sin mirarle, levantó la mano y tocó ligeramente la manga de *tweed* de Hedron.

—Está bien —dijo—. Me importa un bledo su ética, con tal de que trace sus círculos y muestre sus trucos de conjuro a mi chico.

Durante un peligroso momento, volvió a sentir la cálida y negra oleada de dolor, y la estancia casi se derritió... Pero el doctor Azureus volvía ya a toda prisa.

—Mi pobre amigo —dijo el rector, con gran entusiasmo—. Ha hecho usted una heroicidad al venir. ¿Por qué no me lo ha dicho? ¡Ahora lo comprendo todo! Desde luego, no podía usted prestar la debida atención... Su decisión y su firma pueden aplazarse..., y tenga la seguridad de que todos nos sentimos profundamente avergonzados de haberle molestado en un momento como éste.

—Siga hablando —dijo Krug—. Adelante. Sus palabras son como un acertijo para mí, pero no se detenga por esto.

Con la horrible impresión de haberse dejado engatusar por una falsa información, Azureus le miró fijamente y, después, balbució:

—Espero no haberme... Quiero decir, espero haberme... Quiero decir, ¿no ha tenido usted..., no ha ocurrido una desgracia en su familia?

—Si ha ocurrido, esto no es de su incumbencia —dijo Krug—. Quiero marcharme a casa —añadió, estallando de pronto, con aquella voz terrible que sonaba como un trueno al llegar al punto culminante de una conferencia—. ¿Podrá ese hombre..., como se llame..., llevarme allá?

Desde lejos, el doctor Alexander hizo una señal de asentimiento al doctor Azureus.

El mendigo había sido relevado. Dos soldados estaban sentados, acurrucados, en el estribo del coche, probablemente custodiándolo. Krug, vivamente deseoso de evitar una charla con el doctor Alexander, se apresuró a subir a la parte de atrás del automóvil. Sin embargo, para su gran pesar, el doctor Alexander, en vez de sentarse al volante, lo hizo a su lado. Con uno de los soldados conduciendo, y el otro apoyando cómodamente un codo en el respaldo de su asiento, el coche chirrió, carraspeó y salió zumbando por las oscuras calles.

—Tal vez le gustaría... —dijo el doctor Alexander, y, rebuscando en el suelo, trató de levantar una manta de viaje para unir debajo de ellas sus propias piernas y las de su compañero de cama. Krug gruñó y apartó de una patada aquella cosa. El doctor Alexander se arrebujó, rebulló y se abrigó él solo, y después, se relajó y descansó lánguidamente una mano en la correa de su lado del coche. Una farola incidental encontró y perdió su ópalo.

—Debo confesar que le he admirado, profesor. Desde luego, ha sido usted el único hombre de verdad entre aquellos pobres y queridos fósiles. Sin duda no ve usted mucho a sus colegas, ¿no es cierto? ¡Oh! Debió sentirse bastante desplazado...

—Se equivoca de nuevo —dijo Krug, rompiendo su voto de silencio—. Aprecio a mis colegas tanto como a mí mismo. Y los aprecio por dos razones:

porque son capaces de encontrar la felicidad perfecta en el conocimiento especializado, y porque son incapaces de cometer un asesinato físico.

El doctor Alexander tomó esto por una de las oscuras sutilezas que, según le habían dicho, solía permitirse Krug, y rió prudentemente.

Krug le echó una mirada a través de la movable oscuridad y se volvió sin dar explicaciones.

—Mire usted —siguió diciendo el joven biodinamicista—, yo tengo, profesor, la curiosa impresión de que, sea por lo que fuere, un rebaño de ovejas vale menos que un lobo solitario. Me pregunto qué va a ocurrir ahora. Me pregunto, por ejemplo, cuál sería su actitud si nuestro caprichoso Gobierno, con aparente incongruencia, prescindiese de las ovejas y ofreciese al lobo la posición más brillante que imaginarse pueda. Desde luego, no es más que una idea que me ha pasado por la cabeza, y puede usted reírse de la paradoja —y el orador demostró brevemente que también él podía hacerlo—, pero ésta y otras posibilidades, tal vez de naturaleza completamente opuesta, acuden a veces a mi mente. Mire, cuando yo era estudiante y vivía en una buhardilla, mi patrona, esposa del droguero de abajo, sostenía que yo acabaría pegando fuego a la casa, con el número de velas que quemaba todas las noches mientras escudriñaba las páginas de su en todos aspectos admirable...

—Cállese, ¿quiere? —dijo Krug, revelando de súbito una extraña faceta de vulgaridad e incluso de crueldad, pues nada, en el inocente y bien intencionado, aunque no muy inteligente parloteo del joven científico (que indudablemente había sido transformado en un charlatán por la timidez característica de los jóvenes que padecen exceso de tensión y tal vez falta de alimentos, víctimas del capitalismo, del comunismo y de la masturbación, cuando se hallan en compañía de hombres realmente grandes, como por ejemplo alguien que saben que es amigo personal de su patrono, o el propio jefe de la empresa, o incluso el cuñado del jefe, Gogolevitch, etc.), justificaba la rudeza de su interjección, la cual tuvo empero la virtud de asegurar un completo silencio durante el resto del trayecto.

Sólo cuando el coche, conducido con cierta brusquedad, se metió en la calle de Peregom, volvió a abrir la boca el inquieto joven, que sin duda comprendía el atribulado estado mental en que se hallaba el viudo.

—Ya hemos llegado —dijo, afablemente—. Supongo que lleva su *sesamka* (llavín). Lamento que tengamos que marcharnos a toda prisa. ¡Buenas noches! ¡Que duerma bien! *Proshchevantze!* (un «adiós» jocoso).

El coche se desvaneció, mientras el eco cuadrado de su portezuela cerrada de golpe permanecía aún suspendido en el aire como un marco de ébano vacío. Pero Krug no estaba solo: una cosa que parecía un yelmo había rodado por la escalera del portal y yacía ahora a sus pies.

¡Más cerca, más cerca! En las sombras de despedida del portal, un joven vestido como un jugador de *rugby* americano, con su hombro monstruosamente acolchonado y blanqueado por la luna, en patético contraste con su delgado cuello, estaba abrazado, en una llave mortal, a una abocetada y pequeña Carmen..., y la suma de sus años era, como máximo, de diez menos que los del espectador. La breve falda negra de la chica, con su sugerencia de azabache y pétalo, velaba a medias la curiosa envoltura de las piernas de su amante. Un chal con lentejuelas se desprendió de su mano izquierda, y la cara interna de su brazo flácido brilló a través de la negra gasa. Su otro brazo dio un giro y rodeó el cuello del muchacho, y los tensos dedos se introdujeron desde atrás entre los negros cabellos; sí, se distinguía todo, incluso las cortas y mal pintadas uñas, y los toscos nudillos de colegiala. Él, el jugador de *rugby*, tenía aferrado a Laocoonte, a su quebradizo omóplato, a su pequeña y rítmica cadera, en sus anillos palpitantes, a lo largo de los cuales circulaban en secreto ardientes glóbulos, y tenía los ojos cerrados.

—Lo siento de veras —dijo Krug—, pero tengo que pasar. *Donje te zankoriv* (discúlpeme, por favor).

Ellos se separaron, y Krug tuvo una visión fugaz de la cara pálida, de ojos negros y no muy bonita, de la joven, y de sus labios relucientes, al deslizarse ésta bajo el brazo que sostenía la puerta y correr escalera arriba, después de mirar atrás desde el primer rellano, arrastrando su chal con todas sus constelaciones: Cefeo y Casiopea en su felicidad eterna, y la deslumbrante lágrima de Capella, y el copo de nieve de la Estrella Polar sobre la parda piel de la Osa Menor, y las desmayadas galaxias..., espejos del espacio infinito *qui m'effrayent, Blaise*, como te espantaron a ti, y donde la mitología tiende fuertes redes de circo, no fuese que, con su malla mal ajustada, se rompiese el viejo cuello en vez de rebotar con un ¡hala, hop! y caer de nuevo en este polvo empapado de orines y dar la consiguiente carrerilla con media pirueta en su

mitad, y desplegar la extrema simplicidad del cielo en el ademán ambiguo del acróbata, las manos candidamente abiertas que provocan una breve salva de aplausos, mientras retrocede aquél y, volviendo a los modales viriles, recoge el pañolito azul que su musculoso camarada volador, después de su propio ejercicio, toma del cálido y jadeante pecho de la mujer —más jadeante de lo que indica su sonrisa— y se lo arroja, para que pueda enjugarse las palmas de sus doloridas y debilitadas manos.

## CAPITULO V

Estaba erizado de anacronismos de farsa; estaba bañado de un sentido de tosca madurez (como la escena del cementerio, de *Hamlet*); su más bien mezquino decorado estaba remendado con retazos de otras comedias (posteriores); pero, de todos modos, el sueño recurrente que todos conocemos (encontrarnos en la antigua aula, con los deberes por hacer, debido a que, sin querer, hemos faltado diez mil días a clase) era, en el caso de Krug, una reproducción bastante buena del ambiente de su versión original. Naturalmente el guión de los recuerdos diurnos es mucho más sutil en lo que respecta a detalles reales, ya que los productores de sueños (de los que suele haber varios, en su mayoría analfabetos, de clase media y apremiados por el tiempo) tiene que hacer muchos cortes y recortes y combinaciones convencionales; pero un espectáculo es siempre un espectáculo, y el enfadoso retorno a la anterior existencia de uno (con el paso fuera de escena de los años traducido en términos de olvido, holgazanería e ineficacia) es, de algún modo, mejor representado por un sueño popular que por la erudita precisión de la memoria.

Pero, ¿es realmente una cosa tan tosca? ¿Quién está detrás de los tímidos productores? Indudablemente, este pupitre al que se encuentra sentado Krug ha sido tomado apresuradamente de otro escenario y se parece más al equipo general del auditorio de la Universidad que al mueble individual de la infancia de Krug, con su maloliente (ciruelas, orín) tintero y las marcas de cortaplumas en su tapa (que podía cerrarse de golpe) y aquella mancha de tinta especial que tenía la forma del Lago Malheur. También, sin duda, hay algo equivocado en la posición de la puerta, y algunos de los estudiantes de Krug, vagos e inútiles (daneses hoy, romanos mañana), han sido rápidamente

reclutados para llenar huecos dejados por algunos de sus condiscípulos que resultaron ser menos mnemónicos que otros. Pero, entre los productores u operarios responsables del montaje de la escena, ha habido uno..., es difícil expresarlo..., un genio innominado y misterioso, que se ha aprovechado del sueño para introducir su propio y peculiar mensaje cifrado, que nada tiene que ver con los días escolares, ni ciertamente, con ningún aspecto de la existencia física de Krug, pero que le liga de algún modo a un impenetrable modo de ser, tal vez terrible, tal vez dichoso, tal vez ninguna de ambas cosas, una especie de locura trascendental que acecha detrás de la esquina de la conciencia y que no puede definirse de un modo mejor, por mucho que Krug se estruje el cerebro. Oh, sí..., la iluminación es pobre, y el propio campo visual es extrañamente estrecho, como si el recuerdo de unos párpados cerrados persistiese intrínsecamente con el sombreado sepia del sueño, y la orquesta de los sentidos se reduce a unos cuantos instrumentos indígenas, y Krug razona en su sueño peor que un estúpido borracho; pero una inspección desde más cerca (hecha cuando el *yo-sueño* ha muerto por diezmilésima vez y el *yo-día* hereda por diezmilésima vez esas polvorientas bagatelas, esas deudas, esos fajos de letras ilegibles) revela la presencia de alguien que sabe. Algún intruso ha estado allí, ha subido la escalera de puntillas, ha abierto armarios y trastornado ligeramente el orden de las cosas. Entonces, la esponja encogida, polvorienta de tiza, increíblemente ligera y seca, embebe agua hasta quedar tan rolliza como una fruta; traza relucientes arcos negros sobre la livida pizarra, al borrar los blancos símbolos muertos; y volvemos a empezar, combinando ahora sueños indistintos con la erudita precisión de la memoria.

Entraste en un túnel mediocre; cruzaba el cuerpo de una casa sin importancia y te condujo al patio interior, revestido de vieja arena gris que se convertía en barro a las primeras gotas de lluvia. Aquí se jugaba al fútbol en el ventoso y pálido intervalo entre dos series de clases. El bostezo del túnel y la puerta del colegio, en los extremos opuestos del patio, se convirtieron en porterías de fútbol, bastante a la manera de un órgano vulgar de una especie animal que es transformado espectacularmente en otro por una función.

A veces, una pelota de reglamento, con su hígado rojo embutido y apretado debajo de su corsé de cuero y con el nombre de un fabricante inglés cruzando las casi apetitosas secciones de su dura y resonante esfericidad, era introducida subrepticamente y driblada prudentemente en un rincón; pero éste era un objeto prohibido en el patio, limitado como estaba por frágiles ventanas.

Aquí está la pelota, la pelota, la suave pelota de goma, aprobada por las autoridades y súbitamente exhibida en una caja de cristal, como una pieza de museo: en realidad, tres pelotas en tres cajas, porque nos muestran todas sus fases: primero, la nueva, tan limpia que es casi blanca —la blancura de la panza de un tiburón—; después, la adulta, de un gris sucio, con granos de arena adheridos a sus mejillas ajadas por el tiempo; después, un flácido y amorfo cadáver. Suena una campana. El museo vuelve a estar a oscuras y vacío.

¡Pasa la pelota, Adamka! Un tiro desviado de la meta o una patada deliberada raras veces provocaban un estallido de cristales, pero era frecuente que un pinchazo siguiese a la colisión con cierto saliente maligno formado por un ángulo del porche cubierto. El colapso de la pelota herida no era inmediatamente perceptible. Pero, al siguiente patadón, su aire vital empezaba a escaparse, y la pelota rodaba flaccidamente como una vieja alpargata, antes de pararse —miserable medusa de goma sucia— sobre el fangoso suelo, donde unas botas terriblemente irritadas acababan haciéndola pedazos. El fin de la bollona (festival de baile). Ella se quita la diadema de brillantes delante del espejo.

Krug jugaba al fútbol (*vooter*); *Paduk*, no (*nekht*). Krug, un muchacho corpulento, carirredondo, de rizados cabellos, con bombachos de *tweed* abrochados debajo de las rodillas (los calzones cortos de fútbol eran tabú), luchaba sobre el barro con más celo que destreza. Ahora se encontró corriendo (¿de noche, patán? Sí, de noche, muchachos), sobre algo que parecía una vía férrea, a lo largo de un húmedo túnel (por lo visto, los que habían montado el escenario del sueño habían empleado el primer decorado disponible para hacer un «túnel», sin preocuparse en quitar los raíles ni las lámparas rojas que brillaban a intervalos en las rocosas, negras y sudadas paredes). Había una pesada pelota delante de sus pies; la pisaba continuamente al tratar de darle puntapiés; por último, quedó pegada de algún modo a un saliente de la pared de roca, que, aquí y allá, tenía unos tragaluces claramente iluminados y animados por un matiz extraño de acuario (corales, erizos de mar, burbujas de champaña). En uno de ellos, hallábase sentada ella, quitándose sus anillos brillantes de rocío y desabrochándose el collier de chien de diamantes que rodeaba su tersa y blanca garganta; sí, despojándose de todas sus joyas terrenales. Fue a coger a tientas la pelota de encima del saliente y pescó una zapatilla, una cubeta roja con la imagen de un barco de vela, y una goma de borrar, todo lo cual volvió a formar en cierto modo la pelota. Era difícil seguir

driblando a través de la maraña de desvencijados andamiajes, donde tuvo la impresión de que estorbaba a unos obreros que fijaban cables o algo por el estilo, y, cuando llegó al comedor, la pelota rodó debajo de una de las mesas, y allí, medio oculto por una servilleta caída, estaba el umbral de la portería, porque la meta era una puerta.

Si abrieses esta puerta, encontrarías unos pocos *zaft-pupen* (buenos chicos) soñando en los asientos del ventanal, detrás de las perchas de la ropa, y Paduk estaría también allí, comiendo algo dulce y pegajoso que le ha dado el celador, un veterano lleno de medallas, con barba venerable y ojos lascivos. Cuando sonase la campana, Paduk esperaría a que cesase el rumor de los chicos acalorados y llenos de barro en dirección a la clase, y entonces subiría en silencio la escalera, acariciando la baranda con su mano pegajosa. Krug, que se había detenido a guardar la pelota (había una caja grande de juegos y de joyas falsas debajo de la escalera), le alcanzó y le pellizó las rollizas nalgas al pasar.

El padre de Krug era un biólogo de considerable reputación. El padre de Paduk era un pequeño inventor, vegetariano, teósofo, gran experto en conocimientos hindúes baratos; parece que hubo un tiempo en que se dedicó al negocio de imprenta, imprimiendo principalmente obras de chiflados y de políticos fracasados. La madre de Paduk, una mujer flaccida y linfática de las Marismas, había muerto de parto, y, poco después, el viudo se había casado con una joven lisiada para la que había inventado un nuevo tipo de aparato ortopédico (ella le sobrevivió, con ortopedia y todo, y todavía sigue cojeando en algún lugar). El joven Paduk tenía la cara pastosa y el cráneo de un gris azulado, con bultos: su padre le afeitaba personalmente la cabeza una vez a la semana —sin duda, alguna clase de místico ritual.

No se sabe de dónde le vino el apodo de Sapo, pues su cara no recordaba en absoluto la de este animal. Era una cara extraña, con todas las facciones en su sitio, pero con algo difuso y anormal en ella, como si el muchacho hubiese sufrido una de esas operaciones faciales en que se emplea piel de otra parte del cuerpo. Esta impresión se debía tal vez a la inmovilidad de sus facciones: nunca reía y, cuando estornudaba, lo hacía con una contracción mínima y sin el menor ruido. Su naricita absolutamente blanca y sus mejillas claramente azules hacían que se pareciese, *en laid*, a los colegiales de cera de los escaparates de las sastrerías, pero sus caderas eran mucho más rollizas que las de estos maniqués, y andaba contoneándose ligeramente y

calzaba unas sandalias que solían provocar muchos y cáusticos comentarios. Una vez, al zarandearle brutalmente, se descubrió que llevaba sobre la piel una camiseta verde, verde como un paño de billar y visiblemente confeccionada con la misma tela. Tenía las manos permanentemente viscosas. Hablaba con voz curiosamente suave y nasal, con fuerte acento noroccidental, y tenía la irritante manía de llamar a sus condiscípulos por anagramas de sus nombres: Adam Krug, por ejemplo, era Gumakrad o Dramaguk; no lo hacía por sentido del humor, del que carecía totalmente, sino porque, según explicaba cuidadosamente a los colegas nuevos, uno debía recordar constantemente que todos los hombres se componen de las mismas veinticinco letras diversamente combinadas.

Estas peculiaridades se le habrían perdonado de buen grado si hubiese sido un compañero amable, un buen camarada, un nuevo rico colaborador o un muchacho raro pero agradable, con músculos bien dispuestos (caso de Krug). Paduk, a pesar de sus rarezas, era soso, vulgar e insufriblemente ruin. Pensándolo después, uno llega a la inesperada conclusión de que era un verdadero héroe en el campo de la ruindad, pues, cada vez que se entregaba a ella, debía saber que le esperaba el infierno de dolores físicos que sus vengativos condiscípulos le obligaban cada vez a sufrir. Aunque resulte curioso, no podemos recordar ningún ejemplo aislado definido de su ruindad, aunque sí recordamos vivamente lo que Paduk tenía que padecer en represalia de sus recónditos crímenes. Había, por ejemplo, el caso del paidógrafo.

Tendría él catorce o quince años cuando su padre inventó la única de sus concepciones destinada a tener cierto éxito comercial. Era un aparato portátil, parecido a una máquina de escribir, y que reproducía con repelente perfección la escritura de su dueño. Uno proporcionaba al inventor un gran número de muestras de su escritura; él estudiaba los trazos y los enlaces, y le entregaba su paidógrafo individual. El escrito resultante copiaba exactamente el «tono» medio de su escritura, mientras que varias teclas al servicio de cada letra reproducían las pequeñas variaciones de los caracteres. Los signos de puntuación estaban cuidadosamente diversificados dentro de los límites de este o aquel estilo individual, y también se preveían los espacios y lo que los expertos llaman «gradaciones», a fin de disimular la regularidad mecánica. Aunque, naturalmente, un examen minucioso del escrito revelaba siempre la presencia de un medio mecánico, se podía conseguir una buena y más o menos inocente falsificación. Se podía, por ejemplo, encargar el paidógrafo a base de la escritura de un corresponsal, y gastar toda clase de bromas a él mismo y a sus

amigos. A pesar de este vano matiz de torpe falsedad, el aparato captó la fantasía del honrado consumidor: los artificios que, de alguna manera nueva y curiosa, imitan la Naturaleza, suelen atraer a las mentalidades sencillas. Un paidógrafo realmente bueno, que reprodujese una multitud de sombras, era un artículo muy caro. Sin embargo, menudearon los pedidos, y fueron muchos los compradores que gozaron del lujo de ver la esencia de su nada complicada personalidad destilada por la magia de un complicado instrumento. En el curso de un año, se vendieron tres mil paidógrafos, y, de éstos, más de una décima parte, según un cálculo optimista, se empleó con propósitos fraudulentos (mostrando, tanto los estafadores como los estafados, una notable estupidez en las operaciones). Paduk, padre, estaba a punto de construir una fábrica especial para la producción en gran escala cuando una disposición del Parlamento prohibió la fabricación y venta de paidógrafos en todo el país. Filosóficamente hablando, el paidógrafo subsistió como símbolo *ekwilista*, como prueba del hecho de que un ingenio mecánico puede reproducir la personalidad, y de que la Cualidad es meramente el aspecto distributivo de la Cantidad.

Una de las primeras muestras producidas por el inventor fue un regalo de cumpleaños para su hijo. El joven Paduk lo aplicó a las necesidades de los deberes en casa. Su caligrafía era un tenue garabato arácneo de tipo invertido, con unas tes de firme trazo que destacaban visiblemente entre las restantes letras desvaídas, y todo esto estaba perfectamente imitado. El chico no había podido evitar nunca las infantiles manchas de tinta y, por esto, su padre había añadido unas teclas adicionales para una mancha en forma de reloj de arena y dos redondas. Sin embargo, Paduk prescindió de estos adornos, y con razón. Sus maestros sólo observaron que su trabajo era un poco más pulcro y que los puntos de interrogación que tenía que poner aparecían en una tinta más oscura y rojiza que el resto de los caracteres: por uno de esos contratiempos típicos de cierta clase de inventores, su padre habíase olvidado de aquel signo.

Sin embargo, las delicias del secreto perdieron pronto su atractivo, y, una mañana, Paduk llevó su máquina al colegio. El profesor de Matemáticas, un judío alto, de ojos azules y barba castaña, tenía que asistir a un entierro, y la hora libre resultante de ello se dedicó a una demostración del paidógrafo. Era un hermoso objeto, y un rayo de sol primaveral tardó muy poco en localizarlo; en el exterior, se derretía y goteaba la nieve, brillaban joyas en el barro, palomas tornasoladas se arrullaban en el húmedo antepecho de la ventana, y los tejados de las casas de allende el patio lanzaban destellos

diamantinos; y los gruesos dedos de Paduk (la parte comestible de las uñas había desaparecido, salvo un negro borde lineal sumergido en un rodillo de carne amarillenta) aporreaban las brillantes teclas. Hay que reconocer que tal actuación demostraba mucho valor por su parte: estaba rodeado de muchachos broncos y que le tenían verdadera antipatía, y nada podía impedirles hacerle añicos su mágico instrumento. Pero él permanecía sentado tranquilamente, copiando un texto y explicando, con su voz aguda y pausada, las lindezas de su demostración. Schimpffer, un chico pelirrojo de origen alsaciano, dotado de unos dedos sumamente hábiles, dijo: «¡Déjame probar!», y Paduk le hizo sitio y dirigió sus al principio bastante vacilantes pulsaciones. Krug fue el siguiente en probar, y Paduk le ayudó también, hasta que se dio cuenta de que su mecanizado doble escribía sumisamente bajo el vigoroso pulgar de Krug: Soy un imbécil, soy un imbécil, y prometo pagar diez quince veinticinco coronas... «Por favor, oh, por favor —dijo Paduk rápidamente—. Alguien viene y hay que esconder esto.» Lo encerró en su pupitre, se guardó la llave en el bolsillo y corrió al lavabo, como hacía siempre que se excitaba.

Krug conferenció con Schimpffer y, entre los dos, trazaron un sencillo plan de acción. Después de las clases, engatusaron a Paduk para que les dejase echar otro vistazo al instrumento. En cuanto estuvo abierto el pupitre, Krug apartó a Paduk y se sentó encima de él, mientras Schimpffer escribía laboriosamente una breve carta. Después, echó ésta al buzón, y Krug soltó a Paduk.

El día siguiente, la joven esposa del reumático y tembloroso profesor de Historia recibió una nota (en papel rayado y con dos agujeritos en el margen) pidiéndole una cita. En vez de quejarse a su marido, como se esperaba, la complaciente mujer, llevando un tupido velo azul, esperó a Paduk, le dijo que era un chicarrón muy malo y, con una viva oscilación de las nalgas (que en aquellos tiempos de cinturas apretadas parecían un corazón invertido), le propuso tomar un *kuppe* (coche cerrado) e ir a un piso deshabitado, donde podría reñirle con tranquilidad. Aunque, desde el día anterior, estaba Paduk a la espera de que le ocurriese algo desagradable, no se hallaba preparado para nada de esta clase especial, y siguió a la mujer, metiéndose en el mugriento coche, antes de recobrar su juicio. Unos minutos más tarde, aprovechando el intenso tráfico de la plaza del Parlamento, saltó del vehículo y huyó ignominiosamente. Es difícil imaginar cómo pudieron llegar estos *trivesta* (detalles de aventuras amorosas) a oído de sus camaradas; pero lo cierto es que el incidente se convirtió en una leyenda del colegio. Durante unos días, Paduk

brilló por su ausencia; y tampoco apareció Schimpffer por algún tiempo: por una divertida coincidencia, su madre había sufrido graves quemaduras a causa de un misterioso explosivo que algún bromista había introducido en su bolso mientras ella estaba de compras. Cuando Paduk se presentó de nuevo, lo hizo tan tranquilo como de costumbre, pero no volvió a hablar de su paidógrafo ni lo trajo más al colegio.

El mismo año, o tal vez el siguiente, un nuevo prefecto, hombre de ideas, resolvió despertar la que él llamaba «conciencia político-social» de los chicos mayores. Tenía un buen programa —reuniones, discusiones, formación de grupos de partido—, ¡oh!, un montón de cosas. Los chicos más sanos evitaban estas reuniones, por la sencilla razón de que, por celebrarse después de las clases o durante el recreo, eran un atentado a su libertad. Krug se burló cruelmente de los tontos o los aduladores que participaban en esta cívica tontería. El prefecto, aún recalcando el carácter puramente voluntario de la asistencia a tales actos, advirtió a Krug (que era el primero de su clase) que su comportamiento individualista constituía un pernicioso ejemplo. Sobre la litera de crin del prefecto había un grabado del motín de Sand Bread, de 1849. Krug no pensó siquiera en ceder, y no hizo caso de las mediocres notas que le fueron asignadas a partir de aquel momento, a pesar de que su trabajo se mantenía al mismo nivel. El prefecto le habló de nuevo. Había también una litografía en colores que representaba una dama vestida de rojo cereza, sentada ante el espejo. La situación era interesante: aquí estaba el prefecto, un liberal fuertemente inclinado hacia la izquierda, un elocuente abogado de la Rectitud y la Imparcialidad, coaccionando ingeniosamente al chico más brillante de su colegio y actuando así, no porque deseara que éste ingresase en un grupo determinado (digamos izquierdista), sino porque el muchacho se negaba a integrarse en cualquier grupo. Porque hay que decir, si hemos de ser justos con el prefecto, que, lejos de imponer sus propias predilecciones políticas, permitía que sus alumnos se adhiriesen al partido que prefiriesen, aunque éste resultase ser una combinación nueva y diferente de cualquiera de las facciones representadas en el entonces floreciente Parlamento. En verdad, sus miras eran tan amplias que deseaba realmente que los chicos más ricos formasen fuertes agrupaciones capitalistas, o que los hijos de los nobles reaccionarios mantuviesen el tono de su casta y se uniesen en Rutterheds. Lo único que pedía era que cada cual siguiese sus instintos sociales y económicos, y lo único que condenaba era la completa ausencia de tales instintos en el individuo. Veía el mundo como una fantástica representación de pasiones de clase, en un escenario convencionalmente desolado, con la Riqueza y el Trabajo lanzando

truenos wagnerianos en sus predeterminados papeles; la negativa a actuar en el espectáculo le parecía un insulto tan cruel a su dinámico mito como al Sindicato al que pertenecían los actores. En tales circunstancias estimó plenamente justificada su advertencia a los profesores de que, si Adam Krug obtenía notas honoríficas en los exámenes finales, su triunfo sería dialécticamente una injusticia con respecto a sus condiscípulos menos inteligentes pero mejores ciudadanos. Los profesores entraron tan fervientemente en el juego, que causa verdadero asombro que nuestro joven amigo consiguiese aprobar duras penas.

Aquel último curso se caracterizó también por el súbito auge de Paduk. Aunque antes parecía desagradar a todos, surgió ahora una pequeña corte o guardia de corps, que le dio la bienvenida cuando ascendió delicadamente a la superficie y fundó delicadamente el partido del Hombre Común. Todos y cada uno de sus seguidores tenían algún pequeño defecto o «complejo de inseguridad», como habría dicho un maestro después de un cóctel de frutas: uno estaba aquejado de forúnculos permanentes; otro era enfermizamente tímido; un tercero había decapitado por accidente a su hermanita pequeña; un cuarto tartamudeaba tanto que uno podía ir y comprar una tableta de chocolate mientras él luchaba desesperadamente con una p o una b iniciales: el chico no trataba nunca de salvar el obstáculo empleando un sinónimo, y, cuando al fin se producía la explosión, ésta sacudía toda su estructura y rociaba de triunfal saliva a su interlocutor. El quinto discípulo era un tartamudo más refinado, ya que el defecto de su lenguaje tomaba la forma de una sílaba adicional pronunciada después de la palabra crítica, como una especie de eco poco entusiasta. La protección estaba a cargo de un joven simiesco y truculento que, a sus diecisiete años, era incapaz de aprenderse la tabla de multiplicar, pero podía levantar una silla majestuosamente ocupada. Por otro alumno, por el chico más gordo del colegio. Nadie se había dado cuenta de cómo se había formado este grupito, bastante incongruente, alrededor de Paduk, y nadie podía comprender cuál había sido la causa exacta del caudillaje de Paduk.

Dos años antes de estos acontecimientos, su padre había entrado en relación con Fradrik Skotoma, de patético renombre. El viejo iconoclasta, según gustaba de ser llamado, iba cayendo en aquel entonces en una neblinosa senectud. Con su boca húmeda y de un rojo brillante, y sus sedosas patillas blancas, había empezado a parecer, si no respetable, al menos inofensivo, y su encogido cuerpo había adquirido un aspecto tan sutil que las matronas de su

oscuro barrio, al verle arrastrar los pies, envuelto en el halo fluorescente de su ñoñez, sentíanse casi arrulladoras y le compraban cerezas y pasteles calientes de pasas y los chillones calcetines que llevaba. La gente que, en su juventud, se había sentido conmovida por sus escritos, había olvidado hacía tiempo aquel alud de folletos insidiosos y confundía la brevedad de su propio recuerdo con la abreviación de la existencia objetiva de aquel hombre, de modo que fruncía el ceño con incredulidad si le decían que Skotoma, el enfant terrible de los sesenta, estaba aún con vida. El propio Skotoma, a sus ochenta y cinco años, tendía a considerar su tumultuoso pasado como una fase preliminar muy inferior a su actual período filosófico, pues, como era natural, veía su decadencia como una madurez y una apoteosis, y estaba completamente seguro de que el vago tratado que había hecho imprimir a Paduk, padre, sería reconocido como una obra inmortal.

Expresaba su nuevo concepto de la Humanidad con la solemnidad debida a un tremendo descubrimiento. En todo nivel dado de tiempo en el mundo, había, según él, cierta cantidad mensurable de conciencia humana, distribuida entre toda la población mundial. Esta distribución era desigual, y aquí estaba la raíz de todos nuestros males. Los seres humanos, decía, eran otros tantos recipientes que contenían porciones desiguales de esta conciencia esencialmente uniforme. Sin embargo, sostenía que era perfectamente posible regular la capacidad de los recipientes humanos. Si, por ejemplo, una determinada cantidad de agua estaba contenida en un número dado de botellas heterogéneas —botellas de vino, frascos y redomas de diferentes formas y tamaños, y todos los frasquitos de esencia, de cristal o de oro, que se reflejaban en el espejo de la mujer—, la distribución del líquido sería desigual e injusta, pero podía convertirse en igual y justa, bien graduando los contenidos, bien eliminando los recipientes de fantasía y adoptando un tamaño fijo. Introdujo la idea de equilibrio, como base de la felicidad universal, y llamó «*Ekwilismo*» a su teoría. Sostenía que ésta era absolutamente nueva. Ciertamente que el socialismo había predicado la uniformidad en un plano económico, y que la religión había prometido lo mismo en términos espirituales. Pero el economista no había comprendido que era imposible realizar con éxito la nivelación de la riqueza, y que esto no podía tener reales consecuencias, mientras existiesen individuos más inteligentes o de más brío que otros; y, de manera parecida, el sacerdote no había advertido cuán inútil resultaba su promesa metafísica ante los favorecidos (hombres geniales, cazadores de caza mayor, jugadores de ajedrez, amantes prodigiosamente vigorosos y versátiles, mujeres radiantes que se quitan el collar después del baile), para quienes este mundo era un paraíso

en sí mismo y que siempre estarían un poco por encima de los demás, a pesar de lo que pudiese ocurrirle a cada cual en el crisol de la eternidad. E incluso, decía Skotoma, si los últimos habían de ser los primeros y viceversa, imaginaos la sonrisa bonachona del *ci-devant* William Shakespeare al ver a un ex escritor de comedias irremediablemente malas surgir como Poeta Laureado de los cielos. Es importante observar que, así como sugería una remodelación de los individuos humanos de acuerdo con una pauta bien equilibrada, el autor se abstenía prudentemente de explicar, tanto el método práctico a emplear como la clase de persona o de personas a quienes correspondería planear y dirigir la operación. Se contentaba con repetir, a lo largo de todo su libro, que la diferencia entre la más soberbia inteligencia y la más humilde estupidez dependía enteramente del grado de «conciencia del mundo» condensada en tal o cual individuo. Parecía pensar que su redistribución y regulación se produciría automáticamente, en cuanto sus lectores percibiesen la verdad de su aserto principal. También hay que observar que el buen utopista consideraba todo el brumoso mundo azul y no sólo su propio país, morbosamente consciente de sí mismo. Murió poco después de publicarse su tratado, y se evitó con ello el desengaño de ver su vago y benévolo *ekwilismo* transformado (aunque conservando su nombre) en una violenta y virulenta doctrina política, una doctrina que se proponía imponer la uniformidad espiritual en su país natal, por medio del sector más uniformado de sus habitantes, a saber, el Ejército, bajo la supervisión de un Estado inflado y peligrosamente divinizado.

Cuando el joven Paduk fundó el Partido del Hombre Común, inspirado en el libro de Skotoma, *La Metamorfosis del ekwilismo* acababa de empezar, y los frustrados muchachos que dirigían aquellas lúgubres reuniones en un aula maloliente estaban aún buscando a tientas los medios de hacer que el contenido del recipiente humano se adaptase a una escala uniforme. Aquel año, un político corrompido había sido asesinado por un estudiante de instituto llamado Emerald (no Amrald, como suele, erróneamente, pronunciarse su nombre en el extranjero), el cual, en el juicio, salió desatinadamente con un poema compuesto por él mismo, una pieza de mellada y neurótica retórica en la que encomiaba a Skotoma porque éste...

...nos enseñó a adorar al Hombre Común, y nos mostró que ningún árbol puede existir sin un bosque, ningún músico, sin una orquesta, ninguna ola, sin un océano, ninguna vida, sin la muerte.

Desde luego, el pobre Skotoma no había dicho nada de esto; pero este poema fue cantado ahora, con música de «*Vstra mará, donjet domra*» (una cantilena popular que ensalzaba las propiedades embriagadoras del vino de uva espina) por Paduk y sus amigos, para convertirse más tarde en una pieza clásica *ekwilista*. En aquellos tiempos, un periódico descaradamente burgués publicaba una historieta en la que se describía la vida hogareña del Señor y la Señora Etermon (Todo-el-Mundo). Con humor convencional y una simpatía rayana en la obscenidad, el Señor Etermon y su mujercita eran seguidos del salón a la cocina y del jardín al desván, a través de todas las fases mencionables de su existencia cotidiana, la cual, a pesar de la presencia de cómodos sillones y de toda clase de adminículos eléctricos y de una cosa singular (el coche), no se diferenciaba esencialmente de la vida de una pareja de Neandertal. El Señor Etermon, que hacía la siesta en el diván o se deslizaba en la cocina para oler con erótica avidez el sibilante estofado, representaba, con absoluta inconsciencia, la viva negación de la inmortalidad individual, ya que todo su hábito era un callejón sin salida, con nada en él capaz o digno de trascender la condición mortal. Sin embargo, tampoco podía uno imaginarse a Etermon muriéndose de veras, no sólo porque las normas del humor amable prohibían que fuese mostrado en el lecho de muerte, sino también porque ni un solo detalle de la escena (ni siquiera cuando jugaba al póquer con agentes de seguros de vida) sugería el hecho de una muerte absolutamente inevitable; de modo que, en un sentido, Etermon, que personificaba la refutación de la inmortalidad, era él mismo inmortal, y, en otro sentido, no podía esperar el goce de ninguna clase de vida ulterior, simplemente porque le era negada la elemental comodidad de una cámara mortuoria en su, por lo demás, bien distribuido hogar. Dentro de los límites de esta existencia hermética, la joven pareja era tan feliz como debía serlo cualquier joven pareja: una salida para ir al cine, una subida del salario, una golosina cualquiera para la cena —la vida estaba llena de estas y parecidas delicias, mientras que lo peor que podía sucederle a uno era el tradicional golpe en el pulgar con el martillo tradicional o equivocar la fecha del cumpleaños del jefe. Carteles de Etermon lo presentaban fumando la marca de cigarrillos que fumaban millones de personas, y millones de personas no podían estar equivocadas, y se presumía que cada Etermon se imaginaba a todos los otros Etermon, hasta el presidente del Estado, que acababa de sustituir al triste e impasible Teodoro el último, regresando, después de la jornada de oficina, a las delicias culinarias (ricas) y conyugales (pobres) del hogar de Etermon. Stokoma, completamente aparte de las seniles divagaciones de su «ekwilismo» (e incluso éstas implicaban algún

drástico cambio, cierto descontento con las condiciones existentes), había considerado al que llamaba «pequeño burgués» con la ira del anarquismo ortodoxo y se habría horrorizado, lo mismo que el terrorista Emerald, de haber sabido que un grupo de jóvenes veneraba el *ekwilismo* en la forma de un Señor Etermon nacido de una historieta. Sin embargo, Stokoma había sido víctima de una ilusión muy corriente: su «pequeño burgués» existía solamente como un marbete impreso en un archivador vacío (el iconoclasta, como la mayoría de los de su clase, sólo se fijaba en las generalizaciones y era incapaz de observar, por ejemplo, el papel de la pared en una habitación cualquiera, o de hablar inteligentemente con un niño). En realidad, y con un poco de perspicacia, se podían aprender muchas cosas curiosas sobre los Etermon, cosas que los hacían diferentes los unos de los otros, que no podía decirse que Etermon existiese, salvo como personaje fugaz de un dibujante de historietas. Súbitamente transfigurado, echando chispas por los entornados ojos, el Señor Etermon (a quien acabamos de ver trajinando mansamente en la casa) se encierra en el cuarto de baño con su premio, un premio que preferimos no nombrar; otro Etermon, inmediatamente después de salir de su mugrienta oficina, se desliza en el silencio de una gran biblioteca para deleitarse con unos mapas antiguos de los que nunca hablará en casa; un tercer Etermon discute con la esposa de un cuarto Etermon sobre el futuro de un hijo que ella le trajo en secreto cuando su marido (ahora reposando en su sillón del hogar) combatía en una selva remota, donde vio, a su vez, mariposas del tamaño de un abanico abierto y árboles en los que palpitaban rítmicamente, por la noche, innumerables luciérnagas. No; los recipientes uniformes no son tan simples como parecen: son aparatos de ilusionista, y nadie, ni siquiera el propio mago, sabe realmente la esencia ni la cantidad de lo que contiene.

Skotoma se había recreado en su tiempo en el aspecto económico de Etermon; Paduk copió deliberadamente la imagen de Etermon en su aspecto sartórico. Llevaba el mismo cuello alto de celuloide, los famosos brazaes en las mangas de la camisa y el caro calzado..., pues los únicos lujos que se permitía el Señor Etermon se referían a partes lo más alejadas posible del centro anatómico de su ser: resplandecientes zapatos, lustrosos cabellos. Con el renuente consentimiento de su padre, Paduk pudo hacer que la cima azulada de su cráneo luciese el cabello suficiente para darle cierto parecido a la atildada testa de Etermon, y los puños lavables de Etermon, con gemelos como estrellas, fueron adaptados a las débiles muñecas de Paduk. Aunque, en años sucesivos, no se continuó, deliberadamente, esta adaptación mimética (aunque, por otra parte, este estilo Etermon se interrumpiese en definitiva, y

pareció después completamente atípico, al ser considerado en un período distinto de la moda), Paduk no logró nunca librarse de esta pulcritud rígida y superficial; se sabía que compartía las opiniones de un médico, perteneciente al partido *ekwilista*, que afirmaba que el hombre que mantenía escrupulosamente limpia su ropa podía, y debía, limitar sus abluciones diarias a lavarse la cara, las orejas y las manos. A lo largo de todas sus recientes aventuras, en todos los lugares y en todas las circunstancias, en los sombríos cuartos reservados de los cafés suburbanos, en las míseras oficinas donde se confeccionaba alguno de sus obstinados periódicos, en cuarteles, en salones públicos, en los bosques y los montes donde se escondía con un puñado de soldados descalzos y ojos enrojecidos, y en el palacio, donde, por un inverosímil antojo de la historia local, se halló investido de un poder mayor que el ejercido jamás por cualquier caudillo nacional, Paduk conservó siempre algo del difunto Señor Etermon, una especie de perfil de historieta, un aspecto de envoltura de celofán resquebrajada y sucia, a través de la cual podía advertirse, empero, un tornillo recién salido de la fábrica, un pedazo de cuerda, un cuchillo oxidado y una muestra del más sensible de los órganos humanos, ligados con sus raíces llenas de sangre cuajada.

En el aula donde se celebraban los exámenes finales, el joven Paduk, con sus relucientes cabellos parecidos a una peluca demasiado pequeña para su cráneo afeitado, se sentaba entre Brun el Mono y un engomado muñeco que representaba al ausente. Adam Krug, envuelto en una bata de color castaño, estaba sentado inmediatamente detrás. Alguien, situado a su izquierda, le pidió que pasase un libro a la familia de su vecino de la derecha, y así lo hizo. Entonces advirtió que el libro era en realidad una cajita de palisandro modelada y pintada de manera que parecía un libro de versos, y Krug comprendió que contenía algunos comentarios secretos que servirían de ayuda a la mente de un estudiante mal preparado y presa de pánico. Krug lamentó no haber abierto la caja o libro al pasar por sus manos. El tema a tratar era una tarde con Mallarmé, un tío de su madre, pero la única parte que podía recordar parecía ser *le sanglot dont j'étais encore ivre*.

Todo el mundo estaba escribiendo con gran aplicación, y una mosca muy negra, preparada especialmente por Schimpffer para la ocasión, sumergiéndola en tinta china, se paseaba por la parte afeitada de la cabeza de Paduk, inclinada sobre su labor. Dejó una mancha cerca de su rosada oreja y una coma negra sobre el brillante y blanco cuello de su camisa. Un par de maestros —el cuñado de ella y el profesor de Matemáticas— estaban muy

ocupados disponiendo tras cortina algo que sería una demostración del próximo tema a comentar. Tenían algo de mozos de escenario o de empresarios de pompas fúnebres, pero Krug no podía verles bien por culpa de la cabeza de el Sapo. Paduk y todos los demás escribían sin parar, pero el fracaso de Krug fue completo, un tremendo y odioso desastre, porque se había convertido en un anciano, en vez de aprender los sencillos pero ahora inalcanzables pasajes que ellos, simples muchachos, se habían aprendido de memoria. Afectadamente, sin ruido, Paduk abandonó su asiento para llevar su escrito al examinador, tropezó con un pie que estiró Schimpffer y, a través del hueco que dejó, Krug pudo ver claramente el croquis del tema siguiente. Éste estaba a punto para su exposición, pero las cortinas seguían corridas. Krug encontró un pedazo de papel en blanco y se dispuso a escribir sus impresiones. Los dos profesores descorrieron las cortinas, y apareció Olga, sentada ante el espejo y quitándose las joyas después del baile. Todavía envuelta en terciopelo rojo de cereza, echados hacia atrás y levantados como alas sus firmes y brillantes codos, había empezado a desabrochar, sobre la nuca, su resplandeciente collar de perro. Él sabía que se soltaría junto con sus vértebras —que, en realidad, era el cristal de sus vértebras— y experimentó una angustiosa sensación de incongruencia, al pensar que todos los que se hallaban en la estancia observarían y consignarían por escrito su inevitable, lastimosa e inocente desintegración. Hubo un destello, un chasquido: ella se quitó con ambas manos la hermosa cabeza y, sin mirarla, cuidadosamente, con mucho cuidado, esbozando una débil sonrisa de divertida recordación (¿quién habría dicho en el baile que las verdaderas joyas habían sido empeñadas?), colocó la hermosa imitación sobre el estante de mármol de su tocador. Entonces, comprendió él que todo lo demás se desprendería también: los anillos junto con los dedos, las zapatillas de bronce junto con los dedos de los pies, los senos con la blonda que los envolvía... Su compasión y su vergüenza alcanzaron el punto culminante, y, con el último movimiento de la alta y fría *stripteaser*, que recorría el escenario con pasos de felino, Krug se despertó con un terrible sobresalto.

## CAPITULO VI

«Nos conocimos ayer —dijo la habitación—. Soy el dormitorio de los huéspedes en la dacha (casa de campo, *cottage*) de Maximov. Hay molinos de viento en el papel de las paredes.» «Es verdad», respondió Krug. En algún lugar de aquella casa de delgadas paredes y olor a pino, crepitaba agradablemente una estufa y David hablaba con voz cantarína, probablemente respondiendo a Ana Petrovna, sin duda desayunando con ella en la habitación contigua.

Teóricamente, no hay ninguna prueba absoluta de que el hecho de despertarse por la mañana (de encontrarse uno mismo montado de nuevo sobre la silla de su propia personalidad) no sea, en verdad, un acontecimiento sin precedentes, un nacimiento perfectamente original. Un día, Ember y él habían discutido la posibilidad de haber inventado in toto las obras de William Shakespeare, gastando millones y millones en el engaño, sobornando a innumerables editores y libreros y a los habitantes de Stratford-on-Avon, ya que, para explicar todas las referencias al poeta durante tres siglos de civilización, había que presumir que estas referencias eran espurias interpolaciones hechas por los inventores en obras reales que habían reeditado; cierto que persistía aquí una dificultad, una enojosa pega, pero tal vez podría eliminarse también, de la misma manera que un problema de ajedrez preparado puede resolverse con la adición de un peón pasivo.

Lo mismo podía decirse de la propia existencia personal, vista retrospectivamente al despertar: el propio efecto retrospectivo es una ilusión bastante simple, no muy diferente de los valores pictóricos de profundidad y lejanía producidos por un pincel sobre una superficie plana; pero se necesita algo más que un pincel para crear la impresión de realidad compacta apoyada en un pasado plausible, de continuidad lógica, de recogida del hilo de la vida en el punto exacto en el que fue soltado. La sutileza del truco raya en lo maravilloso, considerando el inmenso número de detalles que hay que tener en cuenta, ordenados de manera que sugieran la acción de la memoria. Krug supo en seguida que su mujer había muerto; que él se había batido presurosamente en retirada hacia el campo, con su hijito, y que el paisaje encerrado en el marco de la ventana (árboles húmedos y desnudos, tierra parda, un cielo blanco, una colina con una granja en la lejanía) no era un simple cuadro de aquella región particular, sino que estaba también allí para decirle que David había levantado la persiana y salido de la habitación sin despertarle; para lo cual, casi con obsequiosa solicitud, una litera situada en el otro extremo del cuarto le mostraba con mudos ademanes —mira esto, y esto— todo lo necesario para convencerle de que un niño había dormido allí.

Los parientes de ella habían llegado la mañana siguiente al día de su muerte. La noche antes, Ember les había informado del fallecimiento. Observad con qué finura funciona la maquinaria retrospectiva: todo encaja en todo lo demás. Ellos (pongamos una marcha más corta del pasado) llegaron e invadieron el piso de Krug. David estaba terminando su velvetina. Llegaron en masa: su cuñada Viola, el irritante esposo de Viola, un hermanastro y su mujer, dos primas lejanas, apenas visibles en la niebla, y un anciano indefinido al que Krug no había visto nunca. Aumenta la vanidad de la profundidad ilusoria.

Viola no había querido nunca a su hermana; durante los últimos veinte años sólo se habían visto de tarde en tarde. Llevaba un velito lleno de lunares: le llegaba al puente de la nariz, no más abajo, y detrás de sus oscuras violetas podía distinguirse un brillo tan voluptuoso como duro. Su barbirrubio marido la sostenía delicadamente aunque, en realidad, la solicitud con que el pomposo truhán envolvía su afilado codo sólo servía para estorbar los vivos y dominantes movimientos de ella. Viola tardó poco en sacudírselo. Cuando Krug lo vio por última vez, estaba en la ventana, contemplando con digno silencio los dos coches negros que esperaban junto al bordillo. Un caballero de negro, de mandíbulas empolvadas de azul, representante de la empresa incineradora, entró para decir que ya era hora de ponerse en marcha. Mientras tanto, Krug había escapado con David por la puerta de atrás.

Cargado con una maleta, todavía húmeda de lágrimas de Claudine, condujo al niño a la cercana parada del tranvía y, en compañía de un grupo de adormilados soldados que se dirigían al cuartel, llegaron a la estación del ferrocarril. Antes de permitirle tomar el tren con destino a los Lagos, los agentes del Gobierno examinaron sus papeles y los globos de los ojos de David. Resultó que el hotel de los Lagos estaba cerrado, y, después de rondar un rato por allí, un amable cartero los llevó en su automóvil amarillo (junto con la carta de Ember) a casa de los Maximov. Esto completa la reconstrucción.

En una casa amable, el cuarto de baño común es el único sector inhospitalario, especialmente cuando el agua sale tibia al principio y muy fría después. Un largo cabello de plata estaba incrustado en una pastilla de jabón de almendra barato. Recientemente, había habido dificultades para conseguir papel higiénico, y éste había sido sustituido por pedazos de periódico ensartados en un gancho. En el fondo de la taza flotaba un sobrecito de hoja de afeitar con la cara y la firma del doctor S. Freud. Si me quedo una semana

aquí, pensó él, este bosque extraño será gradualmente amansado y purificado por sus repetidos contactos con mi prudente carne. Limpió delicadamente la bañera. El tubo de goma de la ducha se desprendió con un sordo chasquido. Dos toallas limpias estaban colgadas en una cuerda junto con unas medias negras que habían sido, o serían, lavadas. Una botella de aceite mineral, medio llena, y un cilindro de cartón gris que había sido eje de un rollo de papel higiénico, aparecían juntos en un estante. Éste contenía también dos novelas populares (*Rosas lanzadas* y *Sin novedad en el Don*). El cepillo de dientes de David le dirigió una sonrisa de reconocimiento. Se le cayó el jabón de afeitar al suelo y, al recogerlo, se habían pegado a él unos cabellos de plata.

Maximov estaba solo en el comedor. El apuesto anciano introdujo una marca en su libro, se levantó de un salto y estrechó vigorosamente la mano de Krug, como si el sueño de una noche hubiese sido para él un largo y peligroso viaje.

—¿Ha descansado bien (*Kat pochivali*) —le preguntó, y después, frunciendo el ceño, comprobó la temperatura de la cafetera tocando su almohadillada cubierta.

Su cara reluciente y sonrosada aparecía limpiamente afeitada como la de un actor (sonrisa anticuada); un gorro con una borla protegía su cráneo absolutamente calvo; llevaba una chaqueta de abrigo con hebillas.

—Le recomiendo ése —dijo, señalando con el meñique—. He descubierto que es el único queso de su clase que no atasca los intestinos.

Era una de esas personas que se hacen querer, no porque tengan brillantes destellos de talento (aquel hombre de negocios retirado no tenía ninguno), sino porque todos los momentos que se pasan con ellos se adaptan exactamente al patrón de la vida de uno. Hay amistades comparables a circos, a cascadas, a bibliotecas; hay otras que parecen batas viejas. La mentalidad de Maximov no tenía ningún atractivo especial, si se consideraba aisladamente: sus ideas eran conservadoras; sus gustos, nada distinguidos; pero, de algún modo, estos opacos componentes formaban un conjunto maravillosamente tranquilizador y armónico. Ninguna sutileza de ideas teñía su honradez; era tanto de fiar como el hierro y el roble, y, cuando Krug dijo una vez que la palabra «lealtad» le recordaba, visual y fonéticamente, un tenedor de oro expuesto al sol sobre un fino paño de seda extendido, Maximov le respondió, con cierta acritud, que, para él, la lealtad significaba únicamente lo que decía

el diccionario. En él, el sentido común se salvaba de la pulida vulgaridad gracias a una delicada corriente subterránea emocional, y la un tanto desnuda y monótona simetría de sus ramificados principios era también ligeramente turbada por un húmedo viento que soplaba de regiones que él, ingenuamente, creía que no existían. Las desgracias de los demás le preocupaban más que sus propios apuros, y, si hubiese sido un viejo capitán de barco, se habría hundido con su buque antes que saltar con una frase de disculpa en el último bote salvavidas. En el momento actual se estaba preparando para ofrecer a Krug algo que tenía en la mente, y ganaba tiempo hablando de política.

—El lechero —dijo— me ha dicho esta mañana que se han fijado carteles en todo el pueblo invitando a la población a celebrar espontáneamente la restauración del orden total. Se sugiere un plan de conducta. Debemos reunirnos en nuestros acostumbrados lugares de asueto, en los cafés, los clubs o los salones de nuestras sociedades, y cantar himnos a coro, en alabanza del Gobierno. Se han elegido directores de bollonas cívicas en todos los distritos. Desde luego, uno se pregunta qué van a hacer los que no saben cantar y los que no pertenecen a ninguna corporación.

—He soñado en él —dijo Krug—. Por lo visto, es ésta la única manera en que mi antiguo condiscípulo puede asociarse conmigo en la actualidad.

—¿Debo entender que no se tenían mucha simpatía en el colegio?

—Bueno, esto hay que analizarlo. Desde luego, yo le detestaba, pero la cuestión es: ¿era mutuo este sentimiento? Recuerdo un incidente extraño. Las luces se apagaron súbitamente; un cortocircuito o algo parecido.

—A veces suele ocurrir. Pruebe esa compota. A su hijo le ha gustado mucho.

—Yo estaba leyendo en el aula —siguió diciendo Krug—. Sabe Dios por qué me había quedado aquella tarde. El Sapo se había deslizado en la clase y estaba buscando en su pupitre; siempre tenía caramelos en él. Fue entonces cuando se apagaron las luces. Yo me recliné en mi asiento, esperando en la oscuridad total. De pronto, sentí algo húmedo y suave en el dorso de la mano. El Beso de el Sapo. Consiguí largarse antes de que yo pudiese agarrarle.

—Muy sentimental, diría yo —observó Maximov.

—Y repelente —añadió Krug.

Untó un bollo con mantequilla y procedió a contar los detalles de la reunión en la casa del presidente. Maximov permaneció también sentado, reflexionó un momento y, después, se inclinó sobre la mesa para asir una cesta de knakerbrod, la dejó junto al plato de Krug, y dijo:

—Quiero decirle algo. Cuando lo oiga, tal vez se enfadará y me llamará entremetido, pero me expondré a incurrir en sus reproches, porque el asunto es demasiado serio y no me importa que gruña o deje de gruñir. *La, sobstvenno, uzhe vchera khotel* (hubiese debido abordar el tema ayer), pero Anna pensó que estaba usted demasiado cansado. Sería una estupidez demorar más esta charla.

—Adelante —dijo Krug, dando un bocado y adelantando la cabeza al ver que iba a escurrirse la compota.

—Comprendo perfectamente su negativa a tener tratos con esa gente. Creo que yo habría actuado igual que usted. Ellos intentarán de nuevo hacerle firmar cosas, y usted volverá a negarse. Este punto ha quedado aclarado.

—Definitivamente —dijo Krug.

—Bien. Entonces, aclarado este punto, podemos deducir que otra cosa ha quedado clara. A saber: su posición bajo el nuevo régimen. Ésta adquiere un aspecto peculiar, y lo que yo deseo observar es que no parece usted darse cuenta del peligro de este aspecto. Dicho en otras palabras, en cuanto los *ekwilistas* pierdan toda esperanza de conseguir su colaboración, le detendrán.

—Tonterías —dijo Krug.

—Precisamente. Digamos que este hipotético suceso sea una perfecta tontería. Pero lo perfectamente tonto es parte natural y lógica del régimen de Paduk. Tiene usted que tomar esto en consideración, amigo mío: tiene que preparar alguna clase de defensa, por muy inverosímil que le parezca el peligro.

—*Yer un dah* (monsergas y tontería) —dijo Krug—. Seguirá lamiendo mi mano en la oscuridad. Soy invulnerable. Invulnerable: la rugiente ola (*volna*) que hace rodar chinas y cascajos en su resaca. Nada puede pasarle a Krug la Roca. Las dos o tres grandes naciones (la pintada de azul en el mapa y la de color leonado) de las que mi Sapo espera el reconocimiento, créditos y todo lo

que un país desgarrado por las balas puede esperar de un vecino zalamero..., estas naciones, digo, prescindirán simplemente de él, si me... molesta. ¿Es éste un buen gruñido?

—No lo es. Su concepto de la política práctica es romántico e infantil, y completamente falso. Podemos imaginar que le perdone a usted las ideas que expuso en sus anteriores obras. Podemos imaginar también que él tolere que una mentalidad sobresaliente exista en medio de una nación que, por su propia ley, debe ser tan vulgar como el más vulgar de sus ciudadanos. Mas, para imaginarnos estas cosas, tenemos que contar con un intento por su parte de sacar de usted alguna utilidad. Si nada resulta de esto, él dejará de preocuparse de la opinión en el extranjero, y, por otra parte, ningún Estado se preocupará por usted, si cree beneficioso tratar con este país.

—Las academias extranjeras protestarán. Ofrecerán sumas fabulosas, mi peso en *Ra*, para comprar mi libertad.

—Puede chancearse cuanto quiera, pero permítame que insistan, Adam: ¿qué piensa usted hacer? Porque supongo que no creerá que le permitirán dar conferencias o publicar sus obras o mantenerse en contacto con eruditos y editores extranjeros, ¿no es cierto?

—No lo creo. *Je resterai coi.*

—Mi francés es limitado —dijo secamente Maximov.

—Permaneceré *doggo* —dijo Krug (empezando a sentirse muy aburrido)—. A su debido tiempo, lo que pueda dejar de inteligente será ensamblado en algún libro. Francamente, no tengo preferencias por ninguna Universidad concreta. ¿Está David fuera de casa?

—Pero, mi querido amigo, ¡ellos no le dejarán tranquilo! Éste es el quid de la cuestión. Yo o cualquier otro ciudadano corriente podemos permanecer sentados tranquilamente; pero usted, no. Usted es una de las pocas celebridades que ha producido nuestro país en los tiempos modernos, y...

—¿Quiénes son los otros astros de esta misteriosa constelación? —preguntó Krug, cruzando las piernas e insertando cómodamente una mano entre el muslo y la rodilla.

—De acuerdo, es usted el único. Y por esta razón querrán que se muestre lo más activo posible. Harán cuanto puedan para que sea usted el pregonero de su manera de pensar. El estilo, la begonia (brillantez), serán de usted, naturalmente. Paduk se contentará con disponer el programa.

—Y yo permaneceré sordo y mudo. Realmente, mi querido amigo, todo esto es puro periodismo por su parte. Quiero que me dejen solo.

—¡Solo es la palabra que no debe pronunciar! —gritó Maximov, acalorándose—. ¡Usted no está solo! Tiene un hijo.

—Vamos, vamos —dijo Krug—, dejemos, por favor...

—No dejaremos nada. Ya le advertí que no haría caso de su irritación.

—Bueno, ¿qué quiere usted que haga? —preguntó Krug, suspirando y sirviéndose otra taza de café templado.

—Salga inmediatamente del país.

La estufa crepitó alegremente, y un reloj cuadrado, con dos azulejos pintados en su blanca cara de madera y sin cristal, desgranó los segundos con letras negritas. La ventana esbozó una sonrisa. Una débil infusión de sol se derramó sobre la colina lejana e hizo que se destacasen, con una especie de inútil distinción, la casita de campo y sus tres pinos en la vertiente de enfrente, que pareció acercarse y retroceder después, al extinguirse el pálido sol.

—No veo la necesidad de marcharme ahora mismo —dijo Krug—. Probablemente lo haré, si me fastidian demasiado; pero, de momento, el único movimiento que pienso hacer es un enroque largo con mi rey.

Maximov se levantó y, después, se sentó en otra silla.

—Ya veo que será muy difícil hacerle comprender su posición. Por favor, Adam, aguce su ingenio: ni hoy, ni mañana, ni en momento alguno, le permitirá Paduk marcharse al extranjero. Pero hoy puede escapar, como escaparon Berenz y Marbel y otros; mañana será imposible; las fronteras se están cerrando cada vez más herméticamente; cuando se decida usted, no quedará un solo intersticio.

—Entonces, ¿por qué no huye usted también? —gruñó Krug.

—Mi posición es algo diferente —respondió con calma Maximov—. Y, lo que es más, usted lo sabe. Anna y yo somos demasiado viejos... y, además, yo soy el tipo perfecto de hombre corriente y no constituyo ningún peligro para el Gobierno. Usted está sano como un toro, y todo lo suyo es delictivo.

—Aunque creyese prudente abandonar el país, no tengo la menor idea de cómo podría hacerlo.

—Vaya a ver a Turok... Él sabe, él le pondrá en contacto con las personas adecuadas. Le costará mucho dinero, pero puede pagarlo. Tampoco yo sé cómo se hace, pero sé que puede hacerse y que se ha hecho. Piense en la paz de un país civilizado, en las oportunidades de trabajo, de una buena enseñanza para su hijo. En sus actuales circunstancias...

Se contuvo. Después de una cena sumamente difícil la noche pasada, se había prometido no volver a tocar un tema que el extraño viudo parecía evitar estoicamente.

—No —dijo Krug—. No. No voy a hacerlo (*ne do tovo*) de momento. Es usted muy amable al preocuparse por mí (*obo mne*) de esta manera; pero, realmente (*pravo*), exagera el peligro. Desde luego (*koneshno*), recordaré su sugerencia. No se hable más de esto (*bol'she*). ¿Qué está haciendo David?

—Bueno, al menos, ya sabe lo que pienso (*po kralnet mere*) —dijo Maximov, cogiendo la novela histórica que estaba leyendo al entrar Krug—. Pero todavía no hemos acabado con usted. Haré que Anna le hable también, tanto si le gusta como si no. Así, ella se sentirá mejor. Creo que David está con ella en el jardín de la cocina. Comeremos a la una.

La noche había sido tormentosa, palpitante y jadeante, con brutales torrentes de lluvia, y, en la rigidez de la fría y tranquila mañana, los empapados ásteres castaños aparecían en desorden, y gotas de azogue salpicaban las hojas de las coles purpúreas de penetrante olor, entre cuyas toscas nervaduras las larvas habían practicado feos agujeros. David, con aire soñador, estaba sentado en una carretilla que la menuda y anciana señora trataba de empujar sobre la fangosa arcilla del sendero.

—*Ne mogoo!* (no puedo) —exclamó, riendo y apartando de su sien un mechón de finos cabellos plateados.

Krug, sin mirarla, preguntó si no hacía demasiado frío para que el chico anduviese sin abrigo, y Anna Petrovna le contestó que el suéter blanco que llevaba era lo bastante grueso y comfortable. Por alguna razón, Olga no había sentido nunca mucha simpatía por Anna Petrovna y su dulzura santurróna.

—Voy a llevarlo a dar un largo paseo —dijo Krug—. Ya debe estar usted harta de él. La comida es a la una, ¿no?

No importaba lo que dijese, ni las palabras que emplease; seguía eludiendo su noble y amable mirada, que sentía que no podría resistir, y escuchaba su propia voz emitiendo sonidos triviales en el silencio de un mundo encogido.

Ella se los quedó mirando, mientras padre e hijo se dirigían al camino cogidos de la mano. Silenciosa, jugueteando con las llaves y un dedal en los tirantes bolsillos de su negra blusa.

Racimos rotos de corales cenicientos de la montaña yacían aquí y allá en el camino de color de chocolate. Las bayas estaban arrugadas y sucias, pero aunque hubiesen estado limpias y jugosas, ciertamente no las habrían comido. La compota es otra cosa. No, dije yo: No. Probar es lo mismo que comer. Algunos de los arces del húmedo y silencioso bosque a través del cual serpenteaba el camino conservaban sus hojas pintadas, pero los abedules estaban completamente desnudos. David resbaló y, con gran presencia de ánimo, prolongó el resbalón para tener el placer de sentarse» en la pegajosa tierra. Levántate, levántate. Pero él siguió sentado allí otro momento, mirando hacia arriba con fingida estupefacción y ojos reidores. Tenía los cabellos húmedos y calientes. Levántate. Seguramente, todo esto es un sueño, pensó Krug: este silencio, la profunda ridículoz de finales de otoño, a muchos kilómetros de casa. ¿Por qué estamos precisamente aquí? Un sol enfermizo trataba de nuevo de animar el blanco cielo: durante un segundo o dos, un par de sombras oscilantes, el fantasma K y el fantasma D, imitaron, caminando sobre sombríos zancos, la andadura humana, y después, se desvanecieron. Una botella vacía. Si quieres, dijo él, puedes coger esta botella skotónica y arrojarla con fuerza contra el tronco de un árbol. Estallará, con un bello ruido. Pero cayó intacta sobre las oxidadas olas de helechos, las cuales tuvo que vadear a fin de cuentas, porque aquello estaba demasiado húmedo para los inadecuados zapatos que llevaba David. Prueba otra vez. Tampoco se rompió. Está bien, lo haré yo. Había un poste con un rótulo: Vedado de Caza. Lanzó

violentemente contra él la verde botella de vodka. Era un hombre corpulento. David se echó atrás. La botella estalló como una estrella.

Ahora salieron a campo abierto. ¿Quién era aquel haragán sentado en una valla? Llevaba botas altas y gorro en punta, pero no parecía un campesino. Sonrió y dijo: «Buenos días, profesor.» «Buenos días», le respondió Krug, sin detenerse. Posiblemente era uno de los hombres que suministraba bayas y piezas de caza a los Maximov.

Las dachas a la derecha del camino estaban casi todas abandonadas. Sin embargo, aquí y allá, persistían algunos restos de la vida en tiempo de vacaciones. Delante de uno de los portales, se hallaban o yacían un baúl negro con asas de metal, un par de fardos y una bicicleta de desolado aspecto y con correas en los pedales, esperando algún medio de transporte, mientras un niño vestido con ropas de ciudad se mecía por última vez en un triste columpio instalado entre los troncos de dos pinos que habían visto tiempos mejores. Un poco más lejos, dos mujeres de edad y de cara llorosa estaban enterrando un perro, misericordiosamente muerto, junto con una vieja bola de croquet que mostraba las señales de sus alegres y jóvenes dientes. En otro jardín, un hombre a lo Walt Withman, de barba blanca y traje de cazador, estaba sentado ante un caballete, y, aunque eran las once menos cuarto de una mañana como otra cualquiera, una cenicienta puesta de sol manchada de rojo se extendía sobre la tela, mientras el hombre añadía unos árboles y otros varios detalles que el crepúsculo del día anterior le había impedido completar. En un banco de un bosquecillo de pinos, a la izquierda, una muchacha de erguida espalda hablaba apresuradamente (represalia... bombas... cobardes... oh, Phokus si yo fuese hombre...) con ademanes nerviosos y rostro perplejo y desalentado a un estudiante de gorro azul que permanecía sentado y cabizbajo, hurgando trozos de papel, billetes de autobús, hojas de pino, un ojo de muñeca o de pescado, y el blando suelo, con la punta del fino y perfectamente enrollado paraguas de su pálida compañera. Pero, aparte de esto, el ayer alegre lugar de vacaciones aparecía abandonado, las ventanas estaban cerradas, un maltrecho cochecillo de niño yacía volcado en una zanja, y los palos del telégrafo, esos haraganes mancos, zumbaban tristemente y al unísono con la sangre que latía en la cabeza de uno.

El camino descendió ligeramente, y apareció el pueblo, con un bosque neblinoso a un lado y el Lago Malheur al otro. Los carteles de que había hablado el lechero daban un toque delicioso de civilización y de madurez cívica

al humilde caserío acurrucado debajo de sus musgosos y bajos tejados. Varias lugareñas flacas y huesudas, y sus panzudos hijos, se habían reunido frente al Ayuntamiento, que estaba siendo lindamente adornado para las próximas festividades; y, desde las ventanas de la oficina de Correos, a la izquierda, y del cuartelillo de Policía, a la derecha, los uniformados funcionarios seguían los progresos de aquel trabajo con ojos entendidos y llenos de dichosa anticipación. De pronto, con un ruido parecido al llanto de un recién nacido, sonó un altavoz de radio que acababan de instalar y que, bruscamente, enmudeció de nuevo.

—Allí hay juguetes —observó David, señalando, al otro lado del camino, una tienda pequeña pero ecléctica, donde había de todo, desde golosinas hasta botas rusas de fieltro.

—Está bien —dijo Krug—. Vamos a ver lo que hay.

Pero, en el momento en que el impaciente niño empezaba a cruzar solo la carretera, apareció un automóvil negro que venía a toda velocidad, de la dirección de la carretera principal del distrito, y Krug, lanzándose hacia delante, agarró a David y le hizo retroceder, mientras el coche negro pasaba rugiendo y dejando en su ruidosa estela el cuerpo aplastado de una gallina.

—Me has hecho daño —dijo David.

Krug sintió que le Saqueaban las rodillas y dijo a David que se apresurase, a fin de que no viese el ave muerta.

—¿Cuántas veces...? —dijo Krug.

Una copia en pequeño del vehículo asesino (cuyas vibraciones persistían aún en el plexo solar de Krug, aunque, probablemente, el coche había llegado ya o incluso rebasado el punto en que el haragán del pueblo estaba sentado en su valla) fue descubierta inmediatamente por David entre las muñecas baratas y las latas de conserva. Aunque un tanto polvoriento y con rascaduras, tenía esos neumáticos desmontables que gustaban al niño, y era particularmente apetecible por haber sido encontrado en un sitio inesperado. Krug pidió al joven y rubicundo tendero un frasco-petaca de coñac (los Maximov eran abstemios). Mientras pagaba éste y el cochecito que David hacía rodar delicadamente arriba y abajo, sobre el mostrador, retumbó en el exterior la voz nasal de el Sapo, prodigiosamente amplificadas. El tendero se colocó en posición

de firmes, mirando con cívico fervor las banderas que decoraban la casa del Ayuntamiento, que, junto con una franja de cielo blanco, podían verse a través de la puerta.

—...ya todos aquellos que confían en mí como en ellos mismos —rugió el altavoz, terminando una frase.

La salva de aplausos que siguió fue seguramente interrumpida por un ademán del orador.

—De ahora en adelante —prosiguió el tremendamente hinchado Tiranosaurio— queda abierto el camino hacia la felicidad total. La alcanzaréis, hermanos, a fuerza de una ardiente comunicación de unos con otros, siendo como niños dichosos en un susurrante dormitorio, ajustando vuestras ideas y emociones a las de una armónica mayoría; la alcanzaréis, ciudadanos, extirpando todos los conceptos arrogantes que la comunidad no comparte ni debe compartir; la alcanzaréis, adolescentes, dejando que vuestra persona se disuelva en la unicidad del Estado; entonces, y sólo entonces, será alcanzada la meta. Vuestras individualidades, que andan a tientas, se volverán intercambiables, y el alma desnuda, en vez de permanecer acurrucada en la celda carcelaria de un ego ilegal, estará en contacto con las de los demás hombres de este país; digo mal, más aún: cada uno de vosotros podrá construir su morada en el elástico interior de cualquier otro ciudadano, y revolotear de uno a otro, hasta que no sepa ya si es Pedro o Juan, tan íntimamente unidos estaréis en el abrazo del Estado, tan felices os sentiréis todos juntos...

El discurso se desintegró en una sucesión de chasquidos. Se hizo una especie de silencio aturdido: evidentemente, la radio del pueblo no funcionaba muy bien.

—Casi se podría untar el pan con las modulaciones de esta voz admirable —observó Krug.

Siguió una cosa totalmente inesperada: el tendero le hizo un guiño.

—¡Dios sea loado! —dijo Krug—. ¡Un destello en la penumbra!

Pero aquel guiño tenía una intención específica. Krug se volvió. Un soldado *ekwilista* estaba en pie detrás de él.

Sin embargo, sólo quería una libra de pipas de girasol. Krug y David inspeccionaron una casa de cartón que había en el suelo, en un rincón. David se agachó para mirar el interior a través de las ventanas. Pero éstas sólo estaban pintadas en la pared. Volvió a levantarse despacio, sin dejar de mirar la casa y deslizando automáticamente su mano en la de Krug.

Salieron de la tienda y, para evitar la monotonía del trayecto de regreso, decidieron dar un rodeo por el lago y seguir por un sendero que serpenteaba entre los prados y les conduciría al *cottage* de los Maximov después de rodear el bosque.

¿Trató de salvarme aquel estúpido? ¿De qué? ¿De quién? Perdón, yo soy invulnerable. Aunque, a fin de cuentas, no ha sido una estupidez mucho mayor que la de sugerir que me deje crecer la barba y cruce la frontera.

Tenía otras muchas cosas que arreglar, antes de pensar en cuestiones políticas..., si aquella ñoñería podía llamarse una cuestión política. Si, dentro de quince días más o menos, no se le ocurría a algún admirador impaciente asesinar a Paduk. Confundiendo, por decirlo así, el sentido del canibalismo espiritual predicado por el pobre muchacho. Uno se preguntaba también (al menos, alguien podía preguntárselo, aunque la cuestión tenía poco interés) qué sacaban los campesinos de aquella elocuencia. Tal vez les recordaba vagamente la iglesia. Ante todo, tengo que buscarle una buena niñera, una niñera de libro de cuentos, amable, prudente y escrupulosamente limpia. Después, tendré que hacer algo por ti, querido. Hemos imaginado que un blanco tren hospital, con una blanca máquina «Diesel», te ha llevado a través de muchos túneles a un país montañoso a orillas del mar. Allí te estás poniendo bien. Pero no puedes escribir, porque tus dedos están muy, muy débiles. Los rayos de luna no pueden sostener siquiera un lápiz blanco. La imagen es bonita, pero ¿cuánto tiempo permanecerá en la pantalla? Esperamos la placa siguiente, pero ya no queda ninguna más en la linterna mágica. ¿Debemos dejar que el tema de una larga separación se dilate hasta romperse en lágrimas? ¿Diremos (traduciendo remilgadamente en símbolos la desinfectada blancura) que el tren es la Muerte y que el sanatorio es el Paraíso? ¿O dejaremos que la imagen se desvanezca por sí sola, que se confunda con otras impresiones evanescentes? Pero nosotros queremos escribirte cartas, aunque no puedas contestarlas. ¿Debemos sufrir que los lentos y vacilantes garabatos (podemos poner nuestro nombre y dos o tres palabras de saludo) se abran, consciente e innecesariamente, camino en una postal que nunca será

echada al buzón? ¿No son estos problemas demasiado difíciles de resolver, porque mi propia mente no ha resuelto todavía nada sobre tu muerte? Mi inteligencia no acepta la transformación de la discontinuidad física en la continuidad permanente de un elemento no físico que escape a la ley evidente, ni puede aceptar la sandez de acumular incalculables tesoros de pensamiento y sensación, y de pensamientos ocultos y sensaciones ocultas, para perderlos de una vez para siempre en un vómito negro seguido de una nada infinita. Fin de la cita.

—A ver si puedes subir a lo alto de aquella piedra. Yo creo que no podrás.

David trotó sobre un prado muerto en dirección a una peña que tenía la forma de una oveja (dejada atrás por algún descuido glaciario). El coñac era malo, pero de algo serviría. De pronto, recordó un día de verano en que había paseado por estos mismos campos en compañía de una muchacha alta y de negros cabellos, labios gordezuelos y dulces brazos, a la que había cortejado antes de conocer a Olga.

—Sí, te estoy mirando. Magnífico. Ahora, trata de bajar.

Pero David no pudo hacerlo. Krug se acercó a la peña y lo bajó de ella cariñosamente. Ese pequeñín... Se sentaron un rato en otra piedra en forma de oveja que estaba cerca de allí y contemplaron un interminable tren de mercancías que resoplaba más allá de los campos, dirigiéndose a la estación próxima al lago. Un cuervo pasó volando majestuosamente, y el lento susurro de sus alas hizo que el corrompido herbazal y el incoloro cielo pareciesen aún más tristes de lo que eran en realidad.

—Vas a perderlo. Será mejor que yo lo guarde en mi bolsillo.

Emprendieron de nuevo la marcha, y David quiso saber cuánto les quedaba por andar. Sólo un pequeño trecho. Siguieron por la orilla del bosque y salieron a un camino muy fangoso que les llevaría a su hogar provisional.

Había una carreta frente a la casa de campo. El viejo caballo blanco les miró por encima del hombro. En el umbral de la puerta de entrada, hallábanse sentadas dos personas, una al lado de la otra: el granjero que vivía en el monte, y su mujer, que hacía las labores de la casa para los Maximov.

—Se han ido —dijo el granjero.

—Espero que no hayan salido a nuestro encuentro por la carretera, pues hemos vuelto por otro camino. Entra, David, y lávate las manos.

—No —dijo el granjero—. Se han ido definitivamente. Se los ha llevado un coche de la Policía.

Llegados a este punto, la mujer se volvió muy locuaz. Acababa de bajar de la colina cuando vio a los soldados llevándose a la pareja. Había tenido miedo de acercarse más. Le debían un salario desde octubre. Se llevaría, dijo, todos los tarros de compota de la casa.

Krug entró. La mesa estaba puesta para cuatro. David pidió su juguete, esperando, dijo, que su padre no lo habría perdido. Un pedazo de carne cruda yacía sobre la mesa de la cocina.

Krug se sentó. El granjero había entrado también y se acariciaba la pardusca barbilla.

—¿Podría llevarnos a la estación? —le preguntó Krug, al cabo de un rato.

—Podría meterme en líos —dijo el granjero.

—Vamos, hombre; yo le ofrezco más de lo que le pagaría a la Policía por cuanto hiciese por ella.

—Usted no es la Policía, y, por tanto, no puede sobornarme —replicó el honrado y meticuroso granjero.

—¿Quiere decir que se niega?

El granjero guardó silencio.

—Bueno —dijo Krug, poniéndose en pie—. Lamento tener que insistir. El niño está cansado, y no puedo llevarlo a cuestas junto con la maleta.

—¿Cuánto ha dicho? —preguntó el granjero.

Krug se caló las gafas y abrió la cartera.

—Se detendrá un momento en el cuartelillo de Policía —añadió.

Empaquetó rápidamente los cepillos de dientes y los pijamas. David aceptó la imprevista partida con perfecta ecuanimidad, pero propuso comer algo antes de salir. La amable mujer le dio unos bizcochos y una manzana. Había empezado a caer una fina llovizna. No hubo manera de encontrar el sombrero de David, y Krug le cedió el suyo, negro y de ala ancha; pero David se lo quitaba continuamente, porque quería oír el chapaleo de las pezuñas y el chirrido de las ruedas.

Al pasar por el sitio donde, dos horas antes, un hombre de poblado bigote y ojos chispeantes se hallaba sentado sobre una rústica valla, Krug advirtió que ahora, en vez del hombre, no había más que una pareja de *rudobrustki* o *ruddocks* (un pajarillo parecido al petirrojo), y que un cartón cuadrado había sido clavado en la valla. El cartel contenía una tosca inscripción en tinta (ya bastante estropeada por la llovizna):

*Bon Voyage!*

Krug llamó la atención del conductor sobre el particular, y el conductor, sin volver la cabeza, dijo que hoy en día (eufemismo que quería decir «el nuevo régimen») ocurrían muchas cosas inexplicables y que era mejor no estudiar demasiado los fenómenos cotidianos. David tiró a su padre de la manga y le preguntó de qué estaban hablando. Krug le respondía que discutían la extraña manera que tiene la gente de preparar excursiones en el triste mes de noviembre.

—Será mejor que les lleve directamente, amigos, o perderán el tren de la una cuarenta —dijo el granjero, tentador.

Pero Krug le ordenó parar ante la casa de ladrillos donde tenía su sede la Policía local. Krug se apeó y entró en una oficina donde un viejo con patillas, desabrochado el cuello del uniforme, sorbía té de una tacita azul, soplándolo antes de cada sorbo. Dijo que nada sabía del asunto. Había sido la Guardia de la Ciudad, no su departamento, quien había practicado la detención. Sólo podía presumir que los habían llevado a alguna prisión de la ciudad, como delincuentes políticos. Aconsejó a Krug que no se entremetiese y que diese gracias a su buena estrella por no haberse encontrado en la casa en el momento de la detención. Krug dijo que, por el contrario, quería hacer cuanto estuviese en su mano para averiguar por qué dos ancianos respetables, que

habían vivido tranquilamente en el campo durante muchos años y no tenían ninguna relación con... El oficial de Policía le interrumpió diciendo que lo mejor que podía hacer el profesor (si Krug era un profesor) era cerrar el pico y largarse del pueblo. Levantó de nuevo la taza hasta sus barbudos labios. Dos policías jóvenes empezaron a revolotear por allí, mirando fijamente a Krug.

Éste permaneció un momento inmóvil, mirando la pared y un cartel que llamaba la atención sobre la situación de los policías ancianos, y un calendario (monstruosamente *in copula*) con un barómetro; pensaba en el soborno: pero decidió que allí no sabían absolutamente nada y, con un encogimiento de los pesados hombros, salió al exterior.

David no estaba en la carreta.

El granjero volvió la cabeza, miró el asiento vacío y dijo que seguramente el chico había seguido a Krug al cuartelillo de la Policía. Krug volvió atrás. El jefe le miró con irritación y recelo y dijo que había visto la carreta desde la ventana y que allí no había habido nunca ningún niño.

Krug trató de abrir otra puerta del pasillo, pero estaba cerrada.

—No haga eso —gruñó el hombre, perdiendo la paciencia— o le detendremos por alborotar.

—Quiero a mi chico —dijo Krug (otro Krug, terriblemente mermado por un espasmo en la garganta y por las palpitaciones de su corazón).

—Pare el carro —dijo uno de los policías jóvenes—. Esto no es un jardín de infancia; aquí no hay niños.

Krug (ahora un hombre de luto con cara de marfil) le empujó a un lado y volvió a salir. Se aclaró la garganta y vociferó llamando a David. Dos campesinos vestidos con kappen medievales, que estaban cerca de la carreta, le miraron, se miraron y uno de ellos se volvió y miró en cierta dirección.

—¿Han visto ustedes...? —preguntó Krug.

Pero ellos no le respondieron y volvieron a mirarse.

No debo perder la cabeza, pensó Adam Noveno, pues ahora había ya muchos Krug en la serie: volviéndose a un lado y otro, como el burlado y

abofeteado buscador en el juego de la gallina ciega; haciendo añicos con unos puños imaginarios una comisaría de Policía de cartón; corriendo a lo largo de túneles de pesadilla; medio ocultándose con Olga detrás de un árbol, para observar a David que andaba de puntillas alrededor de otro, con todo el cuerpo dispuesto a un pequeño escalofrío de gozo; buscando un intrincado calabozo donde, en algún lugar, un chiquillo gemebundo estaba siendo torturado por manos expertas; abrazando las botas de un bruto uniformado; estrangulando al bruto entre un caos de muebles derribados; encontrando un pequeño esqueleto en un oscuro sótano.

Llegados a este punto, hay que mencionar que David llevaba un pequeño anillo esmaltado en el cuarto dedo de la mano izquierda. Krug estaba a punto de atacar al policía una vez más, cuando se dio cuenta de que un estrecho callejón, flanqueado de mustias ortigas, discurría al lado de la casa de ladrillos de la Policía (hacia un rato que los campesinos miraban en esta dirección), y se metió en él, tropezando dolorosamente con un leño.

—Cuidado; no vaya a romperse las piernas, las necesitará —dijo el granjero, con una risa amistosa.

En el callejón, un niño escrofuloso y descalzo, con camisa de color de rosa y remiendos colorados, estaba jugando con una peonza, y David lo contemplaba con las manos cruzadas a la espalda.

—Esto es intolerable —gritó Krug—. Nunca debiste marcharte de esta manera. ¡Silencio! Sí, te llevaré cogido. Vamos. Vamos.

Uno de los campesinos se tocó ligeramente la sien con aire juicioso, y su compañero asintió con la cabeza. Desde una ventana abierta, un joven policía apuntó con una manzana a medio comer a la espalda de Krug, pero un camarada más formal le contuvo.

La carreta reemprendió su marcha. Krug buscó su pañuelo, no lo encontró y se enjugó la cara con la palma de una mano que aún temblaba.

El lago, haciendo honor a su nombre, era una amorfa extensión de agua gris, y, al entrar el vehículo en la carretera que discurría a lo largo de la orilla hacia la estación, una brisa fría levantó, con unos invisibles dedos índice y pulgar, la crin plateada de la vieja yegua.

—¿Habrá vuelto mamá cuando lleguemos? —preguntó David.

## CAPITULO VII

Un vaso estriado, de color violeta veteado de azul, y una jarra de ponche caliente, están sobre la mesita de noche de Ember. Una serie de tres grabados pende de la pared color ante, directamente sobre su cabeza (Ember tiene un fuerte resfriado).

El grabado número uno representa a un caballero del siglo xvi en el acto de entregar un libro a un hombre humilde que sostiene un venablo y un sombrero coronado de laurel en la mano izquierda. Adviértase el detalle siniestro (¿Por qué? Ah, «ésta es la cuestión», como observó una vez *Monsieur Homais*, citando el *journal d'hier*, una cuestión que es contestada con voz torpe por el Retrato de la página titular del Primer Infolio). Adviértase también el pie: *Ink, a Drug* (La Tinta, una Droga). El lápiz ocioso de alguien (Ember aprecia muchísimo este escolio) numeró las letras de manera que digan Grudinka, que significa «tocino» en varias lenguas eslavas.

El número dos muestra al rústico (vestido ahora con las ropas del caballero) quitando de la cabeza del caballero (ahora escribiendo sentado a una mesa) una especie de shapska. Garrapateado al pie, en la misma caligrafía: «*Hamlet, u Homelette aun Lard.*»

Por último, el número tres representa una carretera, un viajero a pie (que lleva la *shapska* robada) y un rótulo indicador: *A High Wycombe*.

Su nombre es proteico. Engendra dobles en cada esquina. Su caligrafía es imitada inconscientemente por abogados que escriben en parecido estilo. En la húmeda mañana del 27 de noviembre de 1582, es Shaxpere, y ella es una Wately de Temple Grafton. Un par de días más tarde, él es Shagspere, y ella es una Hathway de Stratford-on-Avon. ¿Quién es él? William X, astutamente compuesto de dos brazos izquierdos y una máscara. ¿Quién más? La persona que dijo (no por primera vez) que la gloria de Dios es esconder las cosas, y la gloria del hombre, encontrarlas. Sin embargo, el hecho de que el hombre de

Warwickshire escribió las obras está satisfactoriamente demostrado por la fuerza de una manzana tardía y de una pálida vellorita.

Ahora, pueden tratarse dos temas: el shakespeariano vertido en tiempo presente, con Ember presidiendo en su melle; y otro completamente distinto, una complicada mezcla de pasado, presente y futuro, con la monstruosa ausencia de Olga causando una terrible turbación. Éste era su primer encuentro desde la muerte de ella. Krug no quiere hablar de ella, ni siquiera quiere preguntar por sus cenizas; y Ember, que siente también la vergüenza de la muerte, no sabe qué decir. Si hubiese podido moverse libremente, tal vez habría abrazado a su gordo amigo en silencio (una miserable derrota en el caso de los filósofos y los poetas acostumbrados a creer que las palabras son superiores a los hechos), pero esto es imposible cuando uno de los dos yace en la cama. Krug, semiintencionadamente, se mantiene fuera del alcance del otro. Es una persona difícil. Describe la habitación. Alude a los brillantes ojos castaños de Ember. Ponche caliente y un poco de fiebre. Su firme y reluciente nariz surcada de venas azules, y el brazaletes en su hirsuta muñeca. Di algo. Pregunta por David. Relata el horror de aquellos ensayos.

—David está también en cama, resfriado (*ist auk beterkeltet*), pero no ha sido ésta la causa de nuestro regreso (*zueruk*). ¿Qué (*shto bish*) estabas diciendo sobre esos ensayos (*repetitia*)?

Ember recibe con agradecimiento el tema elegido. Podía haber preguntado: «entonces, ¿por qué?» Tardará un poco en aprender a razonar. Percibe vagamente peligros emocionales en esta vaga región. Prefiere hablar de negocios, última oportunidad de describir la habitación.

Demasiado tarde. Ember habla a chorros. Exagera su propia verborrea. En forma deshidratada y condensada, las nuevas impresiones de Ember como Asesor Literario del Teatro del Estado pueden expresarse en estos términos:

—Los dos mejores Hamlet que teníamos, en realidad los únicos aceptables, salieron disfrazados del país y, según se dice, están ahora intrigando furiosamente en París, después de haber estado a punto de matarse el uno al otro en el camino. Ninguno de los jóvenes a quienes hemos entrevistado valen para nada, aunque uno o dos de ellos tienen, por lo menos, la apostura que requiere el personaje. Por razones que en seguida explicaré, Osric y Fortinbras han adquirido un tremendo ascendiente sobre el resto del reparto. La reina está embarazada. Laertes es constitucionalmente incapaz de

aprender los rudimentos de la esgrima. He perdido todo interés en el montaje de la obra, porque no puedo cambiar el grotesco rumbo que ha tomado. Mi único y pobre objetivo actual es hacer que los actores adopten mi propia traducción, en vez de aquella, abominable, a la que están acostumbrados. Por otra parte, su trabajo de aficionados, empezado hace mucho tiempo, no ha terminado aún del todo, y el hecho de tener que acelerarlo con un propósito bastante incidental (por no decir algo peor) me causa una intensa irritación, que, sin embargo, no es nada en comparación con el horror de oír que los actores se entregan, con una especie de alivio atávico, a la jerga de la versión tradicional (de Kronberg), siempre que Wern, hombre débil y que prefiere las ideas a las palabras, se lo permite a espaldas mías.

Ember sigue explicando por qué el nuevo Gobierno creyó que valía la pena sufrir la producción de una embrollada obra isabelina. Explica la idea en que se basa la producción. Wern, que propuso humildemente el proyecto, tomó su concepción de la obra del extraordinario libro del difunto profesor Hamm, *La verdadera trama de Hamlet*.

«Hierro y hielo (escribió el profesor): ésta es la amalgama física sugerida por la personalidad del extrañamente rígido y grave Fantasma. De esta unión nacerá Fortinbras (*Ironside*). Según las normas inmemoriales de la escena, lo que es presagiado debe ser incorporado: la erupción debe producirse a toda costa. En *Hamlet*, la exposición promete oscuramente al auditorio una obra fundada en el intento del joven Fortinbras para recobrar las tierras perdidas por su padre en favor del rey Hamlet. Éste es el conflicto, ésta es la trama. Desviar subrepticamente la tensión de este tema saludable, vigoroso y claramente nórdico, al humor camaleónico de un impotente danés, representaría, en la escena moderna, un insulto al determinismo y al sentido común.

»"Fuesen cuales fueren las intenciones de Shakespeare o de Kyd, no hay duda de que la clave, la fuerza impelente de la acción, es la corrupción de la vida civil y militar en Dinamarca. Imagínate la moral de un Ejército donde un soldado, que no debería temer los truenos ni el silencio, ¡dice que tiene enfermo el corazón! Consciente o inconscientemente, el autor de *Hamlet* creó la tragedia de las masas y, de este modo, fundó la soberanía de la sociedad sobre el individuo. Esto no quiere decir que no haya un héroe tangible en la obra. Pero no es Hamlet. El verdadero héroe es sin duda Fortinbras, un brillante y joven caballero, hermoso y sensato hasta la médula. Con la aprobación de Dios, este

magnífico joven nórdico asume el control de la mísera Dinamarca, que ha sido tan criminalmente gobernada por el degenerado rey Hamlet y el judeo-latino Claudius.

«Como ocurre en todas las democracias decadentes, todo el mundo padece, en la Dinamarca de la obra, de una plétora de palabras. Si el Estado quiere salvarse, si la nación desea hacerse merecedora de un nuevo y firme gobierno, todo debe cambiar; el sentido común popular debe escupir el caviar de poesía y luz de luna, y devolver el poder a las palabras sencillas, *verbum sine ornatu*, inteligibles tanto para el hombre como para los animales, y acompañadas de una acción adecuada. El joven Fortinbras reivindica unos antiguos derechos hereditarios sobre el trono de Dinamarca. Alguna oscura acción de violencia o de injusticia, alguna jugarreta ruin por parte del degenerado feudalismo, alguna maniobra masónica urdida por los Shylock de las altas finanzas, despojaron a su familia de sus justos derechos, y la sombra de este crimen flota en el oscuro ambiente hasta que, en la escena final, la idea de justicia de masas estampa en toda la obra su sello de significación histórica.

»"Tres mil coronas y una semana de tiempo disponible no habrían bastado para conquistar Polonia (al menos en aquella época); pero resultaron sobradamente suficientes para otro fin. Claudius, atontado por el vino, se deja engañar completamente por el joven Fortinbras, el cual dice que cruzará los dominios de Claudius en su camino (singularmente desviado) hacia Polonia, con un ejército que, en realidad, ha reclutado para un fin muy diferente. No; los bestiales polacos no tienen por qué temblar: esta conquista no llegará a realizarse; nuestro héroe no ambiciona sus ciénagas y bosques. En vez de dirigirse al puerto, Fortinbras, soldado genial, permanecerá a la espera, y el 'marchad despacio' (que murmura a sus tropas después de enviar un capitán a saludar a Claudius) sólo puede significar una cosa: marchad despacio y ocultaos, mientras el enemigo (el rey danés) se imagina que habéis embarcado hacia Polonia.

»"Se comprenderá en seguida la verdadera trama de la obra si se advierte lo siguiente: el Fantasma de las murallas de Elsinore no es el fantasma del rey Hamlet. Es el del Antepasado de Fortinbras, asesinado por el rey Hamlet. El fantasma de la víctima haciéndose pasar por el fantasma de su asesino: ¡qué maravillosa y previsora estrategia, y cómo excita nuestra intensa admiración! El voluble y probablemente falso relato de la muerte del viejo Hamlet, pronunciado por este admirable impostor, sólo pretende crear

*innerliche Unruhe* en el Estado y debilitar la moral de los daneses. El veneno vertido en el oído del durmiente es símbolo de la sutil inyección de rumores letales, un símbolo que los villanos de los tiempos de Shakespeare dejarían difícilmente de advertir. De este modo, el viejo Fortinbras, disfrazado de fantasma de su enemigo, prepara la perdición del hijo de éste y el triunfo de su propio retoño. No; los 'juicios' no eran tan accidentales, ni las 'matanzas' tan casuales, como parecían a Horacio el Cronista, y hay una nota de profunda satisfacción (que el público no puede dejar de compartir) en la gutural exclamación del joven héroe —Ja, ja, estas piezas chillan en la ruina (queriendo decir: los zorros se han devorado los unos a los otros)— mientras observa el copioso montón de cuerpos muertos, que es cuanto queda del podrido reino de Dinamarca. Y podemos fácilmente imaginarnos que añade, en un estallido de tosca gratitud filial: ¡Sí, el viejo topo ha hecho un buen trabajo!

»"Pero, volvamos a Osric. El locuaz Hamlet ha estado hablando con el cráneo de un bufón; ahora, es el cráneo de la burlona muerte quien habla a Hamlet. Observa la notable yuxtaposición: el cráneo —la concha; 'Echa a correr con una concha en la cabeza.' Osric y Yorick casi riman, salvo que la yema (yolk) de uno se ha convertido en el hueso (os) del otro. Mezclando, como hace, el lenguaje del tendero con el del marino, este hombre corriente con apariencia de fantástico cortesano, está vendiendo la muerte, la misma muerte a la que acaba de escapar Hamlet en el mar. La alada pareja y las retóricas indirectas encubren un propósito profundo, una mentalidad audaz y astuta. ¿Quién es este maestro de ceremonias? Es el más brillante espía del joven Fortinbras." Bueno, esto constituye un buen ejemplo de lo que tengo que aguantar.»

Krug no puede dejar de sonreír ante las lamentaciones del pequeño Ember. Dice que, por alguna razón, todo esto le recuerda la manera de Paduk. Quiere decir los intrincados recovecos de la pura estupidez. Para recalcar la indiferencia del artista ante la vida, Ember dice que no sabe ni le importa saber (una manera de cerrar el asunto) quién es ese Paduk o Padock —*bref, la personne en question*. Por vía de explicación, Krug cuenta a Ember su visita a los Lagos y la manera en que terminó. Naturalmente, Ember se espanta. Se imagina vivamente a Krug y al niño vagando por las habitaciones de la abandonada casa de campo, cuyos dos relojes (uno en el comedor, el otro en la cocina) siguen probablemente marchando, solos, intactos, aferrados patéticamente a la noción humana del tiempo, después de marcharse el hombre. Se pregunta si Maximov tuvo tiempo de recibir la bien escrita carta que él le había dirigido, hablándole de la muerte de Olga y del desesperado

estado de Krug. ¿Qué voy a decir? El sacerdote tomó al viejo legañoso y partidario de Viola por el viudo y, mientras rezaba, y mientras el hermoso cuerpo ardía detrás de una gruesa pared, siguió dirigiéndose a aquella persona (la cual le correspondía con inclinaciones de cabeza). Y no era siquiera un tío, ni siquiera el amante de la madre de ella.

Ember vuelve la cara a la pared y rompe a llorar. Para volver las cosas a su antiguo nivel menos emocional, Krug le habla de un curioso personaje con el que una vez viajó en los Estados Unidos, un hombre que estaba frenéticamente ansioso por hacer una película sobre Hamlet.

—Empezaremos —había dicho— con Monos fantasmas envueltos en sudarios vagando las estremecidas calles romanas. Y la embozada luna móvil...

Después: las murallas y las torres de Elsinore, sus dragones y sus floridos hierros forjados, la luna convirtiendo en escamas de pescado sus tejas de ripia, el tegumento de una sirena multiplicado por el tejado puntiagudo, que brilla en un cielo abstracto, y la estrella verde de una luciérnaga en la explanada del oscuro castillo. El primer soliloquio de Hamlet es recitado en un jardín sin escardar y que ha germinado copiosamente. Bardanas y cardos son los principales invasores. Un sapo respira y pestañea en el banco predilecto del difunto rey. En alguna parte, truena el cañón mientras bebe el nuevo rey. Por la ley de los sueños y la ley de la pantalla, el cañón se transforma delicadamente en la oblicuidad de un tronco podrido en el jardín. El tronco apunta como un cañón al cielo, donde, por un instante, las deliberadas volutas de humo blanquecino forman una palabra flotante: «suicidio».

«Hamlet en Wittenberg, siempre tardo, perdiéndose las conferencias de G. Bruno, siempre sin reloj, confiando en el de Horacio, que está atrasado, diciendo que estará en las murallas entre las once y las doce, y presentándose después de medianoche.

»La luz de la luna siguiendo de puntillas al Fantasma armado de punta en blanco, ora haciendo relucir una redondeada espaldera, ora resbalando sobre las escamas de la loriga.

«También veremos a Hamlet arrastrando al muerto Ratman desde debajo de la tapicería y a lo largo del piso, y por la escalera de caracol, para ocultarlo en un oscuro pasadizo, con algunos extraños y súbitos juegos de luz, cuando los suizos con antorchas son enviados en busca del cadáver. Otro momento de

emoción lo producirá la figura de Hamlet en atuendo marinero, impertérrito ante el mar embravecido, indiferente al rocío de las olas, trepando sobre fardos y barriles de cerveza danesa y arrastrándose hasta la cabaña donde Rosenstern y Guildenkrantz, amables e intercambiables gemelos "que vinieron a curar y se marcharon para morir", están roncando en su yacija común. Al desfilarse los campos de artemisa y las montañas con manchas de leopardo por la ventanilla del compartimiento-salón de hombres, se ofrecieron más y más posibilidades pictóricas. Podríamos ver, dijo (era un hombre desaseado, de cara de halcón, cuya carrera académica había sido bruscamente truncada por una inoportuna aventura amorosa), a R. siguiendo al joven L. en el Barrio Latino; a Polonio, joven, representando el papel de César en el Teatro de la Universidad; el cráneo que sostiene Hamlet en sus enguantadas manos, cubriéndose con las facciones de un bufón vivo (con permiso de la censura); tal vez, incluso, al fornido rey Hamlet destrozando con un hacha a los polacos que resbalan y ruedan sobre el hielo. Después, sacó un frasco del bolsillo de atrás y dijo: "eche un trago". Añadió que había pensado que ella tenía al menos dieciocho años, a juzgar por su busto, pero que, en realidad, la pequeña zorra sólo tenía quince. Después, estaba la muerte de Ofelia. A los sonos de *Les Funerailles* de Liszt, parecería luchando —o, como habría dicho el padre de otra ninfa, "riñendo"— con el sauce. Una doncella, una jovencita. Aquí recomendaba una vista lateral del agua cristalina. Para presentar una hoja flotante. Después, vuelta a su pequeña y blanca mano, sosteniendo una corona, tratando de alcanzar, tratando de ceñir una astilla falaz. Ahora venía la dificultad de presentar de manera dramática lo que, en tiempos prevocales, había sido pièce de résistance de las películas cómicas: el remojón inesperado. El hombre-halcón del compartimiento de aseo y descanso observó (entre chupadas al cigarro y salivazos) que la dificultad podía ser limpiamente salvada mostrando sólo la sombra de ella, la sombra cayendo, cayendo y mirando sobre el borde de la herbosa orilla entre una lluvia de flores sombrías. ¿Visto? Después: una guirnalda flotando. Aquel puritano cuero (en el que estaban sentados) era el último eslabón filogenético entre la moderna y sumamente diferenciada idea Pullman y un banco de las primitivas diligencias: entre la avena y el petróleo. Entonces, y sólo entonces, dijo él, la vemos yaciendo de espaldas en el arroyo (que se divide más lejos como un tenedor, para formar en definitiva el Rin, el Dniéper y el Cañón de Cottonwood o Nova Avon), en una vaga nube ectoplástica de vestiduras empapadas, infladas y acolchadas, canturreando como en sueños una nana o cualquier otra antigua melodía. Esto se transforma en un tañido de campanas, y ahora vemos un pastor liberal sobre

un terreno pantanoso donde crece la Orchis mascula: harapos de la época, barba con cenefa de sol, cinco corderos y una linda ovejita. Esta oveja es un punto importante, a pesar de la brevedad —un latido del pulso— de la bucólica escena. La canción llega hasta el pastor de la reina; la oveja se acerca al arroyo.»

La anécdota de Krug produce el efecto deseado. Ember deja de sorber. Escucha. Después, sonríe. Por último, entra en el espíritu del juego. Sí, ella fue encontrada por un pastor. En realidad, su nombre puede derivarse del de un enamorado pastor de Arcadia. O, posiblemente, es una variación de Alfeios, perdiendo la «S» en la hierba mojada: Alfeo, el dios-río, que persiguió a una ninfa de largas piernas hasta que Artemis la transformó en un arroyo, que, desde luego, convenía a la liquidez de aquél (v. *Lago Winnipeg*, ola 585, ed. Vico Press). O también podemos fundarlo en la versión griega de un antiguo nombre de serpiente Danske. La fina y flexible Ofelia de delgados labios, el sueño húmedo de Amleth, una ninfa del Leteo, una rara serpiente de agua, Russálka letheana en términos científicos (evocando los largos mantos de púrpura). Mientras él trajinaba con sirvientas germanas, ella, en un balcón cerrado de su casa, coqueteaba inocentemente con Osric, mientras el viento frío de la primavera repicaba en los cristales. Su piel era tan fina que, con sólo mirarla, aparecía en ella una mancha rosada. El raro enfriamiento de un ángel de Botticelli teñía de rosa las aletas de su nariz y desdibujaba su labio superior — ya sabes, cuando los bordes de los labios se confunden con la piel. También era una buena moza de cocina..., pero de cocina vegetariana. Ofelia, la servicial. Muerta en servicio pasivo. La linda Ofelia. Un primer Folio con algunas correcciones limpias y unos cuantos crasos errores. «Mi querido amigo (podríamos hacer que Hamlet dijese a Horacio), era tan dura como el pedernal, a pesar de su delicadeza física. Y escurridiza: un ramillete hecho de anguilas. Era una de esas doncellas-ofidios, de poca sangre y ojos pálidos, fina y viscosa, que son tan ardorosamente histéricas como irremediablemente frías. Sin ruido, con una especie de elegancia diabólica, seguía un peligroso curso en la dirección señalada por la ambición de su padre. Incluso estando loca, seguía hurgando su secreto con el dedo del muerto. El cual me apuntaba a mí. Oh, desde luego, yo la amaba como cuarenta mil hermanos, con la fuerza de los ladrones (jarrones de terracota, un ciprés, una luna de uña), pero todos éramos discípulos de Lamord, si es que me entiendes.» Y aún podría añadir que había pillado un resfriado durante la húmeda escena. Agallas rosadas de ondina, sandía helada, l'aurore grelottant en robe rose et verte. Su falda baladí.

Hablando de las deyecciones verbales de un decrepito erudito alemán, Krug sugiere manipular también el nombre de Hamlet. Tomemos la palabra «Telemachos», dice, que significa «luchando desde lejos», lo cual era, también, la idea que tenía Hamlet de la guerra. Mondémosla, quitémosle las letras innecesarias, todas ellas adiciones secundarias, y obtendremos el antiguo «Telemah». Ahora, leámoslo al revés. Así, la pluma caprichosa se fuga con una idea lasciva, y Hamlet, en marcha atrás, se convierte en el hijo de Ulises, que mata a los amantes de su madre. Worte, worte, worte. Verrugas, verrugas, verrugas. Mi comentarista predilecto es Tschischwitz, un manicomio de consonantes... o *un soupir de petit chien*.

Ember, sin embargo, no ha terminado aún con la muchacha. Después de observar apresuradamente que Elsinore es un anagrama de Roseline, con todas sus posibilidades, vuelve a Ofelia. Ésta le gusta, dice. Contrariamente a las opiniones de Hamlet sobre ella, la chica tiene encanto, una clase de encanto que rompe el corazón: los ojos vivos y de un verde gris, la risa súbita, los menudos dientes, sus pausas para ver si uno se burla o no de ella. Sus rodillas y sus pantorrillas, aunque muy bien formadas, eran un poco demasiado robustas en comparación con sus finos brazos y su ligero busto. Las palmas de sus manos eran como un húmedo domingo, y llevaba una cruz colgada del cuello, en lo que *im diminuto* grano de uva de carne, una gota coagulada pero todavía transparente de sangre de paloma, parecía siempre en peligro de ser cortada por la cadenita de oro. Estaba, también, su aliento de la mañana; olía a narcisos antes del desayuno, y, después, a leche cuajada. Esto tenía algo que ver con su hígado. Nada llevaba en los lóbulos de las orejas, aunque habían sido delicadamente perforadas para lucir corales, no perlas. La combinación de estos detalles, sus codos afilados, su cabello clarísimo, sus lisos y satinados pómulos y la sombra de un vello rubio (delicadísimamente erizado a la vista) en las comisuras de la boca, le recordaba (dice Ember, rememorando su infancia) cierta anémica doncella estonia, cuyos pobres y pequeños pechos, tristemente separados, oscilaban débilmente bajo su blusa cuando se agachaba, muy abajo, para ponerle sus calcetines a rayas.

Aquí, Ember levanta súbitamente la voz, en un afectado grito de desesperación. Dice que, en vez de esta auténtica Ofelia, ha sido elegida para el papel la imposible Gloria Bellhouse, irremediabilmente rolliza, con una boca como un as de corazones. Le irritan en particular los claveles y los lirios de invernadero que le da la dirección para que juegue en la escena de «la locura». Ella y el productor, a semejanza de Goethe, se imaginan a Ofelia como un

melocotón en almíbar: «todo su ser flota en una dulce y madura pasión», dice Johann Wolfgang, poeta, nov., dram. & fil. alem. Oh, horrible.

—O su padre... Todos le conocemos y le queremos, ¿no?, y sería muy fácil presentarlo como es debido: Polonio-Pantolonio, un viejo chocho y panzudo, de ropón acolchado, deslizándose en zapatillas y siguiendo detrás de las gafas caídas sobre la punta de su nariz, mientras ronda de una habitación a otra, vagamente andrógino, combinación de papá y mamá, un hermafrodita con la cómoda pelvis de un eunuco... En vez de lo cual, escogieron un hombre alto y rígido, que hizo el papel de Metternich en *Guerra de valeses* y se empeña en seguir siendo un estadista prudente y voluntarioso hasta el fin de sus días. ¡Oh, es horrible!

Pero aún hay algo peor. Ember pide a su amigo que le pase cierto libro..., no, el rojo. Perdón, el otro rojo.

—Como tal vez has advertido, el Mensajero menciona a cierto Claudio como la persona que le entregó unas cartas que Claudius «recibió... de él (Hamlet), que las trajo (del barco)»; en ningún otro lugar de la obra se vuelve a aludir a esta persona. Ahora, abramos el segundo libro del gran Hamm. ¿Qué hace? Veámoslo. Toma a este Claudio y..., bueno, escucha:

«Es evidente que era el bufón del rey, dado que, en el original alemán (*Bestrafter Brudermord*), es el bufón Phantasma quien trae la noticia. Es curioso que nadie se haya preocupado aún de seguir esta clave prototípica. No menos evidente es el hecho de que Hamlet, tan amante de los equívocos, se empeñase en que los marineros entregasen su mensaje al bufón del Rey, ya que él, Hamlet, se había burlado del Rey. Por último, si recordamos que, en aquellos tiempos, el bufón de la Corte adoptaba a menudo el nombre de su amo, con sólo un ligero cambio en el final, tenemos un cuadro completo. Tenemos, así, la interesante figura de este bufón italiano o italianizado, vagando por los sombríos pasillos de un castillo del Norte; un hombre cuarentón, pero tan avisado como en su juventud, veinte años antes, cuando sustituyó a Yorick. Así como Polonio fue el «padre» de las buenas noticias, Claudio es el «tío» de las malas. Su carácter es más sutil que el del prudente y buen anciano. Tiene miedo de enfrentarse directamente al rey, con un mensaje que sus ágiles dedos y sus penetrantes ojos le han permitido conocer. Sabe que difícilmente puede presentarse al rey y decirle "*your beer is sour*" (vuestra cerveza es agria), pronunciando "*beer*" de modo que se entienda "*your beard is*

*soar'd'* (os han tirado de la barba, o arrancado la barba). Por consiguiente, con formidable astucia, inventa una estratagema que dice más en favor de su inteligencia que de su valor moral. ¿Cuál es esta estratagema? Mucho más enjundiosa que lo que habría podido imaginar jamás el "pobre Yorick". Mientras los marineros corren a las casas de placer que les brinda el tan deseado puerto, Claudio, el intrigante de ojos negros, vuelve a plegar la peligrosa carta y, sin darle importancia, la entrega a otro mensajero, el "Mensajero" de la obra, que, cándidamente, la lleva al rey.»

Pero, dejemos esto y oigamos la versión de Ember de algunos versos famosos:

*Ubit' il' ne ubit'? Vot est' oprosen.*

*Vto bude edler: v rasume tzerpieren*

*Ogneprashchi strely zlovo roka...*

(o, como podría decir un francés:)

*L'égorgerai-je ou non? Voici le vrai problème.*

*Est-il plus noble en soi de supporter quand même*

*Et les dards et le feu d'un accablant destin...*

*Sí, todavía me chanco. Ahora viene la cosa de verdad.*

*Tatn nad ruch'om rostiot naklonno iva,*

*V vode iavliaia list'ev sedinu;*

*Guirliandy fantasticheskie sviv*

*Iz etikh list'evs primes'u romashek,*

*Krapivy, lutikov...*

(En el lejano arroyo crece inclinado un sauce,

Reflejando en el agua la blancura de sus hojas;

Habiendo trenzado fantásticas guirnaldas  
Con estas hojas, salpicadas de margaritas,  
Ortigas, flores de cardo...)

Ya ves que tengo que elegir mis comentaristas. O este difícil pasaje:

*Ne dumaote-li vy, sudar", shto vot eto* (la canción del ciervo herido), *da les per'ev na shliape, a dve kamchatye rozy na proreznykh bashmakakh, mogli by, kol' fortuna zadala by mne turku, zasluzhit' mne uchast'e v teatralnoí arteli: a, sudar"?*

O el principio de mi escena predilecta.

Mientras sigue sentado, escuchando la traducción de Ember, Krug no puede dejar de maravillarse de la extrañeza del día. Se imagina a sí mismo en algún punto del futuro, recordando este momento particular. Él, Krug, estaba sentado junto a la cama de Ember. Ember, levantadas las rodillas bajo el cobertor, leyendo fragmentos de verso libre escritos en trozos de papel. Krug acababa de perder a su esposa. Un nuevo orden político había aturdido la ciudad. Dos personas a las que apreciaba se habían esfumado y tal vez habían sido ejecutadas. Pero la habitación era cálida y tranquila, y Ember se hallaba sumido en Hamlet. Y Krug se maravillaba de la extrañeza del día. Escuchaba aquella voz de rica entonación (el padre de Ember había sido mercader persa) y trataba de simplificar los términos de su reacción. La Naturaleza había producido una vez un inglés cuya cabeza en cúpula había sido una colmena de palabras; un hombre que sólo tenía que soplar sobre cualquier partícula de su estupendo vocabulario para que ésta cobrase vida y se desarrollase y brotasen en ella trémulos tentáculos, hasta convertirse en una imagen compleja, con cerebro pulsátil y miembros relacionados entre sí. Tres siglos más tarde, otro hombre, en otro país, trataba de verter sus ritmos y metáforas a una lengua diferente. Este proceso requería una cantidad prodigiosa de trabajo, sin que hubiese ninguna razón verdadera de su necesidad. Era como si alguien que hubiese visto cierto roble (llamado en adelante A Individual) que crecía en cierto país y proyectaba su propia sombra única sobre el suelo verde y pardo, hubiese procedido a levantar en su jardín una máquina prodigiosamente complicada que, en sí misma, fuese tan distinta de aquel o de cualquier otro

árbol como lo son la inspiración y el lenguaje del traductor de los del autor original, pero que, gracias a ingeniosas combinaciones de piezas, efectos de luz y motores creadores de brisa, proyectaría, una vez terminada, una sombra exactamente parecida a la del A Individual: la misma silueta, cambiando de la misma manera, con las mismas dobles y sencillas manchas de sol ondulando en la misma posición, a la misma hora del día. Desde un punto de vista práctico, tales gastos de tiempo y de material (los dolores de cabeza, los triunfos de medianoche que se convierten en desastres a la fría luz de la mañana) eran casi criminalmente absurdos, ya que la más grande obra maestra de imitación presuponía una limitación voluntaria del pensamiento, un sometimiento al genio de otro hombre. ¿Podían compensarse estas limitación y sumisión suicidas con el milagro de la táctica de adaptación, con los millares de ardides de la proyección de sombras, con el agudo placer que experimentan el tejedor y sus testigos en cada momento de la urdimbre, o todo ello no era más, en su conjunto, que una exagerada y espiritualizada copia de la máquina de escribir de Paduk?

—¿Te gusta? ¿Lo apruebas? —preguntó ansiosamente Ember.

—Creo que es maravilloso —dijo Krug, frunciendo el ceño—. Algunos versos tienen que pulirse —siguió diciendo— y no me gusta el color del manto de la aurora... Yo veo «bermejo» de un modo menos correoso, menos proletario; pero quizá tengas tú razón. En conjunto, me parece realmente estupendo.

Se dirigió a la ventana mientras hablaba, y miró inconscientemente al patio, un pozo profundo de luz y de sombra (pues, aunque pareciese bastante curioso, era por la tarde, y no noche cerrada).

—Lo celebro muchísimo —dijo Ember—. Desde luego, hay que cambiar muchísimos detalles. Creo que mantendré lo de «*laderod kappe*».

—Algunos de sus juegos de palabras... —dijo Krug—. Vaya, esto sí que es raro.

Ahora estaba observando el patio. Dos organilleros estaban plantados allí, a pocos pasos el uno del otro, y sin tocar ninguno de los dos: en realidad, ambos parecían deprimidos e inquietos. Varios rapazuelos de mentón saliente y perfil en zigzag (uno de ellos, muy pequeño, tirando de un carrito con un cordel) les miraban boquiabiertos y en silencio.

—Nunca había visto —dijo Krug— dos organilleros en el mismo patio y en el mismo momento.

—Tampoco yo —confesó Ember—. Ahora voy a mostrarte...

—Me pregunto qué habrá pasado —dijo Krug—. Parecen hallarse muy incómodos, y no quieren o no pueden tocar.

—Tal vez uno de ellos ha interrumpido los acordes del otro —sugirió Ember, sacando un nuevo fajo de papeles.

—Quizá —dijo Krug.

—O puede que cada uno de ellos tenga miedo de que el otro inicie una música competitiva en cuanto empiece a tocar.

—Quizá —dijo Krug—. En todo caso, forman un cuadro muy singular. Un organillero es el puro emblema de la unidad. En cambio, ahí, se produce un absurdo dualismo. No tocan, pero miran hacia arriba.

—Ahora —dijo Ember— voy a leerte...

—Sólo conozco otra profesión —dijo Krug— que mueva los ojos hacia arriba de ese modo. Me refiero a nuestro clero.

—Bueno, Adam, siéntate y escucha. ¿O acaso te estoy aburriendo?

—Tonterías —dijo Krug, volviendo a su sillón—. Sólo trataba de imaginar qué es, exactamente, lo que anda mal. Los niños parecen también perplejos por su silencio. Hay algo familiar en todo eso, algo que no puedo desentrañar del todo: cierta línea de pensamiento...

—La principal dificultad con que tropieza el traductor en el pasaje siguiente —dijo Ember, lamiéndose los gordos labios después de un trago de ponche y acomodando la espalda sobre la gran almohada—, la principal dificultad...

Le interrumpió el lejano ruido del timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Krug.

—A nadie en particular. Tal vez alguno de los actores que viene a ver si estoy muerto. Se llevarán un desengaño.

Las pisadas del criado se alejaron por el pasillo. Después, volvieron.

—Un caballero y una señora desean verle, señor —dijo.

—Al diablo con ellos —dijo Ember—. ¿No podrías, Adam...?

—Desde luego —dijo Krug—. ¿Quieres que les diga que estás durmiendo?

—Y sin afeitarse —dijo Ember—. Y ansioso de proseguir mi lectura.

Un hermosa dama, vistiendo un traje a la medida de color gris, y un caballero con un sedoso tulipán rojo en el ojal de su chaqué, esperaban en el recibimiento.

—El señor Ember está en la cama con un fuerte resinado —dijo Krug—. Y me ha pedido que...

El caballero se inclinó.

—Lo comprendo perfectamente. Pero esto —mostró una tarjeta con su mano libre— le enterará a usted de mi nombre y posición. Como puede ver, he recibido órdenes Para obedecerlas con toda prontitud, he tenido que prescindir de mis deberes particulares como anfitrión. Estaba dando una fiesta. Y no dudo de que el señor Ember, si es éste su nombre, actuará con la misma rapidez que yo.

Ésta es mi secretaria; en realidad, algo más que una secretaria.

—Oh, vamos, Hustav —dijo la dama, dándole un codazo—. No creo que al profesor Krug le interesen nuestras relaciones.

—¿Nuestras relaciones? —dijo Hustav, mirándola con una expresión cariñosamente jocosa en su aristocrático semblante—. Dilo otra vez. Ha sonado maravillosamente.

Ella bajó las tupidas pestañas y dijo, haciendo pucheritos:

—No quise decir lo que tú quieres decir, niño malo. El profesor pensará *Gott weiss was*.

—Sonó —siguió diciendo Hustav, tiernamente— como los rítmicos muelles de cierta cama azul de cierta habitación para invitados.

—Está bien. Si te portas tan mal, seguro que no volverá a ocurrir.

—Ahora se ha enfadado con nosotros —suspiró Hustav, volviéndose a Krug—. ¡Desconfía de las mujeres, como dice Shakespeare! Bueno, tengo que cumplir mi triste deber. Acompañeme a ver al paciente, profesor.

—Un momento —dijo Krug—. Si no son ustedes actores, si esto no es una broma pesada...

—Oh, ya sé lo que va usted a decir —murmuró Hustav—. Le extraña este matiz de vida agradable, ¿no? Uno está acostumbrado a considerar estas cosas en términos sombríos y de sórdida brutalidad: culatas de fusil, soldados toscos, botas cubiertas de barro... una *so weiter*. Pero en la Jefatura sabían que el señor Ember es un artista, un poeta, un alma sensible, y pensaron que algo un poco elegante y poco común en el procedimiento de las detenciones, un ambiente de alta sociedad, flores, el perfume de la belleza femenina, podrían endulzarle la ordalía. Advierta, por favor, que visto de paisano. Un indumento tal vez un poco caprichoso, lo confieso; pero, bueno..., imagínese lo que sentiría él si mis groseros ayudantes —y señaló hacia la escalera con el pulgar de su mano libre— entrasen en tromba y empezasen a destrozar los muebles.

—Muéstrale al profesor esa cosa tan fea que llevas en el bolsillo, Hustav.

—¿Qué has dicho?

—Me refiero a tu pistola, naturalmente —dijo la dama, secamente.

—Comprendo —dijo Hustav—. Lo había interpretado mal. Pero más tarde hablaremos de esto. No le haga caso, profesor, es muy aficionada a exagerar. En realidad, esta arma no tiene nada de especial. Un artículo oficial como otro cualquiera, número 184.682, que puede verse a docenas en cualquier momento.

—Creo que ya basta —dijo Krug—. Yo no creo en pistolas..., bueno, no importa. Puede guardársela. Lo único que quiero saber es: ¿pretende llevárselo ahora mismo?

—Así es —dijo Hustav.

—Encontraré alguna manera de quejarme de estas monstruosas intrusiones —gruñó Krug—. Esto no puede seguir así. Como en el caso de aquella pareja de ancianos completamente inofensivos, ambos delicados de salud. Un día se arrepentirán.

—Acaba de ocurrírseme —observó Hustav a su linda compañera, mientras recorrían el piso siguiendo a Krug— que el coronel tenía una copa de más cuando nos separamos de él, y que dudo de que tu hermanita siga siendo la misma cuando volvamos.

—El chiste que contó sobre los dos marineros y el *barbok* (especie de pastel con un agujero en el centro para mantequilla fundida) me pareció muy divertido —dijo la dama—. Tienes que contárselo al señor Ember; es escritor y podría utilizarlo en su próximo libro.

—Bueno, hablando de esto, tu linda boquita... —empezó a decir Hustav; pero habían llegado ya a la puerta del dormitorio y la dama se quedó esperando mientras Hustav, metiendo de nuevo la mano en el bolsillo del pantalón, entraba vivamente detrás de Krug.

El criado estaba retirando una mida (mesita con incrustaciones) del lado de la cama. Ember examinaba su campanilla por medio de un espejo de mano.

—Este idiota viene a detenerte —dijo Krug, en inglés.

Hustav, que, con silenciosa inclinación, saludaba a Ember desde la puerta, frunció de pronto el ceño y miró a Krug con recelo.

—Debe tratarse de una equivocación —dijo Ember—. ¿Por qué tendrían que detenerme?

—*Heraus, Mensch, marsch* —dijo Hustav al criado, y, cuando éste hubo salido—: No estamos en una aula, profesor —dijo, volviéndose a Krug—; por consiguiente, hable de manera que todos podamos entenderle. En otra ocasión, tal vez le pida que me enseñe el danés o el alemán; pero, en este momento,

estoy cumpliendo un deber que tal vez nos resulta, a la señorita Bachofen y a mí, tan desagradable como a ustedes. Debo, pues, hacerles observar que, a pesar de que no me disgusta hacer un poco de broma...

—Un momento, un momento —exclamó Ember—. Ya sé de qué se trata. Esto se debe a que no abrí mis ventanas cuando sonaron ayer los altavoces. Pero puedo explicarlo... Mi médico certificará que estaba enfermo. Bueno, Adam, no debes preocuparte.

Mientras volvía el criado de Ember, con varias prendas de vestir dobladas sobre el brazo, llegó desde el salón el sonido de unas notas arrancadas por un dedo ocioso al frío piano. La cara del hombre tenía ahora color de carne de ternera, y evitó mirar a Hustav. Ante la exclamación de sorpresa de su amo, dijo que la dama que estaba en el salón le había dicho que vistiese a Ember inmediatamente si no quería que le pegasen un tiro.

—Pero esto es ridículo —gritó Ember—. No puedo vestirme así como así. Tengo que bañarme primero, y afeitarme.

—Hay barbero en el tranquilo lugar adonde le llevaremos —dijo el amable Hustav—. Vamos, levántese y no sea desobediente.

(¿Qué pasaría si contestase «no»?)

—No me vestiré si siguen todos mirándome —dijo Ember.

—No le miramos —dijo Hustav.

Krug salió de la habitación y pasó junto al piano para dirigirse al estudio. La señorita Bachofen se levantó del taburete del piano y con pasos ágiles le alcanzó.

—*Ich wül etwas sagen* (quiero decirle algo) —dijo, apoyando una mano delicada en la manga de él—. Hace un momento, mientras hablábamos, tuve la impresión de que pensaba usted que Hustav y yo éramos un par de jóvenes bastante absurdos. Pero él es así, ¿sabe?, siempre gastando *witze* (bromas) y pinchándome, y yo no soy la clase de chica que usted podría pensar.

—Estas chucherías —dijo Krug, tocando un estante al pasar junto a él— no tienen ningún valor especial, pero él las aprecia mucho. Si por casualidad

se ha metido usted en el bolso un pequeño buho de porcelana, que no veo por aquí...

—Profesor, nosotros no somos ladrones —dijo ella, con voz muy tranquila, y cualquiera que la hubiese oído sin avergonzarse por el mal pensamiento de Krug habría debido tener el corazón de piedra; tal era la actitud de aquella rubia de estrechas caderas y simétricos pechos que subían y bajaban debajo de la escarolada blusa de seda blanca.

Él se acercó al teléfono y marcó el número de Hedron. Hedron no estaba en casa. Habló con su hermana. Entonces se dio cuenta de que se había sentado sobre el sombrero de Hustav. La muchacha se acercó de nuevo a él y abrió su bolso blanco, para mostrarle que no había birlado nada que tuviese verdadero valor material o sentimental.

—Y puede usted registrarme —dijo, desafiadora, desabrochándose la chaqueta—. A condición de que no me haga cosquillas —añadió la inocente y sudorosa alemanita.

Él volvió al dormitorio. Hustav, junto a la ventana, estaba hojeando una enciclopedia en busca de palabras excitantes que empezasen por M y V. Ember estaba a medio vestir, con una corbata amarilla en la mano.

—*Et voilà... et me voici...* —dijo, en tono infantil y plañidero—. *Un pauvre bonhomme qu'on traîne en prison.* ¡Oh! ¡No quiero ir en modo alguno! ¿No podemos hacer nada, Adam? ¡Piensa algo, por favor! Je suis souffrant, je suis en détresse. Si empiezan a torturarme, soy capaz de confesar que he estado preparando un *coup d'état*.

El criado, que se llamaba o se había llamado Iván, castañeteando los dientes y con los ojos medio cerrados, ayudó a su amo a ponerse la chaqueta.

—¿Puedo entrar ya? —preguntó la señorita Bachofen, con una especie de timidez musical.

Y entró despacio, meneando las caderas.

—Abra bien los ojos, señor Ember —exclamó Hustav—. Quiero que admire a la dama que se ha dignado honrar su casa con su presencia.

—Eres incorregible —murmuró la señorita Bachofen, con sesgada sonrisa.

—Siéntate, querida. En la cama. Siéntese, señor Ember. Siéntese, profesor. Un momento de silencio. La poesía y la filosofía deben cavilar, mientras la belleza y la fuerza... Su departamento tiene buena calefacción, señor Ember. Verán, si estuviese completamente, completamente seguro de que ustedes dos no se harían matar por los hombres que hay afuera, les pediría que saliesen de la habitación, para que la señorita Bachofen y yo pudiésemos celebrar en ella una animada conferencia de negocios. Me hace verdadera falta.

—No, Liebling, no —dijo la señorita Bachofen—. Salgamos de aquí. Estoy harta de este lugar. Lo haremos en casa, cariño.

—Creo que este sitio es muy hermoso —murmuró Hustav, en tono de reproche.

—*Il est saoul* —dijo Ember.

—En realidad, estos espejos y estas alfombras sugieren ciertas tremendas sensaciones orientales que no puedo resistir.

—*Il est complètement saoul* —dijo Ember, y se echó a llorar.

La linda señorita Bachofen asió firmemente del brazo a su amiguito, y después de algunos arrumacos, consiguió que condujese a Ember hasta el negro coche de la Policía que les estaba esperando. Cuando se hubieron marchado, Iván se puso histérico, sacó una vieja bicicleta del desván, la bajó a la calle y se alejó pedaleando. Krug cerró el piso con llave y se dirigió despacio a su casa.

## **CAPITULO VIII**

La ciudad resplandecía curiosamente bajo los últimos rayos del sol: era uno de los Días Pintados peculiares de la región. Éstos llegaban seguidos después de la primera helada, y el turista extranjero que visitaba Padukgrad en

esta época podía considerarse dichoso. El barro producido por las recientes lluvias hacía que a uno se le hiciese la boca agua, tan rico parecía. Las fachadas de las casas de un lado de la calle estaban bañadas por una luz ambarina que hacía resaltar todos, sí, todos, los detalles; algunas, exhibían dibujos en mosaico; así, por ejemplo, el Banco principal de la ciudad, mostraba unos serafines entre una flora semejante a yucas. En los bancos recién pintados de azul del bulevar, los niños habían trazado con los dedos las palabras: *Viva Paduk...*, una manera segura de aprovechar las ventajas de la pegajosa sustancia sin recibir tirones de orejas por parte del guardia, cuya forzada sonrisa indicaba la perplejidad en que se hallaba. Un globo aerostático de juguete, de color rubí, flotaba en el cielo sin nubes. Tiznados deshollinadores y empolvados mozos de panadería fraternizaban en los cafés, donde ahogaban en sidra y granadina sus antiguos agravios. Un chanclo de goma y un puño de camisa manchado de sangre yacían en medio de la acera, y los transeúntes se apartaban de ellos, pero sin aflojar la marcha, sin mirar aquellas prendas, sin revelar siquiera que las habían advertido, salvo por el hecho de que pasaban de la acera al barro y volvían después a subir a aquélla. El escaparate de una tienda de juguetes baratos había sido perforado por una bala, y, en el momento en que se acercaba Krug, salió de la tienda un soldado con una bolsa nueva de papel e introdujo en ésta el chanclo y el puño. Una vez quitado el obstáculo, las hormigas toman de nuevo el camino recto. Ember no llevaba nunca puños de quita y pon, ni se habría atrevido a saltar de un vehículo en marcha y correr y jadear, y seguir corriendo, para caer al fin como había hecho esta infortunada persona. Esto empieza a resultar fastidioso. Tengo que despertarme. Las víctimas de mis pesadillas aumentan con demasiada rapidez, pensó Krug mientras caminaba gravemente, con su gabán y su sombrero negros, desabrochado y flotante el gabán, y oscilando en su mano el sombrero de ala ancha.

Flaquezas de la costumbre. Un ex oficial, viejo miembro del *ancien régime*, había evitado la detención, o algo peor, huyendo de su polvoriento y lujoso departamento de la calle de Peregolm n.º 4 y trasladando su cuartel general al parado ascensor de la casa donde vivía Krug. A pesar del letrero de «No funciona» colgado en la puerta, el extraño autómatas que era Adam Krug trataba invariablemente de entrar en el ascensor y era recibido por la asustada cara y la perilla blanca de aquel hombre perseguido. Sin embargo, el espanto era inmediatamente sustituido por mundanas muestras de hospitalidad. El viejo había conseguido transformar su angosta morada en un pequeño y confortable cubil. Vestía con pulcritud, iba cuidadosamente afeitado y, con

perdonable orgullo, le mostraba a uno adminículos tales como, por ejemplo, una lámpara de alcohol y una prensa para los pantalones. Poseía el título de barón.

Krug rehusó toscamente la taza de café que le ofrecía el hombre, y subió a su propio piso. Hedron le esperaba en la habitación de David. Le habían comunicado la llamada telefónica de Krug y había venido en seguida. David no quería que saliesen de su cuarto y amenazó con levantarse si lo hacían. Claudine trajo la cena al niño, pero éste se negó a comer. Desde el estudio, donde se habían retirado, Krug y Hedron podían oír confusamente su discusión con la mujer.

Hablaron de lo que podía hacerse: de trazar algún plan de acción; pero sabiendo que ninguna acción daría resultado. Se preguntaban por qué tenían que detener a personas sin significación política. Seguramente, habrían podido adivinar la respuesta, la sencilla respuesta que recibirían media hora más tarde.

—A propósito, tenemos otra reunión el día doce —dijo Hedron—. Y temo que volverás a ser el invitado de honor.

—No —dijo Krug—. No iré.

Hedron vació cuidadosamente el contenido de su negra pipa en el cenicero de bronce colocado junto a su codo.

—Tengo que marcharme —dijo, y suspiró—. Esos delegados chinos vienen a cenar.

Se refería a un grupo de físicos y matemáticos extranjeros que habían sido invitados a participar en un congreso, cancelado en el último momento. Algunos de los miembros menos importantes no habían tenido noticia de la cancelación y habían venido para nada.

Ya en la puerta, cuando iba a marcharse, miró el sombrero que tenía en la mano y dijo:

—Confío en que ella no sufrió... Yo...

Krug meneó la cabeza y abrió rápidamente la puerta.

La escalera presentaba un aspecto muy curioso. Hustav, ahora con uniforme de gala y con una expresión de enorme melancolía en su hinchado semblante, estaba sentado en un peldaño. Cuatro soldados, en variadas posiciones, formaban un bajorrelieve marcial a lo largo de la pared. Rodearon inmediatamente a Hedron y le mostraron la orden de detención. Uno de los hombres apartó a Krug. Hubo una especie de vaga refriega, en el curso de la cual Hustav perdió pie y rodó escalera abajo, arrastrando a Hedron en su caída. Krug trató de seguir a los soldados, pero se vio obligado a desistir. Cesó el tumulto. Uno puede imaginarse al barón agazapado en la oscuridad de su nada corriente escondrijo, sin atreverse a creer que aún no lo hubiesen capturado.

## CAPITULO IX

Manteniendo juntas las ahuecadas manos, querido, y avanzando con la precaución y los trémulos pasos de la avanzada edad (aunque apenas tenías quince años), cruzaste el portal; te detuviste; abriste delicadamente la puerta cristalera con el codo; pasaste junto al gran piano engualdrapado, cruzaste la serie de habitaciones que olían a fresco perfume de clavel, y encontraste a tu tía en la chambre violette...

Pienso que debemos repetir toda la escena. Sí, desde el principio. Mientras subías los escalones de piedra del portal, tus ojos no se apartaban de tus manos ahuecadas, de la rosada hendidura entre los dos pulgares. ¡Oh! ¿Qué llevabas? Vamos, dilo. Vestías jersey a rayas (blanco deslucido y azul pálido) y sin mangas, falda azul de *girl-scout*, desaliñadas medias negras de huerfanita y un par de viejos zapatos de tenis manchados de clorofila. Entre las columnas del pórtico, unos rayos geométricos de sol tocaban tus cabellos castaños rojizos cortados a la romana, tu cuello rollizo y la marca de la vacuna en tu brazo tostado por el sol. Cruzaste despacio un fresco y sonoro cuarto de estar; después, entraste en una estancia cuyos sillones, alfombra y cortinas, eran de colores púrpura y azul. Desde varios espejos, tus manos ahuecadas y tu cabeza gacha vinieron hacia ti, y al darte la vuelta, tus movimientos fueron imitados a tu espalda. Tu tía, figura de maniquí, estaba escribiendo una carta.

—Mira —dijiste.

Muy lentamente, abriste las manos como pétalos de rosa. Allí, aferrada con seis aterciopeladas patas a la yema de tu dedo pulgar, con la punta de su cuerpo gris ligeramente encorvada hacia fuera, con las breves alas inferiores rojas y salpicadas de azul sobresaliendo extrañamente debajo de las caídas alas superiores, largas, jaspeadas y fuertemente melladas...

Creo que debemos repetir tu acción por tercera vez, pero a la inversa: devolviendo la esfinge al huerto donde la habías encontrado.

Cuando desandabas tu camino (ahora con la palma de la mano extendida), el sol, que había estado yaciendo sobre el mosaico de madera de la habitación y sobre la piel de tigre (de ojos brillantes y patas abiertas, junto al piano), saltó súbitamente sobre ti, trepó por los gastados y suaves listones de tu jersey, y fue a darte de lleno en la cara, de modo que todos pudiesen ver (arremolinándose, ringlera sobre ringlera, en el cielo, empujándose los unos a los otros, señalando, alegrando los ojos con la visión de la joven radabarbara) su vivo color y sus encendidas pecas, y las ardientes mejillas coloradas como las alas de atrás de la mariposa, pues ésta seguía pegada a tu mano, y tú la mirabas al dirigirte al huerto, donde la dejaste cuidadosamente sobre la fresca hierba, al pie de un manzano, lejos de los ojos como abalorios de tu hermanita pequeña.

¿Dónde estaba yo entonces? Estudiante de dieciocho años, me hallaba, leyendo un libro (Les Pensées, creo recordar), en un banco de estación, a muchas millas de allí, sin conocerte, sin saber nada de ti. Después, cerré el libro y tomé uno de los trenes que llamaban tranvías, con destino a un lugar del campo donde el joven Hedron pasaba el verano. Era un racimo de «villas» de alquiler en una vertiente que dominaba el río, a la otra orilla del cual veíanse los abetos y los alisos que marcaban los poblados acres de terreno de la finca de tu tía.

Ahora vemos llegar a otra persona venida de ninguna parte, á pas de loup; un muchacho alto, con bigotito negro y otras señales de una ardiente e incómoda pubertad. No yo, ni Hedron. Aquel verano no hicimos más que jugar al ajedrez. El muchacho era primo tuyo, y, mientras mi camarada y yo, al otro lado del río, estábamos enfrascados en la colección de juegos anotados de Tarrash, él te hacía llorar durante la comida con alguna broma complicada e hiriente, y después, so pretexto de querer hacer las paces, se deslizaba detrás de ti hasta el desván donde habías ido a ocultar tus furiosas lágrimas, y allí te

besaba los húmedos ojos, el ardiente cuello y los despeinados cabellos, y trataba de llegar a tus axilas y a tus ligas, porque eras una niña bastante desarrollada para tu edad; en cambio, él, a pesar de su buen aspecto y de sus duros y afanosos miembros, murió de tuberculosis un año más tarde.

Todavía más tarde, cuando tú tenías veinte años, y yo, veintitrés, nos conocimos en una fiesta de Navidad y descubrimos que habíamos sido vecinos aquel verano, cinco años atrás..., ¡cinco años perdidos! Y, en el preciso instante en que, con temerosa sorpresa (temerosa, por las jugadas del destino), te llevaste la mano a la boca, me miraste con ojos muy abiertos y murmuraste: «Pero, ¡si yo vivía allí!», recordé, como en un destello, un prado verde junto a un huerto, y una rolliza jovencita llevando en las manos un veloso polluelo perdido, pero sin poder confirmar o desmentir, por mucho que lo intentase, si habías sido realmente tú.

Fragmento de una carta dirigida a una muerta, que está en el cielo, por su marido borracho.

## **CAPITULO X**

Se desprendió de las pieles de ella, de todas sus fotografías, de su enorme esponja inglesa y de toda su provisión de jabón de espliego, de su paraguas, de la argolla de su servilleta, del pequeño buho de porcelana que ella había comprado para Ember y que nunca le había dado... Pero se negaba a ser olvidada. Cuando (unos quince años antes) habían muerto sus padres en un accidente ferroviario, él había conseguido aliviar su dolor y su pánico escribiendo el Capítulo III (Capítulo IV en ediciones posteriores) de su *Mirokonzepsia*, donde miraba a los ojos a la muerte y la llamaba perra y abominación. Con un fuerte encogimiento de sus robustos hombros, había sacudido la carga de santidad que envolvía al monstruo, y, al caer con estruendo y gran polvareda las gruesas y viejas esteras y alfombras y todo lo demás, había sentido una especie de repugnante alivio. Pero, ¿podía hacerlo otra vez?

Los vestidos, las medias, los sombreros y los zapatos, desaparecieron afortunadamente junto con Claudine, que fue coaccionada por los agentes de

Policía para que se marchase de allí. Las agencias a las que había acudido, tratando de encontrar una niñera capaz de sustituirla, le habían dicho que no podían servirle; pero, a los dos días de marcharse Claudine, había sonado el timbre de la puerta, y allí, en el rellano, estaba una chica muy joven, con una maleta, que venía a ofrecerle sus servicios. «Respondo —dijo curiosamente— al nombre de Mariette.» Había estado empleada, como doncella y como modelo, en casa del conocido artista que vivía en el departamento n.º 30, exactamente encima del de Krug, pero que había tenido que marchar, con su esposa y otros dos pintores, hacia un campo de prisioneros mucho menos confortable, en una provincia remota. Mariette bajó una segunda maleta y se instaló sin ruido en la habitación contigua a la del niño. Tenía buenas referencias del Departamento de Sanidad, unas piernas graciosas y una cara atractiva e infantil, pálida, de delicadas facciones, aunque no particularmente linda, con unos labios que parecían resecos, siempre entreabiertos, y unos ojos negros y extrañamente opacos; la pupila casi se confundía, por el calor, con el iris, colocado un poco más arriba de lo acostumbrado y sombreado oblicuamente por las negras pestañas. No había indicios de pinturas ni de polvos en las singularmente exangües e incluso translúcidas mejillas. Llevaba el cabello largo. Krug tuvo la vaga impresión de haberla visto antes, probablemente en la escalera. Cenicienta, la pequeña fregona, trajinando y quitando el polvo en sueños, con su eterna palidez marfileña e indeciblemente cansada después del baile de la última noche. En conjunto, había en ella algo más bien irritante, y sus ondulados cabellos castaños olían fuertemente al árbol del mismo nombre; pero, como a David le gustó, pensó Krug que, a fin de cuentas, podía convenirle.

## **CAPITULO XI**

El día de su cumpleaños, Krug fue informado por teléfono de que el Jefe del Estado deseaba concederle una entrevista; y, apenas había tenido tiempo el enojado filósofo de colgar el aparato, cuando se abrió la puerta de par en par, y —a la manera de uno de esos criados de comedia que aparecen muy estirados medio segundo después de que su fingido amo (insultado y tal vez apaleado en el entreacto) les llame con una palmada— un apuesto lugarteniente hizo chocar los talones y le saludó desde el umbral. Cuando el automóvil de palacio,

un enorme coche negro que hacía pensar en un entierro de primera clase en una ciudad de alabastro, llegó a su destino, la irritación de Krug había dado paso a una especie de lúgubre curiosidad. Aunque vestido de etiqueta en todo lo demás, llevaba todavía sus zapatillas de alcoba, y los dos gigantescos porteros (heredados por Paduk junto con las abyectas cariátides que sostenían los balcones) miraron fijamente sus descuidados pies, al subir él los escalones de mármol. A partir de entonces, una multitud de pillastres uniformados le condujeron en silencio, haciéndole seguir tal o cual camino por medio de una presión inmaterial y elástica, más que por ademanes o palabras definidos. Le introdujeron en una sala de espera donde, en vez de las acostumbradas revistas, había una serie de juegos de habilidad (como, por ejemplo, unos aparatos de cristal en los que unas brillantes y terriblemente móviles bolitas tenían que introducirse en las órbitas de unos payasos sin ojos). Ahora, entraron dos hombres enmascarados y le cachearon minuciosamente. Después, uno de ellos se retiró detrás de la pantalla, mientras el otro sacaba un pequeño frasco con el marbete de H<sub>2</sub>SO<sub>4</sub> y lo escondía debajo del sobaco izquierdo de Krug. Después de decir a Krug que adoptase una «posición natural», llamó a su compañero, el cual se acercó sonriendo gravemente y encontró inmediatamente el objeto: en vista de lo cual, le acusaron de haber atisbado por la *kwazinka* (una raja entre los pliegues de la pantalla). El creciente alboroto fue interrumpido por la llegada del *zemberl* (chambelán). Este atildado y viejo personaje comprendió al momento que Krug iba inadecuadamente calzado, y a ello siguió una búsqueda febril en la opresiva inmensidad del palacio. Un pequeño surtido de zapatos empezó a acumularse alrededor de Krug: varios pares de escaarpines viejos, una pequeña zapatilla de niña ribeteada de apolillada piel de ardilla, unos chanclos altos y manchados de sangre, zapatos marrones, zapatos negros e incluso un par de botas de patinar con los patines puestos. Sólo estas últimas le iban a Krug a la medida, y hubo que esperar algún tiempo a que se encontrasen las manos e instrumentos adecuados para separar de las suelas los enmohecidos pero delicadamente curvos suplementos.

Entonces, el *zemberl* condujo a Krug a presencia del *ministr dvortza*, un tal Von Embit, de origen germano. Embit se declaró inmediatamente humilde admirador del genio de Krug. Dijo que su mentalidad había sido formada por *Mirokonzepsia*. Además, un primo suyo había estudiado con el profesor Krug, el famoso físico: ¿era acaso pariente suyo? No, no lo era. El *ministr* continuó su charla social durante unos pocos minutos (tenía la extraña costumbre de emitir un breve ronquido antes de decir algo) y, después, tomó del brazo a Krug

y le condujo por un largo pasillo con puertas a uno de sus lados y un tapiz de colores verde pálido y verde espinaca al otro, mostrando lo que parecía ser una interminable cacería en un bosque subtropical. Se invitó al visitante a inspeccionar varias habitaciones: su guía abría silenciosamente una puerta y, con un murmullo reverente, llamaba su atención sobre algún objeto interesante. La primera habitación que le mostraron contenía un mapa topográfico del Estado, hecho de bronce y con las ciudades y pueblos representados por piedras preciosas o semipreciosas de diversos colores. En la siguiente, una joven mecanógrafa escudriñaba el contenido de ciertos documentos, y tan absorta estaba en su descifrado, y tan silenciosamente había entrado el ministr, que lanzó un salvaje alarido cuando éste resopló a su espalda. Después, visitaron una clase: una veintena de morenos muchachos armenios y sicilianos escribían aplicadamente sobre pupitres de palisandro, mientras su eunig, un hombre gordo de cabellos teñidos y ojos enrojecidos, sentado frente a ellos, se pintaba las uñas y bostezaba con la boca cerrada. Particularmente interesante era una habitación absolutamente vacía, en la que algunos muebles desaparecidos habían dejado manchas cuadradas y de color de miel en el suelo castaño: Von Embit se entretuvo un rato allí e hizo que Krug hiciese lo propio, y señaló en silencio un aspirador eléctrico, y se entretuvo un poco más, moviendo los ojos de un lado a otro, como considerando los sagrados tesoros de una antigua capilla.

Pero había algo aún más curioso reservado *pour la bonne bouche*. *Notamment une grande pièce bien claire*, con sillas y mesas de típico estilo de laboratorio, y algo que parecía un aparato de radio extraordinariamente grande y complicado. Esta máquina emitía un ruido de golpes rítmicos, parecido en cierto modo al de un tambor africano, y tres doctores vestidos de blanco estaban ocupados comprobando el número de latidos por minuto. Por su parte, dos miembros de rudo aspecto de la guardia personal de Paduk controlaban a los doctores, contando separadamente. Una linda enfermera leía Rosas lanzadas, en un rincón, y el médico particular de Paduk, un hombre enorme de cara infantil y levita de aspecto polvoriento, dormía profundamente detrás de una pantalla de proyección. Bum, bum, bum, hacía la máquina, y, de vez en cuando, se producía una extrasístole que rompía momentáneamente el ritmo.

El dueño del corazón cuyos latidos ampliados escuchaban los expertos, estaba en su despacho, a unos quince metros de allí. Sus soldados de guardia, hechos de cuero y cartuchos, estudiaron minuciosamente los documentos de Krug y de Von Embit. Este último caballero había olvidado proveerse de una

fotocopia de su certificado de nacimiento y no pudo pasar, con grande y resignado desconsuelo por su parte. Krug entró solo.

Paduk, vestido de gris de los pies a la cabeza, estaba de pie, con las manos cruzadas en la espalda y de espaldas al lector. Orientado y vestido de esta guisa, hallábase plantado frente a un balcón desnudo. Jirones de nubes surcaban el blanco cielo, y los cristales vibraban ligeramente. La estancia había sido, ¡ay!, salón de baile. Numerosos adornos de estuco animaban las paredes. Las pocas sillas que flotaban en aquel desierto reluciente eran doradas. También lo era el radiador. Uno de los ángulos de la habitación aparecía cortado por una enorme mesa escritorio.

—Aquí estoy —dijo Krug.

Paduk giró en redondo y, sin mirar al visitante, se dirigió a su mesa. Allí se dejó caer en un sillón de cuero. Krug, cuyo zapato izquierdo empezaba a hacerle daño, buscó un asiento y, al no encontrarlo en las cercanías de la mesa, miró hacia las sillas doradas. Sin embargo, el dueño de la casa reparó la omisión: se oyó un chasquido, y una copia del *klubzessel* (sillón) de Paduk emergió de una trampa próxima a la mesa.

Físicamente, el Sapo había cambiado muy poco, salvo que cada partícula de su organismo visible se había dilatado y endurecido. En la cima de su abollada, azulada y afeitada cabeza, lucía un mechón de cabello cuidadosamente acepillado y partido. Su manchada tez era aún peor que antes, y uno se preguntaba qué tremenda fuerza de voluntad tenía que poseer un hombre para abstenerse de apretar las espinillas que llenaban los toscos poros en y cerca de las aletas de su gorda nariz. El labio superior aparecía desfigurado por una cicatriz. Llevaba un trozo de esparadrapo adherido a uno de los lados del mentón, y un trozo más grande del mismo material, con un sucio ángulo levantado y sujetando un torcido aposito de algodón, en un pliegue del cuello, exactamente encima del de su chaqueta semimilitar. En una palabra, era demasiado repulsivo para ser verosímil; por consiguiente, toquemos la campana (sostenida por un águila de bronce) y hagámosle asear por un empresario de pompas fúnebres. Ahora, la piel ha sido perfectamente limpiada y ha tomado un delicado color de mazapán. Una sedosa peluca, con bucles castaños y rubios artísticamente combinados cubre su cabeza. Una pintura rosa ha ehminado la desagradable cicatriz. Ciertamente, sería una cara admirable si consiguiésemos cerrarle los ojos. Pero, por más presión que

hagamos sobre los párpados, éstos vuelven a abrirse. Nunca me había fijado en sus ojos, o tal vez han cambiado.

Son los de un pez en un acuario descuidado, unos ojos turbios e inexpresivos, y además, el pobre hombre se halla en un estado de morbosa turbación, por encontrarse con el alto y pesado Adam Krug en la misma estancia.

—¿Querías verme? ¿Tienes algún apuro? ¿Cuál es tu verdad? La gente se empeña en verme para contarme sus apuros y sus verdades. Estoy cansado, el mundo está cansado, los dos estamos cansados. Los apuros del mundo son mis apuros. Yo les digo que me los cuenten. ¿Qué es lo que quieres?

Pronunció este discursito en un murmullo grave y monótono. Y, después de soltarlo, Paduk bajó la cabeza y se miró las manos. Lo que quedaba de sus uñas parecían fibras profundamente hundidas en la carne amarillenta.

—Bueno —dijo Krug—, ya que me lo ofreces, *dragot-zennyi* (querido), creo que quiero un trago.

El teléfono emitió una discreta llamada. Paduk la atendió. Su mejilla se crispó mientras él escuchaba. Después pasó el auricular a Krug, que lo agarró tranquilamente y dijo:

—¿Sí?

—Profesor —dijo el teléfono—, esto no es más que una advertencia. No es costumbre llamar *dragotzennyi* al Jefe del Estado.

—Comprendo —dijo Krug, estirando una pierna—. A propósito, ¿tendrían la bondad de subirnos un poco de coñac? Espere un momento...

Dirigió una mirada interrogadora a Paduk, el cual hizo un ademán de fatiga y repugnancia, un tanto clerical y gálico, levantando ambas manos y dejándolas caer de nuevo.

—Un coñac y un vaso de leche —dijo Krug, y colgó.

—Más de veinticinco años, Mugakrad —dijo Paduk, después de un momento de silencio—. Sigues siendo el mismo de siempre, pero el mundo da vueltas. Gumakrad, mi pobre y pequeño Gumradka.

—Y entonces —dijo Krug, los dos empezaron a hablar de los viejos tiempos, a recordar los nombres de los maestros y sus idiosincrasias, curiosamente las mismas a través de los años...—. ¿Hay algo más divertido que una rareza habitual? Vamos, dragotzennyi..., vamos, señor; todo esto lo sé ya, y, realmente, tenemos cosas que discutir mucho más importantes que bolas de nieve y manchas de tinta.

—Podrías tener que lamentarlo —dijo Paduk.

Krug tamborileó un momento con los dedos sobre la mesa. Después, jugueteó con un largo cortapapeles de marfil.

Volvió a sonar el teléfono. Paduk escuchó.

—Dicen que no debes tocar ningún cuchillo —dijo a Krug, suspirando y colgando el aparato—. ¿Por qué querías verme?

—Yo no quería. Has sido tú.

—Bueno... ¿por qué lo quería yo? ¿No lo sabes, mi loco Adam?

—Porque —respondió Krug— soy la única persona que puede sentarse en la otra punta del columpio y hacer que la tuya se levante.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta, y entró el zemberl con una bandeja y un retintín de cristales. Sirvió diestramente a los dos amigos y entregó una carta a Krug.

Éste tomó un sorbo de su copa y leyó la nota. «Profesor —rezaba ésta—, sus modales no son muy adecuados. Debe recordar que, a pesar del estrecho y frágil puente de recuerdos escolares que une las dos orillas, éstas están profundamente separadas por un abismo de poder y dignidad que ni siquiera un gran filósofo (y usted lo es, sí, señor) puede esperar salvar. No debe usted tomarse esta atroz familiaridad. Nos permitimos advertirle de nuevo. Es un ruego. Esperando que los zapatos no le resulten demasiado incómodos, le expresamos nuestros mejores deseos.»

—Entendido —dijo Krug.

Paduk mojó los labios en la leche pasteurizada y habló con voz un poco más ronca.

—Me explicaré. Ellos vienen y me dicen: ¿Por qué está ocioso ese hombre bueno e inteligente? ¿Por qué no está al servicio del Estado? Y yo respondo: no lo sé. Y ellos están tan intrigados como yo.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó, secamente, Krug.

—Amigos, amigos de la ley, amigos del que dicta la ley. Y las hermandades de los pueblos. Y los clubs de la ciudad. Y las grandes logias. ¿Cómo puede ser? ¿Por qué no está con nosotros? Yo sólo repito su pregunta.

—Y un cuerno —dijo Krug.

La puerta se entreabrió, y entró un loro gordo y gris, con una nota en el pico. Se dirigió a la mesa, bamboleándose sobre las torpes y blanquecinas patas, y sus uñas produjeron el mismo ruido que suelen hacer los perros no «manicurados» sobre un pulido suelo. Paduk se levantó de un salto, corrió hacia el pajarraco y, como si éste fuese una pelota de fútbol, le sacó de la habitación de una patada. Después, cerró la puerta de golpe. El teléfono se desgañifaba sobre la mesa. Él desconectó la corriente y metió todo el aparato en un cajón.

—Y ahora, la respuesta —dijo.

—Eres tú quien me la debes —dijo Krug—. En primer lugar, quisiera saber por qué has hecho detener a cuatro amigos míos. ¿Pretendías hacer un vacío a mi alrededor? ¿Dejarme temblando en la nada?

—El Estado es tu único amigo de verdad.

—Comprendo.

Una luz gris, filtrándose en los largos ventanales. El triste gemido de un remolcador.

—Bonita imagen, la nuestra: tú, como una especie de *Erlkönig*, y yo, como el niño pequeño agarrado al práctico jinete y atisbando entre la mágica niebla. ¡Bah!

—Lo único que queremos de ti es la pequeña parte que puede manejarse.

—No tengo ninguna —gritó Krug, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Te suplico que tengas cuidado. Las paredes están llenas de orificios disimulados, y en cada uno de ellos te está apuntando un rifle. Por favor, no exageres tus ademanes. Hoy están un poco nerviosos. Será por el tiempo. Esos estratos grises.

—Si no puedes dejarnos en paz, a mí y a mis amigos, permítenos marchar al extranjero. Te ahorrarías muchas molestias.

—¿Qué tienes exactamente contra mi Gobierno?

—Tu Gobierno no me interesa en absoluto. Lo único que siento es que tú te empeñes en que me interese. Déjame solo.

—«Solo» es la palabra más ruin del lenguaje. Nadie está solo. Cuando una célula de un organismo dice «dejadme sola», el resultado es un cáncer.

—¿En qué cárcel o cárceles se encuentran reclusos?

—¿Cómo dices?

—Por ejemplo, ¿dónde está Ember?

—Quieres saber demasiado. Éstas son aburridas cuestiones técnicas que no pueden interesar a una mentalidad de tu tipo. Y ahora...

No, no fue exactamente así. En primer lugar, Paduk guardó silencio durante casi toda la entrevista. Lo único que dijo fueron unas cuantas vulgaridades. Desde luego, tamborileó un poco sobre la mesa (todos lo hacen), y Krug replicó con su propio repiqueteo; pero, aparte de esto, ninguno de los dos mostró nerviosismo. Fotografiados desde arriba, habrían aparecido en una perspectiva china, como muñecos, un poco flácidos, pero con un duro núcleo de madera bajo su plausible indumentaria: uno, derrumbado sobre su mesa bajo un rayo de luz gris, y el otro, sentado oblicuamente a la mesa, con las piernas cruzadas, balanceando arriba y abajo el dedo gordo del pie superior..., y sin duda el secreto espectador (por ejemplo, algún dios antropomorfo) se habría divertido al advertir la forma de las cabezas humanas vistas desde arriba. Paduk preguntó escuetamente si su departamento (de Krug) estaba lo bastante caliente (desde luego, nadie se habría imaginado una revolución sin

escasez de carbón), y Krug le respondió que sí. ¿Y tenía alguna dificultad en la consecución de leche y de rábanos? Pues, sí, un poco. Paduk tomó nota de la respuesta de Krug en una hoja de calendario. Se había enterado, con pesar, de la sensible pérdida sufrida por Krug. ¿Era pariente suyo el profesor Martin Krug? ¿Tenía algún pariente por la parte de su difunta esposa? Krug le dio los datos necesarios. Paduk se echó atrás en su sillón y se golpeó la nariz con la goma de su lápiz hexagonal. Al tomar sus pensamientos un rumbo diferente, cambió la posición del lápiz: ahora lo sostenía por la punta, horizontalmente, y lo hacía rodar ligeramente entre el índice y el pulgar de cada mano, aparentemente interesado en ver desaparecer y aparecer de nuevo la inscripción Eberhard Faber N.º 2 3/8. El papel no es muy difícil, pero el actor debe tener mucho cuidado en no exagerar lo que Graaf llama, en alguna parte, «ruin deliberación». Mientras tanto, Krug sorbía su coñac y acariciaba tiernamente el vaso. De pronto, Paduk se inclinó sobre su mesa; se abrió un cajón, y sacó de él unas hojas de papel ribeteado, escritas a máquina. Lo alargó a Krug.

—Tengo que ponerme las gafas —dijo éste.

Las levantó delante de su cara y miró a través de ellas a una ventana lejana. El cristal izquierdo tenía en su centro una opaca nebulosa en espiral, algo parecido a la huella del pulgar de un fantasma. Mientras humedecía el cristal con su aliento y lo enjugaba con el pañuelo, Paduk le explicó el asunto. Krug sería nombrado rector universitario, en el puesto de Azureus. Su salario sería tres veces mayor que el de su antecesor, que era de cinco mil coronas. Además, le proporcionarían un coche, una bicicleta y un paidógrafo. En la apertura del curso académico, tendría la bondad de pronunciar un discurso. Sus obras serían reeditadas, previa revisión a la luz de los acontecimientos políticos. Podría tener bonos, un año de vacaciones cada siete años, billetes de lotería, una vaca..., muchísimas cosas.

—Y supongo que esto es el discurso —dijo amablemente Krug.

Paduk le respondió que, para ahorrarle el trabajo de redactarlo, el discurso había sido preparado por un experto.

—Confiamos en que te gustará tanto como a nosotros.

—Conque —repitió Krug— esto es el discurso.

—Sí —dijo Paduk—. Y ahora, tómallo con calma. Léelo cuidadosamente. A propósito, había que cambiar una palabra y me pregunto si lo habrán hecho. Por favor...

Alargó la mano para tomar el escrito y, al hacerlo, volcó el vaso de leche con el codo. Lo que quedaba de la leche formó un charco blanco, en forma de riñón, sobre la mesa.

—Sí —dijo Paduk, devolviendo el escrito a Krug—, la han cambiado.

Entonces se dedicó a apartar varias cosas de la mesa (un águila de bronce, un lápiz, una postal del «*Muchacho Azul*, de Gainsborough, y una reproducción, con marco, de la «Boda», de Aldobrandini, de la coronada, semidesnuda y adorable favorita a quien el novio se ve obligado a renunciar por causa de la apelmazada y arrebozada novia) y, después, secó desmañadamente la leche con un trozo de papel secante. Krug leyó *sotto voce*:

—¡Señoras y señores! ¡Ciudadanos, soldados, esposas y madres! ¡Hermanos y hermanas! La revolución ha traído a primer plano problemas (*zadachi*) particularmente difíciles, de colosal importancia, de alcance mundial (*mirovovo mashtaba*). Nuestro jefe ha aplicado las medidas más revolucionarias para despertar el infinito heroísmo de las masas oprimidas y explotadas. En el menor (*krat-chaisbü*) tiempo (*srok*) posible, el Estado ha creado órganos centrales para suministrar al país todos los productos más importantes, que serán distribuidos a precios fijos, de una manera plantificada. Perdón..., planificada. ¡Esposas, soldados, madres! La hidra de la reacción puede levantar la cabeza...»

»Esto no sirve. Aquel monstruo tenía más de una cabeza, ¿no?

—Anótalo —dijo Paduk, entre dientes—. Anótalo en el margen y, por lo que más quieras, continúa.

—«Como dice nuestro antiguo proverbio, "las esposas más feas son las más fieles", pero, indudablemente, esto no puede aplicarse a los "feos rumores" que difunden nuestros enemigos. Se rumorea, por ejemplo, que la crema de nuestra intelectualidad se opone al régimen actual.» ¿No sería mejor decir «crema batida»? Quiero decir, continuando la metáfora...

—Anótalo, anótalo; estos detalles carecen de importancia.

—«¡Falso! Una simple frase, una mentira. Los que rabian, rugen, fulminan y rechinan los dientes, vertiendo sobre nosotros un incesante torrente (*potok*) de palabras injuriosas, no nos acusan directamente de nada; sólo "insinúan". Esta insinuación es estúpida. Lejos de oponernos al régimen, nosotros, los profesores, escritores, filósofos, etcétera, lo apoyamos con todo nuestro saber y entusiasmo.

»No, señores; no, traidores; vuestras más "categóricas" palabras, declaraciones y notas, no pueden desmentir estos hechos. Podéis disfrazar el hecho de que nuestros más eminentes profesores y pensadores apoyan el régimen, pero no podéis negar que este apoyo existe. Nos sentimos felices y orgullosos de marchar con las masas. La materia ciega recobra el uso de la vista y se quita las gafas de color de rosa que solían adornar la larga nariz del llamado *Pensamiento*. Con independencia de cuanto yo haya pensado y escrito en el pasado, una cosa me parece clara: sin que importe a quién pertenezcan, dos pares de ojos que miren una bota ven la misma bota, ya que ésta se refleja idénticamente en ambos; más aún, la laringe es la sede del pensamiento, de modo que el trabajo de la mente es una especie de gargarismo.» Bueno, bueno, esta última frase parece un trozo escogido de una de mis obras. Un pasaje vuelto del revés por alguien que no comprendió el sentido de mis observaciones. Yo criticaba el viejo...

—Por favor, continúa. Te lo ruego.

—«Dicho en otras palabras, la nueva Educación, la nueva Universidad, que me siento feliz y orgulloso de dirigir inaugurará la era de la Vida Dinámica. Como resultado de ello, una grande y bella simplificación sustituirá el maligno refinamiento de un pasado degenerado. Enseñaremos y aprenderemos, ante todo, que el sueño de Platón se ha hecho realidad por obra del Jefe del Estado...» Esto es pura vaciedad. Me niego a continuar. Puedes quedártelo.

Empujó las cuartillas en dirección a Paduk, que permaneció sentado y con los ojos cerrados.

—No tomes decisiones precipitadas, loco Adam. Vete a tu casa. Piénsalo. Y ahora, no hables. Ellos no podrían aguantarse y dispararían. Por favor, vete.

Con lo cual terminó, naturalmente, la entrevista. ¿Así? ¿O fue tal vez de otra manera? ¿Leyó realmente Krug el discurso preparado? Y, si lo hizo, ¿era éste una idiotez tan grande? Lo hizo; lo era. El descamisado tirano, o el

presidente del Estado, o el dictador, o quienquiera que fuese —el hombre Paduk, en una versión; el Sapo, en otra—, entregó a mi personaje predilecto un misterioso fajo de cuartillas cuidadosamente escritas a máquina. El actor que representaba al que las recibía debía tener instrucciones de no mirarse las manos mientras tomaba muy despacio los papeles (sin dejar de mover los músculos laterales de la mandíbula inferior, por favor), sino de mirar fijamente al que se los entregaba: en una palabra, mira primero al dador y, después, baja la mirada hacia lo que te ha dado. Pero ambos eran toscos y atravesados, y los expertos en el *cardiarium* cambiaron solemnes movimientos de cabeza al llegar a cierto punto (cuando se volcó el vaso de leche) y tampoco hicieron nada. Proyectada en principio para dentro de tres meses, la inauguración de la nueva Universidad tenía que ser un acto muy ceremonioso y envuelto en gran publicidad, con un alud de periodistas extranjeros, de corresponsales ignorantes y bien pagados, con pequeñas y silenciosas máquinas de escribir sobre las rodillas, y de fotógrafos con alma de higo seco. TÍ el único gran pensador del país aparecería envuelto en una toga escarlata (*che*), al lado del jefe y símbolo del Estado (clic, clic, clic, clic, clic, clic), y proclamaría, con voz tonante, que ningún mortal podía ser tan grande y tan sabio como el Estado.

## CAPITULO XII

Pensando en aquella ridícula entrevista, se preguntaba Krug cuánto tiempo pasaría hasta el siguiente intento. Seguía pensando que, mientras se estuviese quieto, nada malo podía ocurrirle. Aunque pareciese extraño, llegó a final de mes el cheque acostumbrado, aunque la Universidad había dejado de existir, al menos por fuera. Entre bastidores había una serie inacabable de sesiones, un torbellino de actividad administrativa, una reagrupación de fuerzas; pero él se negaba a asistir a tales reuniones e incluso a recibir a las diversas delegaciones y a los mensajeros especiales que Azureus y Alexander seguían enviándole. Él sostenía que, cuando el Consejo de Ancianos hubiese agotado su poder de seducción, le dejarían en paz, ya que el Gobierno, no atreviéndose a detenerle y mostrándose reacio a concederle el lujo del exilio, seguiría esperando, con inútil obstinación, que acabase por ceder. El desvaído color que tomaba el futuro ligaba muy bien con el mundo gris de su viudez, y, si no hubiese tenido amigos de quienes preocuparse, ni un hijo a quien

estrechar contra su mejilla y su corazón, habría dedicado aquel crepúsculo a alguna tranquila investigación: por ejemplo, siempre había deseado saber algo más acerca del Período Auriñaciense y de aquellos retratos de seres singulares (tal vez semihombres de Neandertal —antepasados directos de Paduk y sus semejantes— empleados por los auriñacienses como esclavos) que un noble español y su hijita habían descubierto en la cueva pintada de Altamira. O tal vez habría abordado algún oscuro problema de telepatía victoriana (los casos referidos por clérigos, damas nerviosas, coroneles retirados que habían servido en la India), como el notable sueño que había tenido una tal señora Storie de la muerte de su hermano. Por nuestra parte, podríamos seguir al hermano en su camino por la vía del ferrocarril en una noche muy oscura: después de recorrer dieciséis millas, se sintió un poco cansado (cosa nada de extrañar); se sentó para quitarse las botas, se durmió al chirrido de los grillos y, entonces, pasó un tren. Setenta y seis vagones de corderos (en curiosa parodia de la «cuenta-de-corderos-para-dormir») pasaron sin tocarle, hasta que al fin, algo que sobresalía le dio en la cabeza y lo mató en el acto. Y también podríamos observar las «*illusions hypnagogiques*» (¿sólo ilusiones?) de la buena Miss Bidder, que tuvo una vez una pesadilla de la que sobrevivió un demonio al que vio claramente después de despertarse, de modo que se incorporó para observar su mano agarrada al barrote de los pies de la cama, y que se desvaneció entre los adornos de la chimenea. Una tontería, pero no puedo evitarlo, pensó, mientras se levantaba de su sillón y cruzaba la estancia para arreglar los sesgados pliegues de su bata, que, tirada sobre el diván, mostraba en un extremo una distinta cara medieval.

Buscó algunos fragmentos que había recogido a ratos perdidos para un ensayo que no había llegado a escribir y que nunca escribiría, porque ahora había olvidado ya su idea central, su combinación secreta. Estaba, por ejemplo, el papiro que un hombre llamado Rhind compró a unos árabes (que decían que lo habían encontrado entre las ruinas de unos edificios próximos a Ramesseum); empezaba con la promesa de revelar «todos los secretos, todos los misterios», pero (como el demonio de Miss Bidder) resultó no ser más que un libro escolar, con espacios en blanco, empleado por algún agricultor egipcio desconocido, del siglo xviii a. de J. C, para sus torpes cálculos. Un recorte de periódico decía que el Entomólogo del Estado había dimitido para convertirse en Consejero sobre Arboles de Sombra, y uno se preguntaba si esto no sería un delicado eufemismo oriental para expresar la muerte. En la siguiente hoja de papel, había copiado unos pasajes de un famoso poema americano:

*Curiosa vista... esos vergonzosos osos,*

*Esos tímidos guerreros pescadores de ballenas,*

*Y ha llegado la hora de la marea; El barco lanza sus amarras.*

*No aparece en ningún mapa; Nunca aparecen los sitios de verdad.*

*Esta agradable luz, no me ilumina; Todo encanto es angustia...*

y, desde luego, aquel fragmento sobre la deliciosa muerte de un buscador de miel de Ohio (en aras de mi humor, conservaré el estilo en que lo narré una vez en Tula, ante un círculo de ociosos amigos rusos).

Truganini, el último tasmanio, murió en 1877, pero el último Truganini no podía recordar qué relación tenía esto con el hecho de que los peces comestibles del mar de Galilea, en el siglo de nuestra Era, eran principalmente crómidos y barbos, aunque, en el cuadro de la Pesca Milagrosa, de Rafael, encontramos, entre formas acuáticas indefinibles, hijas de la fantasía del joven pintor, dos ejemplares que pertenecen evidentemente a la familia de las lizas, que nunca se encuentran en agua dulce. Hablando de venaciones (espectáculos con animales salvajes) romanas de la misma época, observamos que el escenario, en el que se representaban rocas ridículamente pintorescas (más tarde ornamentos de paisajes «románticos») y un bosque indiferente, se levantaba sobre las criptas subyacentes al circo empapado de orines, donde se hallaba Orfeo entre leones de verdad y osos con las uñas doradas; pero este Orfeo era encarnado por un criminal, y la escena terminaba con su muerte entre las garras de un oso, mientras Tito o Nerón, o Paduk, lo contemplaban con ese placer total que, según se dice, produce el «arte» impregnado de «interés humano».

La estrella más próxima es el Alfa de Centauro. El Sol se encuentra a una distancia de unos 150 millones de kilómetros de nosotros. Nuestro sistema solar emergió de una nebulosa en espiral. De Sitter, que no tenía nada más que hacer, calculó la circunferencia del Universo «finito pero ilimitado» en unos cien millones de años luz, y su masa, en un quintillón de cuatrillones de gramos. Es

fácil imaginarse a la gente del año 3000 d. de J. C. burlándose de nuestra ingenua tontería y sustituyéndola por otra tontería propia.

«La guerra civil está destruyendo a Roma, a la que nadie podía arruinar, ni siquiera la fiera Alemania con su juventud de ojos azules.» Cuánto envidia a Cruquius, que había visto realmente Manuscritos Blandinianos de Horacio (destruidos en 1556, al ser saqueada por la chusma la abadía benedictina de San Pedro, de Blankenbergh). ¡Oh! ¿Cómo sería el viaje por la Vía Apia, en aquellos grandes coches de cuatro ruedas para trayectos largos, conocidos por el nombre de *rheda*? Las mismas Damas Pintadas agitando las alas sobre las mismas flores de cardo.

Vidas que envidia: longevidad, tiempos pacíficos, país en paz, fama tranquila, satisfacción tranquila: Ivar Aasen, filólogo noruego, 1813-1896, que inventó un lenguaje. Aquí abajo, tenemos demasiados *homo civicus* y pocos *homo sapiens*.

El doctor Livingstone cuenta que, en una ocasión, después de hablar un buen rato con un bosquimano sobre la Divinidad, descubrió que aquel salvaje pensaba que se refería a Sakomi, un jefe local. La hormiga vive en un universo de olores con forma, de configuraciones químicas.

El viejo tema zoroastriano del sol naciente, origen del diseño del cimacio persa. Los horrores sangre-y-oro de los sacrificios mexicanos, tal como los contaron los sacerdotes católicos, o los dieciocho mil niños formosanos, menores de nueve años, cuyos corazoncitos fueron quemados sobre un altar por mandato del espurio profeta Salmanasar..., todo ello una falsificación europea del verde pálido siglo XVIII.

Volvió a arrojar las notas en el cajón de su escritorio. Eran hojas muertas e inutilizables. Apoyando el codo en la mesa y balanceándose ligeramente en su sillón, se rascó despacio la cabeza entre los ásperos cabellos (tan ásperos como los de Balzac; también tenía una nota sobre esto en alguna parte). Un horrible sentimiento surgió en su interior: estaba vacío, nunca volvería a escribir un libro, era demasiado viejo para enderezar y reconstruir el mundo que se había derrumbado al morir ella.

Bostezó, y se preguntó qué vertebrado individual habría sido el primero en bostezar, y si se podía presumir que este torpe espasmo era la primera señal de agotamiento por parte de toda la subdivisión en su aspecto evolutivo. Tal vez

si tuviese una pluma estilográfica nueva en vez de esta porquería, o un fresco manojito, digamos, de veinte hermosos y afilados lápices en un esbelto jarrito, y una resma de suave papel marfil en vez de estas, veamos, trece, catorce hojas más o menos arrugadas (con un perfil dolicocefalo con dos ojos, dibujado por David en la primera), podría empezar a escribir esa cosa desconocida que deseo escribir; desconocida, salvo por una vaga silueta en forma de zapato, cuyo temblor de infusorio siento en mis inquietos huesos, un sentimiento de *shchekotiki* (como solíamos decir en nuestra infancia), medio hormigueo, medio cosquillas, que experimentamos cuando tratamos de recordar algo o de comprender algo o de descubrir algo, y probablemente tenemos la vejiga llena y los nervios excitados; pero, en conjunto, la combinación no es desagradable (si no se prolonga) y produce un pequeño orgasmo o *petit éternuement intérieur* cuando encontramos, al fin, la pieza de rompecabezas que llena exactamente el hueco.

Mientras terminaba su bostezo, pensó que su cuerpo era demasiado grande y sano para él: si lo hubiese tenido descompuesto y flácido y plagado de pequeños trastornos, se habría sentido más en paz consigo mismo. El cuento del descortezamiento del caballo del Barón Munchausen. Pero el átomo individual es libre: late como quiere, a marcha lenta o rápida; decide él mismo cuándo debe absorber y cuándo debe irradiar energía. Hay mucho que decir sobre el método empleado por los personajes varones en las viejas novelas: la acción de apoyar la frente en el deliciosamente frío cristal de la ventana es, ciertamente, apaciguador. Y así estaba él, pobre percipiente. La mañana era gris, con manchas de nieve derretida.

Dentro de unos minutos (si su reloj marchaba bien), habría que ir a buscar a David al jardín de infancia. Los lentos y lánguidos sonidos de un poco animado sacudimiento en la habitación contigua significaba que Mariette se dedicaba a expresar sus vagas nociones del orden. Krug oía las sordas pisadas de sus zapatillas ribeteadas de sucia piel. La chica tenía una manera irritante de hacer las faenas de la casa, con sólo una pobre bata cuyo deshilacliado orillo le llegaba apenas a las rodillas, para ocultar su desdichadamente joven cuerpo. *Femineum lucet per bombycina cor pus*. Preciosos tobillos: ella decía que había ganado un premio de baile. Un embuste, supongo, como la mayoría de sus afirmaciones: aunque, pensándolo bien, tenía en su habitación un abanico español y un par de castañuelas. Por ninguna razón especial (¿o buscaba algo? No), él había echado un vistazo a su habitación, al pasar, mientras ella estaba fuera con David. Olía fuertemente a sus cabellos y a

*Sanglot* (un perfume barato de almizcle); había trapos sucios tirados en el suelo y, sobre la mesita de noche, una rosa de un rojo marchito en un vaso, y una gran radiografía de sus pulmones y sus vértebras. Había resultado ser una cocinera tan detestable que se veía obligado a hacer subir diariamente, del buen restaurante de la esquina, al menos una comida completa para los tres, contentándose con huevos, gachas y diversas conservas, para los desayunos y las cenas.

Después de mirar de nuevo su reloj (e incluso de escucharlo), resolvió desfogar su inquietud con un paseo. Encontró a Cenicienta en el cuarto de David: ella había interrumpido sus labores para coger uno de los libros de animales de David, y estaba ahora enfrascada en él, medio sentada, medio tumbada en la cama, con una pierna estirada hacia fuera, apoyado el tobillo desnudo en el respaldo de una silla, caída la zapatilla y moviendo los dedos.

—Yo iré a buscar a David —dijo él, desviando la mirada de las rosadas y parduscas sombras que exhibía ella.

—¿Qué? (La extraña chiquilla no se molestó en cambiar de actitud: sólo dejó de mover los dedos del pie y levantó los empañados ojos.)

Él repitió la frase.

—Ah, muy bien —dijo ella, mirando de nuevo el libro.

—Y, por favor, vístete —añadió Krug, antes de salir de la habitación.

Tenía que buscar otra persona, pensó, al salir a la calle; alguien completamente distinto, una persona de edad, que se vistiese del todo. Comprendía que era sólo una cuestión de hábito, resultado de haber posado siempre desnuda para el barbudo artista del departamento 30. En realidad, durante el verano, y según decía la muchacha, ninguno de ellos llevaba nada dentro de casa: ni él, ni ella, ni la mujer del artista (la cual, según los variados óleos exhibidos antes de la revolución, tenía un cuerpo grande y con numerosos ombligos: unos, ceñudos; otros, de expresión sorprendida).

El jardín de infancia era una alegre y pequeña institución regida por una antigua alumna suya, una mujer llamada Clara Zerkalski, y su hermano Mirón. La principal diversión de los ocho chiquillos que estaban a su cuidado era una intrincada serie de túneles almohadillados, cuya altura permitía a

duras penas pasar por ellos a cuatro patas; pero había también ladrillos de cartón pintados de vivos colores, y trenes mecánicos, y libros de imágenes, y un perro vivo y peludo llamado Basso. Aquel lugar había sido descubierto por Olga el año pasado, y David estaba creciendo ya demasiado para él, aunque todavía le gustaba arrastrarse por los túneles. Para no tener que cambiar saludos con los otros padres, Krug se detuvo en la verja, detrás de la cual había un pequeño jardín (ahora lleno de charcos) con bancos para los visitantes. David fue el primero en salir corriendo de la abigarrada casa de madera.

—¿Por qué no ha venido Mariette?

—¿En vez de mí? Ponte la gorra.

—Podíais haber venido los dos.

—¿No has traído los chanclos?

—¡Hum!

—Entonces, dame la mano. Y si te metes en un charco una sola vez...

—¿Y si lo hago por casualidad (*nexhaianno*)?

—Yo cuidaré de que no ocurra. Vamos, *raduga moia* (mi arco iris); dame la mano, y en marcha.

—Hoy, Billy ha traído un hueso. ¡Uf, vaya hueso! Yo quiero traer también uno.

—¿Es el Billy moreno, o el niño pequeño que lleva gafas?

—El gafas. Dijo que mi madre había muerto. Mira, mira, una mujer deshollinadora.

(Éstas habían aparecido recientemente, debido a algún oscuro cambio o desviación o falla o nuevo rumbo de la economía del Estado..., con gran regocijo de los niños.) Krug guardó silencio. David siguió hablando.

—Esto ha sido culpa tuya, no mía. ¡Tengo el zapato izquierdo lleno de agua, papá!

—Sí.

—Tengo el zapato izquierdo lleno de agua.

—Sí, lo siento. Caminemos un poco más de prisa. Y tú, ¿qué le contestaste?

—¿Cuándo?

—Cuando Billy dijo esa estupidez acerca de tu madre.

—Nada. ¿Qué podía decirle?

—Pero, sabías que era una observación estúpida, ¿no?

—Supongo que sí.

—Porque, aunque ella hubiese muerto, no estaría muerta para ti ni para mí.

—Pero no ha muerto, ¿verdad?

—No, en nuestro sentido. Un hueso no es nada para ti ni para mí; en cambio, es mucho para Basso.

—Él gruñó por el hueso, papá. Se quedó quieto, con la pata encima de él, y gruñó. La señorita Zee dijo que no debíamos tocarle ni hablarle mientras lo tuviese.

—*Raduga moia!*

Ahora estaban en la calle de Peregolm. Un hombre barbudo, que Krug sabía que era un espía y que aparecía siempre a las doce en punto, estaba en su puesto, delante de la casa de Krug. A veces, vendía manzanas; en una ocasión, había llegado disfrazado de cartero. En días de mucho frío, trataba de colocarse en el escaparate de una sastrería, imitando a un maniquí, y Krug se divertía mirando fijamente al pobre hombre. Hoy estaba inspeccionando la fachada de la casa y anotando algo en una libreta.

—¿Contando las gotas de agua, inspector?

El hombre miró a otro lado; se alejó y, al hacerlo, tropezó con el bordillo. Krug sonrió.

—Ayer —dijo David—, cuando pasábamos nosotros, ese hombre le hizo un guiño a Mariette.

Krug sonrió de nuevo.

—¿Sabes una cosa, papá? Creo que Mariette habla con él por teléfono. Habla por teléfono cada vez que tú sales de casa.

Krug se echó a reír. La extraña muchachita, pensó, disfrutaba haciendo el amor con un buen número de galanes. Tenía dos tardes libres, probablemente llenas de faunos y futbolistas y toreros. ¿Se está convirtiendo esto en una obsesión? ¿Quién es ella? ¿Una sirvienta? ¿Una niña adoptada? ¿O qué? Nada. Sé perfectamente, pensó Krug al dejar de reír, que sólo va al cine con una amiga gordinflona: así lo dice ella, y no tengo motivos para no creerla; y, si yo hubiese pensado que era lo que realmente es, la habría despedido inmediatamente: por los gérmenes que pudiese traer al cuarto del niño. Exactamente como habría hecho Olga.

Un día del mes pasado, se habían llevado el ascensor sin desmontarlo. Habían llegado unos hombres, habían sellado la puerta de la diminuta casa del barón, y la habían cargado, intacta, en un camión. El pájaro estaba demasiado asustado para agitar las alas. ¿O habría sido también un espía?

—Está bien. No llames. Tengo la llave.

—¡Mariette! —gritó David.

—Supongo que habrá salido de compras —dijo Krug, dirigiéndose al cuarto de baño.

Ella estaba de pie en la bañera, jabonándose sinuosamente la espalda o, al menos, las partes de la estrecha y reluciente espalda, llena de hoyuelos, que podía alcanzar pasando la mano por encima del hombro. Tenía el cabello recogido hacia arriba, sujeto con un pañuelo o algo parecido. El espejo reflejaba una axila morena y un pezón erguido y pálido. «Estaré lista en un segundo», cantó.

Krug cerró la puerta de golpe, con vivas muestras de disgusto. Se dirigió al cuarto del niño y ayudó a David a cambiarse los zapatos. Ella estaba todavía en el cuarto de baño cuando el hombre del Angliskii Club trajo un pastel de carne, un *pudding* de arroz, y sus nalgas de adolescente. Cuando el camarero se hubo marchado, salió ella del cuarto de baño, sacudiendo los cabellos, y corrió a su habitación, donde se puso un vestido negro. Al cabo de un minuto, volvió a salir y empezó a poner la mesa. Cuando terminaron de comer, habían llegado ya el periódico y el correo de la tarde. ¿Qué noticias traerían?

### **CAPITULO XIII**

El Gobierno estaba empeñado en enviarle montones de material impreso, anunciando sus logros y sus objetivos. Junto con la factura del teléfono y la felicitación de Navidad de su dentista, encontró en el buzón una circular que decía más o menos lo siguiente:

Querido ciudadano: según el artículo 521 de nuestra Constitución, la nación disfrutará de las cuatro libertades siguientes: 1. Libertad de palabra, 2. Libertad de Prensa, 3. Libertad de reunión, y 4. Libertad de manifestación. Estas libertades se garantizan poniendo a disposición del pueblo buenas máquinas de imprimir, adecuados suministros de papel, salones bien aireados y calles de gran anchura. ¿Qué debemos entender por las dos primeras libertades? Para el ciudadano de nuestro Estado, un periódico es un organizador colectivo cuyo objetivo es preparar a sus lectores para el cumplimiento de las diversas misiones que les están encomendadas. Así como, en otros países, los periódicos no son más que empresas comerciales, sociedades que venden sus artículos impresos al público (y que, por consiguiente, hacen cuanto pueden para atraer al público por medio de llamativos titulares y perversas historias), el objetivo principal de nuestra Prensa es proporcionar información capaz de dar, a cada ciudadano, una clara visión de los arduos problemas planteados por los asuntos cívicos e internacionales; por consiguiente, orientan las actividades y las emociones de sus lectores en la dirección necesaria.

En otros países, observamos un número de órganos en competencia. Cada periódico sigue su propio camino, y esta desorientadora variedad de

tendencias produce una confusión total en la mente del hombre de la calle; en nuestro país, realmente democrático, una Prensa homogénea es responsable, ante la nación, de la corrección de la educación política que proporciona. Los artículos de nuestros periódicos no son fruto de fantasías individuales, sino un maduro y cuidadosamente preparado mensaje dirigido al lector, que, a su vez, lo recibe con la misma seriedad y gravedad de ideas.

Otra característica importante de nuestra Prensa es la colaboración voluntaria de corresponsales locales: cartas, sugerencias, comentarios, críticas, etc. Así observamos que nuestros ciudadanos tienen libre acceso a la Prensa, un estado de cosas desconocido en todos los demás países. Ciertamente que, en otros países, se habla mucho de «libertad»; pero, en realidad, la falta de fondos no permite el empleo de la palabra impresa. Es evidente que el millonario y el obrero no disfrutaban de las mismas oportunidades.

Nuestra Prensa es propiedad pública de nuestra nación. Por consiguiente, no se administra sobre una base comercial. En los periódicos capitalistas, incluso los anuncios pueden influir en su tendencia política: esto, naturalmente, sería imposible aquí.

Nuestros periódicos son publicados por organizaciones gubernamentales y públicas, y son absolutamente independientes de los individuos y de los intereses privados y comerciales. La independencia es, a su vez, sinónimo de libertad. Esto es evidente.

Nuestros periódicos son completa y absolutamente independientes de todas esas influencias, en cuanto no coinciden con los intereses del Pueblo al que aquéllos pertenecen y al que sirven con exclusión de cualquier otro dueño. Así, nuestro país goza de libertad de palabra, no en teoría, sino en la práctica real. Esto es también evidente.

Las constituciones de otros países mencionan también varias «libertades». Sin embargo, en la realidad, estas «libertades» son sumamente restringidas. La escasez de papel limita la libertad de Prensa; los salones faltos de calefacción no facilitan las reuniones libres; y, con el pretexto de regular el tráfico, la Policía disuelve las manifestaciones y las procesiones. Generalmente, los periódicos de otros países están al servicio del capitalismo, el cual tiene órganos propios o adquiere columnas en otros periódicos. Por ejemplo, no hace mucho, un periodista llamado Ballplayer fue vendido por un hombre de negocios a otro, por varios miles de dólares.

Por otra parte, cuando medio millón de obreros textiles americanos fueron a la huelga, los periódicos escribieron sobre reyes y reinas, sobre cine y teatro. La fotografía más popular que apareció en todos los periódicos capitalistas de aquel período fue la de dos raras mariposas que brillaban *vsemi tzvetami radugi* (con todos los colores del arco iris). ¡Pero no dijeron una palabra de la huelga de los obreros textiles!

Como dijo nuestro Jefe: «Los obreros saben que la "libertad de palabra" en los llamados países "democráticos" es una expresión vacía.» En nuestro propio país, no puede haber contradicción entre la realidad y los derechos garantizados a los ciudadanos por la Constitución de Paduk, pues tenemos provisiones suficientes de papel, gran cantidad de buenas prensas de imprimir, espaciosos y caldeados salones públicos, y espléndidos parques y avenidas.

Recibimos de buen grado toda clase de preguntas y de sugerencias. Enviamos gratis, a quien lo solicite, fotografías y folletos detallados.

(Lo guardaré, pensó Krug, y lo trataré con algún producto especial que lo conserve largamente en el futuro, para eterna delicia de los humoristas libres. Oh, sí; lo guardaré.)

En cuanto a noticias, no había prácticamente ninguna en el *Ekwilista* ni en La Campana de la Tarde, ni en ninguno de los demás diarios controlados por el Gobierno. En cambio, los editoriales eran formidables:

Creemos que el único Arte verdadero es el Arte de la Disciplina. Todas las demás artes, en nuestra Ciudad Perfecta, no son más que sumisas variaciones del supremo Toque de Trompeta. Amamos al cuerpo corporativo al que pertenecemos, más que a nosotros mismos, y amamos aún más al Jefe que simboliza este cuerpo en términos de nuestra época. Propugnamos la perfecta Cooperación que une y equilibra los tres órdenes del Estado: el productivo, el ejecutivo y el contemplativo. Propugnamos la absoluta comunidad de intereses entre los camaradas ciudadanos. Propugnamos la armonía viril entre el amante y el amado.

(Al leer esto, Krug experimentó una débil sensación «lacedemónica»: látigos y varas; música; y extraños terrores nocturnos. Conocía un poco al autor del artículo: un viejo andrajoso que, con el seudónimo de «Pankrat Tzicutin» había publicado, años atrás, una revista pogromística.)

Otro artículo serio... Era curioso lo austeros que se habían vuelto los periódicos.

«La persona que nunca perteneció a una Logia Masónica o a una hermandad, club, unión o algo parecido, es un ser anormal y peligroso. Desde luego, algunas organizaciones eran bastante malas y están prohibidas en la actualidad; sin embargo, vale más el hombre que perteneció a una organización políticamente equivocada que aquel que no perteneció a ninguna organización. Como modelo al que todo ciudadano debería admirar sinceramente e imitar, nos complacemos en citar a un vecino nuestro que declara que nada en el mundo, ni siquiera la más emocionante novela de detectives, ni siquiera los rollizos encantos de su esposa, ni siquiera el sueño que alimentan todos los jóvenes de convertirse un día en ejecutivos, pueden compararse con el placer de reunirse cada semana con sus semejantes, para cantar canciones comunitarias, en un ambiente de sana alegría y, añadimos nosotros, de sano negocio.»

Últimamente, las elecciones al Consejo de Ancianos ocupaban muchísimo espacio. Una lista de candidatos, treinta en total, redactada por una comisión especial dirigida por Paduk, era difundida por todo el país; entre ellos, los votantes debían elegir once. La misma comisión nombraba «backer-grupps», gracias a los cuales ciertos grupos de nombres recibían el apoyo de agentes especiales, llamado «*magaphonshchiki*» («partidarios» armados de micrófonos), que pregonaban las virtudes cívicas de sus candidato en las esquinas de las calles, creando de este modo la ilusión de una excitada lucha electoral. Todo este asunto era sumamente confuso, y nada importaba quién ganase o quién perdiese; sin embargo, los periódicos adoptaban un estado de loca agitación y daban diariamente, y a cada hora del día, por medio de ediciones especiales, los resultados de la lucha en tal o cual distrito. Un detalle interesante era que, en los momentos de mayor excitación, equipos de obreros del campo o de la industria, como insectos impulsados a la cópula por alguna condición atmosférica desacostumbrada, lanzaban súbitamente desafíos a otros equipos parecidos, declarando su deseo de organizar «concursos de producción» en honor de las elecciones. Por consiguiente, el resultado neto de tales «elecciones» no era ningún cambio especial en la composición del Consejo, sino un trabajo sumamente entusiasta que agotaba la «curva zoom» en la manufactura de máquinas segadoras, caramelos de crema (en brillantes envoltorios con imágenes de niñas desnudas jabonándose los omóplatos), *kolben-deckelschrauben* (cerrojos de pistón), *nietwippen* (muñecas de cuerda),

*blechtafel* (plancha de acero), *krakhmálchiki* (cuellos almidonados para caballero y niño), *glockenmeiall* (bronzo da campana), *geschützbronze* (bronzo de cannoni), *blasebalgen* (*vozdukhoduvnye mekha*) y otros ingenios útiles.

Relatos detallados de diversos mítines de obreros fabriles o de hortelanos de colectividades, mordaces artículos sobre los problemas de la teneduría de libros, denuncias, noticias de las actividades de innumerables sindicatos profesionales, y los recortados acentos de poesías impresas en escalier (triplicando, dicho sea de paso, los honorarios por línea) y dedicadas a Paduk, sustituían completamente a los agradables crímenes, bodas y combates de boxeo, de otros tiempos más felices y más impertinentes. Era como si un lado del Globo hubiese sufrido un ataque de parálisis, mientras el otro esbozaba una incrédula —y ligeramente tonta— sonrisa.

## CAPITULO XIV

Nunca se había atrevido a buscar la Verdadera Sustancia, el Uno, el Absoluto, el Diamante suspendido del Árbol de Navidad del Cosmos. Siempre había sentido el débil ridículo de una mente finita atisbando el tornasol del infinito a través de los barrotes de cárcel de los números enteros. Y, aunque la Cosa pudiese ser captada, ¿por qué tenía que desear él, o cualquier otro, que el fenómeno perdiese sus sinuosidades, su máscara, su espejo, y se convirtiese en el calvo numen?

Por otra parte, si (como pensaban algunos de los más sabios neomatemáticos) podía decirse que el mundo físico consiste en grupos de medida (marañas de tensiones, enjambres de mosquitos eléctricos crepusculares) que se mueven como mouches volantes sobre un fondo de sombra situado fuera del alcance de la Física, entonces seguramente, la dócil limitación del propio interés a medir lo mensurable olía a la más humillante futilidad. ¡Largo de aquí, tú, con tu regla y tus balanzas! Pues, sin tus reglas, en un acontecer imprevisto, distinto de la caza de papeles de la ciencia, la descalza Materia alcanza la Luz.

Debemos imaginarnos, pues, un prisma o una cárcel en que los *arcus iris* no son más que octavas de vibraciones etéreas y donde unos cosmógonos

de cabezas transparentes entran y pasan a través de los respectivos vacíos vibrátiles, mientras, a su alrededor, diversos marcos de referencia laten con las contracciones de Fitz-Gerald. Entonces, damos una buena sacudida al calidoscopio telescópico (pues, ¿qué es vuestro cosmos, sino un instrumento que contiene diminutos cristales de colores que, por una combinación de espejos, adoptan una serie de formas simétricas diversas cuando se hace rodar aquél: advertidlo bien, cuando se hace rodar?) y tiramos el maldito aparato.

¡Cuántos de nosotros empezamos a construir de nuevo... o pensamos que construíamos de nuevo! Entonces, ellos vigilaban su construcción. Mirad: Heráclito el Sauce Llorón emitió una trémula luz junto a la puerta, y Parménides el Humo salía de la chimenea, y Pitágoras (que estaba dentro) dibujaba las sombras de los marcos de las ventanas sobre el brillante y pulido suelo donde jugaban las moscas (yo me poso y tú zumbas alrededor; después, yo zumbo y tú te posas; después, salta-salta-salta; después, zumbamos los dos).

Los largos días de verano. Olga tocando el piano. Música, orden.

Lo malo de Krug, pensó Krug, era que durante los largos días de verano, y con enorme éxito, había destrozado delicadamente los sistemas de otros y había adquirido, con ello, fama de poseer un impío sentido del humor y un delicioso sentido común, siendo así que, en realidad, no era más que un corpulento y triste diablo, y el llamado «sentido común» había resultado ser la gradual excavación de un pozo donde acomodar su pura locura sonriente.

La gente no se cansaba de decir que era uno de los filósofos más eminentes de su tiempo, pero él sabía que nadie podía realmente definir las facetas especiales de su filosofía, ni lo que significaba «eminente», ni cuál era exactamente «su tiempo», ni quiénes eran las otras eminencias. Cuando ciertos escritores de países extranjeros eran llamados discípulos suyos, nunca podía encontrar en sus escritos nada que tuviese el más remoto parecido con el estilo o con la índole de pensamiento que, sin su ratificación, le habían asignado los críticos, de modo que, en definitiva, empezó considerarse (el robusto y rudo Krug) como una ilusión, o más bien como partícipe de una ilusión que era sumamente apreciada por un gran número de personas cultas (con un generoso complemento de otras semicultas). Era algo bastante parecido a lo que suele ocurrir en las novelas cuando el autor y sus sumisos personajes aseguran que el protagonista es un «gran artista» o un «gran poeta», pero sin

aportar ninguna prueba de ello (reproducciones de sus cuadros, muestras de su poesía); e incluso cuidando muy bien de no aportar tales pruebas, ya que cualquier muestra defraudaría con toda seguridad las esperanzas y la fantasía del lector. Aunque se preguntaba quién le había empujado, quién le había proyectado sobre la pantalla de la fama, Krug no podía dejar de tener la impresión de que, por alguna razón, lo había merecido, de que era realmente más importante y más brillante que la mayoría de los hombres que le rodeaban; pero también sabía que lo que la gente veía en él, tal vez sin darse cuenta, no era una admirable expansión de materia positiva, sino una especie de inaudible y helada explosión (como si el carrete se hubiese detenido en el punto en que estalla la bomba) con algunos escombros graciosamente suspendidos en el aire.

Cuando este tipo de mentalidad, tan bueno para la «destrucción creadora», dice para sus adentros, como podría decir cualquier pobre filósofo descarriado (¡oh, ese entumecido e incómodo «Yo», ese Mefistófeles de ajedrez oculto en el cogitol): «Ahora he limpiado el terreno, ahora construiré, y los dioses de la antigua filosofía no podrán entremeterse», el resultado es generalmente un frío montoncito de perogrulladas pescadas en el lago artificial donde habían sido colocadas especialmente para tal objeto. Lo que Krug esperaba pescar era algo no sólo perteneciente a una especie o género o familia u orden nunca descritos, sino algo representativo de una clase absolutamente nueva.

Dejemos esto bien claro. ¿Qué es más importante resolver: el problema «exterior» (espacio, tiempo, materia, el fuera desconocido) o el «interior» (vida, pensamiento, amor, el dentro desconocido) o incluso su punto de contacto (muerte)? Porque supongo que estamos de acuerdo en que los problemas no existen como tales problemas, aunque el mundo sea algo hecho de nada, dentro de nada hecho de algo. ¿O son también el «fuera» y el «dentro» una ilusión, de modo que puede decirse que una gran montaña se levanta a mil sueños de altura, y que la esperanza y el terror pueden plasmarse en un mapa con la misma facilidad que los cabos y los golfos a los que dieron nombre?

¡Responde! Oh, esa exquisita visión: un prudente lógico abriéndose camino entre los espinos y las hoyas cubiertas del pensamiento, marcando un árbol o un risco (por aquí ya he pasado, este Nilo está en su sitio), mirando atrás («en otras palabras») y probando cautelosamente un terreno pantanoso (ahora, sigamos adelante...); deteniendo su autocar de turistas al pie de una

metáfora o de un Sencillo Ejemplo (supongamos que un ascensor...); avanzando, venciendo todas las dificultades y llegando triunfalmente, al fin, ¡al primer árbol que había marcado!

Entonces, pensó Krug, yo soy, por encima de todo, un esclavo de las imágenes. Decimos que una cosa se parece a otra, siendo así que lo que ansiamos realmente es describir algo que no se parezca a nada de este mundo. Algunos cuadros de la mente han sido tan adulterados por el concepto de «tiempo» que hemos llegado a creer en la existencia real de una fisura brillante y en perpetuo movimiento (el punto de percepción) entre nuestra eternidad retrospectiva, que no podemos recordar, y la eternidad venidera, que no podemos conocer. No somos realmente capaces de medir el tiempo, porque no se guarda ningún segundo de oro en una vitrina de París; pero, hablando francamente, ¿no os imagináis una longitud de varias horas más exactamente que una longitud de varias millas?

Y ahora, damas y caballeros, llegamos al problema de la muerte. Puede decirse, con la mayor cantidad de verdad prácticamente disponible, que la busca del conocimiento perfecto es el intento de un punto, en el espacio y en el tiempo, de identificarse con cualquier otro punto: la muerte es, o la adquisición instantánea del conocimiento perfecto (algo similar, digamos, a la instantánea desintegración de la piedra y la hiedra que componían la mazmorra circular donde antes tenía que contentarse el preso con dos pequeñas aperturas que se confundían ópticamente, mientras que ahora, con la desaparición de todos los muros, puede contemplar todo el paisaje circular), o la nada absoluta, *nichto*.

Y esto, gruñó Krug, ¡es lo que llamáis un modo de pensar completamente nuevo! Servios más pescado.

¿Quién habría podido creer que su poderosa mente llegase a estar tan desorganizada? En los viejos tiempos, cuando empezaba un libro, los pasajes subrayados, sus fulminantes notas escritas en los márgenes, solían surgir juntos casi automáticamente... y ya estaba a punto un nuevo ensayo, un nuevo capítulo; en cambio, ahora, era casi incapaz de levantar el pesado lápiz de la polvorienta y gruesa carpeta donde había caído al soltarlo su flaccida mano.

## **CAPÍTULO XV**

El día cuatro buscó entre unos papeles viejos y encontró una copia de una Conferencia Henry Doyle que había pronunciado ante la Sociedad Filosófica de Washington. Releyó un pasaje que había citado, polémicamente, sobre la idea de sustancia: «Cuando un cuerpo es dulce y blanco en su totalidad, los movimientos de blancura y de dulzura se repiten en diversos lugares y entremezclan...» (Da mi basia mille.)

El día cinco, se dirigió a pie al Ministerio de Justicia y pidió una entrevista para hablar de la detención de sus amigos, pero, poco a poco, pudo averiguar que el lugar había sido transformado en hotel y que el hombre al que había tomado por un alto funcionario no era más que el jefe de los camareros.

El día ocho, estaba enseñando a David a tocar una bolita de pan con las puntas de dos dedos cruzados, para producir una especie de efecto de espejo en términos de contacto (la impresión de una segunda bolita), cuando Mariette apoyó su brazo y codo desnudos sobre su hombro y observó con interés, sin dejar de rebullir un solo instante, haciéndole cosquillas en la sien con un mechón de sus cabellos castaños y rascándose el muslo con una aguja de hacer punto.

El día diez, un estudiante llamado Phokus intentó verle, pero no fue recibido, en parte porque Krug no permitía nunca que le molestasen con cuestiones escolásticas fuera de su (de momento inexistente) oficina, y, principalmente, porque había motivos para pensar que el tal Phokus podía ser un espía del Gobierno.

En la noche del doce, soñó que estaba gozando subrepticamente de Mariette, mientras ésta se hallaba sentada en su falda, reculando un poco, durante el ensayo de una obra en la que ella hacía el papel de su hija.

En la noche del trece, estuvo borracho.

El día quince, una voz desconocida le informó por teléfono de que Blanche Hedron, hermana de su amigo, se había fugado al extranjero y estaba sana y salva en Budafok, lugar situado, por lo visto, en alguna parte de la Europa central.

El diecisiete, recibió una carta muy curiosa.

«Distinguido señor: un agente mío en el extranjero ha sido informado por dos amigos de usted, los señores Berenz y Marbel de que desea usted adquirir una reproducción de la obra maestra de Turok, "*La Escapada*". Si se toma usted la molestia de visitar mi tienda ("Brikabrak", calle Dimmerlamp, 14) el lunes, martes o viernes, a eso de las cinco de la tarde, podremos discutir la posibilidad de su...» Una gran mancha de tinta eclipsaba el final de la frase. La carta estaba firmada por «Pedro Quist, Antigüedades».

Después de un prolongado estudio de un plano de la ciudad, descubrió la calle en el sector noroccidental. Dejó la lupa y se quitó las gafas. Chascando ligeramente la lengua, como solía hacer en tales ocasiones, volvió a calarse las gafas, cogió la lupa y trató de averiguar si alguna de las líneas de autobús (marcadas en rojo) llevaba hasta allí. Sí, había una. En un destello casual, y sin ningún motivo, recordó la manera que tenía Olga de levantar la ceja izquierda cuando se miraba al espejo.

¿Ocurre esto a todo el mundo? Una cara, una frase, un paisaje, una burbuja de aire del pasado se eleva de pronto como soltada de una celda del cerebro por el hijo pequeño del alcaide de la cabeza, mientras la mente está ocupada en un asunto completamente diferente. Algo parecido a lo que sucede inmediatamente antes de quedarse uno dormido, cuando lo que cree que está pensando no es en modo alguno lo que piensa. O cuando un tren de ideas alcanza a otro que discurre paralelamente.

En el exterior, los mellados filos del aire tenían un matiz de primavera, aunque el año acababa de empezar.

Una divertida y nueva ley exigía que toda persona que tomase un autobús mostrase su pasaporte y, además, entregase al conductor una fotografía firmada y numerada. La operación de comprobar si la foto, la firma y el número, coincidían con los del pasaporte, era bastante prolija. También se había decretado que, si un pasajero no tenía el importe exacto del billete (17 1/3 céntimos por milla), el exceso que pagase le sería reembolsado en una lejana oficina de Correos, a condición de que ocupase su sitio en la cola dentro de las treinta y tres horas siguientes al momento de apearse del autobús. La escritura y el sellado de recibos por el atribulado conductor ocasionaban mayores demoras; y como, según el mismo decreto, el autobús sólo se detenía en las paradas en que querían apearse no menos de tres pasajeros, una gran confusión venía a sumarse a los retrasos. Pero, a pesar de todas estas medidas, los autobuses iban singularmente llenos en aquellos días.

Sin embargo, Krug consiguió llegar a su destino: junto con dos jóvenes a los que había sobornado (diez coronas a cada uno) para formar el necesario trío, se apeó exactamente en el sitio donde pensaba hacerlo. Sus dos compañeros (que confesaron ingenuamente que se ganaban la vida con esto) tomaron inmediatamente un tranvía en marcha (cuyos reglamentos eran aún más complicados).

Había oscurecido durante el trayecto, y el retorcido callejón acreditaba su nombre. Krug se sentía excitado, inseguro, aprensivo. Veía la posibilidad de escapar de Padukgrado a un país extranjero como una especie de retorno a su propio pasado, porque, en el pasado, su país había sido libre. Dado que el espacio y el tiempo eran una sola cosa, la huida y el regreso se hacían intercambiables. El peculiar carácter del pasado (felicidad no valorada en su tiempo, los ígneos cabellos de Olga, su voz leyendo cosas de animalitos humanizados a su hijo) daba la impresión de que podía remplazarse o al menos ser imitado por el carácter de un país donde su hijo pudiese crecer en seguridad, libertad y paz (una larga, larguísima, playa salpicada de cuerpos, una miel soleada y el satén latino de ella..., anuncio de ¡algún producto americano visto en alguna parte, recordado de algún modo). Dios mío, pensó, que *j'ai été veule*, esto tenía que haberlo hecho hace ya meses; mi pobre amigo tenía razón. La calle parecía estar llena de tiendas de libros y de pequeñas y oscuras tabernas. Aquí era. Cuadros de pájaros y flores, libros viejos, un gato de porcelana con manchas regularmente distribuidas. Entró.

El dueño de la tienda, Pedro Quist, era un hombre de edad madura, cara morena, nariz aplastada, bigote negro y recortado, y cabellos negros y ondulados. Vestía sencillamente pero con pulcritud; un traje de verano, lavable, a rayas azules y blancas. Al entrar Krug, se estaba despidiendo de una señora anciana, que llevaba un anticuado boa gris alrededor del cuello. Miró agudamente a Krug y, después, se dejó la *voilette* y salió.

—¿Sabe quién es? —preguntó Quist.

Krug meneó la cabeza.

—¿Conocía usted a la viuda del difunto Presidente?

—Sí —dijo Krug—. La conocía.

—Y a la hermana del Presidente, ¿no la conocía?

—Creo que no.

—Bueno, ésa era su hermana —dijo Quist, con naturalidad.

Krug se sonó y, mientras lo hacía, echó un vistazo al contenido de la tienda: muchos libros. Un montón de volúmenes de la Librairie Hachette (Molière y cosas por el estilo), papel de mala calidad y cubiertas rotas, se estaba pudriendo en un rincón. Una hermosa lámina de un libro de insectos, de principio del siglo xix, mostraba una manchada esfinge y su pintada oruga colgada de una ramita y con el cuello arqueado. Una fotografía grande y descolorida (1894) de una docena de hombres con patillas, calzas atacadas y miembros artificiales (algunos tenían hasta dos brazos y una pierna), y una abigarrada pintura de un barco del Mississippi, adornaban una de las paredes.

—Bueno —dijo Quist—, me alegro mucho de conocerle.

Apretón de manos.

—Turok me dio su dirección —dijo el curioso anticuario, mientras se sentaban en sendos sillones, en el fondo de la tienda—. Antes de entrar en negociaciones, quiero decirle francamente una cosa: toda mi vida he hecho contrabando: drogas, diamantes, cuadros antiguos... Y ahora, personas. Sólo lo hago para cubrir los gastos de mis necesidades y gustos particulares; pero lo hago bien.

—Sí —dijo Krug—, comprendo. Yo traté de localizar a Turok hace algún tiempo, pero estaba fuera por cuestión de negocios.

—Bueno, él recibió su elocuente carta poco antes de que le detuviesen.

—Ya —dijo Krug—, ya. Así, pues, le detuvieron. Esto no lo sabía.

—Yo estoy en contacto con todo el grupo —explicó Quist, inclinándose ligeramente.

—Dígame —preguntó Krug—, ¿tiene alguna noticia de mis amigos..., los Maximov, Ember, Hedron?

—Ninguna, aunque puedo imaginarme fácilmente lo desagradable que deben encontrar el régimen carcelario. Permítame que le bese, profesor.

Se inclinó hacia delante y depositó un anticuado beso en el hombro izquierdo de Krug. Las lágrimas acudieron a los ojos de éste. Quist tosió afectadamente y prosiguió:

—Bueno, no olvidemos que soy un duro hombre de negocios y que, por consiguiente, estoy por encima de estas... innecesarias emociones. Es verdad que quiero salvarle, pero también lo es que quiero cobrar por ello. Tendrá que pagarme dos mil coronas.

—No es mucho —dijo Krug.

—En todo caso —dijo secamente Quist—, es suficiente para pagar a los valientes que llevan a mis temblorosos clientes al otro lado de la frontera.

Se levantó, fue a buscar una cajetilla de cigarrillos turcos, ofreció uno a Krug (que rehusó), lo encendió y depositó cuidadosamente la cerilla en un cenicero hecho con una concha marina rosa y violeta, de modo que siguiese ardiendo. Hasta que su extremo se retorció y se puso negro.

—Le ruego que me disculpe —dijo—, por haberme dejado llevar de un impulso de afecto y exaltación. ¿Ve esta cicatriz?

Mostró el dorso de su mano.

—Esto —dijo— me lo hicieron en un duelo, en Hungría, hace cuatro años. Nos batimos con sables de caballería. A pesar de que había recibido varias heridas, conseguí matar a mi adversario. Era un gran hombre, un cerebro brillante, un corazón de oro; pero tuvo la desgracia de llamar en broma a mi hermana menor «*cette petite Phryné qui se croit Ophélie*». El caso era que la romántica mocita había intentado ahogarse en su piscina.

Siguió fumando en silencio.

—¿Y no hay manera de sacarles de allí? —preguntó Krug.

—¿De dónde? ¡Oh! Ya comprendo. Mi organización es de otro tipo. En nuestra jerga profesional, les llamamos *fruntgenz* (ánades de la frontera), no *turmbrokhén* (rompedores de cárceles). Entonces, ¿está dispuesto a pagarme lo que le pido? *Bene*. ¿Y estaría igualmente dispuesto si le hubiese pedido todo el dinero que tiene en el mundo?

—Desde luego —dijo Krug—. Cualquier Universidad extranjera me lo reintegraría.

Quist se echó a reír y se aplicó taimadamente a pescar una bolita de algodón de un pequeño frasco que contenía algunas tabletas.

—¿Sabe una cosa? —dijo, con afectada sonrisa—. Si yo fuese un *agent provocateur*, lo cual desde luego no soy, haría, llegados a este punto, la siguiente observación mental: *Madamka* (suponiendo que éste fuese su apodo en el departamento de espionaje) está ansioso por abandonar el país, le cueste lo que le cueste.

—Y por Dios que tendría usted razón —dijo Krug.

—También tendrá que hacerme un regalo especial —siguió diciendo Quist—. A saber: su biblioteca, sus manuscritos, hasta el último papel escrito. Cuando salga del país, tendrá que hacerlo desnudo como un gusano.

—Magnífico —dijo Krug—. Incluso le guardaré el contenido de la papelera.

—Bien —dijo Quist—, si es así, poco más tenemos que hablar.

—¿Cuándo podrá arreglarlo? —preguntó Krug.

—Arreglar, ¿qué?

—Mi huida.

—¡Oh, eso! Bueno... ¿Tiene mucha prisa?

—Sí. Muchísima prisa. Quiero sacar a mi hijo de aquí.

—¿Su hijo?

—Sí; un niño de ocho años.

—Ya. Claro, tiene usted un hijo.

Se hizo un extraño silencio. Un rubor opaco invadió poco a poco el semblante de Quist. Miró al suelo. Con suaves garras, se pellizó la boca y las mejillas. ¡Qué tontos habían sido! Ahora, la ventaja era suya.

—Mis clientes —dijo Quist— tienen que andar más de treinta kilómetros a pie, a través de zarzales y de fangales poblados de arándanos. El resto del tiempo, tienen que permanecer echados en el fondo de un camión, con el consiguiente traqueteo. La comida es escasa y mala. Uno tiene que privarse de hacer sus necesidades durante diez horas seguidas o más. Usted tiene una buena constitución física, y lo aguantará. Pero, llevar a su hijo con usted..., ¡ni hablar!

—¡Oh! Se estará quieto como un ratón —dijo Krug—. Y podría llevarlo a cuestas, sin notarlo siquiera.

—Un día —murmuró Quist— no fue usted capaz de llevarlo tres kilómetros hasta la estación.

—¿Cómo?

—He dicho que, algún día, será incapaz de llevarlo más lejos que de aquí a la estación. Pero no es éste el punto esencial. ¿Se da usted cuenta del peligro?

—Vagamente. Pero no puedo dejar a mi hijo.

Hubo otra pausa. Quist enrolló un trocito de algodón a la cabeza de una cerilla y lo empleó para hurgar en el interior de su oído izquierdo. Después, observó con satisfacción el tono dorado que había obtenido.

—Bueno —dijo—. Veré lo que se puede hacer. Desde luego, debemos mantenernos en contacto.

—¿No podríamos establecer un acuerdo? —sugirió Krug, levantándose del sillón y buscando su sombrero—. Quiero decir que tal vez necesite usted un anticipo. Sí, ya lo veo. Está debajo de la mesa. Gracias.

—Siempre será usted bien venido en esta casa —dijo Quist—. ¿Qué le parece un día de la próxima semana? ¿Le iría bien el martes? ¿A eso de las cinco de la tarde?

—Me parece perfecto.

—Podríamos encontrarnos en el Puente de Neptuno. ¿Digamos junto al farol número veinte?

—Con mucho gusto.

—Siempre a su mandar. Confiese que nuestra paqueña charla ha aclarado la situación de un modo maravilloso. Es una lástima que no pueda usted quedarse un rato más.

—Tiemblo al pensar en el largo trayecto hasta mi casa —dijo Krug—. Tardaré horas en llegar.

—¡Oh! Yo puedo mostrarle un camino más corto —dijo Quist—. Espere un minuto. Un atajo muy corto y agradable.

Se dirigió al pie de una escalera de caracol y, mirando hacia arriba, gritó:

—¡Mac!

No hubo respuesta. Esperó, ahora con la cara vuelta hacia abajo, un poco en la dirección de Krug, pero sin mirarle realmente: pestañeando, escuchando.

—¡Mac!

Tampoco hubo respuesta, y, al cabo de un rato, Quist decidió subir a buscar lo que quería.

Krug examinó unos cuantos cachivaches que había en un estante: un viejo y oxidado timbre de bicicleta, una raqueta de tenis de color castaño, un portaplumas de marfil, con una pequeña mirilla de cristal. Atisbo, cerrando un ojo, y vio una puesta de sol de cinabrio y un puente negro. *Gruss aus Padukbad.*

Quist bajó la escalera brincando y silbando entre dientes, con un manojo de llaves en la mano. Eligió la más brillante de éstas y abrió una puerta secreta debajo de la escalera. Sin decir palabra, señaló un largo pasadizo. Había unos carteles antiguos y tuberías acodadas en las débilmente iluminadas paredes.

—Bueno, muchísimas gracias —dijo Krug.

Pero Quist había cerrado ya la puerta detrás de él. Krug echó a andar por el pasillo, desabrochado el gabán, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón. Su sombra le acompañaba como un faquín negro cargado con demasiadas maletas.

Al cabo de un rato, llegó a otra puerta hecha con unas tablas toscas y toscamente clavadas. La empujó y se encontró en el patio de atrás de su casa. A la mañana siguiente, bajó a inspeccionar esta salida desde el lado de la entrada. Pero ahora aparecía astutamente disimulada, confundiendo en parte con algunos tablones apoyados en la pared del patio, y, en parte, con la puerta de un retrete proletario. Sobre unos ladrillos próximos, hallábanse sentados el lúgubre detective encargado de la vigilancia de su casa y un organillero, jugando al *chemin de fer*; un sucio nueve de picos yacía a sus pies, sobre el suelo ceniciento, y, con una punzada de impaciente deseo, Krug se imaginó un andén de estación de ferrocarril y contempló un naipe y unas mondaduras de naranja animando la carbonilla entre los dos raíles, debajo de un coche pullman que le estaba esperando en un ambiente mixto de verano y humo, pero que, dentro de un minuto, saldría de la estación y se marcharía lejos, lejos, hacia la blanca bruma de las increíbles Carolinas. Y, siguiéndole a lo largo de las oscurecidas marismas, tenazmente suspendida en el éter del atardecer y deslizándose entre los hilos del telégrafo, casta como la filigrana de un papel de barba, moviéndose con la suavidad de esas marañas de células que flotan de través sobre el ojo cansado, la pálida copia, color de limón, de la lámpara que brillaba sobre el pasajero, viajaría misteriosamente a través del paisaje turquesa de la ventanilla.

## CAPITULO XVI

Tres sillas colocadas una detrás de otra.

La misma idea.

—¿El qué?

—El botaganado.

Un tablero de damas, apoyado en las patas de la primera silla, representaba el botaganado. La última silla era el furgón de cola.

—Comprendo. Pero, ahora, el maquinista debe irse a la cama.

—Date prisa, papaíto. Sube. ¡El tren va a arrancar!

—Escucha, querido...

—¡Oh! Por favor. Siéntate sólo un minuto.

—No, querido; ya te lo he dicho.

—Pero es sólo un minuto. ¡Oh, papá! Mariette no quiere; tú tampoco quieres. Nadie quiere viajar conmigo en mi supertrén.

—Ahora no. Ya es hora de...

De ir a la cama, de ir al colegio... Hora de dormir, hora de comer, hora de bañarse, nunca «hora» a secas; hora de levantarse, hora de salir, hora de volver a casa, hora de apagar todas las luces, hora de morir.

Y qué angustia, pensó Krug el pensador, amar tan locamente a una pequeña criatura, formada en cierta manera misteriosa (aún más misteriosa para nosotros de lo que lo fue para los primeros pensadores en sus bosquecillos de pálidos olivos) por la fusión de dos misterios, o mejor dicho, por dos series de un trillón de misterios cada una; formada por una fusión que es, al mismo tiempo, cuestión de elección y cuestión de suerte y cuestión de puro encantamiento; formada así y capaz, después, de acumular trillones de misterios propios; todo ello impregnado de conciencia, que es la única cosa verdadera del mundo y el misterio mayor de todos.

Se imaginó a David dentro de uno o dos años, sentado sobre un baúl con abigarrados marbetes, en la oficina de aduana del muelle.

Se lo imaginó corriendo en bicicleta, entre brillantes forsitias y delgados y desnudos abedules, por un camino en el que había un rótulo de «prohibidas las bicicletas». Lo vio en el borde de una piscina, tumbado boca abajo, con un mojado calzón negro, con uno de los omóplatos levantado en ángulo agudo, estirando una mano y sacudiendo el agua tornasolada que inundaba un destructor de juguete. Lo vio en uno de aquellos fabulosos establecimientos

ubicados en una esquina, que tienen pasteles en un lado y helados en el otro, encaramado junto a la barra y estirándose hacia las máquinas de los jarabes. Lo vio arrojando una pelota con un movimiento especial de la muñeca, desconocido en su antiguo país. Lo vio, hecho un pollito, cruzando un campus en tecnicolor. Lo vio vistiendo el curioso atuendo (parecido al de los jockeys, salvo por los zapatos y las medias) que se usa en el juego de pelota americano. Lo vio aprendiendo a volar. Lo vio, a los dos años, sentado en su orinalito, saltando, meciéndose, cruzando a sacudidas, sobre el resbaladizo orinal, el suelo de su cuarto infantil. Lo vio como un hombre de cuarenta años.

La víspera del día fijado por Quist, visitó el puente: había salido en misión de reconocimiento, pues se le ocurrió pensar que podía ser peligroso como lugar de cita, a causa de los soldados; pero los soldados se habían marchado hacía tiempo, el puente estaba desierto. Quist podía venir cuando quisiera. Krug llevaba un solo guante, y había olvidado sus gafas; por consiguiente, no podía releer la minuciosa nota que le había entregado Quist, con todas las contraseñas y direcciones, y un plano esquemático, y la clave de toda la vida de Krug. Sin embargo, esto importaba poco. El cielo, muy bajo sobre su cabeza, estaba cubierto por una capa lívida y ondulada de espesas nubes; unos copos muy grandes, grisáceos, semitransparentes y de forma irregular, caían lenta y verticalmente; y, cuando tocaban el agua oscura del Kur, flotaban en ella, en vez de deshacerse en seguida; esto era raro. Después, más allá del borde de la nube, una súbita desnudez de cielo y río sonreía al observador del puente, y una radiación de madreperla teñía las curvas de las remotas montañas, de donde se derivaban, diversamente, el río y la sonriente tristeza y las primeras luces de la noche en las ventanas de los edificios de la orilla. Al observar los copos de nieve sobre el agua oscura y bella, Krug se dijo que, o bien los copos eran reales y el agua no era un agua de verdad, o bien ésta era real y los copos estaban hechos de algún material insoluble especial. Para solventar esta cuestión, dejó caer su único guante desde el puente; pero no ocurrió nada anormal: el guante perforó la arrugada superficie del agua con el índice extendido, se sumergió y se perdió de vista.

En la ribera sur (de la cual venía él), podía ver, río arriba, el palacio rosado de Paduk y la cúpula de bronce de la catedral, y los árboles sin hojas de un jardín público. Al otro lado del río, había hileras de viejas casas de alquiler, más allá de las cuales (invisible, pero palpitante y presente) se levantaba el hospital donde ella había muerto. Mientras rumiaba de esta suerte, sentado de lado en un banco de piedra y mirando el río, apareció a lo lejos un remolcador

tirando de una barcaza, y, al mismo tiempo, uno de los últimos copos de nieve (la nube parecía disolverse en el ahora arrebolado cielo) rozó su labio inferior: era un copo regular, suave y húmedo, pensó; pero tal vez los que habían estado cayendo sobre el agua eran diferentes. El remolcador se acercaba impasible. Cuando estaba a punto de pasar por debajo del puente, la grande y negra chimenea, de doble franja carmesí, fue echada hacia atrás, hacia atrás y hacia abajo, por dos hombres agarrados a su cuerda, que hacían muecas a causa del esfuerzo; uno de ellos era chino, como la mayoría de los hombres del río y de las lavanderías de la ciudad. En la barcaza remolcada, media docena de camisas de vivos colores estaban puestas a secar, y algunas macetas con geranios podían verse a popa, y una Olga muy gorda, con la blusa amarilla que a él no le gustaba, y con los brazos en jarras, levantó la cabeza y miró a Klug, en el momento en que la barcaza era poco a poco devorada por el arco del puente.

Se despertó (despatarrado en su sillón de cuero) e inmediatamente comprendió que había ocurrido algo extraordinario. Nada tenía que ver con el sueño, ni con la no provocada y bastante ridícula molestia física que sentía (una congestión local), ni con nada que recordase él en relación con el aspecto de su habitación (desaseada y polvorienta, bajo la sucia y polvorienta luz), ni con la hora del día (las ocho y cuarto de la tarde; se había quedado dormido después de cenar temprano). Lo que había ocurrido era que sabía que podía escribir de nuevo.

Se dirigió al cuarto de baño, tomó una ducha fría, como buen «boy-scout» que era, y vibrando de ansiedad mental y sintiéndose cómodo y limpio en su pijama y su bata, llenó la estilográfica hasta el mismo borde; pero entonces recordó que era la hora de acostar a David y resolvió cumplir el trámite, para que no le interrumpiesen las llamadas desde el cuarto del niño. En el pasillo, estaban aún las tres sillas, una detrás de otra. David estaba tumbado en la cama, y, con rápidos movimientos de su lápiz, adelante y atrás, sombreaba una parte de una hoja de papel colocada sobre la cubierta de fibra y granos finos de un grueso libro. Con ello producía un ruido nada desagradable, apagado y sedoso, con una especie de vibración zumbadora subrayando el borrón. La textura puntuada de la cubierta apareció gradualmente como una aspereza gris sobre el papel, y entonces, con mágica precisión, completamente independiente de la dirección (accidentalmente oblicua) de los trazos, surgió la palabra ATLAS, en altas y finas letras blancas

de imprenta. Uno se preguntaba si, sombreando la propia vida de esta manera...

El lápiz dio un chasquido. David trató de enderezar la punta suelta en su funda de pino y emplear el lápiz de manera que la proyección más larga de la madera sirviese de sostén, pero la mina saltó definitivamente.

—De todos modos —dijo Krug, impaciente por volver a su propia escritura—, ya es hora de apagar la luz.

—Primero, el cuento del viaje —dijo David.

Desde hacía varias noches, Krug estaba desarrollando un serial sobre las aventuras que esperaban a David en un viaje a un país remoto (lo había interrumpido en el momento en que estaba agazapado en el fondo de un trineo, conteniendo la respiración, quieto, muy quieto, bajo unas pieles de cordero y unos sacos vacíos de patatas).

—No; esta noche no —dijo Krug—. Es demasiado tarde y yo estoy muy ocupado.

—No es demasiado tarde —gritó David, incorporándose de pronto, con ojos chispeantes y golpeando el atlas con el puño.

Krug cogió el libro y se inclinó sobre David para darle el beso de buenas noches. Pero David se volvió bruscamente de cara a la pared.

—Como quieras —dijo Krug—, pero tendrías que decir buenas noches (pokoinoi nochi), porque no voy a volver.

David se tapó la cabeza con la sábana, enmurriado. Krug tosió un poco, se irguió y apagó la luz.

—No voy a dormir —dijo David, con voz sofocada.

—Tú verás lo que haces —dijo Krug, tratando de imitar el tono suavemente pedagógico de Olga.

Una pausa en la oscuridad.

—Pokoinoi nochi, dushka (*animula*) —dijo Krug desde el umbral.

Se dijo, con cierta irritación, que tendría que volver dentro de diez minutos y realizar detalladamente toda la operación. Como ocurría a menudo, esto no era más que una tosca iniciación del rito de las buenas noches. Pero, entonces, el sueño resolvería la cuestión. Cerró la puerta y, al doblar la esquina del pasillo, tropezó con Mariette.

—Mira por dónde vas, pequeña —dijo, vivamente, y se dio un golpe en la rodilla con una de las sillas dejadas por David.

En un comentario preliminar sobre la conciencia infinita, es inevitable cierta esfumación del esbozo esencial. Tenemos que discutir la vista siendo incapaces de ver. El conocimiento que adquiramos en el curso de tal discusión estará necesariamente en la misma relación con la verdad que la existente entre la mancha negra en forma de pavo real, producida intraópticamente por una presión sobre el párpado, y el sendero de jardín iluminado por una auténtica luz de sol.

Oh, sí, la clara del asunto en vez de su yema, dirá el lector con un suspiro; *connu, mon vieux!* El mismo viejo y árido sofisma de siempre, los mismos viejos alambiques cubiertos de polvo... ¡y el pensamiento volando como una bruja sobre su escoba! Pero te equivocas, estúpido capcioso.

Prescinde de mi invectiva (cuestión de ímpetu) y considera el punto siguiente: ¿podemos provocarnos un estado de pánico tratando de imaginar el número infinito de años, los infinitos pliegues de terciopelo oscuro (siente su sequedad en tu boca), en una palabra, el pasado infinito, que se extiende sobre el lado menor del día de nuestro nacimiento? No podemos. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que ya hemos pasado por la eternidad, de que ya hemos no-existido una vez y hemos descubierto que este néant no es en modo alguno terrorífico. Lo que ahora tratamos (infructuosamente) de hacer es llenar el abismo que hemos cruzado sanos y salvos, con terrores tomados de prestado del abismo que hay enfrente, el cual ha sido, a su vez, tomado de prestado del pasado infinito. De este modo, vivimos en un calcetín que está siendo vuelto del revés, sin que sepamos siquiera con seguridad a qué fase de la operación corresponde nuestro momento de conciencia. Una vez lanzado, siguió escribiendo con una fruición un tanto patética (aunque vista desde un lado). Estaba herido, algo se habla roto, pero, de momento, seguía impulsándole una corriente de inspiración de segunda categoría y de fantasía bastante aceptable. Después de una hora de ejercicio de esta clase, se interrumpió y releyó las

cuatro páginas y media que había escrito. Ahora, el camino estaba despejado. Incidentalmente, en una frase compacta, se había referido a varias religiones (sin olvidar «aquella maravillosa secta judía cuyo sueño de un amable y joven rabino muriendo en la crux romana se había extendido a todos los países del Norte») y las había rechazado todas juntas, con gnomos y fantasmas. El pálido cielo estrellado de la filosofía sin trabas se extendía ante él, pero pensó que le convenía echar un trago. Sin soltar la pluma, se deslizó hasta el comedor. Una vez más, allí estaba ella.

—¿Se ha dormido ya? —preguntó en una especie de débil gruñido, sin volver la cabeza, mientras se agachaba para sacar el coñac de la parte más baja del aparador.

—Supongo que sí —respondió ella.

Él destapó la botella y vertió una pequeña parte de su contenido en una copa verde.

—Gracias —dijo ella.

No pudo dejar de mirarla. Estaba sentada a la mesa, remendando un calcetín. Su cuello y sus piernas desnudos parecían extrañamente pálidos en contraste con su bata y sus zapatillas negras.

Levantó la mirada de su labor, ladeada la cabeza y arrugando delicadamente la frente.

—¿Y bien? —dijo.

—No hay licor para ti —respondió Krug—. Si quieres, puedes beber gaseosa. Creo que hay en la nevera.

—¡Qué hombre más intratable! —dijo ella, bajando las descuidadas pestañas y cruzando de nuevo las piernas—. Es usted terrible. Hoy me siento bien.

—Bien, ¿qué? —preguntó él, cerrando de golpe la puerta del aparador.

—Simplemente, bonita. Muy bonita.

—Buenas noches —dijo él—. No te acuestes demasiado tarde.

—¿Puedo sentarme en su habitación mientras usted escribe?

—¡Claro que no!

Se volvió para salir, pero ella le llamó.

—Se ha dejado la pluma en el aparador.

Él volvió atrás, gruñendo, con el vaso en la mano, y cogió la pluma.

—Cuando estoy sola —dijo ella—, me siento y hago esto, como un grillo. Escuche, por favor.

—Que escuche, ¿qué?

Ella siguió sentada, con los labios entreabiertos, moviendo los muslos cruzados fuertemente, produciendo un ruidito débil, suave, labial, crepitante a intervalos, como si se frotase las palmas de las manos, que, sin embargo, permanecían inmóviles.

—El canto de un pobre grillo —dijo ella.

—Da la casualidad de que estoy un poco sordo —declaró Krug, y volvió a su habitación.

Pensó que tenía que haber ido a ver si David estaba dormido. Pero sí, debía estarlo, porque, de otro modo, habría llamado al oír los pasos de su padre. Krug no tenía las menores ganas de pasar de nuevo por delante de la puerta abierta del comedor, y, por consiguiente, se dijo que David debía estar al menos medio dormido y que podía molestarle su intrusión, por bien intencionada que fuese. No está muy claro el motivo de que se impusiese esta ascética restricción, cuando habría podido desahogar tan deliciosamente sus tensiones naturales y su inquietud, con la ayuda de la vehemente puella (por cuyo vivaz y pequeño abdomen habrían pagado los romanos más jóvenes que él 20.000 denarios o más a los sirios vendedores de esclavos). Tal vez le contenían ciertos sutiles escrúpulos supermatrimoniales o la horrible tristeza de toda la situación. Desgraciadamente, se había desvanecido súbitamente su afán de escribir y no sabía qué hacer. No tenía sueño, por haber dormido después de la cena. El coñac sólo había servido para aumentar su malestar. Era un hombre alto y robusto, del género velloso, con una cara algo parecida a la de

Beethoven. Había perdido a su mujer en noviembre. Había enseñado filosofía. Era excesivamente viril. Se llamaba Adam Krug.

Volvió a leer lo que había escrito, tachó la bruja con la escoba y empezó a pasear arriba y abajo por su habitación, con las manos en los bolsillos de la bata. Gregoire atisbo desde debajo del sillón. Susurró el radiador. La calle estaba silenciosa detrás de las gruesas cortinas azules. Poco a poco, sus pensamientos reanudaron su misterioso curso. El cascanueces, que rompía un hueco segundo después de otro, encontró al fin uno lleno y sustancioso. Un sonido indistinto, como el eco de una ovación remota, recibió la aparición de un nuevo fantasma.

Una uña rascó, golpeó la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

No hubo respuesta. Un dulce silencio. Después, un hoyuelo audible. Después, otra vez silencio.

Krug abrió la puerta. Ella estaba allí, envuelta en su camisón. Un lento pestañeo ocultaba y revelaba de nuevo la extraña mirada de sus ojos negros y opacos. Llevaba una almohada bajo el brazo y un despertador en la mano. Suspiró profundamente.

—Por favor, déjeme entrar —dijo, con un mohín incitante de las un tanto lemúridas facciones de su blanca carita—. Tengo miedo, no puedo quedarme sola. Tengo la impresión de que va a ocurrir algo horrible. ¿Puedo dormir aquí? ¡Por favor!

Cruzó la estancia de puntillas y, con infinito cuidado, dejó el carirredondo reloj sobre la mesita de noche. La luz de la lámpara, atravesando el tenue camisón, reveló la silueta de su cuerpo en un tono glaseado de porcelana china.

—¿Le parece bien así? —murmuró—. Me haré muy chiquitína.

Krug se volvió de espalda y, como estaba junto a una librería, apretó y soltó de nuevo un borde desprendido del lomo de cuero de un antiguo poeta latino. *Brevis lux. Da mi basia mille.* Golpeó despacio el libro con el puño.

Cuando volvió a mirarla, ella se había metido la almohada debajo de la parte delantera del camisón y su cuerpo se agitaba con mudas carcajadas. Acarició su falso embarazo. Pero él no se rió.

Ella frunció el ceño y dejó caer la almohada y algunos pétalos de melocotón al suelo, entre sus tobillos.

—¿No le gusto nada? —dijo (*inquit*).

Si pudiese oírse mi corazón como el de Paduk, pensó él, sus tremendos latidos despertarían a los muertos. Pero dejemos que los muertos duerman en paz.

Continuando su pantomima, ella se arrojó sobre el sofá-cama y yació en él boca abajo, mientras sus tupidos cabellos castaños y el borde de una oreja colorada recibían de lleno la luz de la lámpara. Sus pálidas y jóvenes piernas eran una buena invitación para las manos de un viejo.

Él se sentó cerca de ella; ásperamente, con los dientes apretados, aceptó la vulgar invitación; pero, en el momento de tocarla, ella se levantó de un salto y, alzando y retorciendo los delgados y blancos brazos, que olían a castañas, bostezó.

—Creo que voy a volver a mi cuarto —dijo.

Krug no dijo nada. Siguió sentado allí, hosco y pesado, ardiendo en deseo, ¡pobrecillo!

Ella suspiró, apoyó la rodilla en el sofá y, descubriendo un hombro, observó las señales que los dientes de algún compañero habían dejado cerca de una pequeña y negra marca de nacimiento de su diáfana piel.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—¿Haremos el amor, si me quedo?

Las manos del hombre comprimieron las débiles caderas, como si bajase a la niña de un árbol.

—Sabes muy poco, o sabes demasiado —dijo él—. Si es muy poco, echa a correr, enciértrate en tu habitación y no vuelvas a acercarte a mí, porque se produciría una explosión bestial y podrías salir mal parada. Te lo advierto. Tengo casi tres veces tu edad y soy un cerdo grande y triste. Y no te quiero.

Ella bajó la mirada al percibir la angustia de los sentidos de él. Rió entre dientes.

—¡Oh! ¿No me quiere?

Mea puella, puella mea. Mi ardiente, vulgar, divinamente deliciosa y pequeña puella. Ésta es el ánfora translúcida que bajo lentamente por las asas. Ésta es la rosada polilla colgada de...

Un ruido ensordecedor (el timbre de la puerta, fuertes golpes) interrumpió estos preámbulos antológicos.

—¡Oh! Por favor, por favor —murmuró ella, aferrándose a él—, sigamos; tendremos el tiempo justo, antes de que rompan la puerta. ¡Por favor!

Él la empujó violentamente y recogió su bata del suelo.

—Es su última oportu-ni-dad —cantó ella, en ese tono creciente que da la impresión de una onda interrogadora, como el líquido reflejo de un punto de interrogación.

Recogiendo y anudando rápidamente los cabos del cordón castaño de su bata un tanto monástica, Krug se echó a andar por el pasillo, seguido de Mariette, y, de nuevo con la espalda encorvada, abrió la impaciente puerta.

Una joven con una pistola en la mano enguantada; dos rudos muchachos de la B. E. (Brigada Escolar): repulsivas manchas de piel sin afeitar y de pústulas, camisas de lana a cuadros, desabrochadas y sueltas.

—Hola, Linda —dijo Mariette.

—Hola, Mariechen —dijo la mujer.

Llevaba un capote de soldado *ekwilista* echado descuidadamente sobre los hombros, y un arrugado gorro militar inclinado sobre sus rubios cabellos perfectamente ondulados. Krug la reconoció inmediatamente.

—Mi novio está esperando fuera en un coche —explicó a Mariette, después de sonreírle y darle un beso—. El profesor puede venir tal como está. En el sitio al que vamos le proporcionarán ropa esterilizada de reglamento.

—Por fin llegó mi turno, ¿eh? —dijo Krug.

—¿Cómo estás, Mariechen? Iremos a una fiesta en cuanto dejemos al profesor. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo Mariette, y luego preguntó, bajando la voz—: ¿Podré jugar con los chicos?

—Vamos, vamos, encanto, tú te mereces algo mejor. En realidad, te tengo preparada una gran sorpresa. Bueno, chicos, adelante. El cuarto del niño está allá abajo.

—No; eso no —dijo Krug, cerrándoles el paso.

—Déjeles pasar, profesor; están cumpliendo su deber. Y no le robarán nada en absoluto.

—Apártese, Doc; cumplimos nuestro deber.

Sonaron unos golpes apremiantes en la entornada puerta del recibimiento, y, cuando Linda, que estaba apoyada de espaldas en ella y sintió la suave presión en su espina dorsal, la abrió de par en par, entró un hombre alto, de anchos hombros, con elegante uniforme semipolicíaco, marcando el paso rotundo de un luchador del peso pesado. Tenía las cejas negras e hirsutas, cuadrada la mandíbula inferior, y blanquísimos los dientes.

—Mac —dijo Linda—, te presento a mi hermana pequeña. Se escapó de un internado al incendiarse éste. Mariette, éste es el mejor amigo de mi novio. Confío en que también vosotros lo seréis.

—Así lo espero —dijo el pesado Mac, con voz grave y melosa, y exhibió unos dientes que eran como una palma abierta del tamaño de un filete para cinco.

—También yo me alegro de conocer a un amigo de Hustav —dijo, modestamente, Mariette.

Mac y Linda cambiaron una alegre sonrisa.

—Temo que no hemos aclarado esto lo bastante, querida. El novio en cuestión no es Hustav. Desde luego que no. El pobre Hustav es actualmente una abstracción.

(«No pasaréis», tronó Krug, manteniendo a raya a los dos jóvenes.)

—¿Qué pasó? —preguntó Mariette.

—Bueno, tuvieron que retorcerle el pescuezo. Era un *schlapp* (un fracaso), ya lo ves.

—Un *schlapp* que, durante toda su corta vida, hizo muy buenas detenciones —observó Mac, con su generosidad y amplitud de criterio características.

—Esto era suyo —dijo Linda, en tono confidencial, mostrando la pistola a su hermana.

—¿También la linterna?

—No; la linterna es de Mac.

—¡Oh! —exclamó Mariette, tocando el enorme aparato de cuero.

Uno de los jóvenes, empujado por Krug, tropezó con el paragüero.

—Vamos, vamos, ¿quiere hacer el favor de no armar más jaleo? —dijo Mac, empujando a Krug hacia atrás (el pobre Krug dio unos pasos de *cake-walk*).

Los dos jóvenes se dirigieron inmediatamente al cuarto del niño.

—Le asustarán —farfulló y jadeó Krug, tratando de librarse del apretón de Mac—. Deje que vaya con él. Mariette, hazme este favor —y señaló frenéticamente hacia el cuarto del niño, para que corriese, para que corriese a ver si su hijo, su hijo, su hijo...

Mariette miró a su hermana y rió entre dientes. Con maravillosa precisión profesional y *savoir-faire*, Mac descargó sobre Krug un revés con el borde de su mano porcina pero de hierro: el golpe dio exactamente en la cara

interna del brazo derecho de Krug, paralizándolo al instante. Después, Mac aplicó el mismo procedimiento al brazo izquierdo de Krug. Éste se dobló, sosteniendo sus brazos muertos con sus brazos muertos y se derrumbó en una de las tres sillas que aún estaban (ahora torcidas y sin objeto) en el pasillo.

—Mac es un hacha en estas cosas —observó Linda.

—¿Verdad que sí? —dijo Mariette.

Las dos hermanas no se habían visto desde hacía algún tiempo y no dejaban de sonreírse y de hacerse guiños cariñosos y de tocarse con infantiles ademanes.

—Llevas un bonito broche —dijo la pequeña.

—Tres cincuenta —dijo Linda, mientras se formaba una nueva arruga debajo de su mentón.

—¿Debo ponerme las bragas negras de blonda y el vestido español? —preguntó Mariette.

—¡Oh! Creo que estás muy mona con ese arrugado camisón. ¿Verdad, Mac?

—Ya lo creo —dijo Mac.

—Y no te enfriarás, porque hay un abrigo de visón en el coche.

Al abrirse de pronto la puerta del cuarto del niño (para cerrarse de golpe después), se oyó la voz de David durante un momento: aunque parezca extraño, el niño, en vez de lloriquear y de gritar pidiendo auxilio, parecía tratar de discutir con sus intolerables visitantes. Tal vez, a fin de cuentas, no se había dormido. El sonido de aquella vocecita correcta y blanda era peor que el gemido más angustioso.

Krug movió los dedos; el entumecimiento empezaba a desaparecer gradualmente. Con la mayor calma posible. Con la mayor calma posible, apeló una vez más a Mariete.

—¿Puedes decirme alguien lo que quiere ése de mí? —preguntó Mariette.

—Mire usted —dijo Mac a Adam—, puede hacer lo que le dicen, o no hacerlo. Pero, si no lo hace, le va a doler de un modo infernal, ¿comprende? ¡Levántese!

—Muy bien —dijo Krug—. Me levantaré. ¿Y después?

—*Marsh vniz* (Vaya escalera abajo).

Entonces, David empezó a chillar. Linda chascó la lengua («esos bestias lo han hecho») y Mac la miró, como pidiéndole consejo. Krug se lanzó hacia el cuarto del niño. En el mismo instante, David, el renacuajo, vestido de azul pálido, salió corriendo de la habitación, pero le pillaron en seguida. «Quiero a mi papá», gritó fuera de escena. Mariette, canturreando en el cuarto de baño y sin cerrar la puerta, se estaba pintando los labios. Krug consiguió llegar hasta el niño. Uno de los rufianes tenía sujeto a David sobre la cama. El otro trataba de agarrarle los pies, mientras David pataleaba furiosamente.

—¡Dejadle en paz, *merzavtzyl* (un insulto muy grave) —gritó Krug.

—Sólo quieren que se esté quieto —dijo Mac, que volvía a dominar la situación.

—David, querido mío —dijo Krug—, no pasa nada, no te harán daño.

El niño, todavía sujeto por los dos jóvenes, que reían burlones, agarró un pliegue de la bata de Krug.

Había que soltar esa manita.

—Está bien, déjenme a mí, caballeros. No le toquen. Escucha, querido...

Mac, que ya estaba harto de todo aquello, dio una patada a Krug en la espinilla y lo sacó de la habitación.

Han partido a mi pequeño en dos.

—Escuche, bruto —dijo, medio de rodillas, agarrándose al armario ropero al pasar (Mac lo sostenía por las solapas de la bata y tiraba de él)—. No puedo dejar que torturen a mi hijo. Déjenle venir conmigo, dondequiera que me lleven.

Alguien soltó el agua del retrete. Las dos hermanas se reunieron con los hombres y los miraron, con aburrido regocijo.

—Mi querido señor —dijo Linda—, sabemos perfectamente que es su hijo, o al menos el hijo de su difunta esposa, y no un pequeño mochuelo de porcelana o algo por el estilo, pero nuestro deber es sacar a usted de aquí; lo demás no nos incumbe.

—Pongámonos en marcha, por favor —suplicó Mariette—. Se está haciendo horriblemente tarde.

—Déjenme telefonar a Schamm (uno de los miembros del Consejo de Ancianos) —dijo Krug—. Sólo esto. Una llamada telefónica.

—¡Oh! Vayámonos ya —insistió Mariette.

—La cuestión es —dijo Mac— si vendrá usted por las buenas y por sus propios pies, o si tendré que lisiarle y hacerle rodar por la escalera, como hacemos con los troncos en Lagodan.

—Sí —dijo Krug, tomando de pronto una resolución—. Sí. Los troncos. Sí. Vamos. Debemos llegar allí cuanto antes. A fin de cuentas, ¡la solución es sencilla!

—Apaga las luces, Mariette —dijo Linda—, o nos acusarán de robar electricidad a ese hombre.

—Volveré dentro de diez minutos —gritó Krug, en dirección a la habitación del niño, con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Uf! Por el amor de Dios —murmuró Mac, empujándole hacia la puerta.

—Mac —dijo Linda—, temo que ella se enfríe en la escalera. Creo que deberías llevarla en brazos. Mira, ¿por qué no va él el primero, después yo y luego vosotros? Vamos, levántala.

—No peso mucho, ¿sabes? —dijo Mariette, levantando los codos hacia Mac.

El joven policía, poniéndose terriblemente colorado, deslizó una mano sudorosa por debajo de los suaves muslos de la chica, rodeó sus costillas con el otro brazo y la levantó como una pluma. Una de las zapatillas de Mariette cayó al suelo.

—Está bien así —dijo ella, rápidamente—. Puedo poner mi pie en tu bolsillo. Ya está. Lin traerá mi zapatilla.

—Desde luego, no pesas mucho —dijo Mac.

—Ahora, apriétame fuerte —dijo ella—. Apriétame fuerte, y dame esa linterna; me hace daño.

La pequeña procesión empezó a bajar la escalera. El lugar estaba silencioso y oscuro. Krug marchaba el primero, con un círculo de luz bailando sobre su espalda encorvada y su bata de color castaño, con todo el aspecto de un participante en alguna misteriosa ceremonia religiosa pintada por un maestro del claroscuro, o copiada del cuadro original, o recopiada de esta u otra copia. Le seguía Linda, apuntándole a la espalda con su pistola y pisando delicadamente los peldaños. Después, venía Mac, llevando a Mariette. Exagerados fragmentos del pasamanos y a veces la sombra de los cabellos y del gorro de Linda se deslizaban sobre la espalda de Krug y a lo largo de la embrujada pared, a causa de los movimientos espasmódicos de la linterna eléctrica manejada por Mariette. La delgadísima muñeca de ésta tenía un curioso nudo huesudo en la parte externa. Ahora, compongamos la situación, miremos las cosas cara a cara. Ellos han encontrado la llave. En la noche del veintiuno, han detenido a Adam Krug. Una cosa inesperada, pues él no pensaba que encontrarían la llave. En realidad, ni siquiera sabía que ésta existiese. Procedamos con lógica. No le harán daño al niño. Antes al contrario, éste es su triunfo más valioso. No nos dejemos llevar por la imaginación; atengámonos a la razón pura.

—Oh, Mac, esto es delicioso... ¡Ojalá hubiese un billón de escalones!

Tal vez ahora se dormirá. Ojalá lo haga. Olga dijo una vez que un billón era un millón con un fuerte resfriado. Me duele la espinilla. Todo, todo, todo, todo. Tus botas, *dragotzennyi*, saben a ciruelas confitadas. Y, mira, mis labios sangran a causa de tus espuelas.

—No veo nada —dijo Linda—. Deja de tontear con la linterna, Mariechen.

—Sujétala bien, pequeña —gruñó Mac, jadeando un poco, derritiéndose progresivamente su ruda manaza; a pesar de la ligereza de su rojiza carga; debido a su flor ardiente.

Piensa que no le harán ningún daño. Su horrible hedor y sus uñas roídas; olor y suciedad de alumnos de instituto. Tal vez empiecen rompiendo sus juguetes. Tuyo y mío, tíralo que lo pillo, mano a mano; una de sus canicas preferidas, la opalina, única, sagrada, que ni siquiera yo me atrevía a tocar. Y él en medio, tratando de detenerles, tratando de agarrarla, tratando de quitársela. O tal vez le retuerzan el brazo o le gasten alguna otra broma pesada de adolescentes; o quizá..., no, no puede ser, aguanta, no desvaríes. Le dejarán dormir. Se limitarán a saquear el piso y a darse un banquete en la cocina. Y en cuanto yo vea a Schamm o a el Sapo en persona, y les diga lo que tengo que decirles...

Un viento furioso azotó a nuestros cuatro amigos al salir éstos de la casa. Un coche muy elegante les estaba esperando. Detrás del volante se hallaba el novio de Linda, un hombre guapo y rubio, de blancas pestañas y...

—Oh, ya nos conocemos. Claro que sí. En realidad, tuve el honor de hacer de chófer del profesor en otra ocasión. Y ésa es tu hermanita pequeña. Me alegro de conocerte, Mariechen.

—Suba, estúpido gordinflón —dijo Mac, y Krug se sentó pesadamente junto al conductor.

—Aquí tienes tu zapatilla y aquí están tus pieles —dijo Linda, entregando a Mac el abrigo prometido.

Él se dispuso a yudar a Mariette a ponérselo.

—No; sólo sobre los hombros —dijo la principiante.

Sacudió sus sedosos cabellos castaños; después, con un ademán especial y desenvuelto (pasando rápidamente el dorso de la mano por su delicada nuca), los levantó de manera que no quedasen sujetos debajo del cuello del abrigo.

—Aquí hay sitio para tres —gorjeó dulcemente, con su mejor versión del canto de la oropéndola, desde las profundidades del automóvil, mientras empujaba a su hermana y dejaba espacio libre a su otro lado.

Pero Mac desplegó una de las banquetas delanteras para estar exactamente detrás del prisionero; después, apoyó ambos codos en el tabique divisorio y, rumiando algo que olía a menta, dijo a Krug que se portase bien.

—¿Todos a bordo? —preguntó el doctor Alexander.

En este momento se abrió de par en par la ventana del cuarto del niño (última de la izquierda, cuarto piso), y uno de los jóvenes se asomó, vociferando algo en tono interrogador. Debido al borrascoso viento, no había manera de entender el significado de las confusas palabras.

—¿Qué? —gritó Linda, frunciendo con impaciencia la nariz.

—¿Uglugluglu? —gritó el joven, desde la ventana.

—Está bien —dijo Mac, sin dirigirse a nadie en particular—. Está bien —gruñó—. Te oímos.

—¡Está bien! —gritó Linda hacia lo alto, haciendo bocina con las manos.

El segundo joven apareció, moviéndose violentamente, en el trapezoide de luz. Agarraba a David, que se había subido a una mesa en un fútil intento de alcanzar la ventana. La figurita de pálido azul y cabellos brillantes desapareció. Krug salió casi del coche, vociferando y dando tirones, mientras Mac le sujetaba por la cintura. El coche arrancó. Era inútil seguir luchando. Una procesión de animalitos de colores desfiló a lo largo de una franja oblicua de papel de la pared. Krug se derrumbó en su asiento.

—Me gustaría saber lo que preguntaba —dijo Linda—. ¿Estás seguro de que todo va bien, Mac? Quiero decir...

—Bueno, ellos tienen instrucciones, ¿no?

—Supongo que sí.

—Los seis —dijo Krug, jadeando—, los seis serán torturados y fusilados si le ocurre algo a mi hijo.

—Vamos, vamos, no diga cosas feas —dijo Mac, y, sin demasiada suavidad, le golpeó detrás de la oreja con cuatro nudillos de una mano.

Fue el doctor Alexander quien alivió la tirante situación (pues es indudable que, durante un momento, tuvieron todos la impresión de que algo andaba mal).

—Bueno —dijo, con afectada sonrisa—, los feos rumores y los hechos vulgares no son siempre tan fieles como las novias feas y las mujeres vulgares.

Mac soltó la carcajada en el cogote de Krug.

—Debo confesar que tu nuevo galán tiene bastante sentido del humor —murmuró Mariette a su hermana.

—Es un hombre de estudios —dijo Linda, la de los grandes ojos, moviendo la cabeza con respeto y sacando el labio inferior—. Lo sabe todo. Es algo que me da escalofríos. Deberías verle con un disyuntor eléctrico o con una llave inglesa.

Las dos muchachas iniciaron una animada charla, como suelen hacer todas las chicas cuando se encuentran juntas en el asiento de atrás de un coche.

—Cuéntame algo más acerca de Hustav —pidió Mariette—. ¿Cómo le estrangularon?

—Pues verás. Entraron por la puerta de atrás, mientras yo estaba preparando el desayuno, y dijeron que tenían instrucciones de liquidarle. Yo les dije que muy bien, pero que no quería que me ensuciasen el suelo ni que hubiese disparos. Él se había encerrado en un armario de ropa. Se le oía temblar allí dentro, y caer la ropa encima de él y tintinear las perchas a cada temblor. Algo espeluznante. Yo les dije: no quiero ver cómo lo hacéis, ni quiero pasarme todo el día limpiando. Por consiguiente, lo llevaron al cuarto de baño y allí empezaron a justarle las cuentas. Desde luego, me estropearon la mañana. Yo tenía que ir al dentista a las diez, y ellos seguían en el cuarto de baño, haciendo unos ruidos sencillamente horribles..., sobre todo Hustav. La cosa debió durar al menos veinte minutos. Según me dijeron después, él tenía la nuez de Adán, dura como el acero..., y, desde luego, llegué tarde a casa del dentista.

—Como de costumbre —comentó el doctor Alexander. Las muchachas rieron. Mac se volvió a la más joven de las dos y, dejando de mascar, preguntó:

—¿De veras no tienes frío, Cin?

Su voz de barítono estaba cargada de amor. La adolescente enrojeció y, disimuladamente, le estrechó la mano. Respondió que tenía calor, ¡oh!, mucho calor. Había enrojecido porque él había empleado un diminutivo secreto que nadie conocía, que él había adivinado de algún modo. La intuición es el sésamo del amor.

—Está bien, está bien, ojos de caramelo —dijo el joven y tímido gigante, desprendiendo la mano—. Recuerda que estoy de servicio.

Y Krug volvió a sentir el aliento de «drugstore» de aquel hombre.

## **CAPITULO XVII**

El coche se detuvo ante la puerta norte de la cárcel. El doctor Alexander llamó, presionando delicadamente la goma turgente de la bocina (mano blanca, amante blanco, seno piriforme de una concubina negra).

Se produjo un lento bostezo de hierro, y el coche penetró en el patio N.º 1. Allí, un enjambre de guardias, algunos provistos de máscaras de gas (cuyo perfil tenía un extraño parecido con cabezas de hormigas enormemente ampliadas), trepó a los estribos y a otras partes accesibles del vehículo; incluso, dos o tres, se encaramaron gruñendo sobre la cubierta. Muchas manos, algunas con pesados guantes, tiraron del encorvado y aterido Krug (todavía en estado larval) y lo sacaron del coche. Los guardias A y B se encargaron de él, mientras los demás corrían en zigzag de un lado a otro, en busca de nuevas víctimas. Con una sonrisa y un medio saludo, el doctor Alexander dijo al guardia A: «Hasta pronto», y, seguidamente, dio marcha atrás e imprimió un giro enérgico al volante. El coche dio media vuelta y salió disparado hacia delante; el doctor Alexander repitió el medio saludo, mientras Mac, después de apuntar a Krug con su enorme dedo índice, se embutía en el asiento que Mariette le había preparado a su lado. Entonces se oyeron los festivos bocinazos del coche al alejarse a toda velocidad, con rumbo a un

departamento perfumado de almizcle. ¡Oh, alegre, ardiente e impaciente juventud!

Krug fue conducido, a través de varios patios, al edificio principal. En los patios N.º 3 y N.º 4 habían sido dibujadas siluetas de reos en una pared de ladrillos, para prácticas de tiro. Una antigua leyenda rusa dice que lo primero que ve un rastrelíanyi (persona ejecutada por el pelotón de fusilamiento), al entrar en el «otro mundo» (no interrumpan, por favor; sería prematuro; tengan las manos quietas), no es una asamblea de «sombras» o «espíritus» corrientes o de queridos y repulsivos, indeciblemente queridos e indeciblemente repulsivos seres queridos, envueltos en anticuadas vestiduras, como podríais pensar, sino una especie de ballet lento y silencioso, un grupo de esas siluetas de tiza que os dan la bienvenida y se mueven oscilando como infusorios transparentes... Pero, ¡al diablo con estas estúpidas supersticiones!

Entraron en el edificio, y Krug se encontró en una estancia curiosamente vacía. Era perfectamente redonda y su suelo había sido perfectamente fregado. Si hubiese sido un personaje de novela, habría preguntado, al desaparecer sus guardianes, si todos estos extraños sucesos y demás no habían sido una visión de pesadilla o algo por el estilo. Tema un pulsátil dolor de cabeza: una de esas jaquecas que parecen, de una parte, rebasar los límites de la propia cabeza, como los colores en las historietas baratas, y de otra, no llenar del todo el espacio de la cabeza; y los sordos latidos decían: uno, uno, uno, sin llegar nunca a decir dos. De las cuatro puertas situadas en los puntos cardinales de la redonda habitación, sólo una, una, una, estaba abierta. Krug la abrió de un empujón.

—¿Sí? —dijo un hombre de rostro pálido, sin dejar de mirar el secante en forma de columpio con el que estaba enjugando algo que acababa de escribir. —Exijo una acción inmediata —dijo Krug. El funcionario le miró con ojos húmedos y cansados. —Me llamo Konkordii Filadelfovich Kolokololiteishchikov —dijo—, pero todos me llaman Kol. Siéntese.

—Yo... —empezó de nuevo Krug.

Kol meneó la cabeza y buscó apresuradamente los impresos necesarios.

—Espere un momento. Primero debemos consignar todos los datos. ¿Se llama usted...?

—Adam Krug. Le ruego que haga traer inmediatamente a mi hijo aquí, inmediatamente...

—Un poco de paciencia —dijo Kol, mojando la pluma—. Confieso que el procedimiento es engorroso, pero cuanto antes terminemos, tanto mejor será. Muy bien. K,r,u,g. ¿Edad?

—¿Serían necesarias todas estas tonterías si le dijese que he cambiado de opinión?

—Es necesario en cualquier circunstancia. Sexo: varón. Cejas: pobladas. Nombre del padre...

—Igual que el mío, ¡maldito sea!

—Bueno, no me maldiga. Estoy tan harto de esto como usted. ¿Religión?

—Ninguna.

—«Ninguna» no es ninguna respuesta. La ley exige que todo varón declare su confesión religiosa. ¿Católico? ¿Vitalista? ¿Protestante?

—No hay respuesta.

—Pero, mi querido señor, ¿ha sido usted, al menos, bautizado?

—No sé de qué me está hablando.

—Bueno, esto es muy... Escuche: tengo que poner algo.

—¿Cuántas preguntas más? ¿Tiene que llenar todo esto? —y señaló la página con un dedo que temblaba furiosamente.

—Temo que sí.

—En tal caso, me niego a continuar. Tengo que hacer una declaración de suma importancia... y usted me hace perder el tiempo con tonterías.

—«Tonterías» es una palabra fea.

—Escuche: firmaré lo que quiera si mi hijo...

—¿Un chico?

—Sí. Un chico de ocho años.

—Muy jovencito. Confieso que es duro para usted, señor. Quiero decir... que también yo soy padre, etcétera.

Sin embargo, puedo asegurarle que su chico está perfectamente a salvo.

—¡No lo está! —gritó Krug—. Envió usted a dos rufianes...

—Yo no envié a nadie. Está usted en presencia de un chinovnik mal pagado. En realidad, lamento todo lo que ha ocurrido en la literatura rusa.

—En todo caso, sea quien fuere el responsable, tienen que elegir: puedo guardar silencio para siempre, o puedo decir, firmar y jurar... todo lo que quiera el Gobierno. Pero sólo haré esto, y más, si traen a mi hijo aquí, a esta habitación, inmediatamente.

Kol reflexionó. Todo esto era muy irregular.

—Todo esto es muy irregular —dijo, al cabo de un rato—, pero sospecho que tiene usted razón. Mire, el procedimiento ordinario es algo por este estilo: primero hay que llenar el cuestionario, y luego, usted ingresa en su celda. Allí, sostiene una conversación de hombre a hombre con otro preso, que, en realidad, es un agente nuestro. Después, a eso de las dos de la madrugada, lo despiertan de su inquieto sueño, y yo empiezo a interrogarlo de nuevo. Personas competentes calcularon que se rendiría usted entre las seis cuarenta y las siete quince. Nuestro meteorólogo predijo una amanecida particularmente triste. El doctor Alexander, su colega, se avino a traducir al lenguaje corriente sus indescifrables balbuceos, porque nadie había previsto esta súbita, esta... Supongo que puedo añadir que habría escuchado usted una voz infantil lanzando gemidos de ficticio dolor. Lo estuve ensayando con mis propios hijos: será una desilusión para éstos. Pero, ¿quiere decir que está realmente dispuesto a jurar fidelidad al Estado y a todo lo demás, si...?

—Será mejor que se apresure. La pesadilla puede escapar a mi control.

—Claro, claro; lo arreglaré inmediatamente. Su actitud no puede ser más satisfactoria. Nuestra gran prisión lo ha convertido en todo un hombre. Un verdadero éxito. Me felicitarán por haberle convencido con tanta rapidez. Discúlpeme.

Se levantó (un pequeño y flaco funcionario del Estado, de cabeza grande y pálida, y mandíbulas negras y endentadas), apartó los pliegues de una portiere de terciopelo, y el preso se quedó solo con su sordo «uno-uno-uno». Un archivador ocultaba la puerta por la que había pasado Krug minutos antes. Lo que parecía una ventana con cortinas. Se arregló el cuello de la bata.

Transcurrieron cuatro años. Después, partes desarticuladas de un siglo. Fragmentos de un tiempo desgarrado. Digamos veintidós años en total. El roble de delante de la vieja iglesia había perdido todos sus pájaros; sólo el nudoso Krug no había cambiado.

Precedido de un empujón o de un tirón, o de ambas cosas, a la cortina, y después, de su propia mano visible, volvió a entrar Konkordii Filadelfovich. Parecía complacido.

—Traerán a su chico en un periquete —dijo, vivamente—. Todo el mundo siente un gran alivio. Ha estado al cuidado de una niñera competente. Dice que el chico se ha portado bastante mal. Un niño difícil, ¿no? A propósito, me han dicho que le pregunte si prefiere escribir su discurso y someterlo a aprobación o si empleará el material preparado.

—El material. Tengo una sed terrible. —En seguida nos traerán unos refrescos. Y ahora, hay otra cuestión. Tiene que firmar algunos documentos. Podríamos empezar en seguida. —No antes de ver a mi hijo.

—Le advierto que estará usted muy ocupado, sudar (señor). Seguro que un par de periodistas están rondando ya por ahí fuera. ¡Oh, lo que hemos tenido que pasar! Pensamos que nunca volvería a abrirse la Universidad. Supongo que mañana habrá manifestaciones estudiantiles, desfiles, actos públicos de acción de gracias. ¿Conoce usted a d'Abrikosov, el productor de cine? Bueno, ha dicho que él sabía que comprendería usted de pronto la grandeza del Estado y todo lo demás. Dijo que esto era como la gráce en religión. Una revelación. Dijo que era muy difícil explicar cosas a alguien que no hubiese experimentado esta súbita impresión deslumbrante de la verdad. Personalmente, celebro haber tenido el privilegio de ser testigo de su hermosa conversión. ¿Sigue todavía enfurruñado? Vamos, borre esas arrugas de su frente. ¡Adelante! ¡Música!

Por lo visto, apretó un botón o hizo girar un disco, porque unos sones marciales brotaron de alguna parte, y el buen hombre añadió, en un murmullo reverente:

—Música en su honor.

Sin embargo, el ruido de la banda fue ahogado por el estridente timbre del teléfono. Sin duda era una noticia importante, pues Kol colgó el auricular con ademán triunfal y empujó a Krug hacia la puerta ornada de cortinas. Usted primero.

Era un hombre de mundo; Krug no lo era, y se precipitó como un oso salvaje.

Escena sin numerar (pero perteneciente a uno de los últimos actos): la espaciosa sala de espera de una prisión elegante. Lindo y pequeño modelo de guillotina (servida por un tieso muñeco con sombrero de copa) dentro de una campana de cristal, sobre la repisa de la chimenea. Cuadros al óleo representando varios oscuros temas religiosos. Una serie de revistas sobre una mesita (la *Geographical Magazine*, *Stolitzá Usad'ba*, *Die Woche*, *The Tatler*, *L'Illustration*). Un par de muebles librería, con los libros acostumbrados (*Mujercitas*, el volumen III de la *Historia de Nottingham*, etc.). Un manojo de llaves sobre una silla (olvidadas allí por uno de los guardianes). Una mesa con refrescos: un plato de bocadillos de arenque y un jarro de agua rodeado de varios vasos procedentes de diversos *kurorts* alemanes (el de Krug tenía una vista de Bad Kissingen).

Una puerta situada al fondo de la estancia se abrió de par en par; varios fotógrafos de Prensa y reporteros formaron una galería viviente para dar paso a dos hombres fornidos que conducían a un asustado y delgado muchacho de doce o trece años. Llevaba la cabeza recién vendada (nadie tenía la culpa, dijeron; el chico había resbalado sobre el pulido suelo y se había dado de cabeza contra un modelo del motor de Stevenson en el Museo de los Niños). Vestía un uniforme negro de colegial, con cinturón. Uno de los hombres hizo un súbito ademán para calmar la impaciencia de los miembros de la Prensa, y el chico levantó rápidamente un codo para taparse la cara.

—Ése no es mi hijo —dijo Krug.

—Tu papá siempre está de broma, siempre está de broma —dijo Kol amablemente al chico.

—Quiero a mi hijo. Ése no es el mío.

—¿Qué está diciendo? —preguntó vivamente Kol—. ¿Que no es su hijo? No diga tonterías, hombre. Emplee los ojos.

Uno de los esbirros (un policía de paisano) sacó un documento y lo entregó a Kol. El documento decía claramente: Arvid Krug, hijo del profesor Martin Krug, ex Vicepresidente de la Academia de Medicina.

—El vendaje tal vez le cambia un poco —dijo apresuradamente Kol, con una nota de desesperación en la voz—. Y, además, los chicos crecen tan de prisa...

Los guardias estaban desarmando los aparatos de los fotógrafos y empujaban a los reporteros fuera de la habitación.

—Sujetad al chico —dijo una voz brutal.

El recién llegado, un tipo llamado Crystalsen (cara roja, ojos azules, alto cuello almidonado) y que era, según se supo muy pronto, segundo secretario del Consejo de Ancianos, se acercó al pobre Kol y, agarrándole del nudo de la corbata, le preguntó si no se consideraba responsable de la estúpida equivocación. Kol esperaba aún contra toda esperanza...

—¿Está usted completamente seguro —siguió preguntando a Krug— de que ese muchachito no es su hijo? Los filósofos son muy distraídos, ¿no? Y la luz de esta habitación no es muy intensa...

Krug cerró los ojos y dijo, a través de los apretados dientes:

—Quiero a mi hijo.

Kol se volvió a Crystalsen, extendió las manos y emitió un desolado y desesperado sonido crepitante con los labios (*ppft*). Mientras tanto, se llevaron al inoportuno muchacho.

—Discúlpenos —dijo Kol a Krug—. Estos errores son inevitables cuando hay tantas detenciones.

—Aún son pocas —interrumpió Crystalsen, vivamente.

—Quiere decir —explicó Kol a Krug— que los que han cometido esta equivocación serán debidamente castigados.

Crystalsen, *même jeu*:

—O lo pagarán muy caro.

—Exacto. Desde luego, todo se arreglará inmediatamente. Hay cuatrocientos teléfonos en este edificio. Su niño perdido será encontrado en seguida. Ahora comprendo por qué tuvo mi esposa un sueño terrible la noche pasada. ¡Ah, Crystalsen, *was ver a trum* (menudo sueño)!

Los dos funcionarios, hablando volublemente y manoseándose la corbata el más bajito, manteniendo el otro un lúgubre silencio y mirando al frente con sus ojos glaciales, salieron de la habitación.

Krug continuó esperando.

A las 11.24 de la noche, entró un policía (ahora de uniforme), buscando a Crystalsen. Quería preguntarle qué tenían que hacer con el muchacho detenido por equivocación. Hablaba con roncós susurros. Cuando Krug le dijo que habían salido por allí, se dirigió delicadamente a la puerta, con aire interrogador, y, después, cruzó la estancia de puntillas, moviendo tímidamente la nuez de Adán. Tardó siglos en cerrar la puerta, sin el menor ruido.

A las 11.43, el mismo hombre, pero ahora con el cabello revuelto y los ojos desorbitados, cruzó de nuevo la sala de espera, conducido por Guardias Especiales, para ser fusilado después como cabeza de turco, junto con el otro «hombre corpulento» (véase escena sin numerar) y el pobre Konkordii.

A las 12 en punto, Krug seguía esperando.

Sin embargo, diversos ruidos, procedentes de las oficinas contiguas, aumentaban poco a poco en volumen y agitación. En varias ocasiones, ciertos oficinistas cruzaron la estancia, corriendo desalentados, y, en una de ellas, una telefonista (una tal señorita Lovedale), que había sido terriblemente maltratada, fue llevada al hospital de la prisión en una camilla, por dos colegas de buen corazón y cara de palo.

A la 1.08 de la madrugada llegaron rumores de la detención de Krug al grupito de conspiradores anti-*ekwilistas* dirigidos por el estudiante Phokus.

A las 2.17, un hombre barbudo, que dijo ser electrotécnico, vino a inspeccionar el radiador de la calefacción, pero un receloso guardián le dijo que la electricidad nada tenía que ver con su sistema de calefacción y que hiciese el favor de volver otro día.

Las ventanas habían adquirido un fantástico color azul cuando, al fin, reapareció Crystalsen. Celebraba poder informar a Krug de que el niño había sido localizado. «Se reunirá con él dentro de pocos minutos», le dijo, y añadió que, en aquel preciso instante, estaba preparando una sala de tortura completamente modernizada, para recibir a los que habían cometido aquel tremendo error. Quería saber si le habían informado correctamente al referirle la súbita conversión de Adam Krug. Krug le respondió que sí, que estaba dispuesto a radiar a algunos de los más ricos Estados extranjeros su convicción de que el *ekwilismo* era una cosa estupenda, pero que sólo lo haría si su hijo le era devuelto sano y salvo. Crystalsen le condujo a un coche de la Policía y empezó a explicarle cosas durante el trayecto.

Estaba claro que se había cometido una terrible equivocación: el niño había sido llevado a una especie de... bueno, de Instituto de Niños Anormales, en vez de a la mejor Casa de Reposo del Estado, tal como se había convenido. Me está usted haciendo daño en la muñeca, señor. Desgraciadamente, el director del Instituto se había imaginado, ¿y quién no habría pensado lo mismo?, que el niño que le entregaban era uno de los llamados «Huérfanos» que se empleaban, de vez en cuando, como «instrumento de relajamiento» en favor de los internados más interesantes y poseedores de algún llamado antecedente «criminal» (violación, asesinato, destrucción de bienes del Estado, etc.). La teoría —no vamos a discutir ahora su valor, y me va a pagar usted el puño de la camisa si lo rompe— era que, si los pacientes más difíciles podían tener, una vez a la semana, posibilidad de desahogar completamente sus deseos reprimidos (exagerado afán de dañar, de destruir, etc.) con alguna criaturita humana sin valor para la comunidad, podría escapar gradualmente la maldad encerrada en ellos, podría, por decirlo así, «desenfundarse» y hacer que, en definitiva, aquellos hombres se convirtiesen en buenos ciudadanos. El experimento puede criticarse, desde luego; pero ésa es otra cuestión (Crystalsen se enjugó cuidadosamente la sangre de la boca y ofreció su no demasiado limpio pañuelo a Krug... para que éste se enjugase los nudillos;

Krug lo rehusó; subieron al coche; varios soldados se reunieron con ellos). Bueno, el cercado donde se realizaban los «juegos de relajamiento» estaba situado de manera que el director, desde su ventana, y los otros doctores e investigadores de ambos sexos (por ejemplo, la Doktor Amalia von Wytwyl, una de las personas más fascinadoras que imaginarse pueda, una aristócrata; le gustaría conocerla en circunstancias más agradables; sí, seguro que le gustaría), desde otros *gemülich* observatorios, pudiesen observar el procedimiento y tomar notas. Una enfermera bajaba con el «huérfano» por la escalera de mármol. El cercado era una hermosa extensión de terreno herboso, y todo el lugar parecía, sobre todo en verano, sumamente atractivo, evocando aquellos teatros al aire libre a que eran tan aficionados los griegos. El «huérfano», o la «personita», era dejado solo, en libertad para corretear por todo el cercado. Un fotógrafo captó a uno de ellos tumbado desconsoladamente boca abajo, arrancando una mata de hierba con distraídos dedos (la enfermera reapareció en la escalera del jardín y dio unas palmadas para que no lo hiciese. Y él no lo hizo). Al cabo de un rato, los pacientes o «internos» (ocho en total) eran llevados al cercado. Al principio se mantenían a distancia, mirando a la «personita». Era interesante observar cómo se iba formando gradualmente el espíritu de «grupo». Habían sido individuos toscos, desorganizados y fuera de la ley; pero, ahora, algo los unía; el espíritu de comunidad (positivo) empezaba a dominar los antojos individuales (negativos); por primera vez en su vida, estaban organizados; la Doktor Von Wytwyl solía decir que era, éste, un momento maravilloso: uno sentía que, según la original expresión de la doctora, «algo ocurría de verdad», o, en lenguaje técnico: el «ego» salía «ouf» (fuera) y el puro «huevo» (extracto común de «egos») «permanecía». La «personita» hacía lo que le decían, y el joven, con infalible precisión, escupía una china en la boca abierta del niño. (Esto iba un poco contra el reglamento, ya que, hablando en términos generales, estaban prohibidos toda clase de proyectiles, instrumentos, armas, etc.) A veces, el «juego del estrujón» empezaba inmediatamente después del «juego del escupitajo»; pero, en otros casos, el paso desde los inofensivos pellizcos, empujones o tímidas insinuaciones sexuales, hasta el descuartizamiento, la fractura de huesos o la extracción de los ojos, requerían un tiempo considerable. Naturalmente, había muertes inevitables; pero, muy a menudo, la «personita» era reparada y podía volver a la brega. El domingo próximo, querido, volverás a jugar con los mayores.

Una «personita» reparada era la más adecuada para un «relajamiento» especialmente satisfactorio.

Ahora, tomemos todo esto, comprimámoslo en una bolita e incrustemos ésta en el centro del cerebro de Krug, para que se dilate poco a poco.

El trayecto fue muy largo. En alguna parte, en una abrupta región montañosa, a mil o mil quinientos metros sobre el nivel del mar, se detuvieron: los soldados querían su *frishtik* (desayuno) y estaban dispuestos a despacharlo tranquilamente en aquel salvaje y pintoresco lugar. El coche permaneció inerte, ligerísimamente inclinado sobre un costado, entre rocas oscuras y manchas de nieve blanca y muerta. Sacaron pan y pepinos, así como sus termos de ordenanza, y empezaron a masticar pensativamente, sentados en el estribo o sobre la marchita, desgredada y tosca hierba de la orilla de la carretera. La Garganta Real, una maravilla de la Naturaleza, excavada por las aguas cargadas de arena del turbulento río Sakra a lo largo de milenios, brindaba un escenario de gloria y esplendor. Nosotros, en el Rancho del Velo Nupcial, procuramos comprender y apreciar la actitud mental que observan muchos de nuestros huéspedes al llegar de sus ciudades y sus negocios, y ésta es la razón de que les invitemos a hacer exactamente lo que quieran en lo concerniente a diversión, ejercicio y descanso.

Krug recibió permiso para salir del coche durante un minuto. Crystalsen, a quien no interesaba la belleza, permaneció en el automóvil, comiendo una manzana y leyendo una prolija carta particular recibida el día anterior y que aún no había tenido tiempo de hojear (incluso los hombres de acero tienen preocupaciones domésticas). Krug se detuvo ante una roca, de espaldas a los soldados. Así estuvo un largo rato, hasta que uno de los soldados observó, con una carcajada:

—*Podi galonishcha dva vysvital za-noch* (Creo que esta noche se ha bebido una par de galones).

Aquí tuvo ella el accidente. Krug volvió atrás, y, despacio y dolorosamente, subió al coche y se sentó al lado de Crystalsen, que seguía leyendo.

—Buenos días —murmuró este último, encogiéndose el pie.

Después, levantó la cabeza, se metió apresuradamente la carta en el bolsillo y llamó a los soldados.

La carretera 76 les condujo a otro sector del llano, y pronto vieron las humeantes chimeneas de la pequeña ciudad fabril en cuyas cercanías se hallaba emplazada la famosa estación experimental. Su director era un tal doctor Hammecke: bajo, vigoroso, de poblado bigote blanco amarillento, ojos saltones y piernas como tocones. Tanto él como sus ayudantes y las enfermeras se hallaban en un estado de excitación rayano en pánico. Crystalsen les dijo que aún no sabía si iban a ser destruidos o no; esperaba, dijo, que le diesen destrucciones (quería decir «instrucciones») por teléfono (miró su reloj), a no tardar. Todos se mostraban terriblemente obsequiosos y zalameros con Krug, ofreciéndole una ducha, los servicios de una linda masseuse, una armónica requisada a un interno, un vaso de cerveza, coñac, desayuno, el periódico de la mañana, un afeitado, una baraja de naipes, un traje nuevo, cualquier cosa. Saltaba a la vista que trataban de ganar tiempo. Por último, introdujeron a Krug en una sala de proyecciones. Le dijeron que le llevarían junto a su hijo dentro de un instante (el niño dormía, le dijeron) y le preguntaron si, mientras tanto, le gustaría ver una película tomada unas horas antes. Ella demostraba, dijeron, lo sano y contento que estaba el niño.

Se sentó. Aceptó el frasco de coñac que una de las temblorosas y sonrientes enfermeras tenía levantado delante de su cara (tan asustada estaba que pretendía dárselo como biberón a un niño pequeño). El doctor Hammecke, con sus dientes postizos castañeteando como dados en su boca, dio la orden de empezar la representación. Un joven chino trajo el abrigo de David, ribeteado de piel (sí, lo reconozco, es el suyo), y lo mostró del derecho y del revés (recién lavado, sin desgarrones, ¿lo ve?) con los ágiles ademanes de un prestidigitador, para demostrar que aquí no había truco: el niño había sido realmente encontrado. Por último, con un grito parecido a un gorjeo, sacó de uno de los bolsillos un pequeño automóvil de juguete (sí, lo compramos juntos) y una sortija infantil de plata a la que faltaba la mayor parte del esmalte (sí). Después, hizo una reverencia y se retiró. Crystalsen, que estaba sentado junto a Krug en primera fila, parecía sombrío y receloso. «Un truco, un maldito truco», murmuraba una y otra vez.

Se apagaron las luces y apareció en la pantalla un rectángulo de trémula luz. Pero el zumbido de la máquina se interrumpió de pronto (pues el operario se había contagiado del nerviosismo general). En la oscuridad, el doctor Hammecke se inclinó hacia Krug y le habló en un espeso torrente de aprensión y de vaharada.

—Nos alegramos mucho de que esté con nosotros. Confiamos en que le gustará la película. En interés del silencio. Esperamos una palabra de aprobación. Hicimos cuanto pudimos.

De nuevo sonó el zumbido; apareció un rótulo boca abajo, y una vez más se detuvo el motor.

Una enfermera rió entre dientes.

—¡*Science*, por favor! —dijo el médico.

Crystalsen, que empezaba a hartarse de todo aquello, se levantó rápidamente de su asiento; el desdichado Hammecke trató de retenerle, pero recibió un empujón del rudo funcionario.

Una inscripción temblorosa apareció en la pantalla: «Test 656». Se fundió para dar paso a un subtítulo: «Fiesta Nocturna en el Prado.» Enfermeras armadas, abriendo puertas. Unos internos salieron en tropel, pestañeando. «La Doctora Von Wytwyl, Directora del Experimento (No Silben, Por Favor)», decía el siguiente rótulo. A pesar del terrible apuro en que se hallaba, incluso el doctor Hammecke se permitió un ¡ja-ja! de apreciación. La señora Wytwyl, una rubia monumental, cruzó soberbiamente la pantalla, con un látigo en una mano y un cronómetro en la otra. «Observen Estas Curvas»: apareció una línea curva en una pizarra, mientras una mano con guante de goma señalaba con un puntero las situaciones climáticas y otros puntos de interés en la yarovización del ego.

«Los Pacientes Están Agrupados en la Entrada del Rosal del Recinto. Son Registrados en Busca de Armas Ocultas.» Uno de los médicos sacó una sierra de leñador de la manga del muchacho más gordo. «Mala suerte, Fatso.» Después, una colección de artículos rotulados fue mostrada en una bandeja: la susodicha sierra, un trozo de tubería de plomo, una armónica, un pedazo de cuerda, un cortaplumas de veinticuatro hojas y demás, un tira-chinas, leznas, barrenas, agujas de gramófono, una antigua hacha de guerra. «Yaciendo a la Espera.» Yacieron a la espera. «Aparece la Personita.»

Y apareció él, en la escalera de mármol brillantemente iluminada que conducía al jardín. Le acompañaba una enfermera de blanco, la cual se detuvo y le indicó que siguiese bajando él solo. David llevaba puesto su abrigo más grueso, pero sus piernas aparecían desnudas, y sus pies, calzados con zapatillas. Todo aquello duró sólo un momento: el niño levantó la cara para

mirar a la enfermera, pestañeó, y sus cabellos se enredaron en un ligero rayo de luz; después, miró a su alrededor, sus ojos se encontraron con los de Krug, a quien no pareció reconocer, y bajó los pocos peldaños que quedaban. Su cara se hizo más grande, más difusa, y se desvaneció al encontrarse con la mía. La enfermera permaneció en la escalera, con una débil sonrisa, no desprovista de ternura, bailando en sus oscuros labios. «Qué Estupendo para Una Personita —decía el rótulo— Salir de Paseo en Plena Noche», y después: «¡Huy! ¿Quién es Ése?»

El doctor Hammecke tosió con fuerza, y cesó el zumbido de la máquina de proyección. Se hizo de nuevo la luz.

Quiero despertarme. ¿Dónde está él? Me moriré si no me despierto.

Rehusó los refrescos, se negó a firmar en el libro de visitantes distinguidos, se abrió paso entre personas que le cerraban el camino como si fuesen telarañas. El doctor Hammecke puso los ojos en blanco, jadeó y, llevándose una mano al doliente corazón, hizo una señal a la enfermera jefe para que acompañasela Krug a la enfermería.

Poco queda que añadir. Crystalsen, con un enorme cigarro en la boca, estaba anotando toda la historia en una libreta que tenía apoyada en la pared amarilla, a la altura de su frente. Señaló con el pulgar la puerta A-1. Krug entró. La doctora Von Wytwyl, de soltera Bachofen (la mayor de las tres hermanas), sacudía delicadamente, casi soñadoramente, un termómetro, mientras contemplaba la cama próxima a ella, en el rincón del fondo de la estancia. Entonces, se volvió a Krug y avanzó en su dirección.

—Tenga valor —dijo, en voz baja—. Ha habido un accidente. Hemos hecho todo lo posible...

Krug la empujó con tanta fuerza que la mujer fue a chocar con una báscula blanca y rompió el termómetro que llevaba en la mano. —¡Huuuy! —dijo.

El niño asesinado tenía envuelta la cabeza en un turbante de oro y carmesí; su cara había sido hábilmente pintada y empolvada; una manta de color malva, exquisitamente suave, le cubría hasta debajo del mentón. Algo parecido a un peludo y abigarrado perro de juguete estaba artísticamente colocado a los pies de la cama. Antes de salir corriendo de la habitación, Krug

dio un manotazo a aquella cosa para arrojarla de la cama, en vista de lo cual, la criatura cobró vida de pronto, lanzó un gruñido de dolor y cerró las mandíbulas muy cerca de la mano de Krug.

Éste fue agarrado por un soldado amigo.

—*Yoblochko, kuda-zh ty tak kotishsa?* (manzanita, adonde vas rodando)?  
—preguntó el soldado, y añadió—: *A po zhabram, tnilai, khochesh* (quieres que te pegue, amigo)?

*Tut pocherk zhizni stanovitsa kraine nerazborchivym* (aquí la larga caligrafía de la vida se vuelve extremadamente ilegible). *Ochevidtzy, sredi kotorykh byl evo vnu-trennii sogliadatai* (testigos entre los cuales estaba su propio algo —¿«espía», «detective privado»? El sentido no está claro—) *potom govorili* (dijeron después) *shto evo prishlos' sviazat* (que tuvieron que atarle). *Mezhdú tem* (¿entre los temas?). (Tal vez: entre las materias de su estado de ensueño) *Kristalsen, nevozmútimo dymia sigaroi* (Cristalsen, fumando tranquilamente su cigarro), *sobral ves' shtat v aktovom zale* (convocó una reunión de todo el personal en el salón de sesiones) y les informó (*i soobshchil im*) de que acababa de recibir un mensaje telefónico según el cual todos serían sometidos a consejo de guerra por la muerte del único hijo del Profesor Krug, célebre filósofo, Rector de la Universidad, Vicepresidente de la Academia de Medicina. Hammecke, que tenía muy débil el corazón, resbaló de su silla y siguió resbalando como en un tobogán, describiendo curvas sinuosas, hasta que, después de una suave y vertiginosa carrera final, se detuvo como un trineo naufragado en la nieve virgen de la muerte anónima. La doctora Von Wytwyl, sin perder su aplomo, se tragó una píldora de veneno. Después de liquidar y enterrar al resto del personal, y de incendiar el edificio, en el que estaban encerrados los zumbadores pacientes, los soldados llevaron a Krug al coche.

Regresaron a la capital, cruzando las salvajes montañas. Más allá del Puerto de Lagodan, el crepúsculo había invadido ya los valles. La noche les alcanzó entre los altos abetos, cerca de las famosas Cataratas. Olga empuñaba el volante; Krug, que no sabía conducir, estaba sentado al lado de ella, cruzadas las manos sobre las rodillas; detrás, iban Ember y un profesor de Filosofía americano, un hombre flaco, de hundidas mejillas y cabello cano, que había venido de su remoto país para discutir con Krug la ilusión de la sustancia. Ahito de paisajes y de la succulenta comida local (*piróshki* mal

acentuado, schtschi con falta de ortografía y un plato imposible de pronunciar, seguido de un pastel de cerezas caliente y de corteza enrejada), el buen erudito se había quedado dormido. Ember trataba de recordar el nombre americano de una parecida clase de abeto de las Montañas Rocosas. Dos cosas ocurrieron simultáneamente: Ember dijo «Douglas» y una cierva deslumbrada se precipitó en el cono de luz de nuestros faros.

## CAPITULO XVIII

Esto no debió ocurrir jamás. Estamos terriblemente desolados. Su hijo tendrá el entierro más suntuoso que nunca haya podido imaginar un niño blanco; pero comprendemos que, para los que se quedan... (dos palabras confusas). Estamos más que desolados. Ciertamente, podemos afirmar que nunca en la historia de este gran país se han sentido un grupo, un Gobierno o un jefe, tan afligidos como nosotros en este día.

(Krug había sido conducido a una espaciosa sala, resplandeciente de megápodos murales, del Ministerio de Justicia. Un cuadro representando el propio edificio, tal como había sido planeado, pero todavía no construido —a consecuencia de los incendios, Justicia y Educación compartían el «Hotel Astoria»—, mostraba un rascacielos blanco como una catedral albina, sobre un cielo morfo-azul. La voz, perteneciente a uno de los Ancianos reunidos en sesión extraordinaria en el Palacio, a dos manzanas de distancia, salía de un precioso aparato de radio de nogal. Crystalsen y varios funcionarios cuchicheaban entre sí en otra parte del salón.)

—Pensamos, sin embargo —siguió diciendo la voz de nogal—, que nada ha cambiado en las relaciones, los lazos, el acuerdo celebrado con usted, Adam Krug, tan solemnemente estipulado antes de que ocurriese la tragedia. Las vidas individuales son siempre inseguras; pero nosotros garantizamos la inmortalidad del Estado. Los ciudadanos mueren para que viva la ciudad. No podemos creer que ninguna aflicción personal pueda interponerse entre usted y el Jefe. Por otra parte, las reparaciones que estamos dispuestos a ofrecer son prácticamente ilimitadas. En primer lugar, nuestra más importante empresa de pompas fúnebres ha accedido a entregar un ataúd de bronce con incrustaciones de granates y turquesas. En él yacerá su pequeño Arvid,

abrazado a su juguete predilecto, una caja de soldaditos de plomo que, en este preciso instante, están siendo comprobados por varios expertos del Ministerio de la Guerra, para que las armas y los uniformes tengan la debida corrección. En segundo lugar, los seis culpables principales serán ejecutados en presencia de usted por un verdugo inexperto. Éste es un ofrecimiento sensacional.

(Hacia unos minutos, habían mostrado a Krug a los condenados en sus celdas de muerte. Los dos morenos y granujientos mozos, auxiliados por un sacerdote católico, mantenían una actitud gallarda, debida principalmente a falta de imaginación. Mariette estaba sentada, con los ojos cerrados, en rígida languidez, sangrando delicadamente. De los otros, vale más no decir nada.)

—Confiamos en que sabrá usted apreciar —dijo la taimada voz de nogal— los esfuerzos que hacemos para mitigar el más craso error que podía cometerse en estas circunstancias. Estamos dispuestos a perdonar muchas cosas, incluso el asesinato; pero hay un delito que nunca, nunca, podremos perdonar: el descuido en el cumplimiento de un deber oficial. También pensamos que, en vista de las espléndidas reparaciones que acabamos de anunciar, podemos dar por terminado este lamentable asunto y no volver a hablar de él. Le complacerá saber que estamos dispuestos a discutir con usted los diversos detalles de su nuevo nombramiento.

Crystalsen se acercó al lugar donde estaba sentado Krug (todavía envuelto en su bata, apoyada la hirsuta mejilla en los magullados nudillos) y extendió varios documentos sobre la mesa con garras de león en cuyo borde apoyaba Krug el codo. Con su lápiz rojo y azul, el funcionario de ojos azules y rojo semblante trazó unas crucecitas en los papeles, indicando los sitios donde Krug debía firmar.

Krug asió los papeles en silencio y, muy despacio, los dobló y los rasgó con sus peludas manazas. Uno de los ayudantes, joven delgado y nervioso, que sabía el trabajo mental y manual que había costado la redacción de los documentos (¡en precioso papel *edelweiss!*), se llevó una mano a la frente y lanzó un gemido de auténtico dolor. Krug, sin levantarse de su asiento, agarró al joven por la chaqueta y, con movimientos igualmente lentos y destructores, empezó a estrangular a su víctima; pero le hicieron desistir de su empeño.

Crystalsen, único que había conservado una calma absoluta, se dirigió al micrófono en estos términos:

—Los ruidos que acaban ustedes de oír, caballeros, han sido producidos por Adam Krug al rasgar los papeles que la noche pasada prometió firmar. También ha intentado estrangular a uno de mis ayudantes.

Siguió un silencio. Crystalsen se sentó y empezó a limpiarse las uñas con un abotonador de acero, contenido, junto con otros veintitrés instrumentos, en un gordo cortaplumas que había hurtado durante el día en alguna parte. Los ayudantes, moviéndose a gatas, recogían y alisaban lo que quedaba de los documentos.

Por lo visto, hubo una consulta entre los Ancianos. Después, dijo la voz:

—Estamos dispuestos a hacer algo más. Le damos licencia para que mate usted mismo a los culpables, Adam Krug. Es un ofrecimiento muy particular y que sin duda no volverá a repetirse.

—¿Y bien? —preguntó Crystalsen, sin levantar la cabeza.

—Vayase a... (tres palabras confusas) —dijo Krug.

Hubo otra pausa. («Ese hombre está loco..., loco de remate —murmuró un auxiliar afeminado, dirigiéndose a otro—. ¡Rechazar un ofrecimiento como éste! ¡Increíble!

Nunca había visto una cosa semejante.» «Yo tampoco.» «Me pregunto dónde habrá conseguido el jefe ese cuchillo.»)

Los Ancianos tomaron una decisión, pero, antes de darla a conocer, los más concienzudos pensaron que convenía oír de nuevo el disco. Escucharon el silencio de Krug, mientras observaba a los presos. Oyeron el reloj de pulsera de uno de los jóvenes, y el triste y débil ronquido de tripas del cura, que aún no había cenado. Oyeron caer una gota de sangre al suelo. Oyeron a cuarenta soldados satisfechos que, en el cuarto de guardia contiguo, comparaban sus notas carnales. Oyeron cómo era conducido Krug al salón de la Radio. Oyeron la voz de uno de ellos, al decir que lo lamentaban muchísimo y que estaban dispuestos a ofrecer reparaciones: una hermosa tumba para la víctima del descuido, un destino terrible para los negligentes. Oyeron cómo extendía Crystalsen los papeles y cómo los rasgaba Krug. Oyeron el grito del auxiliar impresionable, ruido de lucha y, después, las frías palabras de Crystalsen. Oyeron las duras uñas de Crystalsen sacando el vigésimo cuarto instrumento

de su apretado cortaplumas. Oyeron sus propias voces anunciando el generoso ofrecimiento, y la vulgar respuesta de Krug. Oyeron a Crystalsen cerrando la navaja con un chasquido, y los murmullos de los auxiliares. Se oyeron ellos mismos, oyendo todo esto.

El aparato de nogal se humedeció los labios:

—Que lo lleven a la cama —dijo.

Dicho y hecho. Le destinaron una celda espaciosa la cárcel; tan espaciosa y agradable que el propio alcaide la había empleado más de una vez para albergar a unos parientes pobres de su mujer cuando venían a la ciudad. Sobre un segundo colchón de paja, en el suelo, yacía un hombre de cara a la pared, temblando de los pies a la cabeza. Una enorme peluca de cabellos rizados y de color castaño cubría su cráneo. Llevaba la ropa harapienta de un vagabundo anticuado. Sin duda era un empedernido criminal. En cuanto se hubo cerrado la puerta y se derrumbó Krug pesadamente en su propio colchón de paja y arpillera, se hizo invisible el temblor de su compañero de encierro, pero, inmediatamente, se hizo audible en la vacilante y cuidadosamente disfrazada voz:

—No trates de averiguar quién soy. Mantendré la cara vuelta hacia la pared. Hacia la pared estará vuelta mi cara. Vuelta hacia la pared estará mi cara por los siglos de los siglos. Loco, tú. Tu alma es orgullosa y negra como asfalto mojado en la noche. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Observa tu crimen. Él te mostrará la enormidad de tu culpa. Negras son las nubes, cada vez más espesas. El Cazador llega cabalgando en su terrible corcel. ¡Arre! ¡Arre!

(¿Debo decirle que se calle?, pensó Krug. ¿Para qué? El infierno está lleno de estas máscaras.)

—¡Arre, arre! Ahora escucha, amigo. Escucha, Gurdamak. Vamos a hacerte un último ofrecimiento. Tenías cuatro amigos, cuatro amigos verdaderos y fieles. Ahora languidecen y gimen en una mazmorra. Escucha, Krug, escucha, Kamerad. Estoy dispuesto a ponerlos en libertad, a ellos y a una veintena de *liberalishki*, si te avienes a hacer aquello a lo que prácticamente te comprometiste ayer. ¡Una nimiedad! La vida de veinticuatro hombres está en tus manos. Si dices «no», serán destruidos; si dices «sí», vivirán. Piénsalo: ¡qué maravilloso poder el tuyo! Pones tu nombre, y veintidós

hombres y dos mujeres salen a la luz del sol. Es tu última oportunidad. *Madamka*, ¡di que sí!

—Vete al diablo, asqueroso Sapo —dijo Krug, con voz cansada.

El hombre lanzó un grito de rabia y, agarrando una esquila de bronce que había debajo del colchón, la sacudió furiosamente. Guardias enmascarados, con lanzas y farolillos japoneses, invadieron la celda y le ayudaron reverentemente a ponerse en pie. Cubriéndose la cara con los horribles rizos de su peluca castaño-rojiza, pasó rozando el codo de Krug. Sus botas altas olían a estiércol y relucían con el brillo de innumerables lágrimas. La oscuridad volvió a su sitio. Se oyó al alcaide doblando el espinazo, y su voz diciendo a el Sapo que era un actor estupendo, que la representación había sido magnífica, deliciosa. Las pisadas se alejaron. Silencio. Ahora, por fin, podía pensar.

Pero, fuese sopor o desmayo, lo cierto es que perdió la conciencia antes de poder enfrentarse debidamente con su dolor. Lo único que sentía era un lento hundimiento, una concentración de oscuridad y de ternura, un brote gradual de dulce calor. Su cabeza y la cabeza de Olga, mejilla contra mejilla, dos cabezas mantenidas juntas por un par de manitas experimentales que se estiraban hacia arriba surgiendo de un oscuro lecho, descendían (o descendía, pues las dos cabezas formaban una sola), descendían más y más, en dirección a un tercer punto, en dirección a una cara que reía en silencio. Hubo una suave risa ahogada en el momento en que sus labios rozaron la frente fría y la mejilla ardiente del niño, pero el descenso no terminó allí, sino que Krug siguió hundiéndose en aquella dulzura que partía el corazón, en las negras y cegadoras profundidades de una tardía pero —¡qué importa!— eterna caricia.

En mitad de la noche, algo de su ensoñación le sacó de su sueño y lo llevó a lo que era realmente una celda de cárcel, con barras de luz (y un pálido resplandor independiente, como la pisada fosforescente de un isleño) rompiendo la oscuridad. Al principio, como ocurre algunas veces, el medio no coincidía con ninguna forma de realidad. Aunque de humilde origen (una vigilante luz de arco en el exterior, un lívido rincón del patio de la cárcel, un rayo oblicuo filtrándose por alguna grieta o agujero de bala en los postigos cerrados y asegurados con candado), la disposición luminosa que veía adquirió un extraño y tal vez fatal significado, la clave del cual estaba oculta por un pliegue de conciencia oscura en el resplandeciente suelo de una pesadilla

recordada a medias. Habriase dicho que se había quebrantado alguna promesa, torcido algún designio, perdido alguna oportunidad..., o explotada de una manera tan tosca que había dejado una impresión de pecado y de vergüenza. Aquella luz era, de algún modo, resultado de una especie de movimiento clandestino, abstractamente vindicativo, explorador, vacilante, que se había producido en un sueño, o detrás de un sueño, en una maraña de maquinaciones inmemoriales y, ahora, amorfas y sin objeto. Imaginad un rótulo que avisa una explosión en términos tan secretos o infantiles que os preguntáis si todo esto —el rótulo, la congelada explosión debajo del alfêizar de la ventana, vuestra propia alma temblorosa— no habrá sido reproducido artificialmente, allí y entonces, por un arreglo especial con la mente de detrás del espejo.

Fue entonces, cuando Krug acababa de llegar al fondo de su confuso sueño y se incorporaba jadeando en su jergón de paja —e inmediatamente antes de que su realidad, su recordada y espantosa desgracia pudiese saltar de nuevo sobre él—, fue entonces cuando sentí una punzada de compasión por Adam y me deslicé hasta él por un inclinado rayo de pálida luz, causándole una locura instantánea, pero salvándole de la insensata agonía de su lógico destino.

Con una sonrisa de infinito alivio en su rostro surcado de lágrimas, Krug se tumbó de espaldas en el jergón. Yació en la límpida oscuridad, asombrado y feliz, y escuchó los acostumbrados ruidos nocturnos peculiares de las grandes prisiones: el ocasional y ronco bostezo de un guardián, el laborioso murmullo de viejos presos insomnes estudiando sus libros de *Gramática inglesa (Mi tía tiene un visado. El tío Saúl quiere ver al tío Samuel. El niño es atrevido)*, los latidos del corazón de hombres más jóvenes que excavan sin ruido un pasadizo subterráneo que les conduzca a la libertad y a una nueva captura, el repiqueteo de excrementos de murciélago, el cauteloso crujido de una página furiosamente arrugada y arrojada al cesto y que hace un lastimoso esfuerzo para desarrugarse y vivir un poco más.

Cuando, al amanecer, llegaron cuatro elegantes oficiales (tres condes y un príncipe georgiano) para llevarlo a una reunión crucial con unos amigos, se negó a moverse y siguió tumbado, sonriéndoles y tratando de tocarles la barbilla con los dedos de los pies, en son de juego. No pudieron conseguir que se vistiese, y, después de una rápida consulta, los cuatro jóvenes guardias, lanzando maldiciones en anticuado francés, se lo llevaron tal como estaba, a

saber, vistiendo pijama (blanco), y lo metieron en el mismo coche que tan delicadamente había conducido una vez el doctor Alexander.

Le dieron un programa de la ceremonia de confrontación y le condujeron, por una especie de túnel, a un patio central.

Al contemplar la forma del patio, el saliente tejadillo del portal del fondo, el ancho arco de aquella especie de entrada de túnel por donde había llegado, comprendió, con frívola precisión difícil de expresar, que éste era el patio de su colegio; pero el edificio había sido modificado, sus ventanas eran más largas y, a través de una de ellas, podía verse un rebaño de camareros del «Astoria» preparando la mesa para un banquete de cuento de hadas.

Y allí estaba él, con el pijama blanco, descubierto, descalzo, pestañeando, mirando a uno y otro lado. Vio a muchas personas inesperadas: cerca de la sucia pared que separaba el patio del taller de un hosco y viejo vecino que nunca les devolvía la pelota, había un rígido y silencioso grupito de guardias y de oficiales condecorados, y, entre ellos, estaba Paduk, con los brazos cruzados y rascando la pared con un tacón. En otra parte más oscura del patio, varios hombres harapientos y dos mujeres «representaban los rehenes», según decía el programa que habían dado a Krug. Su cuñada estaba sentada en un columpio, tratando de tocar el suelo con los pies, y el barbirrubio marido de ésta empezaba a tirar de una de las cuerdas cuando ella le riñó por hacer oscilar el columpio y saltó de éste con torpe movimiento y saludó con la mano a Krug. Algo apartados, estaban Hedron y Ember y Rufel y un hombre al que no consiguió reconocer, y Maximov, y la mujer de Maximov. Todos querían hablar con el soriente filósofo (pues no sabían que su hijo había muerto y que él se había vuelto loco), pero los soldados obedecían órdenes y sólo permitían a los peticionarios acercarse de dos en dos.

Uno de los Ancianos, llamado Schamm, inclinó su empenachada cabeza en dirección a Paduk y, medio señalando con un dedo nerviosamente tímido, retirando los bruscos movimientos que hacía con él y empleando después otro dedo para repetir el ademán, explicó en voz baja lo que ocurría. Paduk asintió con la cabeza, sin mirar a parte alguna, y volvió a hacer la señal de asentimiento.

El profesor Rufel, un hombrecillo tieso, anguloso y extraordinariamente hirsuto, de hundidas mejillas y amarillos dientes, se acercó a Krug, acompañado de...

—¡Dios mío, Schimpffer! —exclamó Krug—. Mira que encontrarte aquí después de tantos años... Veamos...

—Un cuarto de siglo —dijo Schimpffer, con voz grave.

—Vaya, vaya, esto es como en los viejos tiempos —siguió diciendo Krug, con una carcajada—. Y con el Sapo allí...

Una ráfaga de viento derribó un vacío y sonoro cubo de ceniza, y un pequeño remolino de polvo cruzó el patio.

—Me han elegido como portavoz —dijo Rufel—. Ya conoces la situación. No me entretendré en detalles, porque el tiempo apremia. Deseamos que sepas que no queremos que la palabra que empeñaste influya en modo alguno en tu decisión. Deseamos vivir, lo deseamos ardientemente, pero, hagas lo que hagas, no te lo reprocharemos...

Carraspeó. Ember, que se mantenía alejado, saltaba y se estiraba, como *Punch*, tratando de ver a Krug por encima de los hombros y cabezas.

—No te lo reprocharemos en manera alguna —prosiguió rápidamente Rufel—. En realidad, comprenderemos perfectamente que te niegues a ceder... *Vy ponimaete o chom rech? Daite zhe nme znak, shto vy ponimaete* (¿Comprendes de qué se trata? Hazme una señal de que comprendes).

—Está bien, continúa —dijo Krug—. Estaba tratando de recordar. Te detuvieron..., veamos..., inmediatamente antes de que el gato saliese de la habitación. Supongo que... —Krug saludó con la mano a Ember, cuya gorda nariz y rojas orejas seguían apareciendo aquí y allá, entre soldados y hombros—. Sí; creo que ahora lo recuerdo.

—Hemos pedido al profesor Rufel que sea nuestro portavoz —dijo Schimpffer.

—Sí, ya veo. Un magnífico orador. Te oí, Rufel, cuando estabas en tu apogeo, en una elevada tribuna, entre flores y banderas. ¿Por qué será que los colores brillantes...?

—Amigo mío —dijo Rufel—, el tiempo apremia. Por favor, déjame proseguir. Nosotros no somos héroes. La muerte es odiosa. Hay, entre nosotros, dos mujeres que comparten nuestra suerte. Nuestra miserable carne

se estremecería de gozo exquisito, si consintieses en salvarnos la vida vendiendo tu alma. Pero no te pedimos que vendas tu alma. Sólo...

Krug le interrumpió con un ademán e hizo una horrible mueca. La muchedumbre esperaba, sin atreverse a respirar. Krug rompió el silencio con un tremendo estornudo. —Estúpidos —dijo, sonándose con los dedos—, ¿qué diablos teméis? ¿Qué importa todo esto? ¡Ridículo! Lo mismo que esas diversiones infantiles..., Olga y el chico tomando parte en comedias tontas, ahogándose ella, perdiendo él la vida o algo en un accidente de ferrocarril. ¿Qué diablos importa todo esto?

—Bueno, si nada importa —dijo Rufel, respirando con fuerza—, entonces, ¡maldita sea!, diles que estás dispuesto a hacer lo que te piden, y hazlo, y no nos fusilarán.

—Comprende lo horrible de nuestra situación —dijo Schimpffer, que había sido un muchacho valiente y vulgar, pero que tenía ahora una cara pálida y fofa, salpicada de pecas entre los escasos pelos de la barba—. Nos han dicho que, si no aceptas las condiciones del Gobierno, éste será nuestro último día. Yo tengo una fábrica importante de artículos de deporte en Ast-Lagoda. Me detuvieron en mitad de la noche y me encerraron en la cárcel. Soy un ciudadano cumplidor de la ley, y no comprendo cómo se puede rechazar un ofrecimiento del Gobierno; pero sé que tú eres una persona excepcional y que puedes tener razones excepcionales, y puedes creerme si te digo que no quisiera obligarte a hacer algo estúpido o deshonesto.

—¿Oyes lo que te estamos diciendo, Krug? —preguntó bruscamente Rufel, y, como Krug siguiera mirándoles con benévola y un tanto flaccida sonrisa, comprendieron, con terror, que estaban hablando con un loco.

—*Khoroshen'koe polozhen'itze* (bonito asunto) —dijo Rufel al pasmado Schimpffer.

Una fotografía en colores, tomada un momento después, mostró lo siguiente: a la derecha (mirando a la salida), cerca de la pared gris, Paduk estaba sentado con las piernas abiertas en una silla que acababan de traerle de la casa. Vestía el uniforme moteado de verde y castaño de uno de sus regimientos predilectos. Su cara era una burbuja rosada y muerta debajo de un gorro impermeable (que antaño había inventado su padre). Llevaba polainas castañas en forma de botella. Schamm, magnífico personaje con peto de bronce

y sombrero de terciopelo negro, ala ancha y adornado con plumas blancas, estaba inclinado sobre él, diciendo algo al enfurruñado pequeño dictador. Otros tres Ancianos estaban cerca de ellos, envueltos en capas negras, como cipreses o conspiradores. Varios apuestos jóvenes, en uniforme de opereta y armados con pistolas automáticas moteadas de verde y castaño, formaban un semicírculo protector alrededor del grupo. En la pared, detrás de Paduk y precisamente encima de su cabeza, subsistía una palabra obscena, garrapateada por algún colegial; este burdo descuido estropeaba completamente la parte derecha de la fotografía. A la izquierda, en medio del patio, sin sombrero, ondeando al viento sus ásperos, oscuros y grisáceos mechones de cabello, envuelto en un ancho pijama blanco con cenefa de seda, y descalzo como un Santo de la antigüedad, se erguía Krug. Unos guardias apuntaban sus rifles contra Rufel y Schimpffer, que pretendían discutir con ellos. La hermana de Olga, contraído el rostro, tratando de dar a sus ojos una expresión despreocupada, le estaba diciendo a su inútil marido que avanzase unos pasos y ocupase una posición más favorable a fin de que ambos pudiesen llegar hasta Krug. En el fondo, una enfermera estaba dando una inyección a Maximov: el viejo había sufrido un colapso, y su mujer, arrodillada en el suelo, le envolvía los pies con su negro chal (ambos habían sido cruelmente maltratados en la cárcel). Hedron, o mejor dicho, un habilísimo imitador suyo (pues Hedron se había suicidado unos días antes), fumaba una pipa «Dunhill». Ember, temblando (su perfil aparecía borroso) a pesar de la chaqueta de astracán que llevaba, había aprovechado el altercado entre la primera pareja y los guardias y estaba casi junto al codo de Krug. Podéis moveros de nuevo.

Rufel gesticuló. Ember agarró a Krug del brazo, y Krug se volvió rápidamente hacia su amigo.

—Espera un momento —dijo Krug—. No empieces a lamentarte hasta que haya arreglado esta equivocación. Porque, ¿sabes?, esta confrontación es un completo error. Anoche tuve un sueño, sí, un sueño... ¡Oh! Lo mismo da, llámalo sueño o llámalo luminosa alucinación...; uno de esos rayos oblicuos que cruzan la celda de un ermitaño...; mira mis pies descalzos..., fríos como el mármol, pero... ¿Por dónde iba? Mira, tú no eres tan estúpido como los demás, ¿verdad? Sabes tan bien como yo que no hay nada que temer, ¿eh?

—Mi querido Adam —dijo Ember—, no entremos en detalles como el miedo. Estoy dispuesto a morir... Pero hay una cosa que me niego a soportar más tiempo, *c'est la tragedie des cabinets*; me está matando. Como sabes,

tengo el estómago muy delicado, y ellos me llevan a una letrina inmundada, un infierno de porquería, una vez al día y por un minuto. *C'est atroce*. Prefiero que me fusilen de una vez.

Como Rufel y Schimpffer seguían debatiéndose y diciendo a los guardias que no habían terminado de hablar con Krug, uno de los soldados acudió a los Ancianos, y Schamm avanzó y habló suavemente.

—Así no se va a ninguna parte —dijo, con cuidado acento (por simple fuerza de voluntad se había curado de una explosiva tartamudez en su juventud)—. El programa debe realizarse sin tanta palabrería y tanta confusión. Acabemos de una vez. Diles —prosiguió, volviéndose a Krug— que has sido nombrado Ministro de Educación y de Justicia y que, como tal, les devuelves la vida.

—Tu peto es fantásticamente bello —murmuró Krug, y con rápido movimiento, tamborileó con los diez dedos sobre el convexo metal.

—Los días en que jugábamos en este mismo patio quedaron atrás —dijo severamente Schamm.

Krug estiró una mano, agarró el sombrero de Schamm y lo trasladó mañosamente a su propia cabeza.

Era un afeminado gorro de piel de foca. El muchacho, en un furioso arranque, trató de recuperarlo. Adam Krug lo lanzó a Pinkie Schimpffer, el cual, a su vez, lo arrojó a un montón de leña de abedul con ribetes de nieve, donde quedó colgado. Schamm corrió hacia el edificio del colegio, para quejarse. El Sapo, que se marchaba a casa, echó a andar vivamente junto a la baja pared, en dirección a la salida. Adam Krug se echó la mochila de los libros al hombro y dijo a Schimpffer que esto era muy curioso... ¿No tenía a veces Schimpffer la impresión de una «secuencia repetida», como si todo hubiese ocurrido antes de ahora: el gorro de piel, te lo lancé, tú lo tiraste, leños, nieve sobre los leños, el gorro se quedó enganchado, el Sapo salió... Como tenía una mentalidad práctica, Schimpffer sugirió que le diesen un buen susto a el Sapo. Los dos chicos le esperaron ocultos detrás de los leños. El Sapo se detuvo junto a la pared, sin duda para esperar a Mamsch. Con un tremendo hurra, Krug se lanzó al ataque.

—Por el amor de Dios, detenedle —gritó Rufel—. Se ha vuelto loco. Nosotros no somos responsables de sus actos. ¡Detenedle!

En un arranque de fuerte velocidad, Krug corrió hacia la pared, donde Paduk, con sus facciones disolviéndose en el agua del miedo, había resbalado de la silla y trataba de esfumarse. El patio hirvió de salvaje agitación. Krug esquivó el brazo de un guardia. Entonces, el lado izquierdo de su cabeza pareció estallar en llamas (la primera bala se llevó parte de su oreja), pero él continuó avanzando, tambaleándose alegremente.

—Vamos, Schrimp, vamos —rugió, sin mirar atrás—. Le ajustaremos las cuentas, le arrancaremos las tripas, ¡vamos!

Vio a el Sapo acurrucado al pie del muro, temblando, disolviéndose, lanzando agudos encantamientos, cubriéndose la borrosa cara con un brazo transparente; y Krug corrió hacia él, y una fracción de segundo antes de que le diese otra bala mejor dirigida, volvió a gritar: ¡Tú! ¡Tú...! Y la pared se desvaneció como una diapositiva rápidamente retirada, y yo me estiré y salí del caos de páginas escritas y vueltas a escribir, para ver qué había sido el súbito ruido producido por algo al chocar con la tela metálica de mi ventana.

Como había pensado, una mariposa grande se había agarrado con sus velludas patas a la tela metálica, por el lado de la noche; sus alas jaspeadas vibraban sin parar y sus ojitos resplandecían como brasas diminutas. Apenas me dio tiempo a percibir su cuerpo estriado de un rosa castaño, con dos manchas gemelas, antes de soltarse y de volar de nuevo a la cálida y húmeda oscuridad.

Bueno, esto fue todo. Los diversos elementos de mi relativo paraíso —la lámpara de la mesita de noche, las tabletas para dormir, el vaso de leche— me miraron a los ojos con absoluta sumisión. Sabía que la inmortalidad que había conferido al pobre hombre era un sofisma escurridizo, un juego de palabras. Pero el último repliegue de su vida había sido feliz y le había demostrado que la muerte era solamente una cuestión de estilo. Entonces, un campanario que nunca conseguí localizar exactamente, que, en realidad, jamás oí durante el día, dio dos campanadas; después, vaciló y fue dejado atrás por el suave y veloz silencio que siguió discurriendo por las venas de mis sienes doloridas; una cuestión de ritmo.

Al otro lado del callejón, sólo dos ventanas seguían con vida. En una de ellas, la sombra de un brazo peinaba unos cabellos invisibles; o tal vez era un movimiento de ramas. La otra aparecía cruzada por el inclinado y negro tronco de un álamo. Los deshilachados rayos de un farol de la calle revelaron una fracción verde y brillante de un seto de boj. También pude distinguir el destello de un charco especial (el mismo que Krug había percibido de algún modo a través de la capa de su propia vida), un charco oblongo que adquiriría indefectiblemente la misma forma después de cada chaparrón, debido a la constante forma espatulada de la depresión del suelo. Posiblemente ocurre algo parecido con la huella que dejamos en la íntima textura del espacio. ¡Pam! *A good night for mothing.*

\*\*\*